

Archivo General de la Nación

LA CONSPIRACIÓN DE LOS ALCARRIZOS

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

Colección Juvenil, Vol. XVII

LA CONSPIRACIÓN
DE LOS ALCARRIZOS

Archivo General de la Nación
Colección Juvenil
Volumen XVII

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

LA CONSPIRACIÓN DE LOS ALCARRIZOS

Santo Domingo, R. D.
2021

Cuidado de edición: Orlando Cordero
Diagramación: Yahaira Fernández Vásquez y Orlando Cordero
Diseño de portada: Orlando Cordero y Yahaira Fernández Vásquez
Fotografías: Fototeca AGN.

Primera edición, 1941
Segunda edición, 2021

De esta edición:
© Archivo General de la Nación Vol. XVII
Departamento de Investigación y Divulgación
Área de Publicaciones
Calle Modesto Díaz Núm. 2, Zona Universitaria,
Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-362-1111, Fax. 809-362-1110
www.agn.gob.do

ISBN: 978-9945-613-46-9
Impresión: Editora El Nuevo Diario

Impreso en República Dominicana / Printed in Dominican Republic

Índice

Introducción a la presente edición	9
Palabras liminares	11
I. Mar rebelde	19
II. Entre primos	33
III. Una excursión a Los Alcarrizos	45
IV. El drama de Galindo	65
V. Una chispa en la sombra	77
VI. En casa del padre González	85
VII. El caso Darfour	103
VIII. A la salida del tribunal	119
IX. ¡Punto en boca!	125
X. Recepción oficial	135
XI. ¡Ya tendremos patria algún día!	147
XII. Un revés	161
XIII. Síntomas	169
XIV. Proceso y destierro	175
XV. La fiesta de La Altagracia	183
XVI. Los conjurados	205
XVII. Justicia suprema	215
XVIII. Sorpresa	221
XIX. Hecatombe	231
XX. El resplandor del incendio	241

Apéndices	251
A. Principales obras históricas consultadas.	251
B. Glorario de localismos	252
C. Datos topográficos sobre la ciudad	255
D. Filiación de algunos personajes.	260
E. Los autores del crimen de Galindo	265
F. La leyenda de la Virgen de La Altagracia	267
G. Poesía popular	267
H. Bailes populares	267

Introducción a la presente edición

Para dar continuidad a la publicación de la trilogía de novelas que Max Henríquez Ureña tituló Episodios Dominicanos, el Archivo General de la Nación (AGN) pone en esta ocasión a disposición de los lectores *La conspiración de Los Alcarrizos*, publicada por primera vez en Lisboa, Portugal, en 1941. Precisamente, esta nueva edición conserva el prólogo con el que Henríquez Ureña encabezó aquella primera publicación.

Esta segunda novela de la trilogía —la primera fue *La independencia efímera*, publicada en 1938 en París, y reditada por el AGN en 2020, y la tercera, *El padre Valera*, publicada en 1944 en Río de Janeiro, Brasil, y de próxima aparición por el AGN— aborda un periodo breve pero muy intenso en la historia dominicana, y el autor lo hace empleando lo que él llamó «historia en forma de novela»:

He elegido el procedimiento narrativo, pero no creo ocioso advertir que, para mí, la historia en forma de novela no es precisamente la novela histórica. En la novela histórica prevalece el interés de la trama novelesca: la historia en forma de novela es, en cambio, la interpretación de una época, puesta en acción, en

movimiento con el ritmo de vida que seguramente tuvo («A la juventud dominicana», *La independencia efímera*, Archivo General de la Nación, 2020, p. 23).

Max Henríquez Ureña recrea entonces desde la ficción el movimiento conspirativo organizado en Los Alcarrizos y que tenía como fin el restablecimiento del dominio español en la parte oriental de la isla, como respuesta a la ocupación haitiana iniciada en 1822. Las principales figuras de la conspiración fueron brutalmente reprimidas por las autoridades haitianas, con lo cual quedaron neutralizadas las aspiraciones separatistas y se perfiló como único camino la consecución de la independencia, lograda en 1844.

Esta edición da continuidad a la línea editorial inaugurada por el AGN hace dos años, encaminada a publicar ficción histórica dentro de su Colección Juvenil, con la intención de apelar a los jóvenes e interesarlos en la historia de su país.

Esperamos que esta segunda novela de los Episodios Dominicanos, de Max Henríquez Ureña, suscite la curiosidad de ese sector de lectores, tan importante para el presente y el futuro de la patria. El AGN, por su parte, continuará con nuevas publicaciones de novela histórica, con la seguridad de que así alimenta las opciones culturales de las nuevas generaciones y del público lector en general.

Daniel García Santos
Área de Publicaciones

PALABRAS LIMINARES

Al doctor José Núñez de Cáceres, figura central del primer episodio de esta serie —*La Independencia Efímera*—, e iniciador del propósito de convertir la antigua colonia española de Santo Domingo en Estado soberano, subsigue en el presente episodio, como personaje principal, el doctor Juan Vicente Moscoso.

Como aliado de Núñez de Cáceres y miembro de la diputación provincial de la colonia, Moscoso tomó parte en el movimiento emancipador de 1821 y estampó su firma en la *Declaratoria de Independencia del Pueblo Dominicano* y en el *Acta Constitutiva* del Gobierno del nuevo Estado. Después, al ver que esa obra en la cual colaboró fervoroso empeño había provocado como resultado indirecto la invasión del territorio dominicano por fuerzas haitianas que comandaba personalmente el presidente Boyer, volvió nuevamente los ojos hacia España como único modo de separar otra vez a Santo Domingo y Haití y conservar la fisonomía espiritual de la sociedad a que pertenecía. Moscoso no fue un apóstata de la libertad dominicana: la realidad del momento lo obligó a buscar, ante la creencia torturante de que la independencia de su pueblo se había eclipsado para siempre, una solución que pusiera término a la dominación haitiana; y fundándose en un criterio de necesidad

ajustado a las circunstancias, entendió que, si la independencia dominicana era un imposible, los dominicanos debían preferir volver a ser lo que siempre fueron —españoles—, antes que seguir sometidos al dominio de Haití.

De estos dos hombres, José Núñez de Cáceres y Juan Vicente Moscoso, que se turnaron en la rectoría de la Universidad de Santo Domingo y fueron ejemplo y guía de sus compatriotas, nacen las dos grandes corrientes que predominan dentro del proceso de las ideas políticas en la sociedad dominicana durante gran parte del siglo XIX: la que persigue el anhelo de establecer una república independiente y soberana, y la que, considerando que ese propósito es un sueño irrealizable, se conforma con la posibilidad de que los dominicanos se reintegren al coloniaje español o se sometan a la hegemonía de otra potencia que les sirva de valladar contra la amenaza que entonces representaba Haití.

Estas dos grandes corrientes no habían de permanecer estacionarias: evolucionan, crecen, se transforman. Al fundar el nuevo Estado independiente, Núñez de Cáceres anhela ponerlo bajo la salvaguardia de la libertad americana, fijos los ojos en la Gran Colombia. ¿Alianza? ¿Confederación? Ambas posibilidades —ya la una, ya la otra—, caben dentro de las previsiones del estatuto fundamental del nuevo Estado. Pero en una u otra forma la independencia es su ideal. Ese ideal es el que, fortalecido con los años, renace y se opone tenazmente a toda transacción con los hechos adversos, encarna en Juan Pablo Duarte como la expresión inmaculada de un anhelo de soberanía sin cortapisas ni limitaciones, y culmina en un estado de conciencia nacional que solo admite la independencia *pura y simple* como fórmula digna del patriotismo.

La otra corriente sigue un proceso distinto, nace en hombres de pensamiento, como Moscoso, en forma de criterio de necesidad y de oportunidad, frente al hecho consumado de la dominación haitiana. No es que esos hombres abdicaran

del ideal de la independencia: en aquellos momentos sombríos para toda aspiración de soberanía, la realidad adversa los compelió a buscar una solución, cualquiera que fuese, que pusiera término a los sufrimientos de su pueblo, o siquiera los mitigara. Pero en el andar del tiempo esa corriente es la que abraza todos los que se sienten faltos de fe en la nacionalidad y solo aspiran a entregar el territorio a alguna gran potencia. ¿A cuál? Ya para muchos no es a España, lo que hubiera equivalido a restablecer las cosas en su primitivo ser y estado y conservar la fisonomía espiritual de aquel pueblo, como lo pretendió Moscoso. Es a Francia, con el Plan Levasseur. Es a Inglaterra, con el Proyecto Pimentel. Así corrió la nacionalidad el riesgo de ser ahogada en su cuna al resurgir en 1844 la independencia. Pero la República fue: vivió, existió, se consolidó a la larga, salvada por los que en ella ponían su fe. Aun así, el temor a una derrota frente a las fuerzas haitianas, siempre superiores en número, renovó en muchos el deseo de buscar la protección de una gran potencia. Esa tendencia cobró cuerpo otra vez; asumió el carácter de anexionismo suicida; se impuso, aunque de modo efímero, en 1861, al reincorporarse la República a España; y todavía aspiró a prevalecer diez años más tarde con el intento de ceder el territorio dominicano a los Estados Unidos de América. Con el fracaso de esta última tentativa, el anexionismo quedó definitivamente muerto: la independencia pura y simple era ya el catecismo de la conciencia nacional dominicana.



La memoria del doctor Juan Vicente Moscoso yacía punto menos que olvidada. Fue, sin embargo, un prócer de la vida intelectual dominicana durante las primeras décadas del siglo XIX. Nació hacia 1772. Descendía, con toda probabilidad,

de un soldado portugués que se afincó en Santo Domingo a principios del siglo XVIII. Cursó estudios en la Universidad de Santo Domingo, donde en 1791 obtuvo el grado de doctor en leyes. Dedicado al ejercicio de su profesión, no tardó en ser considerado como abogado eminente. Dictó cátedras en la universidad y ocupó además en ella el cargo de rector dentro del período que el pueblo bautizó con el nombre de «la España boba», después que esa vieja casa de estudios fue reorganizada en 1815 por iniciativa del doctor Núñez de Cáceres. Su saber corría parejas con la dignidad de su carácter. La juventud de aquel entonces seguía ávidamente sus enseñanzas. Se llamó «el Sócrates dominicano».

Tuvo participación importante, según antes señalé, en el movimiento que culminó en la efímera independencia de 1821. Fracasado ese empeño y sometido el pueblo dominicano a la opresión de Haití, la figura intelectual que se destacó con mayor relieve entre los que abogaban por reintegrar a España en el dominio de la antigua colonia de Santo Domingo fue la de Moscoso. Para otros, partidarios de España en todo tiempo, esa solución era el restablecimiento de la normalidad legal, la reivindicación de un derecho histórico. Para Moscoso se trataba de un imperativo creado por la necesidad. Desde 1823 figuró envuelto en la conspiración iniciada por Silvestre Aybar, que era capitán de milicias y había emigrado a Puerto Rico con el propósito de conseguir el auxilio de las autoridades españolas para poner término a la dominación haitiana y restablecer el régimen colonial. Aprehendido Aybar después de su desembarco en las costas del Este, y obligado a abandonar la isla, los conspiradores, en vez de desmayar, continuaron sus trabajos con mayor ahínco. Por doquier hubo estallidos, brotes de rebelión. Los conciliábulos revolucionarios no pasaron del todo inadvertidos para el Gobierno haitiano. Así, se formó un proceso contra Agustín de Acosta, León Alcaide, Narciso Sánchez y José de Cierra. Se pensó que se trataba de una confabulación aislada: en realidad era la

misma conspiración que se creyó muerta con la prisión de Aybar. Y el movimiento hubo de revivir con mayor pujanza en la llamada «revolución de Los Alcarrizos», que se vio coronada por la hecatombe de marzo de 1824. Suelen separarse en la narración histórica los diversos incidentes y procesos judiciales de aquel período, como si cada uno tuviera individualidad propia, pero no son más que episodios —que se suceden uno tras otro durante ocho meses—, de un mismo proyecto malogrado, cuyo objetivo era restablecer el dominio español en Santo Domingo.

La significación de Moscoso dentro de ese movimiento no escapó a la perspicacia de las autoridades haitianas, aunque acaso no pudieron medirla en toda su magnitud. Se le incluyó, junto con su hermano Esteban, en el proceso de 1824. No había, empero, pruebas concretas contra él, como las había, en cambio, contra su hermano, que fue condenado primero a dos años de prisión y en definitiva a cuatro. Juan Vicente Moscoso quedó absuelto, aunque sometido a la vigilancia del Gobierno.

Después del trágico fin de aquella conspiración —ejecutados algunos de sus promotores, en prisión los más y fugitivos unos cuantos, mientras los que resultaron absueltos eran objeto de celosa vigilancia—, pareció haberse extinguido todo intento semejante. Muchos dominicanos inclinaron la frente, resignados; otros se decidieron a cantar loores al dominador... Pero quedaba Moscoso. Perseguido, vigilado, viendo a su hermano Esteban cumplir severa condena en inmundia prisión, él continuaba, de modo habilitado, sus trabajos en favor de la misma idea. Y en 1830, cuando España tomó la determinación de enviar a Haití un comisionado especial con plenos poderes —el doctor Felipe Dávila Fernández de Castro—, para reclamar la devolución de la antigua parte española de la isla, el Gobierno haitiano entendió que tanto Moscoso como el arzobispo Valera habían estimulado de algún modo esas gestiones que, al no

ser atendidas, podían provocar nuevas conspiraciones en favor de España. El arzobispo Valera fue desterrado. Moscoso fue remitido a Puerto Príncipe «bajo partida registro». Vióse compelido después a emigrar, y se trasladó a Cuba. ¿Logró allí hacerse oír de las autoridades españolas? Al parecer, los pasos que intentó dar fueron inútiles. Rechazada por el Gobierno haitiano la reclamación que presentó Fernández de Castro, las autoridades españolas no volvieron a buscar soluciones a la cuestión de Santo Domingo, preocupadas como estaban por otros problemas y por avisos confidenciales según los cuales México y Colombia se pondrían de acuerdo con Haití para facilitar, mediante el envío de contingentes expedicionarios, el estallido de una insurrección en Cuba.¹ Y en Santiago de Cuba, donde vivió modestamente, oscuro y olvidado, falleció Moscoso el 28 de septiembre de 1837. Fue enterrado «de limosna», según consta en su partida de defunción.

No vivió lo bastante —como Núñez de Cáceres, fallecido en México en 1846—, para ver el advenimiento definitivo de la nacionalidad dominicana en 1844. De haber vivido algunos años más, acaso su fe en la independencia habría retoñado otra vez: con ello no habría hecho más que abrazarse nuevamente al ideal que primero acarició. En todo caso puede afirmarse, conociendo el temple de su espíritu, que, constituida la nacionalidad, Moscoso no habría sido un anexionista. Su pensamiento, cuando abogó, en días aciagos, por el retorno al coloniaje, no fue el de entregar al vasallaje una nación independiente, sino el de mejorar la condición de un pueblo cuya libertad se había eclipsado. El anexionismo pretendió encontrar asidero en ese modo de pensar, desvirtuándolo y aplicándolo a circunstancias diferentes, pero el anexionismo no fue su obra.

¹ En el Archivo Nacional de Cuba hay documentos, hasta ahora inéditos, sobre este particular. Agradezco la copia de esos documentos a mi distinguido amigo el Sr. Joaquín Llaverías, director de dicho archivo.

Sin el auxilio de la tradición oral que desde mi infancia me era familiar y a la cual he tratado de sujetarme hasta en el modo de expresión de los personajes, me habría sido imposible interpretar y reconstruir los principales caracteres de este episodio, que se desarrolla en una época sobre la cual muy poco se ha escrito. Al mismo tiempo, me ha sido necesaria la compulsión de datos y documentos que jamás han sido publicados; y aparte del trabajo de búsqueda e investigación personal que he venido realizando desde hace años en bibliotecas y archivos nacionales y extranjeros, he contado para ese objeto con el generoso y eficaz concurso de los señores Carlos Larrazábal Blanco y fray Cipriano de Utrera, que me han facilitado datos sobre el nacimiento y filiación de la mayoría de los personajes que figuran en este episodio, y Emilio Rodríguez Demorizi, a quien debo la obtención de diversos documentos, principalmente el texto de las sentencias dictadas con motivo de los procesos incoados en 1823 y 1824 en el tribunal civil de Santo Domingo por el delito de conspiración. Reciban todos ellos el público testimonio de mi gratitud.

Max Henríquez Ureña

Lisboa, 12 de octubre de 1940.



Max Henríquez Ureña

I
MAR REBELDE

Una ola furiosa se estrelló de súbito contra los arrecifes. Tras ella vino otra más violenta, seguida de gigantesca columna líquida que escaló la empinada muralla de rocas y, deshecha en polvo transparente, se irisó en la altura bajo los destellos del sol.

Despejado estaba el cielo en aquella diáfana tarde tropical, pero el mar, espejo inmóvil hasta un momento antes, se erguía amenazante para escupir la costa.

—¡Lico, ven acá! —exclamó Pedro Núñez, que se había apartado de la orilla con Simón de Portes—. Si te quedas en ese lugar corres peligro.

—¿Crees tú? —contestó Lico Andújar.

—¿No ves que desde que reventó la primera ola, Simón y yo nos alejamos? Creímos que nos seguirías, aunque solo fuera para evitar el salpique del mar, que dicen que no moja, pero empapa.

—Ustedes se asustan por poca cosa.

En el mismo instante una masa de agua, más voluminosa y agresiva que las anteriores, lo bañó de pies a cabeza.

—¡Buenísimo! —dijeron a una Pedro y Simón sin poder contener la risa, mientras Lico corría a reunirse con ellos.

—Tendrás que ir en seguida a tu casa a cambiarte de ropa, como quien llega del «juego de San Andrés» —agregó Pedro—. No es cosa de coger una pulmonía.

—No es para tanto. Si acaso tendré que cambiarme la chaqueta. Pero sería una lástima irse de aquí, porque este espectáculo vale la pena de verse.

—En efecto —dijo Simón—. ¡Miren el chorro de La Jeringa!

Volvieron todos la vista hacia un ligero recodo que la costa formaba poco antes del fuerte San Gil. Allí, entre *Peña Redonda* y *La Boca del Infierno*, estaba el surtidor que la voz popular había bautizado con tan chocarrero nombre. Obedeciendo al vaivén de las olas que habían minado el arrecife, de una perforación estrecha y alargada que el tiempo había cavado en la roca, y parecía una boca apenas entreabierta, brotaba de modo intermitente —a causa de la lucha que en el interior de la piedra agujereada libraban la presión del líquido y la presión del aire—, delgado chorro cuya elevación variaba con el volumen de las aguas que allí depositaba el mar en cada embestida.

Aquella tarde el chorro ascendía a mayor altura que otras veces, y su cresta se tornasolaba con la luz vespertina.

—Pero ¿qué es aquello? —balbuceó Lico señalando con el índice hacia el mar—. Fíjense, del lado izquierdo de *La Jeringa*.

—¡Es un bote! —exclamó Pedro.

—¡Mírenlo! —agregó Simón—. Cualquiera diría que el mar lo engulle y lo vomita a cada minuto. ¡En buen aprieto se encuentran los que lo tripulan!

—Ya lo creo. Ahora sí se ve bien. Debe ser un bote oficial, porque lleva la bandera haitiana.

—Querrás decir la bandera nacional, ya que los haitianos son los amos de todo esto desde hace dos meses —murmuró Lico con amargura.

—Nunca me acostumbraré a llamarla de ese modo. Esa bandera no es la nuestra.

—¿Y cuál es la nuestra?

—Cualquiera, menos esa. Prefiero la de España, si no pudiera ser la de Colombia, esto es, la de la libertad americana, que izamos aquí el pasado diciembre.

—¡Y pensar —exclamó Pedro—, que en la vieja ciudad de Santo Domingo, la más antigua que en América fundaron los españoles, flota hoy la bandera azul y roja de Haití!

—Sí, así es desde el 21 de enero de 1822, fecha que será memorable en la historia, como todas las que significan el sacrificio de un pueblo —afirmó Lico.

—Pues ya que hacemos historia, no olvides que desde el 9 de febrero de este mismo año de gracia de 1822, fecha en que entró en esta ciudad con sus tropas el presidente de Haití, excelentísimo señor general Juan Pedro Boyer, los dominicanos tienen como idioma oficial el francés —continuó Pedro.

—Así es, aunque el verdadero idioma del invasor cuyo despotismo sufrimos es un *patois o lenguaraje* compuesto de francés corrompido y de fragmentos de palabras tomadas de otras lenguas europeas y de algunos dialectos africanos —concluyó Simón.

—¡Miren el bote! —interrumpió Lico—. Se acerca a la costa. Ahora me parece reconocerlo: es el bote del puerto.

—Las olas lo arrastran con violencia —observó Simón—. ¡No tardará en estrellarse contra las rocas!

—¿Quién puede con esas olas? —indicó Pedro.

—No son olas, son montañas de agua —dijo Lico—. Esa que parece levantarlo ahora hasta las nubes lo va a reventar en los arrecifes.

—No —apuntó Pedro al cabo de un segundo—. Se salvó esta vez. ¡Pobre gente! Son cuatro hombres.

—¡Infelices, es verdad! —balbuceó Lico—. Pedro, al pensar en que son esbirros de la invasión haitiana, se me ocurre que el mar, nuestro bravo mar Caribe, obedeciendo a una consigna providencial, quiere darnos un ejemplo y una enseñanza de rebeldía, aunque esos desgraciados no son los que más merecen ese castigo.

El esfuerzo de los tripulantes por gobernar la endeble embarcación y ganar la entrada del río Ozama era baldío. La furia del mar los acercaba cada vez más hacia las rompientes. Sus negros rostros se distinguían ahora de modo más preciso y en ellos se veía reflejado el espanto de la muerte inminente.

De las casuchas vecinas llegó alguna gente, atraída por la catástrofe.

—Hay que acercarse a la orilla —profirió una voz—, a ver si les podemos dar ayuda cuando las olas los echen para acá.

—¡Traigan sogas! —gritó alguien autoritariamente. Era un viejo fuerte, el mulato Cayetano, antiguo marino a quien todos respetaban en la barriada.

Al punto aparecieron varios trozos de soga, de cuyos extremos pendían sendos envases de caña de bambú, señal inequívoca de que habían sido retirados del brocal de los pozos que surtían de agua las humildes viviendas vecinas.

—*Éte tá bueno* —dijo Cayetano al examinarlos—. Y *éte*, y *éte otro*, y también *éte*. A ver quién me acompaña en el *sarvamento*.

Varios hombres se pusieron a sus órdenes y fueron a lanzar las sogas desde lo alto de las rocas. Pedro, Simón y Lico se apresuraron a unirse al viejo marino, para, en el momento oportuno, ayudarlo a tirar de la cuerda que sostenía, erguido, bañado por el oleaje, casi al filo de los arrecifes. Creyeron llegar a tiempo: en aquel instante se quebraba en pedazos la embarcación al chocar con las rompientes. Los tripulantes extendieron las manos hacia las sogas, pero solo uno de ellos logró asir la que sujetaba el viejo lobo de mar. ¡Empeño inútil! Arrastrado por la violencia de la resaca, el náufrago recibió un fuerte golpe contra la roca puntiaguda. Un chorro de sangre brotó del cráneo roto. Sus manos se abrieron, soltando la cuerda que oprimían y, extendidos los brazos rígidos como quien implora clemencia al cielo, se hundió en el abismo líquido junto con sus compañeros.

—*¡Qué de gracia!* —murmuró el anciano, soltando el pedazo de sogá y persignándose.

—¡Qué Dios los reciba en su inmensa misericordia! —balbuceó una mujer—. Otras rezaban en voz baja, mientras los hombres, cruzados de brazos como por instintiva demostración de impotencia, no podían apartar la vista del fragoroso espectáculo de las olas enfurecidas.

Empezó a oscurecer y los grupos se disolvieron pausadamente.

—¡Vámonos! —dijo Pedro.

Los tres amigos rompieron la marcha sin hablar palabra. Transitaron durante un rato por aquellos barrios pobres y no tardaron en ganar la parte céntrica de la ciudad, siguiendo la calle del Estudio. Al llegar a la esquina de la calleja del hospital de San Nicolás de Bari, Simón anunció:

—Aquí nos despedimos.

—¿A qué vienes con ese cuento? —arguyó Pedro—. Estamos a un paso de casa. ¿Es que no les gusta nuestro chocolate?

—No hables en plural, que yo nada he dicho —contestó Lico—. Ya había pensado en que lo tomaríamos con don José y doña Juana.

—Bueno —dijo Simón—. No perdamos la costumbre, ya que Pedro se empeña y hasta parece que, si no aceptamos el convite, lo toma a desaire.

Momentos después subían las escaleras de la casona colonial de don José Núñez de Cáceres.

En la antesala estaba sentado don José con un libro entre las manos. Levantó la frente al oírlos.

—¡Hola, muchachos! —dijo en afable tono—. ¿Qué noticias traen? No hay que preguntarles si andaban por el *Placer de los Estudios*: sus ropas hablan por ustedes. José llegó hace poco diciendo que el mar estaba más picado que nunca, que el bote del puerto había naufragado y que se ahogaron cuatro hombres que lo tripulaban.

—Cierto es, papá —dijo Pedro—. Nos tocó presenciar esa horrible escena.

—Que a mí —interrumpió Lico—, me pareció castigo providencial o dura represalia de nuestro mar rebelde contra el invasor.

—No creo que la providencia esté con nosotros —declaró don José con irónica sonrisa—. Lo cierto es que ustedes se han mojado de lo lindo.

—Tratamos de ayudar al salvamento de los naufragos —explicó Pedro—, pero el mar nos arrebató al infeliz que se había agarrado de la soga que ayudábamos a sostener.

—¿Querían ir contra la providencia, que según Lico enviaba a los invasores ese castigo? —interrogó don José—. Por lo visto, no es tan fiero el león como lo pintan.

—Un deber de caridad se cumple siempre —indicó Lico—, aunque...

—Ya sé lo que vas a decir —continuó don José—. El dominicano, frente a frente a su enemigo, en lucha leal, no vacila en exterminarlo, porque empieza por poner en juego su propia vida; pero jamás se aprovecha de circunstancias fortuitas que le permitan, aunque sea por omisión, saciar su rencor.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó en tono de alarma doña Juana, que entraba en ese momento—. ¡Esos muchachos tienen que secar sus chaquetas junto al fogón! Voy a traerles otras para que se las pongan mientras tanto. Si se descuidan, cogen una fluxión de pecho.

Fue hacia el interior y volvió casi al instante:

—¡Aquí tienen! ¡Pónganselas pronto...! ¡Jesús! —exclamó mientras se hacía cargo de la ropa húmeda que le entregaban—. Las llevaré a secar y de paso veré si Petronila prepara el chocolate. Ya les avisaré.

Y se alejó.

Hubo un momento de silencio, que rompió Lico:

—¿No cree usted, don José, que no es posible que el pueblo dominicano se cruce de brazos ante la dominación haitiana?

—¿Qué crees tú que se puede hacer?

—Buscar el apoyo de España.

—Eso no. El paso más difícil fue el que dimos hace pocos meses para separarnos de España. Si España vuelve aquí, no se irá nunca. Ese asunto hemos de ventilarlo algún día nosotros con los haitianos.

—Somos muy pocos: no llegamos a cien mil habitantes. Lo más probable es que ni siquiera pasemos de ochenta mil. Ellos son más de medio millón; quizás si alcanzan a seiscientos o setecientos mil. La elección no es dudosa entre ser españoles o ser haitianos, ya que nuestra independencia se ha malogrado. Al fin y al cabo no somos otra cosa sino españoles que un día quisimos gobernarlos por nuestra propia cuenta.

—Quisimos, no: ¡queremos! Te repito que algún día arreglaremos cuentas con los haitianos. Por lo pronto —y esto no puede ser un secreto para mis hijos, ni para Simón y para ti, que considero casi como hijos míos—, sigo esperando noticias de Colombia. De ahí sí que nos puede venir ayuda. ¿Tolerará Colombia que un Estado independiente que se fundó para aliarse con ella y tremoló su misma bandera, sea borrado del mapa por obra de la ambición política de Boyer, que quiere que en esta isla haya una sola nación, y que esa nación esté bajo su mando?

—Yo no espero ya nada de Colombia.

—Pues yo sí; y si no recibo respuesta a mis quejas, enviaré allá por conducto seguro, volveré a escribir. Veo que te has contagiado con las ideas de Juan Vicente Moscoso y de otros amigos que me acompañaron en la revolución contra España, y ahora, al ver que Haití, sacando ganancia en río revuelto, se adueñó de nuestro territorio y nos tiene sometidos a su albedrío, vuelven otra vez los ojos a España. Creen que es el único poder que puede sacarnos de este atolladero que dicen es obra de mi terquedad al empeñarme en llevar a cabo el movimiento que nos hizo independientes por unas semanas, y que trajo, como consecuencia indirecta, la invasión haitiana.

—No puedo discutir con usted, don José. Usted es nuestro guía, nuestro mentor; en una palabra, dando mayor énfasis a lo que dijo usted hace un momento, nuestro padre, pero yo pienso como Moscoso en cuanto a la idea de entendernos con España. No creo que él figure entre los que censuran lo que usted hizo ni que lo acuse de terquedad. Él lo acompañó en aquella empresa y ha admirado siempre en usted la sinceridad de sus sentimientos y la pureza de sus intenciones; pero el proceder del doctor Moscoso, que no sigue formando parte del tribunal civil de esta ciudad, es preferible en todo caso al de otros que también llevaron a cabo con usted la creación del Estado independiente de esta parte española de Haití, y han aceptado después los cargos oficiales que les ofreció el invasor: ahí tiene usted a Antonio Martínez de Valdés como administrador principal de Hacienda; a José Joaquín del Monte como decano del tribunal civil, donde lo acompañan como jueces Vicente Mancebo y Leonardo Pichardo; a Manuel Carvajal como ayudante general del Estado Mayor haitiano; a Pablo Alí como coronel de un regimiento formado en gran parte con los mismos hombres que le sirvieron para ayudarlo a usted a dar el grito de independencia el primero de diciembre del año pasado. Es verdad que Pablo Alí, desde que peleó, hará cosa de treinta años, a las órdenes de Jean François y de Biassou, verdaderos iniciadores de la terrible revolución de los esclavos en la parte francesa de la isla, se siente medio haitiano.

—Solo falta que me incluyas a mí en la lista —interrumpió Pedro, sonriendo—, puesto que soy catedrático de Artes en la universidad.

—Eso es otra cosa. No debes ese puesto a Boyer, y además se trata de enseñar, y enseñando se puede hacer mucho por mantener el sentimiento nacional de los dominicanos.

—¿Y si yo te dijera —intervino don José—, que, si bien yo, como presidente de aquel Estado independiente que destruyó Boyer, no puedo hacer lo mismo que ellos, aunque se ha

hablado de hacerme senador y he opinado que mejor estaría en ese cargo Martínez Valdés, he aprobado, sin embargo, la conducta de esos amigos? Los haitianos no han hecho más que confirmar a la mayoría de ellos en el ejercicio de las mismas funciones públicas que yo les señalé como presidente del Estado independiente en mal hora suprimido por la invasión de Boyer. Descarto, eso sí, a individuos como Tomás Bobadilla, a quien concedí en los días de nuestra malograda independencia un empleo de oficial primero en la tesorería general del Estado; y ahora, como comisario del Gobierno en el tribunal civil, es el más fervoroso partidario de los haitianos.

—Comprendo que usted censure el proceder de Bobadilla, don José, pero no entiendo cómo puede usted aprobar la conducta de los otros individuos que ha mencionado.

—¿No te he dicho que tarde o temprano arreglaremos cuentas con los haitianos? Para lograrlo, recibamos o no auxilios de Colombia, es necesario trabajar con ellos, meterse en sus luchas de partidos y en sus antagonismos políticos; aumentar desde cualquier posición oficial nuestro influjo personal. Día llegará en que, empezando por ser conspiradores haitianos, podremos hacernos fuertes y provocar un cisma que dé por resultado el restablecimiento de nuestra perdida independencia. Hay que combatir al enemigo con sus propias armas, ya que no tenemos otras. Ellos afirman que lo que hemos hecho es entrar como ciudadanos en una república libre. Hagamos buena, con patriótica astucia, esa ficción que ellos proclaman, y reclamemos, para ejercitarlos hábilmente, los derechos que dentro de esa situación podemos disfrutar.

—Sigo sin entender esa política de acomodamiento, aunque el acomodamiento, en este caso, sea una simulación.

—Olvidas que el único derecho que en verdad nos queda es el de conspirar. ¿Y qué cosa es conspirar? Es bueno que lo sepas: conspirar es engañar. ¿Crees tú que era cosa fácil para mí, que me precio de franco y sincero, conspirar en época de

España? Puede decirse que yo conspiraba entonces desde las alturas del poder. A diario me veía obligado a complicadas transacciones con mi conciencia. A la vez que juez de letras y asesor del Gobierno, era amigo personal del gobernador Kindelán, y no sé cómo pude hacer equilibrios para mentirle a medias y aparecer a sus ojos como un hombre que, en doctrina, estaba enamorado de la idea de la independencia, pero que al mismo tiempo no se atrevía a dar ningún paso para llevarla a la práctica. Así pude mantener mi ascendiente en las esferas oficiales y mis relaciones con la gente del ejército, para aprovecharlas en el momento oportuno. Todos los hilos de la política local estaban en mis manos. Por ser sobrado conocidas mis ideas a favor de la independencia, los conspiradores me consideraban como su jefe indiscutible, y antes de yo decidirme a entrar en acción todos los planes que ellos forjaban me eran sometidos en consulta, pero en ningún momento hubo pruebas, aunque sí denuncias, contra mí. ¿Recuerdas que en cierta ocasión el capitán Manuel Martínez me calificó de insurgente?

—¡Ya lo creo! Y usted lo acusó por calumnia.

—Pues bien: Martínez tuvo un momento de debilidad, bajo la presión de los coroneles de Ita y Granados, que lo sometieron a severo interrogatorio, pero en realidad era de los nuestros. Yo lo traté con dureza, creyéndolo traidor, y me expuse a echarlo todo a rodar, porque bien podía él haber dicho algunas cosas comprometedoras, pero mi actitud dio buen resultado. Pudimos dar aquel incidente por terminado; y aunque para el público y para el Gobierno colonial fuimos él y yo desde entonces enemigos irreconciliables, él siguió trabajando a favor nuestro. ¿Rectificaba su conducta? Ello es que el día en que proclamamos la independencia, el capitán Martínez fue uno de los oficiales que se adueñaron de la Fuerza y aseguraron el éxito que obtuvimos... ¡Y ojalá hubiera sido esa la única comedia que tuve que representar! Lo cierto es que el Gobierno colonial tenía fe en mí, y mi opinión era

solicitada y oída en todos los asuntos públicos. Menos mal que vino el brigadier real a sustituir a Kindelán en el Gobierno. Se acercaba el momento de la acción y habría sido muy penoso para mí dar ese paso frente a Kindelán, que me dispensaba toda su confianza. Las circunstancias me favorecieron para no verme obligado a excederme en la doblez y el disimulo; pero llegado el caso, no habría vacilado tampoco. ¡Ah, sí! El mejor conspirador es el que mejor sabe engañar. ¡Cosa horrible, esa de conspirar! Mucho silencio, mucha cautela, mucho disimulo, mucha adhesión aparente al Gobierno y a las instituciones. Y por lo bajo, predicar y organizar la rebeldía, sumar voluntades, fomentar resentimientos, estimular ambiciones, por malsanas y descabelladas que parezcan, aprovechar todos los resortes posibles, hasta los más bajos y mezquinos. No mirar si está manchada la mano que se nos tiende en señal de alianza. Abandonar, en suma, todo escrúpulo moral con tal de allegar mayores elementos para el triunfo de la causa.

—Cualquiera diría, doctor, que para usted, como para Maquiavelo, el fin justifica los medios.

—Pon la oración al revés y dime si es posible que sean los medios los que justifiquen el fin.

—Teniendo en cuenta lo que usted ha dicho, también debe estar usted de acuerdo con la elección de diputados a la Cámara haitiana, que ha favorecido a otros amigos suyos, como Antonio María Pineda, José Lasala, José María Caminero.

—Ya lo creo. Yo mismo hice lanzar el nombre de Pineda. ¿Quién sabe las complicaciones que ellos pueden crear en las discusiones de la Cámara? Conviene que ellos vayan a esas curules, puesto que no son gentes sumisas ni han aceptado la diputación como quien recibe un favor o un regalo de Boyer.

—A pesar de las razones que usted alega, con toda su experiencia y su saber, debo repetirle que no tengo fe en esa política. ¿Piensa usted que Boyer va a dejar que nuestros diputados procedan allí con libertad de criterio? En buen aprieto se verán si lo intentan.

—La demostración de que esa libertad no existe, también será un arma a nuestro favor.

—Igualmente puede producir desaliento. Y en todo caso ¿no es demasiado largo el camino que usted señala?

—¡Quién sabe! En política no se puede hacer ningún vaticinio fijándole fecha; pero si el vaticinio tiene buen fundamento, se realiza andando el tiempo. Consideremos además que, aunque parece que Boyer tiene todavía por delante bastantes años de vida, puede morir de un tabardillo o de una pulmonía, como cualquiera de nosotros. También es posible que haya el modo de derrocarlo, y el día en que él desaparezca del escenario político de Haití, sobrevendrán divisiones y complicaciones tan graves, que muy mal hemos de andar si no logramos separarnos de los haitianos. No importa cuáles sean los defectos de Boyer; si él desaparece, los haitianos no volverán a tener en mucho tiempo gobernantes con sus condiciones de mando y su sagacidad política. Aparte de eso, vuelvo a decirte que confío siempre en que Colombia tomará alguna determinación en nuestro favor. En ese caso, la tarea será más fácil y más rápida.

—Creo que más fácil y rápido aún será lo otro, esto es, obtener la ayuda de España para reingresar en su seno. Usted mencionó a Moscoso, diciéndome que me he sumado a sus ideas. Es verdad que he hablado con él. ¿Por qué ocultárselo? ¿Sabe usted que quizás dentro de unos meses recibiremos auxilios poderosos de Puerto Rico?

—Sé lo que ustedes esperan. Silvestre Aybar, nuestro exalcalde y excapitán de milicias, ha emigrado a Puerto Rico y ustedes creen que conseguirá en la vecina isla el apoyo de las autoridades españolas para la reconquista de esta antigua colonia. Digo: *ustedes*, porque ya te veo metido en esa conspiración para traer aquí a España de nuevo.

—Es cierto, don José, no tengo por qué engañarlo.

—Lo siento, hijo, pero si tal es tu modo de pensar ¿qué le vamos a hacer?

—Prefiero ser español a ser haitiano.

—No te niego en eso la razón, pero acuérdate: si España vuelve, no se irá nunca. Haití, en cambio, tendrá que irse algún día.

—Mucho me temo que no nos toque ver el sol de ese día. Y, ya usted sabe: conspirador me ha llamado usted, y conspirador soy, aunque bisoño.

—¡Ojalá fuera por la independencia y no por España!
—exclamó Simón que, al igual que Pedro, había oído en silencio la conversación.

—De sobra sé, Simón, que no piensas como yo. Desde luego, Pedro tampoco. Es la primera vez en que no estamos unidos alrededor de una misma idea, y lo siento. A don José que me perdone, pero yo he de luchar con todas mis fuerzas por traer otra vez a España y echar a los haitianos de aquí. Después veremos, porque yo no abandono del todo la idea de la independencia para un futuro quizás lejano.

—Por ese camino te expones a hacerla imposible —dijo don José—. Por fortuna ustedes no conseguirán de España el concurso que esperan, y esa famosa conspiración no pasará de cuchicheos y proyectos sin consecuencia.

—¡El chocolate! —anunció doña Juana desde el interior.

—¡Ya vamos! —contestó don José. Y poniéndose en pie, echó el brazo sobre el hombro de Andújar, diciéndole, mientras avanzaban todos hacia el comedor:

—Tienes carne de luchador. Reserva esos bríos, que ya habrá ocasión de ponerlos a prueba. Y sobre todo, mucha cautela. Sigue el ejemplo de nuestro mar rebelde, cuya engañosa calma se convierte de súbito en furia destructora y en instrumento de providencial castigo.

II ENTRE PRIMOS

Al cómodo pasitrote de su potro bayo Lico Andújar salía de la ciudad esa mañana por la Puerta de San Diego. Grupos de hombres afanosos realizaban las operaciones de descarga de una goleta anclada en la margen del Ozama. Un balandro, en mitad del río, se aprestaba a salir del puerto. En lo alto de la orilla opuesta las casuchas del poblado de Pajarito recortaban el paisaje. Lico tomó hacia la izquierda, siguiendo la línea de las viejas murallas. A sus oídos llegaba la alegre gritería de algunos chiquillos que se bañaban río arriba, más allá de la ceiba centenaria que cobijó a los conquistadores españoles en el siglo XV. Pasado el último bastión de la cortina de defensa que rodeaba la ciudad, torció por el camino que conduce al Alto de Galindo.

La mañana estaba fresca. El viento retozaba en el follaje espeso que bordeaba ambos lados del sendero. De trecho en trecho los *framboyanes* reventaban en flores que ponían un penacho escarlata sobre el verdor de los campos. Bandadas migratorias de torcaces cruzaban a bajo vuelo entre los árboles y a veces se posaban en los hicacos cargados de frutas.

—¡Lástima de escopeta! —pensó Lico—. Si la hubiera traído, podría llevar algunas palomas a las muchachas.

Se dirigía a la estancia de su tío Andrés, donde se prometía un buen rato de charla con sus primas. No tardó en llegar a la puerta tranquera de la finca. Iba a bajarse del caballo para descorrer los maderos que cerraban la entrada, cuando oyó una voz que le gritaba:

—*iEpérese*, mi amo, que *ayá voy!*

Era el negro Goyo, hijo de una antigua esclava de la familia. Madre e hijo habían sido manumisos desde antes de quedar abolida la esclavitud con la entrada de las tropas haitianas, pero habían seguido al servicio de los Andújar, caso que no era raro dentro de los hábitos patriarcales de la sociedad dominicana.

Retiró Goyo los maderos de la tranquera y Lico avanzó hasta la entrada de la casa, resistente bohío de tablas de palma y techo de yaguas, rodeado de amplias galerías. Allí encontró a Isabel, la madre de Goyo.

—¿No está tío Andrés? —preguntó al bajarse del caballo, al cual quitó el freno y dejó suelto para que pastara libremente.

Isabel hizo una señal negativa.

—¿Y dónde están las muchachas?

Isabel tartajó, sin lograr hacerse entender, tras señalaba con el índice hacia el campo, al costado derecho de la casa. Al cabo pudo mascullar a duras penas:

—*iCa-i-mi-to!*

Lico echó a andar hacia el lugar que ella indicaba y a poco divisó a sus tres primas sentadas sobre la hierba, al pie de corpulento caimito. Águeda, la mayor, llevaba a sus labios la morada fruta, que chupaba con avidez. Sus dos hermanitas, Ana y Marcela, compartían cerca de ella el banquete.

Deslumbrado por la peregrina belleza de Águeda, que dentro de aquel marco de verdor brillaba en todo el esplendor de sus quince años, Lico se detuvo. La miró extasiado, aunque con alguna melancolía. Cuando Águeda pisaba apenas el umbral de la adolescencia, Lico y otro primo, Fello Acevedo, se prendaron de ella. Águeda había preferido a

Fello y era hoy su prometida. Al contemplarla —visión primaveral en aquel ambiente de égloga—. Lico sintió renacer de pronto la olvidada congoja de su pasión no correspondida. Trató de desechar ese recuerdo ingrato y prosiguió la marcha. Las muchachas, al verlo, prorrumpieron en joviales exclamaciones:

—¡Lico! ¡Lico!

Ana y Marcela corrieron a su encuentro. Lico las besó, cubrió con sus brazos los hombros de ambas, y así avanzaron los tres hasta el lugar donde, sonriente, los esperaba Águeda.

—¡Hola! —dijo Águeda tendiendo ambas manos a Lico y atrayéndolo hasta hacerlo desplomarse junto a ella sobre la hierba—. Siéntate aquí a mi lado y prueba estos caimitos, que están deliciosos. ¿Qué te trae por estos andurriales?

—Tenía que hablar con tío Andrés, pero Isabel me hizo seña de que no estaba.

—Milagro que te entendió, porque quizás no te oyó bien: cada día está peor del oído. En cuanto a hablar, la pobre, ni se diga: siempre ha tenido dificultad para decir dos palabras. Papá, efectivamente, se fue hace más de una hora y no creo que vuelva hasta la noche. Casi todos los días es así.

—Ya lo sé, pero en la ciudad son pocos los que logran verlo.

—No sé dónde se mete. Las Acevedo me han dicho que va demasiado a la gallera. ¡Pobre papá! Él dice que conoce bien los gallos y que siempre gana, pero a veces viene de un humor de todos los diablos.

De sobra sabía Lico que Andrés Andújar no solo arriesgaba fuertes sumas en las peleas de gallos, sino que, en general, la pasión del juego lo dominaba, y sometido a ella frecuentaba garitos de mala fama donde el dinero se le iba de las manos. Así, se limitó a replicar:

—Bueno, sus preocupaciones tendrá. Pero hay que vencerlo de que debe volverlas a llevar a ustedes a la ciudad. Si tía Manuela estuviera viva se habría resignado a enterrarse

en esta soledad con sus tres hijas, teniendo por única compañía la pobre Isabel y a su hijo Goyo. Peor aún es, tratándose de ustedes tres solas.

—¡Ay, Lico! Has tocado el punto sensible. Pronto llevaremos aquí un año, y a veces he creído que iba a volverme loca. No es solo que cualquiera se aburre en este rincón de campo, en la forma en que vivimos nosotras, ya que poca gente viene a vernos y no es frecuente que vayamos a la ciudad; sino que además, ¡me da tanto miedo! Por aquí no pasa nadie, y cuando vemos que alguno anda por ahí cerca, nos da más miedo. El otro día fuimos hasta la tranquera y en ese momento cruzaba el camino un oficial haitiano con una cara de facineroso...! Se detuvo y se quedó mirándonos el negro ese, como si quisiera tragarnos con los ojos. Calcula cómo fue la cosa, que las tres emprendimos la carrera, llegamos a la casa, echamos el cerrojo y pusimos la tranca.

—¡Ja, ja, ja! —prorrumpió Lico—. Ya eso es demasiado. Y además, ustedes tienen aquí a Goyo.

—¡Goyo! ¡Valiente ficha! Es verdad que está aquí con nosotras, pero también se desaparece por días. Es un *sinservir*. Se ha quedado en la casa porque le ha dado la gana, y papá cree que es porque nos tiene afecto y agradecimiento; pero yo sé que ha estado murmurando de papá. Que si papá es cicatero; que si le debían pagar más; y qué sé yo. Y desde que llegaron los haitianos, no hace más que alabarlos. Yo no sé por qué no se ha ido. Sería lo mejor, porque entonces papá, al no haber aquí ningún hombre, se decidiría a llevarnos a la ciudad.

—No te mortifiques pensando en eso, que yo creo que él lo ha de resolver pronto.

—¡Ay, ojalá!

—Puedes confiar en que así será. Además, tío Andrés ¿no dizque va a casarse pronto por segunda vez? ¿No harán mella en su ánimo las recriminaciones o las súplicas de Antonia la gallega, su futura, a quien he oído decir que por nada del mundo vendría a sepultarse en este rincón de campo?

—¡Hum! Los proyectos de papá no son tan inmediatos. No lo oigo hablar de eso. A lo menos, el matrimonio no será por ahora. Por otra parte, tú conoces a Antonia, sufrida y trabajadora como gallega que es. Si papá insiste en afirmar que la necesidad lo obliga a seguir en Galindo y que ella debe ser la primera en no ponerle dificultades, ella no volverá a decir esta boca es mía.

—Sea como fuere, tío Andrés tendrá que convencerse de que ustedes no pueden continuar aquí. Cada vez que algún familiar o amigo íntimo lo ve en la ciudad, lo mismo las Acevedo que doña Jacinta Cabral o el doctor Núñez de Cáceres, el tema de la conversación es ese, y acabarán por decidirlo. Es cuestión de tiempo.

—¡Bendita sea tu boca, Lico! Porque si eso no se resuelve, la única esperanza que me queda es la de que podamos anticipar mi matrimonio con Fello. En la familia Acevedo todos están de acuerdo en que, como Fello no gana todavía mucho, nos vayamos a vivir allá, puesto que la casa es grande. Desde luego, mis hermanas irían conmigo, pero papá se opone, porque me encuentra todavía demasiado joven, y porque, no sé, él preferiría que Fello pusiera casa aparte, puesto que mis hermanas me acompañarían, y le parece que si viven con otras personas, aunque sean de la familia, serían unas *arrimadas*. Porque eso sí, seguirían conmigo aunque papá se case. Y ahí tienes la dificultad, que de alguna manera hay que resolver si esto se prolonga. Fello está desesperado.

—Lo creo, pero aun así yo daría cualquier cosa por estar en su lugar —dijo Lico sonriendo.

—¡Anda, tonto! —contestó Águeda ruborizándose ligeramente—. Déjate de indirectas, porque hacerme recordar boberías que ya pasaron, no está bien. ¿O vas a dar lugar a que no te siga tratando como el primo a quien más quiero?

—¿Qué otra cosa puedo ambicionar yo? Lo que dije lo hubiera dicho cualquiera, aunque solo fuera por galantería.

—Pues se acabaron las galanterías; y a comer caimitos, que por estar conversando no los has probado.

Ana y Marcela, al oír las últimas palabras de Águeda, corrieron hacia Lico con la diestra extendida: cada una le ofrecía un caimito.

—Este es el mejor —decía Ana—. Lo escogí para ti.

—No, señor, toma este otro —reclamaba Marcela.

Lico miró a ambos lados con expresión de perplejidad. Las tres muchachas soltaron la carcajada.

—Dispensa la comparación —dijo Águeda—, pero Pedro Núñez me ha contado la historia de un burro que se murió de hambre y de sed porque no sabía escoger entre un paquete de yerba y un cubo de agua.

Las carcajadas se renovaron.

—Mucho se ha hablado en la clase de filosofía de la universidad sobre Juan Buridán y ese asno metafísico que es invento suyo —dijo Lico—, pero yo no me moriré de hambre porque me comeré los dos caimitos a la vez.

Tomó un caimito en cada mano y empezó a comerlos alternativamente, llevando a la boca ya el de la diestra, ya el de la siniestra, y haciendo cómicos ademanes.

—Como no tienes una tercera mano para secarte los labios —apuntó Marcela—, te está saliendo un bozo blanco.

—Bueno, después me lo quitaré —dijo Lico sin abandonar su tarea.

—Supongo —indicó Águeda— que te quedarás a comer con nosotras. Ya deben ser más de las once. Nos sentaremos a la mesa al tan de las doce.

—No me opongo, pero en seguida que acabe de comer, me voy. Tengo que volver a la ciudad y seguir para Los Alcarrizos.

—En ese caso tienes buen trecho que andar. Ana y Marcela, vayan a la casa y avísenle a Isabel y a Goyo para que maten un pollo. Y que hagan buen café, que a Lico le gusta.

—Gracias, prima. Tienes buena memoria.

Las dos chiquillas echaron a correr hacia la casa.

—Ya que dices que tengo buena memoria —dijo Águeda—, ¿ya que no sabes lo que estaba recordando yo cuando tú devorabas los caimitos!

—¡A que sí!

—¡A que no!

—Estabas pensando en el día en que me rompí la cabeza al caerme de ese mismo caimito.

—¡Ganaste! Y aquello fue por culpa mía.

—¡Qué va! Fue por estar haciendo alardes de equilibrio en las ramas.

—Es verdad, pero yo quería comer caimitos, y por complacerme te subiste al árbol, aunque dijiste que los caimitos no estaban bastante maduros y no se podían comer.

—¿Cómo no iba a hacerlo en obsequio de una niña tan linda como tú? Siempre fue así, desde que eras chiquirritica. Tú querías que yo fuera a buscar una horqueta, pero yo insistí en que no había nadie que se *gabeara* en un árbol más pronto que yo.

—¿Tendrías ya unos catorce años?

—Ya tenía más de quince, pero no me había echado los pantalones largos. Tú no pasabas de diez.

—Tienes razón. Llevas la cuenta mejor que yo. ¡Pero qué susto pasé cuando te vi caer de allá arriba! ¡Virgen santísima, qué apuro el mío!

—Yo recibí el susto por grados, lo que no sé si sería peor. ¿Te acuerdas que cuando perdí el equilibrio pude agarrarme de la rama más baja? Me quedé colgando de las manos, pero me faltaron fuerzas para alzarme otra vez y echar la pierna sobre la rama, y me solté a la buena de Dios. Afortunadamente no era tanta la distancia a que estaba del suelo. A no ser por una piedrecita que había entre la yerba, me levantó de ahí sano y salvo.

—Lo que recuerdo es que cuando te vi tendido en el suelo con los ojos cerrados y la cabeza bañada en sangre, creí que te habías muerto. No sabía qué hacer.

—Lo recuerdo también. Te acercaste a mí, que estaba medio atontado por el golpe, me pasaste la mano por la frente y me besaste en la cara.

—¿Verdad?

—¡Seguro!

—Cosas de niña. ¡Como si el beso pudiera curarte!

—No son las niñas solamente las que proceden así. He visto muchas madres que en un caso igual lo primero que hacen es besar a sus hijos. Y es que ese beso no será un remedio de los que están a la venta en las boticas, pero sí es una medicina moral para el que sufre. El instinto femenino así lo comprende.

—Es bonito eso que dices. Hay ahí su poquito de galantería, materia en la cual ya eres doctor.

—Al menos creo que algún día he de serlo en filosofía. Pero volvamos al cuento. ¡A ver si recuerdas lo que pasó después!

—Abriste los ojos y me pediste que te acompañara hasta el pozo de la estancia para echarte un poco de agua en la cabeza.

—¿Ya ves que me sentí mejor después de tu medicina?

—Yo pensé en ir a avisar a papá que nos había traído esa tarde a la estancia, pero tú no quisiste porque decías que él te iba a regañar. Y yo, que estaba más asustada que tú, te obedecí y te ayudé a llegar hasta el brocal del pozo.

—En resumen, después que me echaste agua en la cabeza, resultó que la herida era de poca importancia, y la sangre se estancó. Lo que pasaba era que el golpe me había dejado casi sin sentido.

—¡Cómo se entretiene uno recordando aquellos tiempos! En fin, creo que ya debemos acercarnos a la casa. No faltará mucho para que la comida esté lista.

—¡Vamos!

—Dame la mano para levantarme. ¡Gracias! ¡Eso es! ¿Quieres que eche a correr como en otro tiempo y te diga: «A ver quién llega primero?».

—No, porque me sería difícil dejar que ganaras la apuesta. Cuando niña eras una gacela, pero ahora ya no podrías.

—Ya vas a decir que estoy poniéndome gorda.

—No, porque faltaría a la verdad. La palabra que te cuadra es: «hermosa».

—Contigo no se puede... Siempre hallas una salida.

—¡Mira! Allí está el pozo, el famoso pozo a donde me llevaste aquella tarde. ¿Vamos hasta allá?

—¡Ay, no! ¡Si supieras qué susto me di allí el otro día!

—¿Qué pasó?

—¡Figúrate! Fui a sacar agua para regar mis flores, y cuando empiezo a jalar la sogá veo una mancha oscura en el brocal, ¿Has de creer que era un guabá?

—¿Y qué hiciste?

—Solté la sogá y eché a correr dando gritos. Tuvo que venir Goyo a matarlo. ¡Si te digo que daría cualquier cosa por salir de la estancia! Desde ese día no me acerco al pozo: me da miedo, pero ya no es miedo al guabá, sino al pozo mismo, como si ese pozo hubiera de traerme alguna desgracia.

—Sigues siendo una niña. No te mortifiques así. ¡Bah! ¡No te aflijas! ¡Boba!

Águeda se secó los ojos empañados y murmuró:

—Es que esto no es vida, Lico. Mira a ver cómo consiguen que papá nos saque de aquí.

Y llorando abrazó a su primo. Lico insinuó una leve caricia, pasándole la mano por el cabello.

—Basta ya, Águeda. Tranquilízate. Te aseguro que cuando vea a tío Andrés soy capaz de cantarle las cuarenta. Pero eso sí, esta vez no daré la carrera que di hace años, una vez que me puse con *malacrianzas*, y como él me regañó, le dije no sé qué palabras feas y creo que hasta saqué la lengua. Entonces él me amenazó con darme una pela por *parejero* y bocón, y de ahí la carrera que di, sin parar, hasta mi casa.

Águeda levantó la cabeza riendo; y agarrándose del brazo de Lico continuó con él la marcha, diciendo:

—¡Y que eras tremendo, Lico! Mira que le diste dolores de cabeza a mis tíos!

—No me arrepiento. Los muchachos que dan dolores de cabeza a sus mayores son después hombres de carácter. No te fijes en mí, sino en Fello, que aunque algunos años mayor que yo, a veces me tuvo por cómplice en no pocas travesuras, y de las gordas. Pero ya ves qué pronto se enserió. Empezó a ganarse la vida por su propia iniciativa y...

—Sí, ya sé a dónde vas: y hoy es un hombre de provecho, que se casará pronto con Águeda.

—Amén.

Y echaron a reír los dos.

Las hermanitas de Águeda venían ya a buscarlos. El grupo llegó a la casa, y a poco estaban instalados los cuatro en la galería del fondo. Allí estaba preparada, para comer al fresco, una sencilla mesa de pino.

Mientras se sentaban se acercó Goyo con una gran fuente de productos vegetales del país, que puso en el centro de la mesa, a la vez que Isabel servía espeso y jugoso caldo.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Águeda—. ¡Si tenemos sancocho de gallina! Parece que en cuanto Isabel y Goyo vieron entrar a Lico se pusieron a prepararlo. Y yo, de tonta, dando órdenes de matar un pollo, cuando ellos ya sabían lo que hacían.

Goyo, enseñando una doble hilera de blancos dientes, murmuró:

—Como todos los domingos la niña Águeda manda a preparar un sancocho porque viene don Fello.

—Hiciste bien —contestó Águeda—, puesto que hoy está aquí don Lico, que se vende caro.

—Con banquetes como el de hoy —dijo Lico—, soy capaz de venir todos los miércoles. Y no me refiero al sancocho, que huele sabroso, sino al banquete que me has dado con tu conversación.

—¡Bah! ¡Lico, siempre el mismo! ¿Y por qué los miércoles?

—Como hoy es miércoles...

—¡Ah, verdad! Es que en esta soledad se olvida uno del calendario.

—Menos los domingos, puesto que viene Fello. Acuérdate de que dentro de cuatro días estamos a dos de junio, y que es domingo.

—Bueno. Yo sí llevo la cuenta, pero es todas las noches, al acostarme. Por fin, el sábado digo: mañana vendrá.

—¡Mira que han hablado! —exclamó Ana—. Lico no ha tenido para nosotras dos ni un cachito de conversación. Antes no era así. Me acuerdo de cuando nos contaba cuentos.

—Y si quieren, hoy no ha de ser menos —contestó Lico—. A ver, a ver, pero creo que ya ustedes conocen todos los que yo me sé.

—¡Anda! Pues dinos qué cosas nuevas hay en la ciudad.

La conversación prosiguió, cada vez más entretenida. Lico prodigó anécdotas, salpimentándolas con frecuentes críticas al presidente Boyer y a su lugarteniente el general Jerónimo Maximiliano Borgellá, que estaba empeñado en *haitianizar*, por medio de la violencia y el temor, a los habitantes del departamento de Santo Domingo, puesto bajo su mando, con lo cual había dado motivo a que emigraran muchas familias dominicanas; recordó cómo Boyer se había llevado a Haití las prendas de oro de la capilla del convento de los dominicos; comentó con alguna acritud la gestión realizada por el arzobispo Valera ante Boyer para obtener, como lo obtuvo, el perdón de un soldado haitiano condenado a muerte a causa de desmanes cometidos contra la población dominicana, y agregó: «Ahora estamos expuestos a mayores peligros y vejaciones, porque ahí está monseñor don Pedro Valera y Jiménez para obtener el perdón de los culpables»; narró la escena del hundimiento del bote del puerto, que le tocó presenciar; y no faltaron chispeantes agudezas sobre incidentes de la vida social, cuyos protagonistas eran personas conocidas de todos.

—Ahora —dijo Lico mientras tomaba el último sorbo de café—, me voy; pero antes debo cumplir, siquiera en parte, con el objeto de mi visita. Yo quería hablar con tío Andrés, porque tengo un recado que darle de parte del doctor Juan Vicente Moscoso; pero Águeda le puede decir que mañana sin falta, cuando vaya a la ciudad, pase por casa de Moscoso, que hace días quiere verlo. Así oirá de labios del propio Moscoso lo que yo tenía que decirle.

—Está bien —dijo Águeda—. No me olvidaré.

Lico se puso de pie y las muchachas lo acompañaron hasta el frente de la casa. Ya Goyo le traía el potro listo.

Abrazó a sus primas, montó a caballo y picó espuelas.

—No te pierdas —dijo Águeda.

—¡Vuelve pronto! ¡Vuelve pronto! —vocearon a una las dos pequeñas.

Ya Lico trasponía la tranquera cuyos leños había descorrido Goyo. Volvió la cabeza hacia atrás, tremoló en alto su sombrero y se perdió en un recodo del camino.

III

UNA EXCURSIÓN A LOS ALCARRIZOS

Eran las dos de la tarde cuando Lico, de regreso de la finca de Andrés Andújar, se desmontaba del caballo ante la residencia de Juan Vicente Moscoso. Golpeó con los nudillos en la puerta cerrada.

—¿Está el doctor? —preguntó a la criada que vino a abrirle.

—¡Preguntan por el doctor! —voceó la criada, volviendo el rostro hacia adentro.

—Estaba durmiendo la siesta. Deja ver si ya está levantado —contestó una voz de mujer—. ¿Quién es?

—¡Lico Andújar! —dijo Lico con voz fuerte.

—¡Ah, bueno! Pase y siéntese.

Lico avanzó hacia la sala. A los pocos minutos de espera entró Moscoso en pantuflas, abrochándose la chaqueta.

—¿Qué hay, Lico? Después de comer me recosté un rato. ¿Viste a Andrés?

—No, doctor. Ya él había salido; pero le dejé un recado con Águeda para que viniera a verlo a usted mañana.

—¡Diablo de Andrés! Nunca sabe uno dónde se mete. Ayer no pudieron dar razón de él en la gallera. Tampoco sabía nada de él Antonia la gallega, que es hoy su prometida. Andará por cualquier vericuetto, entre jugadores de mala ley que acabarán por desvalijarlo de cuanto tiene. Pero, en fin, estoy seguro de que vendrá mañana, al enterarse de tu recado.

—¿Ya tiene usted la carta? No debo demorarme en salir para Los Alcarrizos, a ver si puedo llegar a buena hora. Son varias leguas.

—Tienes razón. Creí que tardarías menos en Galindo. Seguramente te pusiste a hablar con las muchachas.

—Usted lo ha dicho. ¡Las pobres, están tan solas! Y como casi nadie va a verlas...

¡Qué barbaridad la de Andrés! ¿Cómo tiene allí a esas muchachas, alejadas del mundo y de todo lo que en la vida puede tener encanto?

—Mucho le agradeceré que cuando tío Andrés venga mañana no deje de hablarle de ese asunto.

—Pues sí que lo haré. ¡Ya lo creo que lo haré! Lo que Andrés hace con ellas es inhumano, y de algo ha de valer mi amistad para con él.

—Gracias, doctor, y no lo olvide.

—Descuida. Y ahora, no te detengo. Aquí tienes la carta. La cubierta está en blanco, y adentro tampoco tiene dirección, pero ya sabes que solo puedes entregarla personalmente a Lázaro Núñez, que es el capitán de partido de Los Alcarrizos. No te será difícil encontrar la casa, que está a la entrada del pueblo, junto a la de su primo Eudaldo, que es como si fuera su hermano.

—Enterado, doctor —dijo Lico guardando la carta—. Y me voy. ¡Adiós!

—¡Adiós! ¡Buen viaje y feliz regreso!

Lico montó a caballo, se orientó hacia la calle del Conde, y a poco salía por la céntrica puerta que abría paso a extramuros. Cruzó la orilla del poblado de San Carlos y se internó después por el camino que conduce a Los Alcarrizos.

El potro había pastado toda la mañana en Galindo y no necesitaba acicate. A Lico, que reconstruía mentalmente las horas de esparcimiento que había disfrutado con sus primas, no le pareció largo el trayecto.

Al caer la tarde llegó a la entrada del pueblo. Se detuvo frente a la primera casa, situada al borde del camino. De acuerdo con las indicaciones de Moscoso, bien podía ser esa la de Lázaro Núñez.

Era un bohío de buen tamaño, que a ambos lados tenía arriates florecidos. Aunque la entrada estaba abierta de par en par, no había nadie en la sala, que era bastante amplia y dividía la vivienda en dos alas, destinadas sin duda a los aposentos. El interior, sencillo y rústico, acusaba hábitos de orden y limpieza. Por la puerta del fondo, también abierta, se distinguía el patio con algunos árboles frutales; y más allá, un conuco con buena siembra de batatas.

Lico golpeó con la fusta en la puerta.

—¡Va! —gritó una voz—. Y apareció por el fondo un lozano capullo de mujer, viviente y ya raro testimonio de remoto mestizaje. Algo de los desaparecidos aborígenes de la isla supervivía en ella: así lo denunciaban su tez color canela y su cabello negro, abundante y lacio, en el cual llevaba enganchada al desgaire una rosa purpurina. Desnudándola con la imaginación, Lico admiró la esbeltez armoniosa de su cuerpo. Alzó la vista, y sus ojos tropezaron con el brillo penetrante de otros ojos profundamente negros que lo miraban con fijeza. Deslumbrado, no pudo resistir la mirada persistente, símbolo de firmeza, que se clavaba en él, y su vista resbaló hacia los labios anchos y húmedos como los de una herida recién abierta.

—¿Qué se le ofrece? —inquirió ella con lánguido y musical acento que contrastaba con el sello de altivez que a su rostro imponía la nariz recta y arrogante.

—¿Vive aquí don Lázaro Núñez?

—No, señor, un primo de él. Tío Lázaro vive aquí al lado.

—¡Ah! ¿Usted es su sobrina?

—Altigracia Núñez, para servirle. Papá y Lázaro se criaron juntos y son como hermanos.

—Yo soy Manuel de Jesús Andújar, que se pone a sus órdenes para cuanto usted guste mandar.

—Gracias. ¿Es usted pariente de don Andrés?

—Sí, él es mi tío. ¿Lo conoce usted?

—Papá es amigo suyo. A don Andrés le gustan los gallos, y papá le ha conseguido algunos que han salido buenos. De cuando en cuando don Andrés se llega hasta acá en su caballo y pasa el día con nosotros. Eso sí: hablan de gallos todo el tiempo. Que si el *giro*, que si el *matalobo*, que si el otro salió *gallina*... ¡Qué sé yo!

—A usted no le divertirá mucho esa conversación.

—Estoy acostumbrada a oír hablar de gallos desde chiquita. Pero desmóntese, que tío Lázaro salió a caballo esta mañana y no ha vuelto todavía. En su casa solo está el peón que cuida los sembrados, porque mi tía se fue con sus hijitos a pasar unos días en Higüero. Usted puede esperarlo aquí y así conocerá a papá, que anda por ahí dentro.

—Muchas gracias —dijo Lico bajando del caballo y atándolo junto a la puerta—. Tendré mucho gusto en conocer a sus padres.

—Solo a papá. Mi mamá murió hace dos años.

—Lamento haber avivado ese recuerdo doloroso.

—Yo siempre la tengo presente —contestó Altagracia con un suspiro.

—De suerte —dijo Lico lanzando una mirada a su alrededor, mientras se instalaba en el asiento que Altagracia le ofrecía—, que es usted el hada que mantiene el encanto de esta casa, tan ordenada y limpia que con solo verla querría uno entrar en ella.

—¡Jesús! ¡Los capitaleños siempre amigos de decir cosas bonitas! ¡Miren que llamarme «hada»! ¡Eso es cosa para cuentos de niños!

—Los cuentos de los niños se parecen a los sueños de los hombres. Todos soñamos con un hada como usted.

—¡No digo! ¡Si le estoy dando cuerda...! Pero bien conozco a los de la capital. Como que pasé allí tantos años...

—¡Ah! Ahora me explico...

—¿Qué?

—Nada. Iba a decir una tontería.

—Dígala sin miedo.

—Quería decir que el modo de hablar de usted demuestra que...

—Que no soy una *campuna*, ¡ja, ja, ja! ¿No es eso lo que usted quería decir?

—No precisamente, pero se ve a la legua que usted ha pasado por la escuela, y como en Los Alcarrizos no sé si hay.

—Aquí hubo una escolita particular, pero apenas para las primeras letras. ¡Digo! ¡Si se puede llamar escuela la casa de una señora que enseñaba a leer a media docena de niños dándoles *cocotazos* de cuando en cuando! Parece que yo tenía facilidad, porque aprendí pronto la cartilla y después leía todo lo que me caía en las manos. La pobre mamá se empeñó en que yo fuera a la capital para aprender un poco más, y me mandó a casa de unos parientes que tenemos en el barrio de San Miguel. Allí estuve desde los diez años hasta que vine cuando ella se enfermó. Al morir ella, me quedé aquí con papá, como era natural.

—Raro es que, viviendo usted todo ese tiempo en la capital, no nos hayamos visto antes.

—¿Quién sabe! Pero como no nos conocíamos...

—No. Yo la recordaría. La cara de usted no es de las que se olvidan.

—¿No ve? ¡Si estos capitaleños...! Ahora, la verdad es que, aparte de ser yo tan jovencita entonces ¿dónde habíamos de encontrarnos? Ustedes son gente de *arriba*, y yo era una pobre muchacha que vivía en San Miguel y bajaba la cuesta algunas veces para ir a la plaza en día de fiesta. De vista sí conocía mucha gente. Me acuerdo del gobernador Kindelán, cuando estaban aquí los españoles; del doctor Núñez de Cáceres, que todos dicen que es un sabio; del deán Aybar, a quien muchas veces oí predicar en la catedral, y de otros muchos, a quienes yo veía de lejos como gente muy grande, muy grande. ¡Ah! Mire: aquí está papá.

Del interior de la casa venía hacia ellos un hombre de bronceada tez, que parecía próximo a la cincuentena.

—Papá, el señor es sobrino de don Andrés Andújar.

—Eudaldo Núñez, para servirle —dijo el recién llegado—. ¿Se le ofrece algo a Andrés?

—No, señor. No vengo por encargo de mi tío. Vine hablar con don Lázaro. Lo estoy esperando, porque la señorita me informó que no debía tardar.

—Así es, es raro que no esté ya aquí. Como su familia está en Higüero, él come ahora con nosotros. Y usted también se quedará a cenar.

—Si usted así lo dispone, obedezco con gusto.

—No necesita usted que le diga, puesto que es sobrino de Andrés, que esta casa es suya.

—Me parece que oigo voces ahí al lado —dijo Altagracia—. ¡Quién sabe si ha llegado tío Lázaro!

Y se encaminó con alguna prisa hacia la puerta.

—Sí, él es —agregó a poco, y gritó—: ¡Tío, aquí tiene visita!

Segundos después llegó Lázaro Núñez. Era hombre de mirada firme y ademanes reposados. Su rostro color de bronce, como el de su primo Eudaldo, y su porte severo, acusaban energía serena. Miró atentamente a Lico mientras se acercaba a él.

—El señor es sobrino de Andrés Andújar —indicó Eudaldo.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó Lázaro.

Lico, tras un segundo de vacilación, sacó del bolsillo la carta de Moscoso, y entregándosela, contestó:

—Traigo esta carta para usted. Como don Eudaldo ha tenido la bondad de invitarme a la mesa, usted podrá decirme más tarde si hay respuesta.

Lázaro examinó el sobre en blanco, sin abrirlo. Volvió a mirar atentamente a Lico; hizo después una señal de inteligencia a su hermano y guardó la carta en el bolsillo.

En ese instante asomó por la puerta la cara renegrida de un individuo que vestía uniforme de oficial de la gendarmería

haitiana, y lanzaba al entrar un sonoro. *Bon soir, messieurs et mademoiselle.*

—Adelante, teniente Morin —dijo Eudaldo levantándose—. Voy a tener el gusto de presentarle a un sobrino de mi buen amigo Andrés Andújar.

—¡Ah! Recibo un gusto. ¿Es usted sobrino del simpático don Andrés? ¡El hombre que más sabe de gallos! —exclamó el teniente mientras tendía la mano a Lico—. Hablaba con soltura el español, aunque arrastraba un poco las erres.

—Acaso venía el sobrino —afirmó Eudaldo mirando de reojo a Lico—, porque Andrés quiere que le busque un par de buenos gallos.

—Lo malo es que usted no tiene ahora ninguno... —declaró Lico sin titubear.

—Ya los buscaré, pero será para dentro de unos días.

—No había rendido mis saludos a la señorita —dijo el teniente—. ¿Cómo está *mademoiselle* Altagracia?

—Muy bien, Filoclés —contestó Altagracia tendiéndole la mano—, no sin cierto desgano, mientras el teniente clavaba en ella una mirada codiciosa, cosa que no pasó inadvertida para Lico.

—¿Y qué dice mi señor don Lázaro? —continuó el teniente dando una palmada en el hombro al interpelado.

—Nada —contestó Lázaro—, sino que voy un momento a mi casa a arreglarme un poco, porque después de un día de campo estoy oliendo a caballo. Siéntese, que vuelvo pronto. Lo dejo en buena compañía.

—Gracias. No vine más que por un momento —dijo Filoclés mientras Lázaro salía—. Pero ya que está aquí el señor Andújar, nos dirá algo de lo que pasa en Santo Domingo. Los que estamos de servicio fuera, siempre esperamos con interés las noticias que vienen de la ciudad.

—Por pasar —contestó Lico—, no pasa nada. Todo está igual.

—Me han dicho que algunas familias dominicanas se han ido al extranjero.

—Unas cuantas, es verdad, a Cuba y Puerto Rico.

—Parece que no aprecian las libertades que hemos traído. Prefieren la tiranía de España.

Lico guardó silencio.

—Hace unas semanas —continuó el teniente—, supe que en Santo Domingo había muerto un compatriota que era un verdadero sabio: Bruno Blanchet. Quizás lo conocía usted.

—No lo conocí —dijo Lico—, pero he oído decir que era un haitiano eminente y que preparaba un nuevo proyecto de Constitución. Lo enterraron en la catedral con grandes honores.

—Lo merecía, aunque, *ma foi*, cometió algunos errores. El general Borgellá, que estaba distanciado de él por querellas políticas, ha tenido la generosidad de encargarse de la educación de los hijos de Blanchet. Borgellá es un hombre superior. Es lástima que todos los dominicanos no sepan apreciar lo mucho que vale.

Como Lico se mantuvo en silencio, Filoclés, variando de tema, le preguntó:

—¿Conocía usted a *mademoiselle* Altagracia desde hace tiempo?

—No, señor. Tuve el gusto de verla hoy por primera vez.

—¿Verdad que es un primor? Yo la llamo «la flor de Los Alcarrizos».

—Filoclés es muy amigo de echar flores y, por remate, de convertirme en flor —apuntó Altagracia—. Parece que en Cabo Haitiano la galantería es planta silvestre.

—La señorita siempre *me taquina* cuando yo le digo los cumplimientos que le son debidos.

—¿Por lo que he oído es usted del Guarico? —preguntó Lico.

—*Oui, Monsieur.*

—¿Estaba usted allí cuando gobernaba el rey Enrique Cristóbal?

—*Oui, naturellement.* Empecé mi carrera militar como él. ¡Ah! ¡Qué hombre! Gran organizador, gran hombre de gobierno.

—Uno de los duques de la corte del rey Cristóbal tenía el mismo nombre que usted: *Sa Grâce Monseigneur le Duc de Morin.*

—*C'est vrai,* pero no somos parientes.

—Sin duda conocería usted a todos aquellos personajes de la corte del Guarico: *Son Altesse Sérénissime le Prince de Limbé* (que creo era el general Romain), *Sa Grâce Monseigneur le Duc de la Plaisance.* ¿No es ese el título que le daban al general Magny?

—*Oui.*

—*Sa Grâce Monseigneur le Duc du Dondon,* o sea Charlot, si no me equivoco; *Sa Grâce Monseigneur le Duc de la Limonade,* o sea Prévost; y, en fin, tantos otros títulos, entre los cuales recuerdo algunos de las damas que formaban la *Maison de la Reine: Madame la Comtesse du Trou, Madame la Comtesse de la Mermelade.*

—Tiene usted buena memoria, señor Andújar. No faltará quien sonría al oír esos títulos, pero yo le aseguro, *ma foi,* que aquella corte tenía dignidad. Lo único que puede decirse es que Cristóbal le resultaba pequeño el *piédestal.*

—¿Es verdad que no sabía leer?

—Solo sabía firmar. Eso lo hace más grande. Con más ilustración, *ma foi,* no sabemos a dónde hubiera llegado.

—Sin embargo —insinuó Lico con malicia—, a mí me parece que el presidente Boyer es superior a él.

—¡Ah! *Cela va sans dire.* Boyer ha hecho la unidad de toda la isla. Cristóbal la había dividido más de lo que estaba. Del lado acá teníamos a España; y el otro lado lo formaban la república de Petión y la monarquía de Cristóbal. ¡Lástima que Petión y Cristóbal no hicieran las paces! Si eso se hubiera logrado, la parte española sería nuestra desde mucho antes, porque en una isla no debe haber más que un gobierno. Esa es la gloria de Boyer: haber terminado con esa división para siempre.

—Sí —dijo Lico con afectada gravedad—, por los siglos de

los siglos, amén.

Filoclés lo miró cautelosamente, no sabiendo si aquello debía cargarse a las bromas o a las veras, y se levantó para despedirse:

—Ha estado muy callada *mademoiselle* Altagracia. La próxima vez me dirá cuántos enamorados tiene.

—La cuenta debe ser difícil de sacar —afirmó Lico.

—Es verdad. *Au plaisir, monsieur* Andújar. Adiós, don Eudaldo.

—¿No quiere acompañarnos a la mesa? Tenemos buenos chicharrones, arepas...

—No, gracias. Otro día.

Al salir Filoclés, tropezó con Lázaro que regresaba.

—¿Ya se va usted, teniente?

—*C'est ça, don Lázaro. Au revoir.*

—Hasta la vista entonces.

Altagracia anunció que iba a preparar la mesa, y se dirigió hacia el fondo de la casa.

Lázaro fue hasta la entrada para echar una ojeada al exterior.

—Ya se fue —dijo volviendo a tomar asiento—. Joven Andújar, ya he mandado que pongan su caballo en el patio de mi casa y que se ocupen de darle un poco de yerba. Usted no puede irse esta noche. Ya está oscuro, y Dios sabe a qué hora llegaría usted a la capital. Las puertas, desde luego, las encontraría cerradas.

—Eso sería lo de menos, don Lázaro. Yo tengo pase y, después de parlamentar un rato, me dejarían entrar. En la puerta del Conde están algunos milicianos de Pablo Alí, que ahora, en vez de estar con él en la gendarmería, han pasado al ejército, a las órdenes del capitán Ramos Márquez, y todos me conocen.

—De todos modos, un individuo que pide entrada a horas que no son las de costumbre, da qué pensar, y hay que evitar toda sospecha, lo mismo por usted que por mí. Eudaldo halló una explicación fácil para que el teniente

Morin no diera importancia alguna al viaje de usted, y en esa forma hay que proceder siempre. Usted dormirá en casa: como mi familia no está ahí, hay espacio de sobra. Ya sabrás, Eudaldo —agregó bajando la voz—, que el joven Andújar viene de parte del doctor.

—Lo había calculado. ¿Ocurre algo nuevo?

—Nada de particular. El doctor me hace algunas recomendaciones sobre la gente del Este. Probablemente tendré que ir por ese rumbo un día de estos.

—Ya pueden venir —avisó Altagracia.

Pasaron los tres al fondo de la casa, donde en un extremo de la galería estaba preparada la rústica mesa.

—No sé qué hacerme con el tal Filoclés —declaró Altagracia—. Cada día está más zalamero. ¡Y si supiera el mal efecto que me hacen sus gracias mohosas...!

—¡Qué le vamos a hacer, hija! —dijo Eudaldo—. No hay más remedio que sufrir con paciencia las majaderías de estas gentes, que se creen nuestros amos. Día llegará...

—¡Chst! —indicó Lázaro—. Ya vas a soltar la lengua...

—Estamos solos.

—Pero si te acostumbras a hablar como ibas a hacerlo, un día se te irá la lengua delante de otra gente. Nada se consigue con lamentos ni quejas, sino con preparar en silencio nuestro trabajo. Si he aceptado el puesto de capitán de partido es para que todo el mundo me crea amigo de la situación.

—Don Lázaro —dijo Lico—, ¿quiere usted que le diga una cosa?

—A ver.

—Lo he estado observando, y no hago más que admirarlo. Usted sí que es un hombre preparado para estas cosas.

—Pues no me admires, que no valgo nada; pero si crees que mi experiencia sirve de algo, imítame. ¡Ojalá Eudaldo tratara de hacer lo mismo! Siempre hay que estar conteniéndolo.

—Es verdad, Lázaro; pero piensa que yo tengo una hija que

ya es una señorita, y es necesario que piense en ella además de pensar en la suerte del país. ¡Cuando veo que uno de esos *mañeses* se atreve a poner los ojos en ella...!

—Está bien, pero con hablar nada se arregla. Pongamos punto en boca, o hablemos de otra cosa.

Subsiguió un largo silencio que rompió Altagracia con una carcajada:

—Ahora parece que estamos en un velorio.

—Si no fuera por temor a que usted me *taquine* como al teniente —apuntó Lico—, diría, con el permiso de su papá y de su tío, que donde está usted nadie puede poner cara de velorio.

—¡Estos Andújar! —declaró Eudaldo—. Todos se parecen. Este muchacho tiene las mismas salidas de Andrés.

—Tiene la simpatía de los Andújar —agregó Lázaro—. Además el doctor me lo recomienda en su carta como persona de su mayor confianza, y para mí eso vale más. En resumen, que «es hombre de a caballo y de a pie», según palabras textuales del doctor, que quieren decir mucho.

—Don Lázaro, me va usted a poner las orejas coloradas. Suerte que es de noche.

—Lo siento —dijo Altagracia—, porque nunca he visto ponerse colorado a un capitaleño.

—¡Qué mala fama nos echan! —redarguyó.

—Por algo será —murmuró Altagracia sonriendo.

Ya la merienda vespertina, que el pueblo llamaba comúnmente la cena, tocaba a su fin. Lázaro fue el primero en levantarse de la mesa, e invitó a Lico a acompañarlo.

—Vamos, joven. Aquí nos acostamos como las gallinas; y además usted necesita descansar.

—¿A qué hora se va Andújar mañana? —preguntó Altagracia.

—Si no tiene mucha prisa —sugirió Lázaro—, puede irse pasado el medio día, después de comer con nosotros.

—Por eso lo preguntaba, para prepararlo todo. Así es que él dirá.

—Yo dependo de don Lázaro —declaró Lico.

—Pues ya está resuelto —insistió Lázaro—. Se irá después que comamos.

Y rompió la marcha.

—Tengo que leer otra vez la carta del doctor, decía Lázaro momentos después, mientras conducía a Lico al aposento que se le había destinado.

Se acercó a una bujía y leyó un rato en silencio. Cuando terminó, acercó el papel a la llama y lo miró arder hasta quedar reducido a pavesas.

—Con esta nueva lectura podré recordar bien lo que me dice el doctor. Debo conservarlo en la memoria, porque nunca guardo un papel de esta clase.

—A usted no se le escapa ningún detalle.

—Ahora debo decirle por qué he retardado la salida de usted. Tengo que ver aquí cerca a una persona, para poder enviar al doctor un informe que me pide. La mañana se me irá en eso.

—Comprendí que usted tenía sus razones para recomendarme que me quedara. Por eso acepté.

—Veo que nos entendemos bien. Y vamos a otro asunto, de que quería hablarle. Sin necesidad de la recomendación del doctor, usted me inspiró confianza desde el primer momento. Además, usted es sobrino de Andrés. Voy a darle una prueba de esa confianza.

—Muy agradecido. Usted dirá.

—¿Conoce usted a Agustín de Acosta?

—Sí, señor.

Pues bien: yo sé que él anda metido en un plan que me parece descabellado y que puede hacer mucho daño a nuestros proyectos. Hay quienes piensan en dar un golpe de mano en el cual están enredados, según parece, algunos haitianos. Quizás si los dominicanos que andan en eso quieren pescar en río revuelto. Creen que por ahí se pueden abrir camino para la independencia, pero van a meterse en una revolución haitiana contra el orden legal, y Boyer no es

hombre con quien se puede jugar. Los que se metan en eso fracasarán; y el Gobierno de Boyer, sintiéndose más fuerte que nunca, emprenderá persecuciones contra todo el que sea sospechoso. No creo que los haitianos, y desde luego, tampoco los dominicanos, puedan tumbar ahora a Boyer. Para nuestro propósito hace falta lo que buscamos: el apoyo de España. Explicado esto así, lo que deseo es que usted hable con Acosta y trate de hacerle comprender estas razones; pero al mismo tiempo vea si consigue que él se llegue hasta acá y hable conmigo.

—Cumpliré gustoso su encargo, con la discreción y reserva que en pocos momentos he aprendido al lado de usted.

—Muy bien, joven. Explíqueme esto de Acosta al doctor Moscoso, por si él no lo sabe. Y ahora, a descansar.



Cuando Lico despertó ya era entrada la mañana. Vistióse aprisa, mientras oía los rumores del campo, música vaga y susurrante que lo hacía sentirse feliz sin saber por qué.

—Aquí le manda la señorita Altagracia —dijo el peón de Lázaro entrando en el aposento con una taza de café.

Lico tomó la taza e hizo ademán de llevársela a los labios.

—¡Siéntese, don Andújar, por la Virgen santísima! —dijo el muchacho con aire de inquietud—. ¡No tome parado el café, que se le trastornan los planes!

Lico sonrió y tomó asiento. Sorbo a sorbo apuró el sabroso café, fuerte y aromático.

—¿No está ahí don Lázaro? —preguntó al muchacho mientras le devolvía la taza.

—No, señor. Aquí solo está la señorita Altagracia, que vino a dar una mano de limpieza.

—¿Dónde?

—¡Aquííí...! —voceó Altagracia desde la sala.

Lico fue en su busca, y la encontró, trazo en mano, quitando

el polvo al modesto mobiliario.

—¡Buenos días!

—¡Buenos se los dé Dios! —contestó ella sin interrumpir su faena—. ¿Durmió bien?

—Como un lirón, o al menos así debo suponer que duermen los lirones, aunque nunca los he visto. Pero al despertar estuve a punto de cometer una imprudencia.

—¿Cómo así?

—Iba a tomar el café de pie, y el muchacho me obligó a sentarme, porque de lo contrario se iban a trastornar mis planes.

—¡Ja, ja! Una superstición como otra cualquiera.

—Sin embargo, Altagracia, en esa superstición hay su poquillo de filosofía.

—¡Jesús! Mire que encontrar filosofía en eso...

—Sí. Porque eso equivale a decir que aquel que hace las cosas con precipitación y atolondramiento, hasta el grado de que ni siquiera se sienta cómodamente a tomar su café, no tendrá suficiente reflexión y calma para que sus planes le salgan bien. Esa creencia supersticiosa de nuestro pueblo quiere decir: pon a prueba tu tranquilidad de ánimo hasta en el modo de tomar el café.

—Usted ha encontrado una bonita explicación, Andújar.

—Llámeme Lico, que así me llama todo el mundo.

—Bueno. Pues Lico será. Me gusta más. Había pensado si debía decirle: Manuel de Jesús, pero me pareció mucho repiquetear.

—Por lo menos es muy largo. Da tiempo para bostezar.

—Tiene usted hoy el espíritu retozón.

La puerta de la calle se abrió para dar paso a Lázaro, quien, después de cerrarla cuidadosamente y sin ruido, se acercó a Lico y le entregó un sobre cerrado.

—Aquí tienes —dijo tuteándolo familiarmente—. Y acuérdate de mi encargo de anoche.

—Descuide usted, don Lázaro.

—Altagracia —agregó Lázaro—, el padre González quiere

conocer a Andújar, y para allá vamos. Tenlo todo listo, que volveremos pronto y tenemos que sentarnos a la mesa temprano. Supongo que Eudaldo no tardará tampoco.

—Está bien, tío. Todo estará preparado cuando vuelvan.

Lázaro y Lico se encaminaron hacia el centro del pueblo. A poco divisaron la iglesita de madera, con su campanario redondo y chato a modo de pequeña glorieta. Al fondo vivía el cura.

El padre González los recibió afablemente. Bastante joven aún, era hombre de cara ancha, con expresión de jovial franqueza. Conocía a toda la familia Andújar y durante un buen rato se entretuvo en recordar, arrellanado en amplia mecedora, su mocedad de seminarista, y la amistad que lo unió al padre de Lico.

—Lástima que tu padre, que Dios tenga, en su santa gloria —dijo—, no pudiera verte ya hecho un hombre. Éramos grandes amigos, a pesar de nuestra diferencia de edad, pues él me llevaba un buen puñado de años. Yo lo trataba como a mi hermano mayor. ¡Qué simpático era! ¡Y *embromón* como él solo! Siempre andaba tirándome pullas por causa de la sotana. «¿Pero muchacho, y es de *verdá verdá* que te vas a hacer cura para andar toda la vida con esa falda prieta?». Y cuando yo le decía que esa era mi vocación, se echaba a reír, y me contestaba: «¡Lo que pasa es que tú eres muy ambicioso, y como no puedes ser capitán general, pretendes que algún día te hagan arzobispo!». Cuando canté mi primera misa, me abrazó, diciéndome: «Reservo mi felicitación para el día en que seas arzobispo». Yo creo que, en su afecto por mí, había llegado a creer en serio que algún día esa broma dejaría de ser broma.

Del cajón de la mesa vecina sacó algunos tabacos que ofreció a sus visitantes:

—Pruébenlo, que vienen de lejos y son muy buenos. Los hacen para mí. Es la fuma del cura...

Y bruscamente, cuando hubo encendido su cigarro, dio un

manotazo en la rodilla de Lico, y exclamó:

—Bueno. ¿Y cuándo echamos de aquí a los haitianos?

—Padre —dijo Lázaro—, usted siempre está de broma.

—Creí que ibas a decirme que hablara más bajito. Pero ya sabes que aquí no hay más que una criada vieja y medio sorda, la hacendosa Tona. Deja ver qué me dice Andújar.

—Lo único que puedo decirle, padre, es que en eso estamos y a eso llegaremos.

—Cabal. Dejémonos de pamplinas y que vuelva España... Pero, a lo que entiendo, no hay todavía noticias precisas de Puerto Rico.

—Las que hay, padre, no son tan buenas como quisiéramos. Nos ayudarán, pero la cosa requiere tiempo.

—Hombre, ya sé que no es asunto de coser y cantar. Pero necesitamos saber a qué atenernos. Nada de promesas baratas, y al grano. ¡Y qué gusto me voy a dar cuando me amarre esta falda prieta a la cintura y empuñe mi fusil para tumbar unos cuantos *mañeses!*

—El padre es hombre de buena puntería... —indicó Lázaro.

—Y ese día la tendré mejor. El asunto es prepararnos para hacer las cosas bien. Yo supongo que no habrá dominicanos capaces de ponerse de parte de los haitianos.

—Algunos habrá —indicó Lico—, y otros hay que se quedarán con los brazos cruzados.

—Unos y otros son unos descastados, pero la gran masa del pueblo, más sana que muchos de arriba que se acomodan a todas las situaciones, estará con nosotros, dispuesta a vender cara la vida.

—Así hay que esperarlo, padre.

—Y así será. El asunto es que tengamos fusiles y que vengan unas cuantas compañías de soldados españoles. Con eso basta. Y entonces habrá que castigar muy duro, pero muy duro, a esos dominicanos que tan satisfechos se hallan con el régimen de Boyer. Pensar que —ino lo permita Dios— si fracasáramos

en nuestra empresa, nos juzgarían y condenarían tribunales compuestos por dominicanos como Del Monte, Pichardo, Mancebo, Bobadilla y otros que, con tal de dar prenda de fidelidad a este régimen odioso, se mostrarían implacables con nosotros, peor, quizás que los mismos haitianos!

—Eso sí es triste, padre —apuntó Lázaro.

—Por eso mismo el castigo debe estar a la altura de las circunstancias.

—Por lo menos —sugirió Lico—, esos individuos deben quedar separados de toda función pública.

—No basta. Hay que tenerlos un buen rato en un calabozo.

—Así es, padre —dijo sentenciosamente Lázaro—, esos no son buenos dominicanos; o mejor dicho, no son dignos de llamarse dominicanos. Y ahora que ya usted ha tenido el gusto de conocer a Andújar, nos vamos, que él tiene que volver hoy mismo a la capital.

—¡Que Dios los bendiga y los conserve en buena salud para bien de nuestra causa! Y vuelve por aquí, muchacho —dijo agarrando por ambos brazos a Lico—, que esta es tu casa y siempre hay una cama lista para el que viene a verme de la capital. Dale un abrazo a Andrés y recuerdos a las muchachas cuando las veas.

Lázaro y Lico regresaron apresuradamente a casa de Eudaldo. Altagracia los esperaba en la puerta.

—Hace un rato que está la comida —dijo al recibirlos—. Ya sabía yo que la conversación con el padre González no iba a ser cosa de un minuto. Papá llegó hace más de un cuarto de hora. Podemos pasar a la mesa.

Encamináronse todos a la galería del fondo y comieron durante un rato en silencio.

—¡Qué callado está Lico! —dijo Altagracia—. Cualquiera diría que tiene alguna preocupación.

—Ninguna. ¿No decía usted que yo había amanecido con el espíritu retozón?

—Eso fue esta mañana, pero ahora lo veo así... ¡qué sé yo!

—No hay motivo para preocupaciones y menos aun después de la agradable visita que hicimos al padre González.

—¡*Simpaticón* el padre! ¿Verdad?

—Además, francote —afirmó Eudaldo.

—Y valiente y resuelto —añadió Lázaro—. Confieso que al principio, cuando vino a hacerse cargo de la iglesia, no me cayó bien. Me pareció muy desparpajado. Después se armó un chisme entre él y mi compadre José María de Altagracia, y casi casi nos peleamos los dos con el cura. Cosas de pueblo. Pero todo se arregló y ahora somos amigos.

—Me llevo la más agradable impresión de su persona —dijo Lico—. ¡Ojalá tuviéramos muchos hombres así!

—Y eso que tiene sotana —murmuró Altagracia—. Siempre sorprende ver metido a un cura en ciertas cosas.

—No es tan raro —contestó Lico—. En México la revolución de independencia fue obra de dos curas: Hidalgo y Morelos.

—¿Y qué les pasó?

—Que los fusilaron, pero hoy México es independiente.

—¡Lástima que nosotros no podamos pensar en la independencia! —exclamó Eudaldo—. No tenemos más remedio que traer otra vez a España, para salir de estos *mañeses*.

—¡Eudaldo! —interrumpió Lázaro—. Baja la voz. Son hechos lo que necesitamos y no palabras.

—Bueno, viejo regañón, será como tú quieras. Cualquiera diría que tú eres mayor que yo, cuando es al revés.

—Siempre han de parar en lo mismo papá y tío Lázaro —dijo Altagracia.

—Me alegro, porque así estoy aprendiendo la táctica del «punto en boca», que sin duda es la mejor —declaró Lico.

—No lo dudes —afirmó Lázaro.

—Pues «punto en boca» y me voy —anunció Lico—. Así podré llegar temprano a la capital.

—Tu caballo ya está preparado en la puerta —indicó Lázaro—. El muchacho debe haberlo traído ya.

—Solo me queda agradecer a todos ustedes sus atenciones,

¡Se está tan bien en esta casa! A mí me parece que hace la mar de tiempo que soy amigo de ustedes.

—A nosotros también —dijo Eudaldo—. Y para tu tío Andrés, mis afectos cuando lo veas.

Lico tendió la mano a Altagracia y ella la retuvo un instante. Él quiso decir algo, pero turbado por la sensación magnética que le producía tan suave presión, solo acertó a balbucir:

—Hasta la vista, Altagracia.

Lázaro lo detuvo, ya junto a la puerta.

—Entre tú y yo ha quedado hecho un juramento de honor —dijo gravemente—. Ya sabes lo que este abrazo quiere decir. Y lo apretó contra su pecho.

IV EL DRAMA DE GALINDO

Todavía calentaba el sol cuando entraba Lico a la ciudad de Santo Domingo por la Puerta del Conde. Algo extraño ocurría. En el puesto de guardia los soldados cuchicheaban, formando pequeños grupos. En la calle del Conde alguna gente conversaba de acera a acera y de puerta a puerta. Lico percibió al pasar algunas frases que no supo cómo interpretar:

—Yo no lo siento tanto por él, sino por las pobres muchachas.

—¡Ay, hija! Después de todo, él tuvo la culpa.

Lico dobló por la primera esquina. El cuadro era el mismo: de un lado y otro de la calle, voces femeninas hacían el comentario de algún suceso que para el vecindario debía ser importante:

—¡Lo nunca visto, muchacha, lo nunca visto! ¡Qué horror!

—No, si la verdad es que estamos en plena barbarie. ¡Desalmados, bandidos, asesinos...!

—Todo lo que se diga es poco.

Al llegar a la calle de las Mercedes oyó a una señora que desde la puerta de su casa decía a voz en cuello, aunque el individuo con quien hablaba junto a ella:

—¿Quién puede cometer hechos así? Solo los *mañeses*. Nosotros no estamos acostumbrados a semejantes atrocidades, propias de salvajes.

Un haitiano que estaba asomado a la ventana, en la acera opuesta, intervino:

—Vecina, tenga cuidado con lo que dice. Asesinos puede haber en todas partes, doña Dominga, lo mismo en la parte del Oeste que en la parte del Este de la isla. Y lo más probable es que sean de por estos lados los culpables del crimen de Galindo.

—¡Qué va, qué va! ¡En la vida de la vida! —gritó la exaltada señora gesticulando apasionadamente.

—¿Pero qué la ocurrido en Galindo? —exclamó Lico lleno de angustia, parando bruscamente el caballo.

—¡Ah! ¿No lo sabe usted? —respondió doña Dominga echando una mirada escrutadora al jinete—. Bueno, usted parece que andaba por el campo. ¿Pero, digo, no es usted sobrino de Andrés Andújar?

—Sí, señora, para servirle.

—¡Ay, hijo! ¡Qué tremenda desgracia! La familia se está reuniendo en casa de las Acevedo. Corra para allá.

—¡Dígame primero lo que ha pasado!... —gritó Lico, desencajado el rostro, pálido a tal extremo que a no ser por el brillo inquieto de sus ojos se le creería sin vida.

—Que asesinaron a Andrés Andújar y a sus tres hijas.

—¿Qué dice? —exclamó Lico, vacilante, agarrándose de las crines del caballo y hundiendo en ellas la frente.

—¡Ay, Dios mío! —clamó asustada doña Dominga—, ¡Qué bruta soy! ¡Cómo le disparé ese escopetazo! ¡Es que no sabe una ni lo que dice! ¡Corran, agárrenlo, que se cae!

El individuo que hablaba con ella saltó al medio de la calle y sujetó por el brazo a Lico, invitándolo a bajar del potro. Algunos transeúntes se acercaron, deseosos de prestarle auxilio.

De pronto, Lico se irguió. Se afianzó otra vez sobre el asiento, torva la mirada, inyectados los ojos. La palidez había huido de su faz, ahora congestionada. De un manotón se acomodó el sombrero que resbalaba sobre su frente.

—¿Quiénes son los asesinos? —preguntó con voz ronca.

—¡Vaya usted a saberlo! —contestó doña Dominga—. Para mí son *mañeses*... ¡Ya empiezan a hacer de las suyas!

—¡Por favor, ábranme paso! —gritó Lico a los que le rodeaban—. ¡Y habrá dominicanos que se resignen a vivir en la ignominia!

Y echó el potro al galope.



Un minuto después bajaba del caballo en la calle de Regina, a la entrada de una casa frontera al callejón de la Cruz. Allí vivía la familia Acevedo. Sordo murmullo de voces femeninas, a las cuales se entremezclaban quejidos y sollozos, provenía de la sala, colmada de vecinos y amigos. Al entrar Lico, las hermanas Acevedo, tías de las hijas de Andrés Andújar, lo abrazaron llorando.

¡Lico, Lico! ¡Qué desgracia! —decían sus voces entrecortadas—. ¡Tanto como le dijimos a Andrés que trajera a esas muchachas a la ciudad! ¡Miren que haber pasado ellas casi toda su infancia con nosotras, en nuestra escuela, y llevárselas a ese campo, cuando estaban aquí tan contentas! Esta mañana se apareció aquí el perro de las muchachas, y al ver que no venía con Andrés, eso nos dio mala espina. ¡Con razón, hijo, con razón, porque ya ves lo que ha pasado! Para Galindo ha ido Juan de la Cruz acompañando a Fello, que ya podrás suponer cómo estará.

—En ese caso voy para allá también —dijo Lico.

—¿Para qué? Ya deben estar en camino para acá. Espéralos aquí, ¡Ay, Lico, Lico! ¡Esto es horrible! ¡Esto es horrible!

Cuando pudo desprenderse de tan tristes efusiones, Lico logró recoger, de labios de personas allí reunidas, algunos informes sobre lo que había sucedido.

Esa misma mañana *monsieur Sorapur*, francés que había escapado de las matanzas de blancos en Haití, a fines del

siglo XVIII, y desde hacía años vivía en la llamada *Casa de los Dos Cañones*, situada en la calle de las Damas, había salido de cacería con un hijo suyo, su sobrino Limbal y su amigo Lovelace, rumbo a Galindo. En el camino encontró el cadáver de Andrés Andújar, cosido a puñaladas. Despachó a Limbal y a Lovelace hacia la ciudad para dar aviso a la justicia y se encaminó con su hijo a la estancia donde vivía la familia Andújar, cavilando sobre el modo de dar la noticia a las hijas de Andrés. El cuadro que se presentó a sus ojos fue de desolación y espanto. El interior de la casa, cuya puerta principal estaba abierta de par en par, atestiguaba que allí se había librado tremenda lucha: muebles rotos y volcados, charcos de sangre, jirones de tela enrojecida mezclados con mechones de cabellos. Solo una mesa estaba en pie con un libro abierto y recado de escribir. Afuera, lirios tronchados y manchas de sangre sobre la grama. Dio unas cuantas voces y nadie respondió a su llamamiento. Advirtió entonces que las manchas de sangre se prolongaban, entre hierbas y flores pisoteadas, del lado derecho de la vivienda, y siguió esas huellas, que lo condujeron hasta el brocal del pozo, cuyas piedras también estaban ensangrentadas. Miró atentamente al fondo del pozo y distinguió bultos confusos y pedazos de tela blanca flotando sobre el agua, y sedujo que allí habían sido arrojados los cadáveres de las hijas de Andújar.

—Pero —balbuceó Lico—, ¿no hay dato alguno que permita suponer quiénes son los asesinos?

—Al parecer, ninguno —contestó uno de sus informantes—. ¡Ah! *monsieur* Sorapur dice que poco antes de encontrar el cadáver de Andrés vio pasar junto al camino, por entre los matorrales, a un negro con uniforme de sargento de la guardia haitiana, armado de un fusil de munición. Disparaba de cuando en cuando, como si cazara, a pesar de que no había por allí palomas, y a Sorapur se le hizo sospechoso. El hombre tenía la gorra echada hacia adelante, por lo cual ni Sorapur ni sus compañeros pudieron distinguir bien

sus facciones, pero la actitud de ese cazador extraviado les pareció algo extraña. Como hasta ese momento no habían notado otra cosa de particular, Sorapur y sus acompañantes siguieron su camino. Momentos después encontraron el cadáver de Andrés.

—A propósito: Águeda me contó ayer el susto de ella y sus hermanas, hace días, al ver, cerca de la tranquera de la estancia, a un oficial haitiano que se quedó mirándolas de manera provocadora. Ellas corrieron a encerrarse en la casa. ¡Y lo que son las cosas! Águeda no quería acercarse más al pozo de la finca, desde un día en que encontró allí un guabá, porque se le antojaba que ese pozo había de traerle alguna desgracia.

—Ya están de vuelta Juan de la Cruz y Fello —anunció una voz.

Lico avanzó a encontrarlos. El aspecto de Fello era de agotamiento. Marchaba de modo inseguro, apoyado el brazo sobre el hombro de Diego Quero. Al ver acercarse a Lico, se precipitó en sus brazos y ambos quedaron fuertemente enlazados durante largo rato, sin proferir palabra alguna. Solo de vez en vez se percibía un sollozo ahogado y bronco, semejante a un ronquido.

—Vamos allá adentro —dijo Diego Quero atrayéndolos hacia el interior de la casa.

Instaláronse los tres, junto con Juan de la Cruz Acevedo, en el aposento de Fello, que se desplomó en la cama y quedó inmóvil, cubierta la cara con un pañuelo.

—¿Qué ha hecho hasta ahora la justicia? —preguntó Lico.

—Nada —contestó Quero—. Los señores del juzgado no irán hasta mañana. Mientras tanto no ha sido posible tomar ninguna medida. Ahí está el cadáver de Andrés, tendido en el camino, hasta que la justicia vaya a levantarlo. Y ahí están las pobres muchachas en el fondo del pozo, pudriéndose.

—¡Esto no tiene nombre! ¿Y nada se sospecha en cuanto a los autores? No pregunto cuál ha sido el móvil del crimen, porque no cabe más que una sola sospecha, y esta es horrible.

—Los autores no pueden ser sino haitianos, y un individuo sospechoso, vestido de sargento, que vio Sorapur, debe ser uno de ellos. En cuanto al móvil, ya tú lo has adivinado: mataron a Andrés en el camino de su casa para ir después a violar a esas infelices niñas. Y como por el estado en que quedó la sala se ve que ellas resistieron heroicamente, pagaron con la vida su virtud. La inspección judicial confirmará seguramente esta suposición.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué horror! No creo que entre los salvajes ni entre los caníbales se dé un caso igual. ¡Quién me hubiera dicho ayer, cuando conversaba en Galindo con las muchachas, el tremendo martirio que habían de sufrir pocas horas después!

—Pues ahí tienes. Tú, entre otros, me echaste en cara mi conducta el primero de diciembre, cuando el doctor Núñez de Cáceres proclamó nuestra independencia. Yo era esa noche el sargento de guardia de la Puerta de San Diego y se apareció Manuel Caballero a exigirme la rendición. Empuñé mi fusil para resistir, y se iba a armar la gorda. Di tú que Caballero es un muchacho muy resuelto, de pelo en pecho. Se me echó encima y rodamos los dos al suelo. Sonaron varios tiros, pero como algunos de los soldados del puesto estaban de acuerdo con los asaltantes, todo acabó en un minuto y me llevaron preso a la fuerza. Pues bien: no es que yo no sea un buen dominicano. Yo hubiera querido la independencia tanto como don José, pero yo sabía que España era lo único que podía impedir que vinieran los haitianos y se adueñaran de esto. ¡Mira ahora las consecuencias!

—No te niego la razón, Quero. Pero si España se fue, puede volver, con tal de que los dominicanos estemos dispuestos a morir por echar de aquí a los haitianos.

—Cuando llegue ese momento yo estaré en mi puesto, como en diciembre.

Se oyó un ligero toque en la puerta.

—¡Adelante! —dijo Juan de la Cruz.

Era doña Jacinta Cabral. Corrió hacia Fello y se abrazó a él sollozando.

—No te había visto, hijo —murmuró—. Ya sabes lo que eran para mí esas niñas.

—Del lugar de la tragedia —indicó Juan de la Cruz—, hemos traído algunos recuerdos, pero no quiero enseñárselos ahora a mis tías por no aumentar su desesperación. Mire, doña Jacinta: un papelito que Águeda había empezado a escribir para ellas.

Doña Jacinta leyó con voz atribulada:

—«Mis queridas tías: Cada día nos sentimos más solas. Es necesario que convenzan a papá de...».

—Eso es todo —prosiguió Juan de la Cruz—. Parece que la llegada de los malhechores le impidió terminar. Y aquí están el tintero y la pluma y también el libro que se encontró sobre la mesa: *Pablo y Virginia*. Por último, estas reliquias que estaban en el suelo: una peineta y un mechón de pelo, que parece de Águeda.

Doña Jacinta besó esos despojos.

—Haces bien en no enseñárselos ahora a las Acevedo —dijo mientras los devolvía—. Se volverían locas... ¡Ah, Lico! Ya se me olvidaba: hace rato llegó el doctor Moscoso y preguntó por Fello y por ti. A Fello es mejor dejarlo aquí tranquilo, pero tú debías ir a saludar al doctor.

—Está bien, doña Jacinta. Allá voy.

Lico salió en busca de Moscoso. Invadida la sala, los visitantes, cada vez en número más crecido, se desparramaban por el comedor y el patio. En un extremo de la galería interior estaba Moscoso con otras personas. Al divisar a Lico, se adelantó hacia él y le dio un abrazo, mientras le decía al oído:

—Nada te digo de esta catástrofe que no es solo de la familia Andújar, sino de toda la sociedad dominicana. Y ahora, dime: ¿traes algo para mí?

—Vámonos con disimulo al fondo del patio, junto al aljibe —sugirió Lico casi imperceptiblemente—. No hay gente por allí y la luz no llega hasta ese rincón.

Echaron a andar pausadamente hasta que se perdieron en la penumbra y consideraron que nadie podía distinguirlos ni oír lo que hablaban.

—Aquí tiene usted —dijo Lico—. Y entregó a Moscoso la carta que había recibido de manos de Lázaro Núñez.

—Está bien. Otro día hablaremos, porque hoy ni tú ni yo tendríamos cabeza para razonar cuerdamente. Hay que prepararse para el día de mañana, que exacerbará el dolor de todos. Media población se trasladará a Galindo, uniéndose al Juzgado que va a practicar las primeras actuaciones. Yo no he de ir: no quiero que, al verme, se me crea todavía ligado de algún modo a la administración de justicia. Y además, prefiero no presenciar ese triste espectáculo, a pesar de que así me privo de estar allí con ustedes.



Muchos visitantes permanecieron toda la noche en casa de la familia Acevedo. Lejos estaban, descomponiéndose bajo el cielo impasible, en la soledad de los campos, los cadáveres de Andrés Andújar y sus hijas, pero aquella reunión reemplazaba al tradicional velorio dominicano.

A las seis de la mañana, Fello, Juan de la Cruz y Lico abrieron la marcha para encaminarse hacia Galindo, seguidos de muchos amigos, cuyo número crecía a medida que la comitiva se acercaba a la Puerta de San Diego. Frente al Ozama, enorme muchedumbre aguardaba la llegada de los representantes de la ley para emprender el camino del Alto de Galindo.

No tardaron en llegar los jueces, con su cortejo de médicos forenses, alguaciles y guardia policial. Seguíanlos varios hombres: unos, cargados de grúas, cuerdas y poleas para la exploración del pozo; otros, llevando auestas cuatro ataúdes de pino, forrados de tela negra.

Al avanzar por el camino de Galindo y contemplar el verdor de los campos bajo la enérgica caricia solar, Lico

recordó, nublado el espíritu de aflicción, su excursión de hacía dos días. El esplendor primaveral, que entonces se avenía con su estado de ánimo, antojábasele ahora burla cruel de la naturaleza.

Detúvose la comitiva frente al cadáver de Andrés Andújar, horriblemente desfigurado por las heridas que tenía en la cara, ya cubiertas de gusanos. Después de oído el dictamen de los facultativos, el secretario judicial levantó acta de los particulares que le indicó el juez José de la Cruz García, y el cadáver fue depositado dentro de uno de los ataúdes.

La comitiva continuó después hacia la estancia. El juzgado tomó posesión de la sala. La secretaría judicial se instaló en la misma mesa donde habían quedado el libro y el recado de escribir de Águeda. Una vez que se hicieron constar en acta las condiciones en que se encontraba la habitación, el juzgado se dirigió hacia el pozo de la finca, sobre el cual revoloteaba oscuro enjambre de moscas, atraídas por la fetidez que emanaba de su fondo. Montáronse las poleas y los cables. Un operario, ducho en limpieza de pozos, fue amarrado por la cintura, y descendió hasta el fondo. Transcurrió largo rato, mientras la muchedumbre aguardaba en silencio. Una fuerte sacudida dada a uno de los cables fue la señal para que tiraran de él los trabajadores que aguardaban junto al brocal. Al cabo de unos instantes apareció un cuerpo humano, envuelto en jirones de tela ensangrentada, atado al extremo de la sogá.

Al tender el cadáver sobre la hierba se advirtió que le faltaba una pierna. Dos mujeres del pueblo se apresuraron a separar los cabellos que ocultaban la faz. Era Águeda. Su rostro, contraído por un rictus de dolor, no tenía la serena placidez de la muerte: dijérase que sufría aún. Fello se acercó, secó con su pañuelo la cara húmeda de su prometida, e inclinándose depositó un beso sobre la frente helada. Después irguióse rígido, y empujando suavemente a Lico, exclamó:

—¡Bésala, que tú también la amabas!

Lico se arrodilló y rozó con sus labios la boca amoratada, de la cual brotó un vaho de putrefacción. Se levantó de un salto, lanzando un alarido de horror. Con expresión terrible, desencajados los ojos y alzando al cielo los crispados puños, gritó fuera de sí:

—Si todavía hay dominicanos de vergüenza ¿qué hacen que no echan de aquí a los bárbaros que nos dominan?

Por su mente atormentada cruzó la imagen de Águeda, tal como en sus ensueños juveniles, entreabiertos los labios para la sonrisa o para el beso. ¡Ah, sí! Hubo un tiempo en que soñó que suyos habían de ser algún día esa sonrisa o ese beso. ¡Algún día, sí! Ahora podría decir, con salvaje ironía, que su ensueño se había realizado: suyo había sido ese beso, pero ni siquiera podría recordarlo como piadosa ofrenda a una muerta. Antes bien desearía borrar de su memoria el horror de aquel instante en que había acariciado un cuerpo mutilado y mancillado por la lujuria vesánica de unos monstruos y había besado unos labios marchitos, que en vez de entreabrirse para la sonrisa se retorcían en una mueca de angustia y en vez de aliento perfumado exhalaban emanaciones pestilentes.

De su ensimismamiento lo arrancó la agitación de la muchedumbre. En ese momento los trabajadores sacaban del pozo los cadáveres mutilados de las otras dos niñas, Lico apartó la vista de aquellos cuerpos informes, y en su garganta se ahogó un grito incoherente de dolor y de rabia.

Sintió que una mano se apoyaba fuertemente sobre su hombro, mientras alguien le decía, casi al oído:

—Joven, respeto su dolor; que todos compartimos; pero le recomiendo que no diga palabras imprudentes como las que dijo hace un momento. Las doy por no oídas, aunque soy el comisario del Gobierno en el tribunal civil. Siga mi consejo y no se comprometa.

Lico se volvió y reconoció a Tomás Bobadilla. Quiso replicar, pero súbitamente le pareció oír la voz de Lázaro Núñez: «Son hechos lo que necesitamos, y no palabras. ¡Punto en boca!»

Se limitó a lanzar a Bobadilla una mirada indefinible y le volvió la espalda.

En el momento en que eran conducidos los cadáveres hacia la casa para la inspección médico-legal, apareció, desfallecida, casi arrastrándose por entre las malezas del potrero inmediato, la negra Isabel. Conducida a presencia del juez y del comisario del Gobierno, contestó por señas, pues apenas podía articular sonidos, las preguntas que se le hicieron. Todas las suposiciones que se habían hecho sobre el drama de Galindo eran ciertas. Varios hombres de piel oscura, uno de los cuales vestía uniforme militar con galones, habían llamado a la casa aquella noche. Una de las niñas abrió la puerta creyendo que era su padre que regresaba. Los desconocidos se abalanzaron sobre las muchachas, pretendiendo acariciarlas, y ante la resistencia tenaz que ellas opusieron se entabló una lucha feroz. Cuando los malhechores sacaron cuchillos y machetes, Isabel huyó despavorida por el campo y pudo treparse a un corpulento mamey, donde había permanecido sin más alimento que algunas frutas del mismo árbol, hasta que divisó el gentío y decidió acercarse a la casa.

—¿Y Goyo? —preguntó Fello.

Isabel hizo un gesto de ignorancia, pero su rostro expresaba inquietud y alarma.

—Probablemente no estaba aquí ese bandido, o huyó al ver llegar a los asesinos.

—Quizás era su cómplice —indicó Lico.

Isabel se echó a llorar, llena de pánico, sin articular palabra alguna.

—¿Dónde estaba Goyo? —le gritó Lico, asiéndola y sacudiéndola con fuerza—. ¡Contéstame que tu silencio lo acusa!

Isabel se arrojó al suelo, moviendo la cabeza de un lado a otro, como quien reitera una negativa, y no fue posible obtener de ella respuesta alguna.

Mientras tanto, los médicos forenses habían terminado su tarea.

—¡Violadas! —dijo uno de ellos al salir de la casa.

—¡Violadas! —repiteieron varias voces.

Y aunque esa palabra no hacía más que confirmar lo que ya resultaba evidente, del seno de la multitud partieron gritos de indignación.

Los cadáveres fueron colocados en los ataúdes, y la comitiva emprendió el regreso a la ciudad.

Al transponer la Puerta de San Diego, la fúnebre procesión se encaminó hacia la iglesia de Santa Bárbara. Allí la aguardaba el padre José Ruiz Domínguez, acompañado de sus acólitos. Avanzó al encuentro de los ataúdes, que roció con agua bendita; y precedido por los clérigos y monaguillos con la cruz alzada, se puso al frente del cortejo para entrar al templo; pero no pudo albergarse allí aquel gentío. Muchos quedaron en la plazoleta vecina. Algunas mujeres se arrodillaron allí, al aire libre, mientras eran cantados los oficios. Después, los ataúdes fueron conducidos al antiguo patio de la iglesia, que estaba habilitado como cementerio.

Allí descansan, junto a su padre, las tres infortunadas doncellas que la tradición ha bautizado con el nombre de *Las Vírgenes de Galindo*.

V
UNA CHISPA EN LA SOMBRA

Semanas después, al caer la tarde, llegaba Lico a Los Alcarrizos y se detenía frente a la casa de Eudaldo Núñez.

—¡Ah, si es Lico! —dijo Altagracia, asomando la cabeza por la puerta entornada—. Tío Lázaro no está en Los Alcarrizos, pero bájese del caballo, que papá no puede tardar. ¡Jesús! —agregó al fijar su atención en el aspecto de Lico—. ¡Qué flaco y desmejorado está usted! ¡Cualquiera diría que está enfermo...!

—Del ánimo sí lo estoy —contestó Lico dejándose caer en el primer asiento que encontró.

—No tiene que decirme nada. La pena de la familia Andújar es de todos los dominicanos. Usted recibiría sin duda la carta de pésame que le envió papá, con unas líneas mías al final.

—Sí, la recibí y por eso he venido.

—¿Por eso ha venido?

—Mira, Altagracia, no puedes tener idea de lo que ha sido mi vida desde que ocurrió esa desgracia. Los Andújar somos muy unidos, y esas muchachas se criaron junto a mí, más como hermanas que como primas, pero con ser muy grande mi dolor como miembro de la familia, más grande aún es mi indignación como dominicano. Ese crimen espantoso, obra de bestias y no de hombres, es el fruto de la ignominia en que

vivimos. Nunca se habían registrado hechos semejantes entre nosotros. Para que eso ocurriera era preciso que las tribus primitivas del occidente de la isla, siguiendo la inspiración de un caudillo ambicioso, viniera a ocupar nuestro territorio. Ya no podemos figurar en la lista de los países civilizados. Hemos retrogrado hacia la barbarie.

—Todos hemos sentido eso que dices, pero muchos no sabemos decirlo así, —murmuró Altagracia, amoldándose con naturalidad al tuteo que él había empleado.

—En ese caso no te será difícil comprender cuál ha sido mi estado de ánimo en estos días. No es de abatimiento, no. Es de rabia y de impotencia. Me dan ganas de cometer una barbaridad: salir gritando todo eso a la calle, a ver qué dominicanos me escuchan, para que nos vayamos al monte todos los hombres de vergüenza; o sacrificar mi vida a cambio de la de Borgellá, para dar un ejemplo que otros podrían seguir mañana con cualquier nuevo jefe haitiano que manden al departamento, de modo que el nombramiento para ese cargo equivalga en el futuro a una sentencia de muerte.

—¡Lico, esas son locuras...!

—¡Locuras...! ¡Locuras! ¿Y qué otra cosa sino locuras puede engendrar la desesperación? Si tú hubieras visto aquellos cuerpecitos mutilados...

—¡No digas nada, que me dan temblores solo de pensarlo!

Calcula, pues, si he podido volverme loco. La carta de don Eudaldo, con esas líneas tuyas al final, ha sido para mí como una chispa de luz en la sombra. ¡Podía venir a buscar algún alivio en este apacible rincón! ¡Sí, venir aquí, donde al lado de ustedes quizás pueda encontrar de nuevo la tranquilidad del espíritu! Aquí están Lázaro, el padre González, tu papá, hombres de buen consejo; aquí estás tú, comprenderás ahora por qué decidí alejarme un tiempo de la capital. Si me quedo allí hago cualquier disparate.

—Lástima que mi tío no esté aquí. Está en el Este. Ya sabrás en lo que anda.

—Es verdad. ¿Tardará mucho?

—¡Quién sabe! Hace pocos días que salió.

—Aquí me quedo hasta que venga. Voy a aceptar por unos días la hospitalidad que me ofreció el padre González.

—Él lo agradecerá porque era muy amigo de tu padre y le has caído como una onza de oro. Pero seguramente papá te invitará a ocupar el mismo cuarto que te brindó tío Lázaro la otra vez que viniste.

—Ocasión habrá más adelante. No será este mi último viaje a Los Alcarrizos.

—Así sea. Y dime, Lico ¿nada se sabe de los asesinos de don Andrés y las muchachas?

—Hay por lo menos la convicción de que un oficial haitiano ha sido la cabeza principal en el asunto. Atando varios cabos, las señas son precisas. No sé si recuerdas que el crimen fue en la noche del veintinueve de mayo.

—No sabía bien la fecha; pero ¿el veintinueve no fue cuando estuviste aquí?

—Precisamente. ¡Qué bien lo recuerdas! Esa misma mañana había ido yo a Galindo y mis primas me contaron que un oficial haitiano pasó una vez por el camino y se quedó mirándolas de tal modo que ellas emprendieron tamaña carrera para encerrarse en la casa.

—¡Las pobres!

—Y vaya ahora otro dato: *monsieur* Sorapur, que fue quien descubrió el cadáver de Andrés tendido en el camino de Galindo, de donde se trasladó a la estancia de mi tío y fue también el primero en encontrar las huellas del asesinato de las muchachas; había visto momentos antes a un individuo con uniforme de sargento haitiano, que andaba por los matorrales disparando a tontas y a locas con una escopeta. Se le hizo sospechoso, porque por allí no había palomas, señal de que el individuo quería encubrir algo, haciendo creer que cazaba.

—Son coincidencias que dan que pensar.

—Pero hay algo que ya no es una coincidencia: la declaración de la negra Isabel, la antigua esclava que acompañaba a las muchachas y se salvó porque huyó al ver lo que estaba pasando, sin que, al parecer, los asesinos pararan mientes en ella. Isabel, que casi no habla más que por señas, indica de manera que no deja lugar a dudas, que uno de aquellos monstruos llevaba galón al brazo y da a entender que otro era militar también, pero sin galones, esto es, que era simple soldado.

—Pues con eso, la justicia tiene ya una pista.

—¡La justicia! ¡Valiente justicia la nuestra! Me abochorna decirlo porque se trata de dominicanos. ¿Qué ha hecho el juez Cruz García, «el maestro Cruz», como le dice el pueblo porque en un tiempo enseñó primeras letras? Mandar a prender algunos malhechores de profesión, que muchas veces se han visto en líos con la justicia, como un tal Santos Cobial, en poder de quien apareció un caballo que estaba en la finca de mi tío Andrés. Eso nada tiene de extraño. Cobial ha tenido otras cuentas que arreglar con la justicia y, dadas sus inclinaciones a apropiarse lo ajeno, bien pudo sustraer ese caballo, sin duda con idea de irlo a vender a muchas leguas de distancia. Pero si Cobial fuera uno de los asesinos, ya se habría cuidado de no tener en su poder ese caballo.

—¿Y nada ha hecho la justicia por averiguar quién es el oficial a quien se refiere Isabel?

—Ante el clamor del pueblo, que en calles y plazas censuraba al juez por no haber hecho investigación alguna sobre ese particular, se hizo desfilar una mañana ante Isabel a todos o casi todos los sargentos de la guarnición de la plaza. Isabel señaló a uno de ellos, lanzando alaridos de espanto, como si se reprodujeran en su memoria las escenas horribles que había presenciado la noche del crimen; y en una segunda ocasión volvió a señalar al mismo individuo, sin vacilar.

—¿Y él que hizo?

—Manifiestamente se vio que era presa de honda turbación, pero se repuso pronto y trató de sonreír, diciendo: *¡Elle est folle!*

—¿Y el juez?

—¿El juez? Se acercó amablemente al sargento, le dio una palmadita en el hombro, y exclamó: *Oui, je crois qu'elle est folle.* Y ahí acabó todo, porque creo que ni siquiera se levantó acta de la diligencia.

—El tal maestro Cruz bien está como juez haitiano. ¡Ese no es dominicano!

—Así es, Altagracia. Lo que se ve es que el Gobierno está empeñado en echar tierra al asunto y desea que no resulte acusado ni perseguido ningún oficial haitiano, por el efecto moral que eso produciría, con el descrédito consiguiente del régimen de Boyer. Así, el general Borgellá se muestra decidido a todo con tal de que ningún individuo de las fuerzas invasoras, sea oficial o simple soldado, se vea mezclado en el proceso. Para él ésa es una medida política tan útil como necesaria. Y no le será difícil hacer lo que le dé la gana, porque tiene un juez como Cruz García, un comisario de Gobierno como Bobadilla y un tribunal como el que preside Del Monte, a quien acompañan otros dominicanos descastados.

—¿Será posible que todos ellos se presten a hacer lo que Borgellá quiere, tratándose de un hecho que subleva de indignación a todas las familias dominicanas?

—Yo no espero nada de ellos. Y te diré, además, que la política de Borgellá va más lejos. A tese mismo sargento Lenoir que Isabel denuncia y que la voz popular, teniendo en cuenta otros indicios, acusa también, Borgellá lo ha propuesto en estos días para un ascenso, pasándolo a teniente de la gendarmería. De esa manera quiere demostrar que el Gobierno no da el menor crédito a tales acusaciones.

—¡El crimen valdrá a ese desalmado un ascenso!

—A ese grado hemos descendido en la escala del oprobio. ¡Ah, no! ¡Esto es insoportable! ¡Un crimen como ese no debe

quedar sin castigo! ¡Sus autores han de morir por el hierro y por el fuego, o no hay dignidad en Santo Domingo!

—No te exaltes así, Lico. Si no existe la justicia de los hombres, la justicia divina se encargará de condenarlos.

—¡La justicia divina! ¡Si existiera, no habrían sido bárbaramente sacrificadas esas niñas inocentes!

—¡No blasfemes, Lico!

—¿Cómo quieres tú que yo pueda creer en nada, después de semejante iniquidad? Mi indignación y mi amargura son tales que, desde el día en que sacamos del pozo de Galindo los cadáveres de las muchachas, no he derramado una lágrima siquiera. Rabia es lo que siento, no tristeza. Yo no puedo apartar de mi mente la imagen candorosa de mis primitas: Ana y Marcela, las más pequeñas, siempre tan cariñosas conmigo: y Águeda, la mayor, ¡un primor de muchacha, tan bella, bondadosa y tierna! Aun sin quererlo veo con la imaginación el cuadro terrible del crimen: los bárbaros que llegan, en medio de aquella soledad sombría; el grito de repulsión y espanto de Águeda al sentir sobre su cuerpo virginal una mano sacrílega, negra como la noche; el terror de las pequeñuelas, que empiezan a comprender todo el horror de la situación; la lucha que se entabla, tremenda, porque el pudor y la virtud dan energías increíbles a las inocentes víctimas, cuyos alaridos en demanda de socorro no fueron escuchados en la tierra ni en el cielo.

Lico se cubrió el rostro con la diestra y estalló en sollozos. Altagracia se le acercó.

—Llora, llora —le dijo, echándole el brazo por encima del hombro—. Te hacía falta.

Y lo besó en la frente.

Lico hundió la cabeza en el pecho de Altagracia. Apretado contra ella, sintió junto a su oído los latidos apresurados de aquel corazón ardiente y juvenil. ¿No eran esos latidos un llamamiento que le hacía la vida, dominadora, triunfante?

¿Cuánto tiempo permanecieron en silencio, así enlazados? Ninguno de los dos habría sabido precisararlo, pero antes no

habían podido decirse tantas cosas como las que se dijeron ese día, en pocos minutos, sin despegar los labios.

—Dijérase que te conozco desde hace mil años y que eres parte de mi ser, —exclamó Lico cuando al fin, rompiendo el encanto de aquel silencio, levantó hacia ella los ojos—. Por el momento me debo a la causa que defiendo; pero algún día vendré a buscarte para no separarnos más. ¿Me esperarás?

Ella palideció. Leve temblor traicionó su emoción, y más con los ojos que con los labios, contestó:

—¡Sí!

Él la atrajo hacia sí y sus bocas se juntaron.

VI EN CASA DEL PADRE GONZÁLEZ

Durante más de dos meses disfrutó Lico de la cordial hospitalidad que le ofreció el padre González. Levantábase con el alba, tomaba el café mañanero que le preparaba la vieja Tona, y acompañaba al sacerdote a la iglesia.

—Ya sé —le decía el cura—, que no andas muy metido en iglesias. Tu padre era así; y además, tú eres discípulo muy amado del doctor Núñez de Cáceres, ese sabio que siempre se equivoca y tiene tirria a la gente de sotana. Y te diré: casos así no son raros entre los dominicanos. Hay muchos hombres que aparentan no preocuparse de la religión y prefieren que las mujeres se encarguen de rezar por ellos; pero serían incapaces de renegar de la fe católica, porque en el fondo son creyentes. El sentimiento de nuestra santa religión está profundamente arraigado hasta en el dominicano que nos parezca más indiferente o descreído.

—Creo acertada su observación, padre.

—¡Claro que lo es, hijo, claro que lo es! Y por eso, porque sé que tampoco tú eres un descreído, he querido que todas las mañanas vengas conmigo a misa. Llegaste sumamente excitado, angustiado, desesperado... ¡qué sé yo! Necesitabas meditar, reconcentrar tu pensamiento, buscar un poco de paz para tu espíritu. Por eso también te dije desde el primer día:

aunque no tengas la costumbre de hacerlo, reza, hijo mío, reza cuando estés solo, con los labios o con el pensamiento; y si no recuerdas bien las oraciones que aprendiste en la infancia, reconstrúyelas a tu antojo, y mezcla palabras nuevas con tus recuerdos de niño.

Conversando de esa suerte iban hacia el templo a las seis de la mañana. La concurrencia, durante los días de trabajo, era escasa: cinco o seis ancianas devotas, de condición humilde, era lo habitual. El domingo, en cambio, se llenaba la iglesia; a la misa de ocho acudía todo el pueblo y también venía gente de los campos vecinos. Algunos hombres se quedaban en el pórtico, formando grupos, y entraban a la hora del sermón, pues el padre González tenía fama, en todo el contorno, de ser buen predicador.

Durante el resto de la mañana se entregaba Lico a la lectura. En la pequeña biblioteca del sacerdote, aparte de buen número de obras piadosas, predominaban los clásicos españoles, muchos de ellos en antiguas ediciones: fray Antonio de Guevara, fray Luis de Granada, santa Teresa, fray Luis de León, Cervantes, Mateo Alemán, Tirso de Molina, Lope de Vega, Calderón, el padre Isla, el padre Feijóo; pero no escaseaban los autores franceses, empezando por Bosuet y Fenelon, pasando por Corneille, Racine y Molière, hasta llegar a Bernardin de Saint-Pierre y Chateaubriand. No faltaba Montesquieu, y allí estaba también, para sorpresa de Lico, *El Contrato Social*.

—Puesto que ahí está Rousseau —dijo un día al cura, en tono zumbón, a la hora de la sobremesa—, bien podía usted tener alguna obra de Voltaire.

—Ya me quieres buscar las cosquillas con tu Voltaire —contestó González—. Algo he leído de ese impío que se burlaba de las cuestiones más serias. Menos mal sus novelitas, muy entretenidas, aunque llenas de escepticismo y reveladoras del hombre de poca fe, porque yo creo que alguna tenía, a su manera; pero casi todas sus obras son dignas del fuego.

—¿Y Rousseau, también merece ir a la hoguera?

—Puede leersele, pero con cuidado. A pesar de sus errores, que son muchos, vale la pena de enterarse de sus ideas. Yo no las comparto, desde luego, sino en raras ocasiones. *Ese Contrato Social*, a trueque de algunos atisbos felices, tiene sabor de herejía. Me explico, sin embargo, que ese individuo, descarriado muchas veces, tenga tanto influjo en las ideas políticas de nuestro tiempo, porque en ocasiones ha logrado ver claro. Para mí, Rousseau era una especie de loco genial que por casualidad encontró de cuando en cuando una verdad.

A Lico le complacía hacer hablar al padre González, «buscándole las cosquillas» —como decía el propio cura—, sobre temas diversos, y así se prolongaba la charla de sobremesa; hasta que el padre, dando un último chupetón a su tabaco, anunciaba:

—Voy a dormir mi siesta frailuna, como dices tú.

Lico, levantado desde el alba, y sin otra cosa que hacer, lo imitaba. Esperaba después con impaciencia que dieran las cinco de la tarde, para ir a reunirse con Altagracia, que lo recibía enamorada y sonriente. Solía hilvanar con ella proyectos para lo porvenir.

—No espero más que el triunfo de nuestra causa —decía él—, para que nos casemos. Sería insensato atropellar las cosas. Podrías quedar viuda a los pocos meses de casada, si me toca la peor parte en esa empresa.

—No tengo prisa, pero ¿qué importaría? Yo no podría pensar nunca en otro hombre.

—Sin ir muy lejos, ahí tienes a Filoclés.

—No gastes esas bromas, que me tiene preocupada la insistencia majadera de ese moscón con galones. He hecho todo lo posible por hacerle comprender que no lo quiero ni un tanto así, y todo se le vuelve decir, echando los dientes al sol: *Ça viendra, ma petite Altagracia, ça viendra*. Y nada: que está empeñado en hablarle a papá, creyendo que podría tenerlo de su parte, y ahí tienes tú... ¡Tamaño brete para mi viejo,

que quiere mostrarse amable con los haitianos, pero que no los puede tragar...!

—Lo que merece Filoclés es que yo le dé un palo por la cabeza, entre oreja y oreja.

—¡Muchacho! La culpa la tengo yo que te hago el cuento. Con los hombres no se puede conversar así, porque en seguida toman las cosas por la tremenda. Y así nada se arregla.

—Es que noto en la mirada de Filoclés, cuando estás tú delante, un brillo extraño como de apetito brutal; lo que indica que a pesar del barniz que revela su trato, si lo raspan un poquito resulta ser un salvaje como los que asesinaron a mis primas.

—¡Jesús! No exageres; aunque es verdad que no me gusta esa manera que tiene de mirarme. Me da miedo.

—Habría que enseñarlo a mirar de otro modo.

—¿No ves? Ya estás pensando en líos y *fajazones*. Yo lo que trato es de alejarlo de aquí, haciéndole ver que no me agrada su compañía.

—Con razón; porque, además, a veces se aparece y nos echa a perder la tarde, lo mismo a tu padre, que no lo puede pasar, que a ti y a mí.

—¿No recuerdas que un día vino temprano y estábamos nosotros dos solos? La cosa le dio qué pensar. Yo creo que desde ese día sospecha algo.

—No anda mal encaminado. Mejor será que se acabe de convencer para que te deje tranquila.



Después de la colación vespertina, el padre González solía proponer a Lico una partida de ajedrez.

—Vamos a ver quién le da jaque mate a Boyer —decía.

El cura se entretenía en bautizar las piezas de ajedrez con nombres que tenían sabor político: Fernando VII, rey blanco, frente a Boyer, rey negro. María Josefa Amalia, reina blanca.

—¿Y la reina negra? —preguntábale Lico—. Porque Boyer no es casado...

—La reina negra es la antigua querida del presidente Petión, Joutte Lachenais, que hoy es la amante oficial de Boyer. Él la considera como su esposa y todos los haitianos rinden pleitesía a esa dama que mantiene el monopolio del lecho presidencial.

—¿Y las torres?

—Las plazas fuertes: Port-au-Prince y Cabo Haitiano, negras; Santo Domingo y Santiago de los Caballeros, blancas. En cuanto a los caballos negros, son generales haitianos. Mira: este de la derecha es Borgellá, este de la izquierda es Bonnet; y los alfiles: el de la línea negra es el general Biché y el de la línea blanca es el coronel Carrié, que tiene el mando de la fortaleza de Santo Domingo.

—¿Y los caballos alfiles blancos?

—Mejor es dejarlos como incógnitas, puesto que son los conspiradores dominicanos, que no pueden revelar sus nombres, pero ya tú supondrás cómo se les podría bautizar: Moscoso, Aybar, Lázaro, Nova... ¿Conoces a Baltasar de Nova?

—Ya lo creo. Lo conocí en casa del doctor Moscoso.

—Ese es tamaño hombre, aunque Lázaro dice, no sé si por su habitual prudencia o por espíritu de rivalidad, que Nova es demasiado impaciente, capaz de comprometerlo todo en un momento de entusiasmo o en un arrebato de carácter. Por aquí estuvo hace días y se fue para Higüero. No debe haber regresado a la capital, porque quedó en volver a verme. Quizás espere en Higüero a Lázaro, que a su vuelta del Este va a buscar a su familia. La mujer y los hijos de Lázaro están en casa de José María de Altagracia, capitán de aquel partido y hombre resuelto, a pesar de que me parece algo indiscreto y quisquilloso. Una vez tuve que ponerme serio con él, y hasta con Lázaro, todo por culpa de José María. Pero el caso es que también es hoy de los nuestros, y pelillos a la mar.

—¿Cree usted que Lázaro tardará mucho en regresar? No quisiera irme sin verlo.

—¿Y qué prisa tienes en irte? Yo no creo que la buenaza de Tona, que con tanto gusto te sirve, haya puesto la escoba detrás de la puerta, como hace la gente del pueblo cuando quiere que se vaya una visita. Yo, por mi parte, tampoco la he puesto.

—No tome las cosas así, padre, que me encuentro aquí muy bien, y no creo que estorbo.

—¿Y entonces por qué hablas de irte? De todos modos, debes esperar a Lázaro, que así podrá mandar contigo algún recado al doctor Moscoso, pues tendrá algo que comunicarle después de su viaje.



Un domingo, poco antes de la misa de ocho, se presentó Lázaro en la iglesia, con su mujer y sus hijos. Habían llegado la víspera, ya entrada la noche. Lico, a quien Altigracia, sentada junto a él, acababa de dar la noticia del regreso de su tío, corrió a saludarlo. Lázaro lo abrazó largamente, y murmuró:

—Nada tengo que decirte de la desgracia de Andrés y sus hijas. Este abrazo habla mejor que lo que yo pudiera hacerlo.

Y variando de tono, agregó:

—Mira, aquí tienes a mi mujer y a mis muchachos. Bibiana, este señor es Andújar.

Como ya el padre González se disponía a ir hacia el altar, Lico estrechó apresuradamente la mano que le tendía doña Bibiana, y volvió a su asiento junto a Altigracia.

Lázaro avanzó, repartiendo saludos y apretones de manos, hasta los asientos que, antes por ser vecino antiguo y acomodado que por ser capitán del partido, tenían en primera fila él y su familia. El conjunto de los asientos de la iglesia era abigarrado por la diversidad que había entre

unos y otros, ya que eran propiedad privada de los concurrentes habituales: cada vecino tenía en la iglesia las sillas que había enviado para sí y para los miembros de su familia y allí se conservaba cada una en el lugar de costumbre.

Cuando llegó la hora del sermón, el padre González se encaminó pausadamente a la cátedra sagrada. Con voz lenta, pero enérgica y clara, recordó las palabras de Jesús: «¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!» Después de una breve exégesis sobre la alta enseñanza moral que se derivaba de esas palabras, aludió el crimen de Galindo, «tan tenebroso —dijo—, como la conciencia de sus siniestros ejecutores».

—La justicia de los hombres —prosiguió—, podrá, quizás, asignarles el condigno castigo. Mas si no lo hiciere ¿qué importa? La justicia humana solo puede dictar medidas de reparación o de protección para la sociedad, porque el hombre, mísero pigmeo, no puede representar en la tierra la justicia divina, que es la justicia suprema, única verdadera que existe. Todos somos pecadores, y tanto los culpados como los que han de juzgarlos comparecerán un día ante el tribunal de Dios.

Al cabo de una larga pausa, continuó:

—Ante ese crimen monstruoso la conciencia humana se subleva; pero ningún sentimiento de odio o de venganza debe empañar la dignidad de nuestra unánime reprobación. Nuestra primera reacción frente al mal debe ser la de tener perseverancia en el bien, la de aspirar siempre a ser mejores. Y cuando el mal se extiende como sombría amenaza sobre una sociedad entera, esa sociedad debe sacar fuerzas de flaqueza para buscar el camino de su redención y mostrar su firme voluntad de vivir al amparo de los principios cristianos de caridad, de justicia y de amor. No nos toca interpretar los designios de la providencia; pero el martirio de esas vírgenes inocentes debe servir a nuestra sociedad como terrible acicate que la arranque del letargo oprobioso en que yace

sumida. Tengamos constancia en hacer el bien; y frente al mal, recordemos las palabras de Jesús: «¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!». Y oremos. «Sí, oremos por nuestra propia salvación; oremos por el porvenir de esta tierra, la primera donde en el Nuevo Mundo dejaron oír su voz los misioneros de la fe católica; oremos por la familia dominicana, sobre la cual se cierne hoy la adversidad; oremos por los déspotas que en su vana soberbia se creen omnipotentes y olvidan cuán efímera es toda grandeza y todo poderío terrenal; oremos por aquellos que, congraciándose con el mal, se resignan a vivir en la ignominia; y oremos, en fin, porque Dios a todos nos ilumine para que podamos merecer el perdón de nuestros pecados. Amén».



Tema de todas las conversaciones fue aquel día en el pueblo el sermón del Padre González. A la hora de la colación vespertina Lico le trajo el eco de esos comentarios.

—Menos mal —dijo el cura—, si he logrado sacudir un poco la inercia espiritual en que nos quieren mantener los haitianos. Hay que preparar los ánimos, Lico, hay que preparar los ánimos de nuestros compatriotas. La obra que tenemos que realizar es de decisión y sacrificio. Pero dejemos eso, que esta prima noche vienen Lázaro, Nova y José María de Altagracia, y antes de que lleguen quiero ver si tenemos tiempo de echar una partidita de ajedrez. ¡A ver quién le da mate a Boyer!

Lico fue a buscar el tablero. La suerte lo favoreció con las blancas.

—Hoy me toca perder —dijo el padre González—. Me han tocado las negras y yo no sé defender a Boyer, ni con toda la ciencia del famoso François André Donican, buen músico y mejor maestro de ajedrez, a quien sin duda conoces por el mote de *Filidor*.

Abrió Lico el juego con un gambito de dama, aceptado por el cura, que contestó organizando sus fichas en correcta línea de defensa.

—Ahora que me acuerdo, Lico —dijo de pronto el padre González—, desde hace días quería hablarte de un asunto. Te he estado observando todos estos días; pero te advierto que tienes que andar muy derecho, porque con esa muchacha no se puede estar jugando.

—¿A quién se refiere usted, padre?

—¿A quién ha de ser? ¡A Altagracia! Muchacha más decente y digna de respeto no la encontrarás en otra parte.

—¿Y usted me cree capaz de andar jugando?

—Con los jóvenes de tu edad, sobre todo si son de la capital, que se creen que las muchachas de pueblo solo sirven para pasar el rato, siempre hay que temer una equivocación o una tontería; pero me basta con lo que has dicho. Ya veo que has pensado cuerdamente y eso me demuestra una vez más que eres todo un hombre. ¿Cuándo la pides?

—No sé. He dicho a Altagracia que nos casaremos después que echemos de aquí a los haitianos, si salgo con vida de esa empresa.

—No veo la razón de la espera, pero ¡allá ustedes!

—Si me matan, ella quedaría viuda a poco de casarse.

—También hubo uno a quien, al día siguiente de casado, lo mató un rayo. ¿Pero qué es eso? ¿Te has comido a Riché? ¿Y ahora me regalas la torre de Santiago?

—Cómasela usted si puede.

—Es verdad, pícaro, que si me la como dejo descubierta a la Reina Joutte. ¡Vaya, vaya, no habrá más remedio que resignarse a perder a Riché! Lo dicho: no sé defender a Boyer. Ya empiezan los descalabros.

—¡Y siguen! —dijo Lico mientras se comía un caballo negro.

—No, porque ese es un cambio. Te llevas a Borgellá, pero me das uno de tus conspiradores dominicanos.

—¿Y lo que viene después? ¡Ya verá usted, ya verá!

—Di lo que quieras, que ahora me desquito. ¡Jaque a la reina Amalia de España!

—¡Jaque a Boyer!

—¡Mientras no sea jaque mate. Ya está cubierto.

—¡Otra vez jaque a Boyer!

—¡Vamos, vamos, que esto se está complicando! ¿Y ahora?

—No, ahora no puedo dar otro jaque.

—Pues yo sí. Te has descuidado. ¡Jaque a Fernando VII!

—Eso estaba previsto. Mire cómo me defiendo.

—Sea como sea, ya te he parado la mano en los jaques. ¿A que no das otro?

—No. Me reservo para el mate.

—Pues ya que la situación ha amainado, quiero decirte algo más respecto a Altagracia. Yo no puedo entrometerme en los planes de ustedes, que se casarán cuando les convenga; pero sí te digo que la muchacha es de oro, y que esa gente, modesta, sin pretensiones, es decente y digna. Has hecho una buena elección.

—De eso estoy seguro, padre.

—Bueno. Pues lo que iba a decirte es que, aunque la boda sea para después, sería mejor que ustedes formalizaran esas relaciones. Tú le has caído bien a los Núñez, y en ello no habrá dificultad; pero por lo mismo que te aprecian, tu conducta sería para ellos motivo de desagrado si un día de estos se enteraran de esos amores escondidos.

—Escondidos, no precisamente, padre —murmuró Lico—. No hemos hecho nada para ocultarlos, pero tampoco los hemos publicado a los cuatro vientos.

—¡Ea, ea! No juegues con las palabras. Dale el nombre que quieras a esos amores. callados, pero la verdad es que por consideración a Eudaldo y a Lázaro es mejor hablar con ellos a las claras.

—Confieso, padre, que no había pensado en que ellos pudieran sentirse, ni la misma Altagracia había parado, mientes en eso...

—¿Ella qué va a decir? Parecería que tiene prisa.

—Tiene usted razón, padre, y para dársela por completo le voy a rogar que sea usted mismo el que pida a Eudaldo la mano de Altagracia.

—Me das un gusto con ello. Ya verás cómo arreglo el asunto.

—¡Jaque a Boyer!

—Debía decirte que no se vale. Por ocuparme de tus asuntos voy a perder el juego. Bueno. No hay más remedio que cambiar de sitio a Boyer.

—¡Jaque otra vez!

—Así creerás que me vuelves loco. Después de esta jugada quiero ver si te atreves a dar otro jaque al rey.

—No, ahora no; pero no le doy mucho tiempo de vida.

—Buenas noches, dijo Lázaro entrando —No se molesten. Acaben el juego, que yo los miraré.

—Siéntate, Lázaro —le indicó el padre González—, que ya estoy dando las boqueadas.

—Y va la última boqueada —anunció Lico—. ¡Jaque mate!

—En efecto —murmuró el padre, sorprendido—. No esperaba por ahí ese golpe. ¡Y fácil cómo hubiera sido evitarlo! Me distraje. Lo dicho: no sé defender a Boyer. Con las negras siempre pierdo. Pero, en fin, ya era hora de acabar, porque no deben tardar Nova y José María.

—Debían estar aquí ya —apuntó Lázaro.

—Está bien, Lázaro —dijo el padre—, déjame hacerte una preguntita antes de que lleguen, puesto que ahora solo estamos aquí nosotros tres.

—Usted dirá, padre.

—¿Qué dirías tú si Lico Andújar se enamorara de tu sobrina Altagracia?

—¡Vaya, padre, tiene usted unas cosas! ¿Qué iba yo a decir? Ese sería asunto de ella.

—Está bien, pero si Lico te anunciara que quiere pedir a Eudaldo la mano de Altagracia ¿lo desalentarías en ese empeño?

—Ya comprendo, padre, puesto que usted me habla delante de Lico, que él le ha dado ese encargo, como si no se atreviera a cumplirlo por su cuenta.

—No es porque no me atreva —interrumpió Lico—, pero como mi padre no está vivo, decidí que hiciera sus veces el padre González.

—En ese caso, ya ese asunto está en buen camino, y yo...

—Y tú —indicó el padre González—, le dirás a Eudaldo, que te consultará el asunto, porque hace todo lo que tú le aconsejas, le dirás, repito, que este muchacho se merece a Altagracia, y eso ya es mucho decir, porque Altagracia vale un Perú.

—Con más autoridad se lo dirá usted, padre, pero no tengo que andar con tapujos para decir que Andújar cuenta con todo mi aprecio. ¡Lico, dame la mano! ¡Ya está! No hay que hablar más de ese asunto, por lo que a mí toca.

—¡Muy bien, Lázaro! —dijo el padre, mientras Lico balbuceaba unas palabras de agradecimiento—. Lo que siento es que Eudaldo no haya venido, porque así...

—¡Salud, señores! —dijo desde la puerta Baltasar de Nova—. Era un hombre joven, de buen porte. Podía tener algo más de treinta años. Blanca la tez, finas y acentuadas las facciones, sus ojos inquietos y enérgicos tenían la misma vivacidad que sus ademanes. Todo en él revelaba decisión e ímpetu.

—Estamos algo retrasados —explicó José María de Altagracia, que lo acompañaba—, pero en el camino nos encontramos con el teniente Morin, y se empeñó en darnos conversación, como si se extrañara de vernos juntos por aquí.

—Filoclés es muy desconfiado —advirtió Lázaro—, y siempre está atando cabos. Hay que tener cuidado con él.

—Bueno —anunció el padre González—, pues para que no se aparezca de sopetón, ya que anda por ahí, voy a cerrar la puerta... ¡Ya está! ¡Y al grano, que quiero ver lo que traen ustedes! ¿Qué me dice Lázaro de la gente del Este? ¿Podemos contar con Diego Mercedes?

—Sobre eso no hay duda —contestó Lázaro.

—Así lo esperaba yo.

—No es solo Diego Mercedes el que está a nuestro lado, sino también José Mena y muchos otros hombres de peso en esa región.

—¡Bravo! En ese caso solo nos falta recibir noticias definitivas de Silvestre Aybar, y saber cuándo llega y qué auxilios ha podido conseguir en Puerto Rico para empezar el bochinche.

—Un momento, padre —interrumpió Nova—. Yo creo que ni en Puerto Rico ni en Cuba harán nada por nosotros si no ven que hemos entrado en acción. Quizás no creen en nuestros preparativos.

—Pues habrá que convencerlos para que no vacilen más. La verdad es que el tiempo pasa y Aybar no da ninguna orden decisiva.

—Así es —continuó Nova—. Por eso entiendo que nosotros no debemos esperar más. Todo está listo. Solo falta fijar la fecha y dar las órdenes necesarias.

—¡Hum! —rezongó el padre—. ¡Cuidado con precipitaciones e imprudencias!

—Usted ha hablado como se debe, padre —declaró Lázaro—. Yo creo que nada debe hacerse sin tener la seguridad anticipada de la ayuda de España. ¿Piensan ustedes que el doctor Moscoso aprobaría lo que con razón ha llamado el padre una imprudencia?

—El doctor Moscoso —arguyó Nova—, es un hombre civil, y estas cosas deben resolverlas los hombres de armas. Yo soy militar, hijo de un militar español, y hablo como militar.

—Por tu línea materna descienes de franceses —apuntó el padre González—. Apuesto a que por el lado de los Pomier también hay militares en tu familia.

—También los hay, padre, aunque un poco más lejos.

—Está bien, pero nada debemos hacer sin consultar al doctor Moscoso —sostuvo Lázaro—. Por algo lo consideramos como una de las cabezas directoras del movimiento, sin

duda alguna la de mayor autoridad. Además, otro de los directores, y en este caso se trata de un hombre de armas, es Silvestre Aybar, y habría que conocer también su opinión. Si él viene a dar el golpe, aunque no traiga de una vez los auxilios que España puede darnos, o si desde Puerto Rico anuncia que podemos empezar, porque ya lo otro se andará, yo no vacilaré en hacer lo que me corresponda; pero no siendo así, Baltasar, creo que debemos seguir esperando y que toda precipitación puede sernos fatal.

—Sí, esperar y aguantar. Ya estoy cansado de eso. Si esto se prolonga habrá por ahí algún chismecito y nos denunciarán a todos, porque es muy difícil guardar en secreto estas cosas por mucho tiempo. Son muchos dominicanos de pelo en pecho los comprometidos en este asunto. La *pela* que le vamos a dar a los haitianos va a ser lo nunca visto.

—Me encanta tu entusiasmo —dijo el padre González—, pero hay que andar con pies de plomo.

—Hasta un día, padre, hasta un día —masculló Nova—, pero yo le aseguro que llegará un momento en que ya no podré contenerme y venga o no venga España a ayudarnos, veré con quienes cuento para hacer lo que la dignidad manda.

—Baltasar —apuntó Lázaro—, yo no soy hombre de temores ni de vacilaciones. Esperemos un tiempo más. Si llega un día en que la situación se hace insostenible para nosotros, habrá que volver a hablar del asunto y tomar la determinación que deba tomarse, contemos o no con los recursos que nos puede dar España. Pero te aseguro que no tengo ilusiones en cuanto a lo que podamos hacer nosotros solos. Es cuestión de números: solos, nada podemos contra el ejército de Boyer. Ahora, si hay que ir al sacrificio por cuestión de dignidad, cuenta conmigo.

—Opino lo mismo que Lázaro —dijo a su vez José María de Altigracia—. No creo que podamos llevar a cabo esa empresa los dominicanos solos; pero si llega un día en que hay que jugar el todo por el todo, yo estaré en mi puesto.

—Bueno —dijo el padre González—, esto no es más que una escaramuza de palabras entre gente de valor probado. Sea como fuere, la idea de Baltasar me parece temeraria, dicho sea sin ambages, al menos en el momento actual. Eso sería jugarse el todo por el todo sin tener el as de triunfo en la mano. Sin embargo, yo he gozado al ver su impaciencia. Eso es patriotismo, pero el patriotismo debe ir siempre unido a la reflexión; y la reflexión nos aconseja esperar todavía. No modifiquemos nuestros planes en un momento de exaltación. Sigamos trabajando como hasta el día de hoy. Lo que importa ahora es comunicar al doctor Moscoso la buena disposición de la gente del Este, para que él a su vez busque el modo de hacerlo saber a Silvestre Aybar, con quien se mantiene en constante comunicación por medios seguros y reservados, y de decirle que todo está preparado y que el patriotismo dominicano no puede aguantar ya esta situación.

—¡Así me gusta, padre! —exclamó Nova.

—Yo creo que un mensaje en ese tono —dijo Lázaro—, puede influir mucho en que la cuestión se resuelva cuanto antes.

—De acuerdo —dijo José María de Altagracia.

—Ya ustedes habrán comprendido que yo estoy de acuerdo también —agregó Nova—. Lo que dije antes es un anticipo de lo que creo que será necesario resolver si recibimos la llamada por respuesta.

—Puesto que todos pensamos lo mismo —concluyó el padre—, mañana debe ir Lico a la capital a contarle al doctor Moscoso nuestra conversación y a llevarle el informe de Lázaro sobre la situación del Este.

—Estoy a las órdenes de ustedes —dijo Lico.

—Mañana temprano —anunció Lázaro—, daré a Andújar un papel sin dirección ni firma, donde conste todo, menos los nombres de las personas comprometidas, que le repetiré antes de que se vaya para que los conserve en la memoria. Ahora deseo, ya que estamos aquí reunidos, que Lico me

diga si pudo cumplir el encargo que le di para Agustín de Acosta.

—Parece que Agustín anda haciendo tonterías, de acuerdo con algunos haitianos —indicó José María de Altagracia—. Eso puede estorbar y hacer mucho daño a nuestros trabajos.

—Por eso mismo quería que Lico hablara con él y me lo mandara para acá.

—No pude cumplir su encargo —informó Lico—, porque Acosta no estaba en la capital. Me dijeron que andaba por el Cibao. Otros agregaban que había seguido para Haití.

—No me gusta esa actividad —afirmó Lázaro.

—Ni a mí tampoco —agregó Nova—. Agustín cree que él puede, junto con algunos haitianos, tumbar a Boyer, pero ese no es nuestro asunto. Nosotros no podemos hacer liga con los haitianos. Ahora, que Agustín es valiente, y ojalá se entendiera con nosotros.

—Lo peor es que a veces se le va la lengua, y puede comprometerse y comprometer a otros. Gente así tiene siempre sus inconvenientes —apuntó el padre González mirando de soslayo a José María.

—Pues bien, Lico —continuó Lázaro—, trata de ver a Agustín sin perder tiempo, y ojalá podamos impedir que cometa una imprudencia. Sobre todo, hay que evitar que siga metido en una conspiración que acabará mal, y que hará que el Gobierno redoble su vigilancia e inicie una serie de persecuciones que puede dar al traste con nuestros planes.

—Supongo que hemos terminado y que nos iremos a descansar —sugirió Nova—. Yo también regresaré a la capital dentro de unos días. Veré al doctor Moscoso y le repetiré mi opinión para que sepa que no estoy dispuesto a quedarme eternamente con los brazos cruzados.

—Me alegro —afirmó el padre González estrechándole la mano—, porque Moscoso hará llegar a Puerto Rico la impresión que reciba de tu visita; pero lo demás, él te dirá lo mismo que te hemos dicho nosotros: que tengas calma.

No te impacientes, Baltasar, que a cada puerco le llega su San Martín.

Los visitantes se despidieron y el padre González fue con ellos hasta la puerta. Al volver, advirtió que Lico se había quedado pensativo, y le dijo sonriendo:

—No te apures, muchacho, y vete tranquilo a cumplir tu encargo. Comprendo que preferirías estar aquí, al lado de tu prometida, puesto que mañana quedará arreglado tu asunto. Te privas de unas horas que sin duda habrían de ser muy dulces para ti; pero oye mi consejo: el mucho dulce empalaga, y es bueno privarse de él durante un tiempo. Después sabe mejor.

VII EL CASO DARFOUR

—Puede pasar a la sala, que el doctor Moscoso está ahí con unas visitas —dijo la criada al abrir la puerta a Lico.

A oídos de Lico llegó al mismo tiempo una voz enérgica que decía:

—¡No, lo que soy yo no vuelvo a poner los pies en la famosa Cámara de Representantes de las Comunes de la República de Haití!

—Parece la voz de Pineda —pensó Lico mientras avanzaba—. ¿Quiénes más estarán con Moscoso?

Al entrar al salón vio que los únicos visitantes eran Pineda y el doctor Núñez de Cáceres, arrellanados junto a Moscoso en sendas mecedoras.

—Supongo que no estorbo... —murmuró con ligera indecisión.

—Al contrario: nos das un gusto —exclamó Moscoso, saludándolo con efusión—. ¡Llegué a creer que no volverías!

—Un conspirador de esa laya, aunque sea novicio, recibe siempre la mejor acogida —agregó don José sonriendo.

—¿Conspirador? —recalcó Pineda—. ¡Pues que tenga cuidado, no le pase lo que a Darfour!

—Cualquiera creería que usted no ha conspirado nunca... —masculló don José—. En todo caso, dele el consejo a

Moscoso, que después de conspirar para echar de aquí a España, conspira ahora por volverla a traer. Exactamente lo mismo que Lico.

—Sí, el plan de Aybar. Ya me han contado...

—Está bien —intervino Moscoso—. Dejemos las bromas a un lado, y ya que Pineda ha nombrado a Darfour, vamos a ver si nos acaba de hacer el cuento.

—Cuando entré —dijo Lico—, me pareció que el doctor Pineda anunciaba que no volvería a la Cámara.

—Justamente —confirmó Pineda—. Y mi decisión se basa en la experiencia adquirida con el caso Darfour.

—Hable, hable —reclamó don José con sorna—, que ardo en deseos de conocer los detalles de ese asunto y las vicisitudes de la representación dominicana al encontrarse por primera vez en el majestuoso templo de las leyes de Haití.

—Allá voy —asintió Pineda—, y ya verán ustedes que nuestras vicisitudes no han sido pocas. Para fines de julio ya estábamos en Puerto Príncipe casi todos los miembros de la representación dominicana en la Cámara de Haití. Varios suplentes concurrían en reemplazo de algún diputado: José de Heredia, Camilo Suero, José Bagú y José León. Los demás eran los diputados Pablo Altagracia Báez, José María Caminero, Francisco Travieso, José Lasala, José María Batista, José Díaz, José Ignacio Espejo, Joaquín Bidó, Luis de Velasco e Hilario Cruz. En total, agregándome yo, quince de los diez y seis representantes que han sido concedidos a los dominicanos, o a «la partie de l'Est», como dicen los haitianos, aunque dado el número de comunes que hay en la parte española debían ser por lo menos diez más.

—¿Y no se ha dado explicación alguna sobre esa elección incompleta? —interrogó Lico.

—Sí. Dicen que hace falta una ley que establezca las divisiones políticas y militares de la parte oriental semejante a la que en 1821 se hizo para la occidental, o sea la parte que podemos llamar propiamente haitiana.

—A eso podría replicarse —arguyó don José—, que si no había ley para lo más, tampoco la hay para lo menos, y que así como el decreto electoral fijó una división provisional, podía haber fijado otra.

—Exacto —continuó Pineda—, pero el hecho es que Boyer, que cuando murió el rey Cristóbal en 1820 y se unificó la parte occidental de Haití, se apresuró a conseguir que una ley determinara al año siguiente la división territorial de la República, para incluir en ella la región del Norte donde había imperado Cristóbal, ahora no ha pensado del mismo modo; y yo, después de haber visto cómo anda la Cámara, tengo la convicción de que la bendita ley que ha de fijar la división territorial de la parte del Este no se promulgará nunca. Pero sigamos adelante. Como les iba diciendo, nos reunimos allí los diputados dominicanos, y a la verdad fuimos cordialmente recibidos por nuestros colegas haitianos. El veintinueve de julio hubo una reunión previa, a la cual concurrieron los cuarenta y ocho diputados presentes, exactamente las dos terceras partes de los setenta y dos que forman ese cuerpo legislativo.

—Está usted muy preciso en sus datos numéricos... —indicó Moscoso.

—Parece que usted tiene prisa en llegar al asunto Darfour.

—¡Ya lo creo!

—Pues continúo. Ese día veintinueve se hizo la elección del presidente de la Cámara, que resultó ser Laborde, representante por Puerto Príncipe. Los secretarios, designados al mismo tiempo, fueron: Béranger que había sido elegido, al igual que Laborde, por Puerto Príncipe, y el doctor Caminero. No está de más que les diga que la elección de los diputados por Puerto Príncipe, celebrada mientras el presidente Boyer estaba ausente con motivo de la invasión de la parte española, no agradó al engrdeído gobernante. Laborde, que en un tiempo fue defensor público y hasta el día de su elección era capitán del Estado Mayor general, cargo que renunció para ocupar

su asiento en la Cámara, se cree hombre de gran porvenir político y es, en buena cuenta, un aspirante a la Presidencia de la República.

—¿Cómo puede aspirar a ese cargo, si la Presidencia es vitalicia y Boyer no tiene trazas de morirse por ahora? —preguntó don José.

—Ahí está la parte delicada y espinosa de semejante aspiración, que solo podría convertirse en realidad mediante una revolución o cosa parecida. Fácil es comprender, por esos antecedentes, que la elección de Laborde no fue del agrado de Boyer, a quien tampoco agradó la de Béranger, que es muy amigo de Laborde. A ambos los conocí en casa de un senador, el contralmirante Panayoti, donde se celebraban reuniones muy animadas y agradables. Laborde me pareció, en efecto, hombre ambicioso y, además, de mucho carácter. Béranger, muy culto y decidor, es de menos talla. A esas reuniones concurrían los diputados Saint Martin y Saint Laurent, gente astuta y de intriga; además del decano del tribunal civil, Noel Pirón; del notario del Gobierno, Dugué; y del secretario del Senado, Liétout, hombre de conversación amena, muy amigo de hacer cuentos. Y, por último, allí conocí también a Félix Darfour.

—Venga de ahí —dijo don José—. Díganos su impresión sobre el tal Darfour.

—Pues bien: Darfour era un hombre resuelto y audaz, dotado además de verdadero talento, aunque ese talento siempre estaba, como quien dice, en ebullición. Se exaltaba fácilmente, sobre todo si se hablaba de política, y no ocultaba su ojeriza contra Boyer. Alguien me dijo que esa ojeriza acusaba, por lo menos, alguna ingratitud, pues cuando Darfour, que se educó en Francia, regresó a Haití en 1818, Boyer lo autorizó a imprimir, sin gasto alguno, un periódico en la imprenta nacional y le dio un cargo público, creo que de agrimensor en comisión.

—¡Cómo!, ¿cómo es eso de agrimensor en comisión? —inquirió Moscoso—, ¿Darfour no era defensor público?

—Sí que lo era, pero lo habilitaron como agrimensor, porque alegó conocimientos en la materia.

—¡Pintoresco! —exclamó don José.

—Sea como fuere —continuó Pineda—, Boyer otorgó alguna protección a Darfour cuando el flamante defensor público y, a poco, agrimensor en comisión llegó de París. No sé lo que pasó después entre ellos, ni nadie pudo explicármelo, pero Darfour se había vuelto un opositor temible de Boyer.

—¿Temible, por qué? —preguntó Moscoso.

—Porque su carácter altivo y violento podía impulsarlo a levantar un día una *pueblada*; y como dado su espíritu comunicativo y franco, aparte de su talento, se hacía simpático a todo el mundo, nadie podía predecir si, en un momento dado, su voz habría de encontrar eco en otros muchos. ¡Había que oírlo cuando se exasperaba! Si se hablaba de Boyer eso era fácil. En esos momentos parecía un loco. Yo creo que él se atribuía una misión superior en este mundo, al menos en relación con su pueblo. Sus ídolos eran los hombres de la revolución francesa, sobre todo Dantón. ¡Hay que acabar con los tiranos y hacer que sea una verdad la igualdad entre todos los hombres! ¡Hay que saber morir por la libertad! Tal era su manera de hablar; y todo eso lo decía por medio de gritos desaforados. En casa de Panayoti hubo un día que mandarlo a callar, porque nos iba a comprometer a todos. Y eso que los demás concurrentes a casa de Panayoti no se andaban con chiquitas en cuanto a hablar mal del Gobierno.

—¿Cómo así, si todos o casi todos tenían cargos públicos? —preguntó don José.

—Precisamente, eso fue lo que me sorprendió y me hizo pensar que en la política haitiana había mar de fondo; pero, como ustedes verán, Boyer ha dominado la situación sin gran dificultad. Era realmente extraño oír, por ejemplo, al notario del Gobierno y al decano del tribunal civil formular críticas, generalmente moderadas, pero acerbas en ocasiones, contra el régimen de Boyer. Y los senadores y diputados

que allí concurrían procedían de igual modo, aunque ya se sabe que es casi siempre Boyer quien los hace elegir. Lo que ha ocurrido ahora con la elección de Laborde y Béranger es una excepción. El presidente, había salido desde enero para la campaña de invasión del territorio dominicano, por el cual hizo un extenso recorrido después de haberlo sometido a su autoridad. Como no había recomendado a nadie para la diputación por Puerto Príncipe, la gente del Gobierno se cruzó de brazos, al parecer en la creencia de que Boyer aceptaba a Laborde y Béranger, que se habían presentado como aspirantes. En aquellas reuniones me enteré de que Boyer había censurado agriamente a algunos altos empleados por su conducta pasiva en ese asunto. Y en esas mismas reuniones me dieron detalles de lo que había ocurrido un mes antes con el general Paul Romain.

—¿Es verdad que lo asesinaron por orden de Boyer? —preguntó Moscoso.

—Boyer, según me dicen, lo niega, aunque la opinión pública lo hace responsable del hecho. En las esferas del Gobierno se da la versión de que Romain, que era conducido bajo custodia a Puerto Príncipe, arrebató el fusil a un soldado, se dio a la fuga, y en la fuga lo mataron de un disparo certero; pero por lo bajo se asegura que el coronel Loret, jefe de la guardia que arrestó a Romain, se las arregló para despacharlo al otro mundo, cumpliendo así una orden del general Gedeón, que tenía el temor de que Boyer perdonara al preso.

—En realidad ¿qué había hecho Romain? —preguntó don José.

—Romain estaba confinado, como sospechoso, en Leogane, desde el año pasado. Se le atribuye haber preparado desde allí una carta apócrifa, que aparecía firmada por los generales Gedeón y Lamothe-Aignon, que están al servicio del Gobierno. La carta iba dirigida al general Magny, que tiene el mando en Cabo Haitiano, y en ella se le invitaba a sublevarse contra Boyer.

—¡Quién sabe si esa carta era para crearle dificultades a Magny, que se ha acomodado perfectamente con Boyer, después de haber sido el duque de la Plaisance durante el reinado de Cristóbal! —insinuó Lico—. Y Romain, que era el príncipe de Limbé, estaba sin duda disgustado con la actitud y la fortuna de su antiguo aliado.

—No hay quien supere a Lico en sapiencia respecto a la extinguida nobleza haitiana creada por el rey Cristóbal —murmuró don José.

—Así lo veo —agregó Pineda—. También la carta podía tener por objeto arrojar una sombra de duda sobre Gedeón y Lamothe-Aignon, si Magny la enviaba a Boyer. Sea cual fuere el propósito de Romain, la famosa carta costó la vida al mensajero en cuyo poder apareció, el joven Jacques Pierre Lamothe. Lamothe, al ser detenido, cantó claro, y se dice que su declaración no solo comprometía a Romain, sino también al general Nord. De nada valió a Lamothe esa declaración, porque poco después de la muerte de Romain fue juzgado y fusilado. Con estos antecedentes podrán ustedes apreciar que la representación dominicana llegó a la Cámara en momentos que no eran precisamente de tranquilidad.

—Mejor así —apuntó don José—, porque en situaciones tales no dejan de presentarse oportunidades para crearle dificultades a los gobiernos.

—Así lo entendimos todos nosotros —dijo Pineda—, pero ya verán ustedes que pudo costarnos caro. El primero de agosto hubo nueva elección en la Cámara, pues la presidencia se renueva cada mes. Esta vez salió electo el diputado Hyppolite, de Cabo Haitiano, aunque en la secretaría continuaron Caminero y Béranger. Siguieron varias semanas de trabajo rutinario. Tomaron posesión algunos diputados que no habían llegado antes. Y, por fin, el treinta de agosto, sobrevino la cuestión Darfour.

—¡Por fin llegamos a lo más interesante! —declaró Moscoso—. Parece que usted quería avivar nuestra impaciencia contándonos otras cosas primero.

—Creí necesario dar a conocer ciertos antecedentes. Y vamos al caso: el treinta de agosto, Darfour envió una petición a la Cámara, en un pliego cerrado que debía abrirse en el curso de la sesión. De antemano sabíamos lo que contenía ese pliego: una acusación formal contra el presidente Boyer, pidiendo que se le sometiera a juicio por determinadas infracciones cometidas contra la Constitución y las leyes, e imputándole el delito de alta traición, pues según ese papel Boyer «iba a entregar el país a los blancos». Algunos de sus amigos, entre ellos el diputado Saint Martin, trataron de disuadirlo a fin de que no diera ese paso imprudente, que solo se explicaría si respondiera a un movimiento sedicioso bien preparado, y el documento fuera la chispa llamada a provocar el incendio. «¿Y el pueblo? —decía Darfour—. ¿Es que en Haití no hay hombres capaces de desafiar a los tiranos?». Ya él se veía representando en Haití el papel de Dantón.

—Olvidó que al propio Dantón lo esperaba el cadalso... —señaló Lico.

—Lo olvidó, en efecto, por desgracia para él. Yo creo que Darfour, que había llegado de París hace pocos años, entendía que el malestar de la opinión pública era tal, que una actitud viril y enérgica podía provocar un estallido. Desconocía la verdadera situación de Haití, donde no podemos decir que existe opinión pública, si es que se quiere contar con ella como con una fuerza efectiva; y daba sin duda exagerado alcance a la agitación provocada por la muerte de Romain. Su imaginación calenturienta veía ya rodar a Boyer por el suelo, al reclamo de su voz. Los diputados dominicanos, enterados de lo que pretendía Darfour, nos consultamos antes de la sesión, para decidir cuál había de ser nuestro proceder. Yo opiné que debíamos votar en favor de que se abriera el pliego cerrado que había enviado Darfour. La mayoría se inclinó a mi opinión. Caminero se opuso; recordó, como asunto personal, su condición de secretario de la Cámara, se excusó de votar con nosotros y expresó el deseo de que modificáramos

nuestro parecer, porque a su juicio lo de Darfour provocaría un escándalo, que serviría para que el Gobierno supiera cuáles eran sus enemigos.

—Ese cubanito es hombre práctico y sabichoso —dijo Moscoso—. Sabe nadar y guardar la ropa.

—Llegó el momento de abrirse la sesión —prosiguió Pineda—. Algo se sabía en la calle, pues los bancos reservados al público estaban atestados de gente. Allí distinguí en primera línea al propio Darfour, cruzado de brazos, con gesto arrogante, mirando a un lado y a otro como si fuera el protagonista de la fiesta. No muy lejos de él estaba Bonneaux, edecán del presidente, no sé si enviado allí como observador en vista de que se iba a conocer de un mensaje del presidente en contestación a una comunicación en la cual la Cámara le pedía, de acuerdo con la Constitución, rendición de cuentas de los gastos del Estado. Por un momento, la curiosidad del público, o al menos de aquellos que sabían algo del documento enviado por Darfour, pareció que iba a verse defraudada, pues la Cámara acordó reunirse en sesión secreta para enterarse del mensaje de Boyer. Nos constituimos, pues, en sesión secreta (o como dicen en la jerga legislativa que allí se usa, «en comité general a puerta cerrada»). Oído el mensaje del presidente, en el cual había dos o tres expresiones que a algunos diputados les pareció que encerraban reticencias, o por lo menos «un sentido particular», la Cámara se limitó a darse por enterada de su contenido. Fue entonces cuando el presidente de la Cámara informó que había recibido una carta del ciudadano Félix Darfour, remitiéndole un pliego cerrado que contenía una petición a ese cuerpo legislativo. Un grupo de diputados adictos al Gobierno se opuso a que se abriera el pliego, y pidió que esa petición fuera devuelta a Darfour sin abrirla. Alguien dijo que a la Cámara no se le envían pliegos cerrados, y que los ciudadanos que se dirigen a la representación nacional deben tener el valor de exponer abiertamente su

parecer. Otros diputados solicitaron que se abriera el pliego y que la Cámara se constituyera en sesión pública para conocer su contenido. Esta proposición habría fracasado sin los catorce votos dominicanos. Los diputados adictos al Gobierno sabían seguramente de lo que trataba el pliego de Darfour, porque hicieron lo indecible por evitar su lectura, pero nada les valió frente a nuestra votación cerrada. En la sesión pública, el escrito de Darfour provocó un grave escándalo. A duras penas pudo acabar de leerlo el secretario Béranger. Saint Martin propuso que se suspendiera la lectura. Laborde, que por lo visto deseaba dar pábulo al escándalo, dijo muy hábilmente que la República se asentaba sobre bases firmes, y que ningún temor debían causar las tentativas de un individuo por derribar su Gobierno, por lo cual la lectura debía continuarse. Béranger siguió adelante, pero las protestas violentas, iracundas, de los amigos del Gobierno casi nos impedían conocer el contenido del documento. «¡Darfour es un traidor! ¡Traidor a la patria y al Gobierno!», vociferaban unos. «¡Es un miserable! ¡Ese documento es sedicioso! ¡Es una injuria y un desacato al presidente de la República!», agregaban otros. No pocos exigían que el autor fuera entregado a los tribunales. El diputado Saint Martin, que como ya he dicho era amigo de Darfour y había tratado de disuadirlo de dar aquel paso, se puso de pie, trémulo, y pidió que, puesto que Darfour estaba en el local, se decretara en el acto su prisión para someterlo a la justicia ordinaria. Yo creí en un principio que se trataba de un acto de cobardía de Saint Martin, pero después comprendí que lo que él se proponía era que, una vez adoptada esa vía por la Cámara, esto sería un estorbo para que Darfour fuera entregado a un tribunal militar y juzgado sumariamente por orden de Boyer. ¡Acertada previsión, que no dio resultado alguno, pues nadie hizo caso de Saint Martin en medio de aquel barullo!

—¿Y ustedes, qué hicieron dentro de esa confusión y algarabía? —interrogó don José.

—Nos sumamos a la declaración que propuso un diputado adicto al Gobierno, de que, como un artículo de la Constitución dice que solo el Senado puede examinar y decretar la culpabilidad del presidente de la República, la Cámara no podía tomar en consideración la petición enviada por Darfour. Así se aprobó, y así terminó la sesión.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Moscoso.

—A poco de habernos retirado de la Cámara, supimos que Darfour había sido detenido en casa de Panayoti por el coronel Patience, el coronel Fremont, el capitán Bonneaux y otros militares que lo maltrataron y por poco lo matan allí mismo. Los mismos oficiales prendieron a los diputados Béranger, Saint Laurent y Saint Martin, que estaban también en casa de Panayoti. Después prendieron a Laborde dentro del edificio de la Cámara, donde se encontraban todavía otros diputados que en vano invocaron, en defensa de Laborde, el fuero legislativo. También fueron conducidos a la cárcel el notario Dugué, Noel Pirón, que como ya les dije era decano del tribunal civil, y Pierre André, que había sido electo diputado por Puerto Príncipe junto con Laborde y Béranger, pero no había renunciado otro cargo oficial que desempeñaba y por eso no había podido tomar posesión.

—Solo por un milagro no prendieron a ninguno de ustedes —indicó Moscoso.

—Ahora verá el aprieto en que nos vimos. Al día siguiente por la mañana llamó Boyer a Palacio a todos los diputados dominicanos. Nos dijo que nuestra conducta, al votar en favor de que se abriera el pliego enviado por Darfour, era inexplicable; y adoptando el tono paternal que le es peculiar nos aconsejó que en lo sucesivo procediéramos con mucha prudencia, puesto que era la primera vez que nos veíamos envueltos en problemas políticos que antes no conocíamos. Caminero le contestó que la mayoría de nosotros no sabía bien el francés, pues aun los que podíamos valernos de él en la conversación corriente, encontrábamos cierta dificultad

para entenderlo cuando se hablaba de prisa; y, en fin, que votarnos en esa forma por creer que se trataba de un asunto de mero trámite. Boyer dio un dictamen que él habría juzgado digno de Salomón: designó a Caminero como intérprete de todos los demás, que debemos en lo sucesivo pedirle informe antes de votar ningún asunto. De hecho, para votar tendremos ahora que contar con la impetra de Caminero. Y esa misma tarde, Caminero fue electo Presidente de la Cámara para el mes de septiembre.

—¿No lo dije? —exclamó Moscoso—. Ese cubanito es muy listo.

—¿Y Darfour? —preguntó don José.

—Llevado en la tarde del día treinta al calabozo, se le pusieron grillos. No se le permitió ver a nadie. No era difícil prever cuál sería su suerte. Al día siguiente, Boyer sometió el asunto a un tribunal militar, presidido por el general Thomas Jean, comandante de la plaza. Darfour fue juzgado sumariamente por los delitos de sedición y de calumnia al jefe del Estado. Se defendió él mismo, reiteró en el curso del juicio sus imputaciones contra Boyer y mostró siempre gran entereza y valor. A hora avanzada de la noche, el tribunal dictó su fallo condenatorio, imponiéndole la pena de muerte. Como al día siguiente, primero de septiembre, era domingo, la ejecución de la sentencia, por un escrúpulo religioso, se aplazó para la mañana del lunes dos, y fue presenciada por mucha gente. Darfour murió dando nuevas pruebas del valor que ya le conocíamos. Dicen que en el momento en que iban a fusilarlo, gritó: «¡Muerdo por la libertad de mi pueblo! ¡Que otros sigan mi ejemplo y derriben al tirano!».

—¡Infeliz! —dijo Moscoso—. ¿Y los otros prisioneros?

—Los soltaron poco después y los enviaron como confinados a distintas localidades; pero por exigencia de Boyer la Cámara expulsó de su seno, el mismo día dos, a Béranger, Saint Martin, Saint Laurent y Laborde. Tal ha sido el

desenlace del caso Darfour. Al cabo de unos días decidí ausentarme de Puerto Príncipe y, como antes dije, no pienso volver a la Cámara. Allí nada se puede hacer en beneficio de nuestro pueblo.

—¿Lo ve usted, don José? —dijo Moscoso—. Usted acarició la idea de que los dominicanos se mezclaran en la política haitiana para, en un momento dado, validos de su posición y de la influencia adquirida, cooperar a cualquier movimiento que facilitara, aunque fuera por carambola, el restablecimiento de nuestra independencia; pero los hechos nos demuestran que no podemos tomar ese camino. Lo único que debemos hacer los dominicanos es volver al seno de la madre patria.

—Para mí no hay más que una madre patria y es la tierra en que nací. Sigo creyendo que algún día podremos ventilar nuestro asunto con los haitianos. Sea como sea, entre los dominicanos hay ya, de un modo u otro, dos partidos: el que trabaja para que el país pueda reintegrarse a España y el que aspira a la independencia, aunque para lograrlo los dominicanos empiecen por mezclarse de algún modo en la política haitiana.

—Hay un tercero —apuntó Lico—, y es el de los que se amoldan al régimen de Haití.

—No vale la pena contarlos. Los que así piensan no son más que unos cuantos dominicanos descartados.

—¿Y a cuál de esos partidos pertenece usted? —inquirió Moscoso—. Porque usted se ha negado a aceptar nada de Boyer y a intervenir en la política haitiana.

—Es cierto que me he negado a ello. Soy el presidente del desaparecido Estado independiente de la parte española de Haití, y nada debo hacer sin tener una respuesta definitiva de Colombia, bajo cuyo patrocinio establecimos ese Estado. Así, podría decir que pertenezco a un partido más, que por lo visto no cuenta con el favor de la mayoría y es el que espera restablecer la independencia con el auxilio de Colombia.

—¿Espera usted todavía?

—Sí; tengo esperanzas. Hará cosa de un mes escribí nuevamente a Soubllette para hacerle ver la situación tal como es. Solo en el caso de que por ese lado se considere perdida toda esperanza me decidiría yo a sumarme a cualquier otro de los partidos a que me refiero, para buscar algún remedio a los infortunios de Santo Domingo. El relato que nos acaba de hacer Pineda nos demuestra que el régimen de Boyer está expuesto a sufrir en cualquier momento un descalabro. Si estamos preparados para la lucha cuando ese momento llegue, podremos sacar muchas ventajas para nuestros propósitos. Ahora, que por otra parte no estoy yo aquí en situación cómoda. Mi persona despierta recelos. Han empezado a vigilarme en forma bastante visible. Tengo que proceder con la mayor cautela. Aparte de que este Gobierno hace la más rigurosa indagación respecto a la conducta de todos los dominicanos. Dígalo si no la extrema vigilancia que hay con la correspondencia que llega del exterior y con la que sale de aquí. El Gobierno se apodera de todo papel, manuscrito o impreso que viene de fuera, lo abre, lo lee y lo entrega o retiene según conviene a sus miras. A veces se somete a molestias y vejaciones a los pasajeros de cualquier buque que llega. Hay espías por donde quiera, y no faltarán dominicanos que se presten a tan baja tarea. No me cabe duda de que los haitianos saben algo de los planes que hay para traer otra vez a España; pero andan desorientados porque es conmigo con quien extreman la vigilancia. ¡Paciencia! Lo que siento es verme reducido a la inacción mientras espero noticias de Colombia. Colombia no puede mostrarse indiferente ante nuestra suerte. Es asunto de honor para ella. De no, el nombre de Colombia no nos habría servido sino para consumir nuestra perdición y condenarnos a una esclavitud cien veces más ignominiosa que la europea.

—Si algo favorable nos llega de Colombia —indicó Pineda—, cuente conmigo, don José; pero si hemos de luchar solos contra los haitianos, mezclándonos en sus luchas internas, estoy de antemano excluido de esa clase de actividad.

—¿No demuestra todo eso que lo que hay que hacer es lograr que España vuelva? —dijo Moscoso.

—No, y mil veces no —contestó don José—. De todo lo que hicimos, bien o mal, lo único que ha quedado es eso: que España se ha ido de Santo Domingo. Volverla a traer es destruir toda posibilidad de hacernos independientes algún día. En cuanto a ese punto mi opinión es inalterable. Y vámonos, Antonio, que ya es tarde y supongo que podremos caminar juntos un buen trecho. A Lico no le digo nada, porque después de una ausencia prolongada tendrá algo que hablar con Moscoso. ¡Estos conspiradores, estos conspiradores!

Una vez que se despidieron don José y Pineda, Moscoso se apresuró a preguntar a Lico:

—¿Qué me cuentas?

Por toda respuesta, Lico le entregó el papel que había recibido de manos de Lázaro. Moscoso lo leyó con atención cuidadosa.

—Según Lázaro —dijo al terminar la lectura—, el Este está en magníficas condiciones y tú tienes el encargo de decirme los nombres de las principales personas comprometidas. ¿Diego Mercedes?

—Por entero, y todos sus parientes. También José Mena. Y Febles, los Guerrero, Rincón...

—¡Bravo! Esa es la gente que hacía falta. Aprovecharé dentro de dos días una oportunidad segura que se me presenta para escribir a Silvestre Aybar, burlando esa extrema vigilancia de las autoridades a que aludía Núñez de Cáceres.

—No sé si Lázaro le habrá explicado que Baltasar de Nova está impaciente.

—¿Y cuándo no?

—Tuvimos una reunión en casa del padre Pedro González, y Nova quería echarlo todo a rodar de una vez. Él cree que si no entramos en acción, España no hará nada por nosotros; y quiere que usted haga saber a Silvestre Aybar que ya los dominicanos no pueden contenerse y que hay que acelerar los acontecimientos.

—Está bien. Así se lo diré y aun agregaré otras cosas de mi cosecha, porque Silvestre enseñará mi carta a las autoridades de Puerto Rico y esto les hará ver que no deben dejar de la mano nuestro asunto.

—Precisamente eso esperaba Nova; y el padre le prometió que usted lo haría así.

—Ahora bien, hay que contener a Nova. Vale mucho, pero es capaz de cualquier locura.

—Él me dijo que vendría a hablar con usted dentro de unos días.

—Tanto mejor. Lo calmaré. Por fortuna tengo noticias muy reservadas de que Aybar espera salir pronto para acá.

—¿De veras?

—Sí, pero no lo repitas. No he querido decírselo a nadie. Es preferible dar el aviso en el momento preciso.

—En ese caso, los trabajos de Aybar van viento en popa.

—Creo que sí, muchacho, creo que sí. Esperemos, que nuestros deseos podrán realizarse pronto.

VIII A LA SALIDA DEL TRIBUNAL

En la sala del tribunal civil acababa de darse lectura a la sentencia dictada con motivo del crimen de Galindo. El público empezaba a abandonar el edificio, haciendo comentarios diversos.

—Valiente sentencia y valientes jueces! —decía un estudiante.

—¡Claro! —confirmaba un compañero suyo—. Aprovecharon que había unos cuantos ladrones de oficio a quienes convenía tener a buen recaudo por algún tiempo, como Pedro Todos Santos Cobial y sus inseparables compañeros en toda clase de fechorías, Manuel de la Cruz Alejandro Gómez, y les echaron el muerto encima.

—Si no fuera porque estas cosas no se echan a broma te diría que «los muertos», puesto que se trata del pobre Andújar y sus tres hijas.

—Como quieras; pero lo mejor del cuento es que los señores jueces declaran en su sentencia que como la criada Isabel, único testigo presencial del crimen, parece insensata, no puede hacerse caso de su declaración sino como un medio de instrucción.

—Eso es para no tomar en cuenta lo que ella indicaba sobre la participación que tuvo en el hecho un sargento haitiano, que por más señas es hoy teniente...

—Pues si no puede hacerse caso de la declaración de Isabel ¿cómo es que esa misma declaración, puesto que Isabel los acusó al igual que al sargento y a un soldado haitiano, es la que ha servido para condenar a Cobial, a Cruz y a Gómez?

—¡Pero si la misma sentencia proclama a las claras que solo se trata de cobrar a esos sujetos algunas cuentas atrasadas con la justicia! Fíjate cómo los jueces han tenido el cuidado de recordar que a Cobial se le imputó un asesinato en tiempo de España y que lo prendieron durante el gobierno de la frustrada independencia de esta parte española de Haití porque andaba incitando los ánimos para una revolución. Y la sentencia agrega que Cobial, por sí solo, es decir, por el hecho de ser quien es, merece un castigo determinado por la ley.

—Del Monte, que antes era fiscal, ha exhumado para el caso algunos papeles viejos. Por algo ha estado en las tres situaciones de gobierno: la de España, la de Núñez de Cáceres y la de Boyer.

—Eso es; y ha querido ahora, como decano del tribunal, cobrar a Cobial esas cuentas atrasadas. Después de todo, el tal Cobial bien se lo merece.

—Sí, no están mal los diez años de reclusión que le han tocado en esa lotería, lo mismo que a Manuel de la Cruz, y los cinco de trabajos públicos que le cayeron encima a Alejandro Gómez. Eso sí, aunque el tribunal los condena por un crimen atroz, no se ha atrevido, por falta de prueba plena, a imponerles la pena de muerte.

—Ya eso sería demasiado, puesto que nadie puede creer que ellos son los autores del crimen. En realidad, lo único que se ha probado es el robo de un caballo que dicen que pastaba en la finca del occiso, aparte de que también se habla en la sentencia de «otras bestias mal habidas».

—Y mientras tanto el sargento Lenoir ha sido ascendido a teniente.

—¡Cállense! —dijo en voz baja Lico Andújar, que en unión de Agustín de Acosta salía detrás de los que así hablaban—.

Algún día se le arreglarán sus cuentas a ese individuo, pero en estos momentos lo mejor es callar. Cualquier soplo que le den al juez decano o al comisario del Gobierno podría costarle caro a los que no sepan contener la lengua.

—En circunstancias como las que atravesamos —intervino Acosta—, es mejor recordar que la boca se ha hecho para comer.

Los dos estudiantes saludaron sonriendo, y se alejaron.

—Lo curioso de este juicio —decía Lico poco después a Acosta—, no es solamente que se haya condenado a esos pobres diablos sin tener en cuenta las acusaciones formuladas por Isabel contra un oficial y un soldado haitianos. Hay otro punto oscuro que el tribunal no ha querido tampoco descifrar.

—¿Cuál?

—La conducta de Goyo, el hijo de Isabel. De público se dice, aunque no se sabe con qué fundamento, que Goyo fue el que condujo a los malhechores hasta la puerta de la casa, y que para inspirar confianza a las muchachas fue también quien llamó a la puerta para que les abrieran. El tribunal se ha hecho el sordo ante esos rumores; y para mí eso confirma la complicidad de Goyo. Cualquiera diría que el temor a que, creyendo mejorar su situación, dijera todo lo que sabía, ha movido influencias poderosas en su favor.

—En este régimen todo es posible. Yo, que por primera vez he ido hace poco a Puerto Príncipe, vengo horrorizado. No puede haber tiranía más bochornosa que la de Boyer. Y dicho sea de paso ¡qué ciudad más puerca es Puerto Príncipe! ¿Has de creer que hay quienes, con el mayor desparpajo, hacen sus necesidades en el medio de la calle, a veces en pleno día?

—Ya había oído decir que las calles de las ciudades de Haití eran un estercolero pestilente.

—Peor todavía, como comprenderás. Comentando estas cosas con un haitiano, alto empleado del Gobierno y amigo mío, se echó a reír y declaró con la mayor frescura: «¿Y qué?

No le extrañe ver si yo mismo, *je m'en fous dans la rue*. ¡Palabras textuales!

—¡Y con todo eso, tú andabas reburujado con algunos haitianos para hacer una revolución!

—No sé si conoces el cuento del muchacho a quien le dijeron que en una estancia a donde se dirigía había un perro muy bravo, y que debía rezar el credo para que el perro huyera.

—¿Y qué pasó?

—Que el perro huyó, en efecto, pero el muchacho explicó que había reburujado el credo con piedras.

—¡Tiene gracia!

—Pues bien: yo quería reburujar mi credo patriótico con piedras y esas piedras eran los haitianos, porque pensé que eso era más práctico; pero como te dije hace días, ya no pienso así. Con los haitianos no quiero ir ni a la pared de en frente.

—¿En ese caso te confirmas en tu decisión de venir con nosotros y luchar en favor de España?

—Ya te dije que esa era mi idea. Lo mismo he dicho al doctor Moscoso; pero como soy un hombre de armas, antes de decidir necesito hablar con los otros hombres de armas sobre el movimiento que se proyecta.

—Lázaro Núñez te está esperando hace rato, según ya te dije, y hasta ahora no has fijado la fecha en que debemos ir a verlo. En San Carlos podrías hablar antes con Baltasar de Nava, que en ausencia de Silvestre Aybar es casi casi el jefe de todos nosotros.

—Prefiero ver primero a Lázaro. Tengo más confianza con él.

—¿Cuándo vamos allá?

—Deja ver... Estamos a seis de noviembre. Podríamos ir a último de mes. El treinta, día de San Andrés. Por cierto que según parece Borgellá va a prohibir este año el «juego de San Andrés», lo que no es una buena medida política, porque ese juego tradicional es una de las pocas diversiones del pueblo dominicano.

—Te diré: es en lo único en que puedo estar de acuerdo con Borgellá. Esa costumbre de tirar agua y cascarones de huevo a los transeúntes es contraria a toda civilidad, por mucho que la ampare la tradición. Hay tradiciones que deben desaparecer, y esa es una de ellas.

—Pues mucho que te divertiste jugando el día de San Andrés el año pasado. ¡Y en volanta!

—¿Pero no sabes que Pedro Núñez y yo lo que hacíamos ese día en la volanta era llevar y traer armas, ocultas debajo de los cascarones, para el movimiento por la independencia, que fue esa misma noche?

—¡Ah! ¡Bueno! Ahora entiendo el asunto; porque el doctor Núñez de Cáceres siempre ha sido opuesto al juego de San Andrés, y a todo el mundo le pareció raro ver a un hijo suyo entregado, junto contigo, a esa diversión. Ahora te digo que si Borgellá sabe eso, tiene un motivo más para prohibir el juego, no vaya a resultar que le hacen otra revolución.

Quizás si Borgellá lo sabe; pero creo que, ante todo, la supresión del juego de San Andrés entra en su plan de *haitianizar* a los dominicanos.

—Pues lo está haciendo muy mal. Si él quisiera haitianizarnos debería hacerlo sin que nos diéramos cuenta, en vez de ir abiertamente contra las costumbres de nuestro pueblo. Dicen que también prohibirá las corridas de toros, lo que tampoco será bien acogido por el pueblo.

—Debemos alegrarnos de que las suprima, porque aumentará el descontento. Y volviendo a lo que hablamos ¿decías que el día de San Andrés podríamos ir a Los Alcarrizos para hablar con Lázaro?

—Sí, se me ocurrió esa fecha. Si te conviene, iremos ese día.

—Si Lázaro fuera más comunicativo, al verte llegar bailaba de contento. Lo tenía muy preocupado la noticia de que andabas metido en un complot haitiano.

—Haitiano... hasta cierto punto. Lo que yo quería era que desapareciera Boyer y empezara el desorden, a ver lo que

podíamos hacer por la independencia aprovechando ese río revuelto.

—¡Ojalá pudiera ser!

—¡Ojalá! pensaba yo también; pero me he convencido de que eso no es tan fácil. Aunque Boyer tiene enemigos, ninguno se atreve a hacerle frente. Y desde que pasó lo de Darfour, con quien por cierto estaba yo en relación, no hay quien se mueva.

—Además, el fusilamiento de Darfour no fue más que la rúbrica puesta por Boyer al asesinato de Romain.

—Ni más, ni menos; y con ejemplos de esa clase, ningún haitiano se atreverá a hacer nada contra Boyer, temeroso de recibir un pasaporte para el cementerio. Ya ves cómo a Darfour lo dejaron solo.

—Sin embargo, el disgusto cunde, sobre todo en el pueblo dominicano. Aquí nadie se oculta para demostrarlo. Ya oíste a esos dos muchachos de la Universidad. Y así habla todo el mundo. Todos quisiéramos hacer algo.

—Queremos, pero por desgracia no podemos. Solos no iremos a ninguna parte. Así me lo explicaba el doctor Moscoso, creyendo que tenía que convencerme, sin saber que yo venía más que convencido de Puerto Príncipe.

—No hay más remedio que apelar a España para salir de este atolladero, queramos o no queramos.

—Si esa es la ley que nos impone la necesidad, despedámonos hasta el día de San Andrés, diciendo muy bajito: ¡Viva España!

—Pues ¡que viva y adiós!

IX
¡PUNTO EN BOCA!

—¡Muchacho! ¡Creí que te habías perdido! —exclamó Altagracia al ver llegar a Lico junto con Agustín de Acosta.

—¿Quién puede perderse en el camino de Los Alcarrizos teniendo aquí un tesoro como tú? —contestó Lico echando pie a tierra e invitando a Acosta a hacer lo mismo—. Déjame presentarte al amigo Agustín de Acosta.

—¿Es... tu novia? —preguntó Acosta mientras estrechaba la mano que le tendía Altagracia.

—Sí, pero después que el padre González vino a pedir su mano para formalizar nuestras relaciones, no nos habíamos visto.

—En ese caso, te diré dos cosas. La primera, que eres hombre de muy buen gusto; la segunda, que me parece que estorbo, y el undécimo mandamiento es no estorbar.

—¡Qué has de estorbar, Agustín! Vamos adentro a esperar a Lázaro, que seguramente anda por el pueblo.

—Mi tío está ahora en su casa —indicó Altagracia.

—Pues iremos a verlo en seguida, y así Agustín se quedará hablando con él mientras yo vuelvo a conversar un rato contigo. ¿Y tu papá?

—No debe tardar.

—Me alegraré de verlo dentro de un momento, que me debe todavía el abrazo de esponsales. ¡Vamos, Agustín!

—Ya tendré el gusto de volver a verla, señorita —dijo Agustín—. Pero lo que es en este momento me alegro de tener que ir a hablar con su tío. Lo repito: el undécimo, no estorbar. Hasta luego.



—¡Por fin has logrado cumplir mi encargo de traerme a esta buena pieza! —dijo Lázaro al recibir a Lico y a Acosta.

—Lo mejor no es eso —dijo Lico—, sino que creo que ustedes llegarán a entenderse en todo y por todo.

—Me alegro. ¿Es verdad, Agustín?

—¿Por qué no? A eso he venido, pero...

—¡Qué pero ni qué niño muerto, Agustín! —interrumpió Lico—. Con Lázaro no puede haber peros. Ya lo verás en cuanto ustedes conversen un rato. Y me voy. Los dejo solos.

—Puedes quedarte... —insinuó Lázaro.

—¿No te das cuenta, Lázaro, de que este muchacho quiere ver a su novia? —apuntó Acosta.

—Es verdad —murmuró Lázaro sonriendo—. Después de todo, quizás sea mejor que hablemos los dos solos.

—Pues del dicho al hecho. Los dejo —dijo Lico retirándose.

—Pensé —declaró Lázaro después de un momento de silencio—, que esta conversación iba a empezar por pedirte que no te precipitaras a realizar un plan que me parecía inconveniente y podía estorbar otros bien madurados que, como dominicano que eres, no podían serte indiferentes aunque no pensaras del mismo modo; pero por lo que ha dicho Lico.

—Lico no ha hecho más que anticiparte algo de lo que yo venía a decirte. He abandonado por completo el proyecto a que te refieres. No quiero nada con los haitianos. Por poco me veo envuelto en el asunto de Darfour. A tiempo me di cuenta del camino que tomaban las cosas. De no, estaría hoy con Darfour en el cementerio de Puerto Príncipe.

—Me alegro de que hayas visto claro. Y puesto que ves la situación de ese modo, considero que podrás engrosar las filas de los que deseamos que España vuelva a gobernar aquí.

—Entiendo que no nos queda más remedio que luchar por conseguirlo, pero...

—Venga el pero, que ya es la segunda vez.

—...pero quiero saber a qué atenerme sobre el plan que tienen ustedes. Yo soy hombre de armas y necesito saber qué papel me toca en este asunto.

—¡Hum! Tu papel será el mismo que me corresponderá a mí, esto es, el mismo que le tocará a tantos otros que están decididos a luchar por esa causa.

—Sí, pero ¿quién es el jefe?

—El jefe superior será, sin que nadie pueda oponérsele, Silvestre Aybar.

—De acuerdo, pero como él está en Puerto Rico...

—Aybar vendrá a dirigir el movimiento. En su ausencia nos entendemos con el doctor Moscoso, que recibe y trasmite los informes necesarios.

—El doctor Moscoso es un hombre civil; y aunque su opinión vale mucho, porque no en balde se le llama el Sócrates dominicano, poco podrá hacer en cuanto a la preparación militar del movimiento.

—No se ha decidido formalmente quién puede hacer las veces de Aybar; pero sin haberlo convenido de un modo expreso, todos hemos pensado que en caso necesario sea Baltasar de Nova el que lo sustituya.

—Conozco a Baltasar. Es muy valiente, pero no me gusta como jefe. Es hombre violento. Está mejor para que lo dirijan, y no para dirigir otros.

—¡Quién sabe! Pero, como te he dicho; en Baltasar solo hemos pensado para el caso de que sea preciso precipitar los acontecimientos antes de que llegue Aybar. Él actuaría como jefe de operaciones, pero los planes se discutirían en junta de oficiales.

—Ya eso es otra cosa, porque el que más y el que menos tiene su gente que lo siga, y yo tengo la mía...

—De eso iba a hablarte. Tú tienes tu gente, como tienen otros la suya. Cada uno será jefe del grupo que haya organizado. Es decir, que aunque ninguno de nosotros tenga empeño en *jefear*, cada uno tiene cierta responsabilidad contraída con los que se han comprometido a seguirlo y en él han puesto su confianza.

—¡Seguro!

—Por eso, tu papel será igual al mío o al de cualquiera de los otros jefes de grupo que estamos metidos en esto, incluyendo a Nova, que podrá dirigir las operaciones principales si así lo acordamos y que, además, cumplirá en ese caso lo que se resuelva en junta de oficiales. Si lo que querías saber es que no te quedarías en un segundo plano, ya sabes a qué atenerte.

—Me gusta la explicación. Para mí era importante aclarar eso, porque ¡qué caray! cada cual tiene sus razones y sus aspiraciones. Soy patriota, pero soy hombre. Además, soy joven, y aunque voy a arriesgarlo todo, empezando por la vida, no está de más pensar en el porvenir. Y ya supondrás que no es cualquier cosa lo que puedo traer al movimiento. Tengo bastante gente, más de la que ustedes creen. Y gente de empuje.

—Creo saber algo de eso. Por lo menos, sé que tienes gente en la gendarmería.

—¿Cómo lo sabes?

—Cómo lo sé, no importa. Y ya que hablamos de eso, no está de más que te diga, así, con toda franqueza, que tú eres el reverso de Nova, aunque eres tan valiente como él.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que Nova es calculador y reservado. Estudia mucho la gente antes de franquearse con ella. Tú, en cambio, no puedes contenerte muchas veces y te franqueas con gente que no es de fiar. Nova es buen conspirador, aunque puede ser que por su natural impaciente haya que estarlo atajando el día en que sea jefe de operaciones; tú, al revés de

Baltasar, no estarías mal como jefe de operaciones, pero eres mal conspirador.

—¿Quieres decir que soy indiscreto?

—Lo eres, sin quererlo, por la confianza que depositas en gente que no lo merece. La prueba es que conozco algo de tus manejos, y lo mismo podrían conocerlo las autoridades haitianas. Ten cuidado con quién hablas, sobre todo si es gente de la gendarmería.

—Los que más conozco son los que estaban antes en la milicia de Pablo Alí, y hoy están unos en la gendarmería y otros en el ejército.

—Pues te repito que tengas cuidado. Con Pablo Alí, desde luego, no podemos contar.

—Ya lo sé. Ese se ha vuelto haitiano.

—Calcula, pues, con la devoción que le tenían sus milicianos, si no es de temer que alguno de ellos le cuente lo que ha hablado contigo. Y aunque no creo que Pablo Alí sea capaz de denunciar a ninguno de nosotros, antes bien nos llamaría para poner las cosas en claro, nadie sabe si el soplo va más lejos. Sobre todo, ten cuidado cuando hables con oficiales.

—Con oficiales no he hablado, pero sí con muchos soldados. Entre ellos hay algunos que están disgustados porque no los han hecho sargentos, como León Alcaide, un muchacho que tiene espíritu para mandar.

—No lo conozco, pero tu juicio me basta. Sea como sea, ten cuidado. ¿Con cuánta gente crees que puedes contar en la capital?

—Pudieran pasar de doscientos hombres, casi todos con armas.

—No está mal.

—Tengo además mis relaciones en otros puntos, sobre todo en el Este.

—Como es bueno que haya unidad de dirección en cada lugar, te advierto que en el Este la organización ha sido

encomendada a Diego Mercedes. Convendrá que un día de estos te llegues hasta allá para hablar con él, y le des una lista de las personas con quienes crees que él puede hablar.

—También podría yo avisar a esas personas para que lo vean.

—No, Agustín. Demuestras otra vez que no eres buen conspirador. Diego Mercedes conoce mejor que tú la gente del Este y él sabrá apreciar si en tu lista hay alguno que no conviene meter en este negocio. De lo contrario nos exponemos a que el asunto llegue a oídos de quien no debe saberlo y a que Diego sufra un contratiempo por nuestra culpa.

—Tienes razón. En eso de conspirar eres más práctico que yo.

—Bueno. Puesto que ya contamos contigo, voy ahora a indicarte una regla que todos seguimos en esta conspiración. Hemos acordado que cada jefe de grupo se mantenga al habla con su gente, pero sin decir a nadie quiénes son los otros jefes de grupo o directores del movimiento. Por ejemplo, mi gente no sabe que Diego y Baltasar están en el asunto; ni la de ellos tiene conocimiento de que yo lo estoy. Quiere decir que nuestra gente no ha de saber nada de ti, ni la tuya ha de conocer nuestros nombres. De esa manera, si algún día hay un soplo o una traición, podrá caer uno de los jefes, pero no todos. ¿Estamos?

—De acuerdo.

—Tú eres, por lo tanto, el jefe único de los tuyos, y tu obligación será reunirlos en el lugar que se disponga, el día señalado para dar comienzo al movimiento.

—¿Cuándo será ese día?

—Imposible fijarlo desde hoy; pero calculo que no será ni antes de seis meses ni pasado un año.

—¿Y el plan militar para el comienzo de las operaciones, ya está convenido?

—En líneas generales, sí. Nuestro movimiento se ajustará a un plan bastante parecido al que siguió el brigadier Sánchez

Ramírez para echar de aquí a los franceses y reconquistar la colonia para España. Al fin y al cabo, esta será una segunda reconquista.

—Por lo que dices, entiendo que el movimiento empezará en el Este para venir después sobre la capital.

—Puede ser, aunque también hemos pensado que se podría intentar, de primera intención, un golpe en la capital, simultáneamente con el alzamiento en el Este. Si este golpe fracasa, nuestras fuerzas se replegarían hacia allá, para volver más tarde a poner sitio a la capital.

—Me gusta el plan. Yo creo que el golpe de la capital puede tener buen resultado desde un principio.

—Tanto mejor, aunque el Este es y debe ser nuestro principal centro de acción, como que por esa costa pueden venir fácilmente los auxilios y refuerzos que nos manden de Puerto Rico.

—¿Eso es cosa segura?

—Así lo creemos. Aybar no descansará hasta no conseguirlos. Ahora, que esos refuerzos pueden venir antes, o al mismo tiempo o después de empezar el movimiento. Nova cree que será después, porque opina que los españoles estarán dispuestos a apoyar un movimiento ya iniciado, pero no vendrán a tirar el primer tiro.

—No anda mal encaminado. A Sánchez Ramírez solo le mandaron unos cientos de fusiles para empezar. Y cuando ya el triunfo parecía indudable, vino un teniente coronel con algunos soldados.

—Sea cual fuere el auxilio que los españoles puedan prestarnos, no debemos hacer nada mientras no sepamos que están listos para venir en apoyo nuestro.

—¿Y el Sur?

—Tenemos buenas combinaciones en el Sur, para después de iniciado el movimiento. También las tenemos en el Cibao.

—¡Hum! El Cibao es haitiano...

—¿Qué dices? Muy por el contrario...

—Pues si no es haitiano, es antiespañol.

—Ya eso es otra cosa.

—El Este y el Sur son españoles, es decir, tienen apego a España. El Cibao, no. Por eso, si la revolución de Núñez de Cáceres para separarnos de España fue, en la capital, la obra de un grupo escogido de individuos, en el Cibao fue bastante popular. ¡Lástima que el mismo Cibao se adelantara a entregarse a Boyer y contribuyera a destruir esa obra! Por eso decía que era haitiano...

—No sé lo que tienes contra el Cibao, pero haces mal en pensar que allí todos son como Núñez Blanco, que fue el traidor que se adueñó de la ciudad de Santiago para entregarla a los haitianos.

—¿Y qué me dices de Martínez Valdés, organizador de la revolución de independencia en el Cibao, y después alto empleado del Gobierno de Boyer y hasta senador?

—Esos son casos particulares y tú estabas hablando en general. Quizás tienes alguna razón para decir que el Cibao no es adicto a España y por eso sería natural que cualquier movimiento en favor de España encontrará oposición allí; pero ahora se trata de un acomodo con la realidad: necesitamos a España. La gente del Cibao, mal que le pese, como nos pesa a todos los que quisiéramos ser independientes, lo comprende así.

—Menos mal que puedes hablar con tanta seguridad.

—Con seguridad absoluta. En el Cibao toda la opinión pública está hoy contra Haití. Solo tipo como Núñez Blanco y comparsa, que gozan de beneficios en este régimen bochorroso, apoyan a Boyer. Te aseguro que si enteras y viriles son las otras regiones del país, el Cibao no lo es menos; y acaso puedan los cibaños dar lecciones de decisión y de entusiasmo patriótico a muchos de por acá. ¡Haitiano el Cibao! ¡La región que más sufrió con los degüellos y atropellamientos de las invasiones haitianas de principios del siglo! ¡Entonces sí que se podría decir que todo se ha perdido entre nosotros!

—No sabía que eras tan cibaño...

—Es que yo hablo como dominicano para quien todas las regiones y provincias son iguales, y tú hablas con cierto espíritu de rivalidad provincial. Y la obra que vamos a emprender ha de ser de todos y no de unos pocos.

—Te confieso que me da gusto oírte hablar así. Quizás fui un poco lejos en mi manera de decir las cosas. Lo esencial es que, para mí, el Cibao es antiespañol, y en eso sí me has dado la razón.

—Admito que a los cibaños les dé más trabajo que a nosotros buscar este acomodo con España. De ahí a estar contentos con la dominación haitiana hay un abismo, Quizás no querrían ser españoles; pero menos aun quieren ser haitianos. Por eso vendrán con nosotros.

—A juzgar por lo que dices, el movimiento será unánime en todo el país.

—Sí, señor. ¡En todo el país!

—Miel sobre hojuelas, Lázaro.

—¿Quedamos, pues, de acuerdo, y nos mantendremos siempre al habla?

—¡Ya lo creo!

—No está de más que trates de ver a Baltasar de Nova y le repitas lo que hemos conversado. Él es como tú: un poco celoso de que se le tenga en cuenta. Podría sentirse si sabe que me has visto y no has pensado en verlo a él.

—No dejaré de hacerlo en cuanto regrese a la capital.

—Por lo demás, él te repetirá lo que te he dicho: que cada uno de nosotros se entenderá con su gente y la tendrá lista para el momento oportuno. A su hora nos dirás cuáles son los efectivos con que cuentas.

—Si me lo pidieran hoy, podría fijar un mínimo de doscientos, como antes te dije; pero de aquí al día del levantamiento creo que podré tener el doble.

—O la mitad, Agustín. La experiencia nos enseña que a la hora del cuajo hay muchos que se aflojan y no responden al llamamiento.

—¡Quién sabe! Yo trabajaré para aumentar el número.

—Hazlo, que tú sabes atraer la gente; pero eso sí... ¡Mucho cuidado, mucho tiento, que hay que conocer bien a las personas antes de explayarse con ellas!

—Sí, ya sé. Y si alguno quiere saber más de la cuenta... ¡punto en boca!

—Se ve que has hablado con Lico, porque él dice que yo sigo «la política del punto en boca». Es la única que conviene en estos casos. Así pues ¡punto en boca!

—Eso es. ¡Punto en boca!

X RECEPCIÓN OFICIAL

El día primero de enero de 1823, decimonono aniversario de la proclamación de la independencia de Haití, fue festejado en la ciudad de Santo Domingo con gran despliegue de fuerzas militares, por orden del jefe superior del departamento, general Jerónimo Maximiliano Borgellá.

—¡Vamos, vamos! —decía Agustín de Acosta, que había ido en busca de Lico—. Son las diez y media de la mañana y no es hora de estar en la cama. Debemos hacer acto de presencia en la reunión del Palacio de Gobierno.

—¿Debemos? —contestó Lico desperezándose—. ¿Qué vamos a hacer allí?

—Conviene que nos vean en ese sitio, si es que somos buenos conspiradores.

—Lázaro te daría un abrazo si te oyera —dijo Lico sentándose en la cama—. Eso forma parte de la política del punto en boca. Trataré de vestirme en un santiamén, para complacerte.

—Pues ándate, ándate pronto, mientras yo termino este tabaco.

—Allá voy. Lo triste será encontrarse allí con tanto vagamundo que estará festejando de verdad la obra de Dessalines.

—¿Y por qué no? Yo la festejaría de muy buen grado si los haitianos no se hubieran metido aquí.

—¡Qué gracia! Si ellos estuvieran en su casa y nosotros en la nuestra, otro cantar sería. Por muchos agravios que hayamos recibido de Dessalines, lo cierto es que él fundó una nación con lo que antes era un ható de esclavos.

—Ahora los esclavos somos nosotros, pero no importa. Es bueno que Borgellá nos vea asociados a los festejos de hoy.

—De acuerdo. Dispénsame un momento, que voy al cuarto de baño a echarme dos *jigüeras* de agua encima. Si quieres, puedes entretenerte con ese libro que está sobre la mesa.

Agustín, mientras saboreaba su tabaco, tomó el libro. Era el *Diario Histórico* del oficial francés Gilbert Guillermin durante la campaña de la reconquista, que acaudilló el brigadier Sánchez Ramírez para arrancar a Francia la colonia de Santo Domingo y restablecer en ella el poder de España.

Cuando Lico regresó, al cabo de diez minutos, Agustín seguía enfrascado en la lectura.

—¡Interesante! ¿Verdad? —interrogó Lico.

—Mucho. ¿Dónde lo conseguiste?

—Me lo prestó el doctor Núñez de Cáceres. Anoche esperé en su casa la llegada del nuevo año.

—Estaba leyendo ahí una carta del padre Correa a Sánchez Ramírez, invitándolo a desistir de su empresa. No dudo que nos dirigirá una invitación igual el día en que iniciemos el movimiento contra los haitianos.

—El padre Correa se amolda a todas las situaciones. Es un *pastelero* impenitente.

—Y tanto, que se dice que anda a mal traer con el arzobispo Valera, porque pretendía que el jefe de la iglesia se entendiera con Boyer.

—¿Esas tenemos? Buen trabajo le doy, porque Valera sigue firme en su propósito de no considerarse ciudadano de Haití y en negarse a recibir un centavo de las cajas de la República.

—Eso es. Ha declarado que sigue siendo súbdito de Fernando VII. Y Correa no encuentra justificada esa actitud.

—La actitud que no puede quedar justificada en ningún dominicano es la de Correa, que es parecida a la que asumió en la época a que se refiere el libro que tienes en la mano.

—No viene mal la lectura de este libro a los que queremos hacer una revolución semejante a la de Sánchez Ramírez, aunque no para echar de aquí a los franceses, sino a los haitianos; quiere decir, que ahora es con mayor motivo que entonces.

—Es verdad. No es poco lo que podemos aprender en esas páginas, aunque han sido escritas por un adversario nuestro. Borgellá le convendría leerlas, para darse cuenta de que si Ferrand no pudo afrancesarnos, menos aun podrá él haitianizarnos.

—Te diré: hoy, al pasar por la Plaza de Armas, cuando iba la gente para la Catedral, a oír el tedeum, vi llegar a Borgellá, mientras la tropa formada le rendía honores; y pensé que, en vez de estarnos haitianizando, él es el que se está contagiando con nosotros.

—¿Cómo así?

—Sí, Lico. Nuestra civilidad y cortesía social han pesado mucho en el ánimo de ese mulato inteligente y vanidoso. Ha cambiado en el aspecto exterior tanto como en el trato. No soy yo el único que lo ha notado: los propios haitianos lo dicen. Las maneras de Borgellá son cada vez más corteses. Le gusta vestirse bien. Hoy llevaba un uniforme digno de un mariscal y por cierto le sentaba admirablemente, porque aunque él no es muy alto, tiene porte marcial. Y ha tenido el cuidado de que la tropa se presente correctamente en un acto público como el de hoy. ¿Recuerdas el día en que entraron aquí los haitianos? Era raro ver un soldado con zapatos, y eso causó la peor impresión entre los dominicanos, acostumbrados a ver al soldado español y a la milicia dominicana decentemente vestidos y, desde luego, con buenos zapatos. Hoy, en cambio, la tropa estaba bien calzada y vestida, con verdaderos uniformes, lo contrario de lo que habíamos visto antes, pues el conjunto de la soldadesca haitiana no tenía uniformidad

ninguna. En la plaza hubo esta mañana aplausos espontáneos del pueblo para la tropa. Y Borgellá sonreía, lleno de satisfacción.

—No deja de ser curioso que el hombre que más ha querido modificar nuestras costumbres se haya dejado influir por ellas, pero me has hecho caer en la cuenta de que así es. Borgellá demuestra cada día mayor interés en mezclarse en la vida social dominicana. No desperdicia ninguna invitación, y a veces las provoca. Sabrás que con marcada insistencia, por medio de terceras personas, logró que se le invitara el otro día a una reunión de confianza en casa de doña Jacinta Cabral. Allí lo vi, y a la verdad estuvo muy fino y atento con todo el mundo. Logró dejar una impresión agradable de su persona.

—Pues has de saber que ese deseo suyo de estar mezclado con los dominicanos y de adaptarse a las costumbres de nuestra sociedad, ha sido censurado por algunos haitianos que le hacen la guerra. Ellos dicen que el hombre se está volviendo aristócrata. El que más lo ataca es el mismísimo jefe del arsenal y de la Fuerza, el coronel Alexis Carrié.

—Parece que nunca se han llevado muy bien.

—Y aquí se llevan peor. Carrié, que de un momento a otro veremos ascendido a general de brigada, aspira a sustituirlo algún día. No cabe duda de que el peor enemigo que tiene Borgellá es su inmediato subalterno, Carrié.

—Hay que alegrarse de tales enredos; pero no creo que Carrié logre por ahora su aspiración. Borgellá es general de división. Él y Bonnet fueron los jefes de las dos columnas invasoras que vinieron hasta acá. El día en que nos lo quiten será para darle un puesto igual o de mayor importancia.

—A menos que caiga en desgracia...

—No es cosa fácil, si ha de ser por obra de Carrié, que es el que ha estado en desgracia hasta hace poco. La invasión a Santo Domingo fue lo que le dio oportunidad de congraciarse con Boyer. En cambio, Borgellá era jefe del departamento de

Aquin. Lo que ha hecho Boyer es darle una prueba de superior confianza al colocarlo en el puesto que hoy ocupa.

—No te falta razón, aunque la política haitiana está llena de sorpresas.

—Bueno. Ya estoy listo, y a tus órdenes.

—Pues andando, que ya la gente debe haber pasado de la catedral al Palacio.



Cuando entraban al salón principal del Palacio, Borgellá pronunciaba el brindis de ritual, levantando la copa en alto.

—No fueron los dominicanos —decía—, convencidos como estaban de los beneficios que les reportaría su incorporación al resto de Haití, los que intentaron oponerse a la unión de toda la isla. Fueron algunos colonos extranjeros los que pretendieron ponerle obstáculos a esa idea y arrebatar a Haití la península de Samaná. Tengo la satisfacción de decir que la firme voluntad de los naturales de la parte española fue lo que hizo imposible ese atentado contra la nación, que pareció estar respaldado por dos potencias extranjeras. Esa actitud patriótica y digna hizo alejarse de nuestras playas los barcos de guerra que se habían situado en aquella espléndida bahía.

Sonaron aplausos.

—¡Bonita manera de contar lo sucedido! —cuchicheó Lico al oído de Acosta—, La iniciativa fue de algunos colonos franceses de Samaná, pero dominicanos, como el padre Mueses, Diego de Lira y Francisco de Montenegro, fueron los que, al ver que Boyer nos invadía, pidieron auxilio al conde Danzelot, gobernador de la Martinica, y a las autoridades de Puerto Rico, para iniciar una reacción en favor de España.

—El no haberse puesto de acuerdo los franceses y los españoles fue lo que a última hora impidió que se realizara ese movimiento. Los buques franceses se retiraron uno tras otro, y cuando llegó de Puerto Rico el coronel Cárdenas, que

había sido aquí sustituto del capitán general, se encontró con pocos medios de acción. Ahora, es verdad que algunos dominicanos se pusieron de parte de Haití, y otros se les agregaron por temor a las fuerzas haitianas que llegaron a Sabana de la Mar.

—De todos modos, Boyer tuvo la suerte de que esa complicación, contraria a sus propósitos, se desvaneciera apenas pasado un mes de haberse consumado la invasión de Santo Domingo.

—¡Chst! Nos van a mandar a callar. Deja ver lo que dice ahora el gobernador.

Borgellá, próximo ya a terminar su discurso, recordaba en ese momento la proclama que había dirigido Boyer a los habitantes de la antigua parte española, invitándolos a dedicar su atención a la agricultura.

—Escuchad —decía—, la voz paternal de nuestro presidente que os recomienda cultivar con amor las tierras fértiles, regadas por ríos maravillosos, que tenéis a vuestra disposición. Por el trabajo se hacen grandes las naciones; y yo espero que todos los ciudadanos de la República de Haití pondrán empeño en desarrollar las riquezas naturales de que disfrutamos, para bienestar y gloria de la nación. ¡Señores, brindemos por la República de Haití, libre, próspera y feliz mediante el esfuerzo de todos sus hijos! ¡Y brindemos también por el presidente Boyer, que tan acertadamente conduce sus destinos!

Acallados los aplausos que coronaron el final del discurso, hubo otros brindis pronunciados por los representantes de las más altas funciones públicas del departamento. En aquel torneo oratorio de circunstancias se destacó, por su precisión y elegancia en el decir, José Joaquín del Monte, que hablaba en nombre del cuerpo judicial.

—¡Qué bien habla el francés este cambia-casaca! —murmuró Acosta.

—Todavía mejor lo habla su hijo Manuel Joaquín, que apenas tiene veinte años.

—*Anjá!* ¡Mira quién va a hablar ahora!

—¡El padre Correa! ¡No podía faltar!

En efecto, el doctor Bernardo Correa y Cidrón, rector de la universidad, declaraba en ese momento que no podía permanecer en silencio porque su entusiasmo, desbordándose, lo obligaba a levantar la copa por el presidente Boyer, insigne mandatario que sostenía con mano firme el imperio de la Constitución.

—¡Qué descarado! —susurró Acosta.

—Algo parecido dijo de Fernando VII cuando se promulgó la Constitución en 1820. Y en tiempo de los franceses fue igual. Se entendía a maravilla con el gobernador Ferrand.

—En ese caso, le basta con pronunciar en cada situación el mismo discurso, con solo cambiar nombres y fechas.

—Así es. Ahora, que talento no le falta. ¡Es lástima!

Cerró los discursos una sobria alocución del doctor José Gabriel Aybar, vicario eclesiástico y deán de la catedral. Excusó la inasistencia del arzobispo Valera, por motivos de salud, y expresó el deseo de que Dios iluminara a los hombres de Gobierno para el cumplimiento de la difícil misión que les estaba encomendada. Al terminar se adelantó hacia Borgellá para despedirse. Borgellá lo acogió con marcada efusión y le encargó saludar en su nombre al Arzobispo, por cuyo bienestar formuló votos.

Comenzó el desfile. Uno tras otro, los visitantes se acercaban a estrechar la mano de Borgellá, del general Beauregard, comandante de la plaza, y del coronel Carrié, jefe del arsenal y de la Fuerza. Borgellá mostraba interés en ser amable con todos y sostenía con algunos un breve rato de conversación en francés, aunque intercalaba frases enteras en español, acaso para hacer resaltar su deseo de conocer mejor la lengua materna de los habitantes de la jurisdicción confiada a su mando.

—¡Magnífico discurso! —dijo a Del Monte, que avanzaba en compañía de otros miembros del tribunal civil: Leonardo Pichardo, Vicente Mancebo, Vicente del Rosario Hermoso y

Raimundo de Sepúlveda—. De usted, hombre tan ilustrado y de tan vasta erudición, no podía esperarse otra cosa.

Sacudió después con fuerza, esbozando una sonrisa acogedora, la mano que le tendía Tomás Bobadilla, comisario del Gobierno ante el mismo tribunal; pero apenas si paró mientes en los que le seguían, que eran el juez José de la Cruz García y los defensores públicos Juan de Dios Correa Cruzado y José Troncoso, porque acertó a ver detrás de ellos al coronel Manuel Carbajal.

—¿Cómo le va, mi querido ayudante general del Estado Mayor?

—Así, así. Siempre flaqueo de la vista. Por lo demás me siento bien.

—Al verlo he recordado algo que me han contado...

—Usted dirá.

—El cuento me lo hicieron en Cabo Haitiano, donde iba usted a menudo en otro tiempo.

—Es verdad.

—Me dijeron que usted, hace ya muchos años cuando iba al Cabo, se alojaba en el hotel de la Corona, y que allí había un peón de caballerizas que le atendía muy bien su caballo.

—Ya sé adónde va usted a parar... —dijo Carbajal sonriendo.

—Un día ese peón de caballerizas, que era en realidad un hombre superior, se hizo grande en la política y llegó a ser rey en toda la zona del Guarico. A usted le dieron aquí no sé qué encargo oficial para el rey Enrique Cristóbal. Al recibirlo, él le preguntó si no recordaba haberlo conocido antes. Usted pareció vacilar, se pasó la mano por la frente, y al cabo de un instante contestó: «Por más esfuerzos que hago, majestad, no me acuerdo».

—Así fue; pero la verdad es que, aunque el rey Cristóbal se me parecía al peón que conocí en el hotel, no estaba seguro de que fuera el mismo.

—Como usted quiera, pero esa habilidad de usted facilitó, según me han dicho, el éxito de su misión. Hombres como

usted saben salir airosos en cualquier situación. ¡Qué Dios lo guarde por muchos años, mi querido Carbajal!

Y se volvió a los que aguardaban detrás de Carbajal.

—Muy bien, doctor Correa, usted siempre oportuno en lo que dice. Veo que detrás de usted viene la gente que maneja el dinero, el administrador de hacienda, Martínez Valdés, y el tesorero Lavastida. ¡Cuiden mucho esos caudales, señores! ¡Ah! Y la Aduana. ¿Qué dice don Esteban Valencia, nuestro *peseur*, o como dicen ustedes en español, *fiel de peso*? Y cuánto placer en saludar a los representantes Caminero y Pineda!

Continuó el desfile, con el consejo de notables de la ciudad, la Comisión de Instrucción Pública, y otras corporaciones. Después tocó el turno a los particulares. El primero era Juan Vicente Moscoso.

—Me complazco en saludarlo, doctor, pero no quisiera que fuera solamente en esta oportunidad. Venga cuantas veces quiera a la casa de Gobierno, que las puertas estarán siempre abiertas para usted.

—Gracias, general —murmuró Moscoso, apresurándose a retirarse.

Después de José María González, encargado de la imprenta del Gobierno, siguieron otros, y por último tocó el turno a Acosta y a Lico.

—¿Estuvo usted en Port-au-Prince? —preguntó Borgellá a Acosta.

—Sí, general, pasé allí casi un mes.

—Me alegro. Quiera Dios que muchos conciudadanos de la parte del Este vayan a conocer nuestra capital. Y a usted, joven —continuó, volviéndose hacia Lico—, me parece que lo conocí en casa de doña Jacinta Cabral.

—Sí, general, hace pocas semanas.

—¡Ah! ¡Esa encantadora doña Jacinta!



—¿Notaste —decía Lico a Agustín momentos después, mientras caminaban por la calle de las Mercedes—, cómo saboreó Borgellá su frase *cette charmante doña Jacinta*? Es indudable que este hombre quiere congraciarse con la sociedad dominicana.

—Sobre todo con la gente de arriba, porque en cambio ha prohibido diversiones populares como los toros y el juego de San Andrés; y se dice que se opondrá a que nuestro pueblo se entretenga, como lo viene haciendo desde tiempo inmemorial, en quemar unos muñecos de trapo el sábado santo. No le parece bien esa algazara en las calles ni menos aun los tiros que suelen dispararse a los tales muñecos, en los cuales la tradición ha querido representar a Judas.

—En eso le falta habilidad. Empeñado en halagar a la clase alta, no se fija en que mortifica a las clases más humildes privándolas de sus diversiones habituales.

—Por eso dice Carrié que Borgellá se ha vuelto aristócrata y que solo busca la buena amistad de la gente blanca de Santo Domingo. Es verdad que por culpa suya han emigrado algunas familias distinguidas, pero se trata de personas abiertamente adictas a España, a las cuales no podía pensar en atraerse.

—La verdad es que ha cambiado mucho. ¿Viste cómo saludó a Moscoso? Y él no puede ignorar que Moscoso está inconforme con esta situación. También envió un saludo muy afectuoso al arzobispo.

—Y si hubiera sabido que eras casi un familiar del doctor Núñez de Cáceres, le manda contigo un abrazo.

—No hay que dudarle; aunque él sabe que con el doctor nada valdrían esas zalamerías. No ignorarás que el doctor está cada vez más disgustado, y que se va pronto.

—¿A dónde?

—A Venezuela.

—¿Piensa que allí podrá conseguir algo en favor de nuestra independencia?

—Sí que lo piensa; pero además ¿adónde había de ir? Él dice, a mi juicio con razón, que ya no cabe en ninguna posesión española, aparte de que podría verse expuesto a persecuciones. Necesariamente tiene que ir a algún país libre de América.

—Es de sentir que el doctor no esté de acuerdo con nosotros.

—Claro que es de sentirse, y ya se lo he dicho; pero él no quiere que España vuelva a gobernar en Santo Domingo, y cree todavía que, con la ayuda de Colombia, y aún sin ella, algún día seremos independientes.

—¡Ojalá pudieran cumplirse sus deseos!

XI ¡YA TENDREMOS PATRIA ALGÚN DÍA!

La noticia de que el doctor José Núñez de Cáceres se preparaba a emprender el camino de la emigración, en el cual lo habían precedido no pocos dominicanos, causó sorpresa y estupor en el ánimo público. Los comentarios callejeros eran múltiples:

—¡Se va don José! —decían unos—. ¡Dichoso él, que puede! Ya se le adelantaron Manuel Márquez Joyel, Manuel López de Umeres, Antonio Angulo... Y así seguirá la lista de hombres de valer.

—¡Claro! Todo el que valga algo se irá de este país —afirmaban otros—. Los que no, aguantaremos como sea posible esta situación.

Y no faltaban quienes agregaran:

—En el pecado lleva don José la penitencia. ¡Quién lo mandó a echar a España de Santo Domingo! Él no podía ignorar que el día en que eso sucediera se meterían aquí los haitianos. ¿Por qué no se queda aquí con nosotros, a sufrir las consecuencias de su equivocación y su temeridad, como las seguiremos sufriendo los demás?

—Dicen que va a ver lo que consigue en Venezuela —apuntaban algunos—. Él sigue aferrado a su tema de que debemos ser independientes, y no quiere hacer caso a los que opinan que lo mejor es traer otra vez a España.

—Sí, cuando se le mete una idea entre ceja y ceja, no hay quien lo haga cambiar. Mejor sería que cantara la palinodia y reconociera el disparate que hizo; y en vez de pensar en la bendita Colombia se fuera derecho a Madrid, que quizás le harían caso por lo mismo que él fue el autor del desaguisado y se sabe que es hombre de mérito y de influjo en el país. Otro no conseguiría lo que él.

A pesar de ser encontradas las opiniones, la impresión general era de pesar y desconcierto. Para la mayoría, aunque de modo confuso, la presencia de Núñez de Cáceres en el país era fuente de seguridad y de esperanza. El pueblo se había acostumbrado, durante largos años, a confiar en su carácter resuelto y en su ascendiente personal para la solución de muchas dificultades y problemas de interés público. ¡Quién sabe lo que él podría hacer, aun dentro de aquella situación, por el bienestar de los dominicanos! La noticia de su partida producía en muchos una vaga sensación de orfandad: se iba el padre del pueblo; es decir, el hombre en quien la masa anónima había visto siempre su mejor abogado y su guía más seguro.



A temprana hora encaminábase Lico Andújar el diez y siete de abril a casa de Núñez de Cáceres. Para ese día había sido señalado el viaje de don José. Al llegar al amplio portón se encontró con Simón de Portes, que llegaba en dirección opuesta.

—¿Qué tal, Simón?

—¡Pronto me iré también! —dijo Simón por toda respuesta.

—¿Te vas? ¿Y esa resolución?

—Lo decidí anoche, hablando con don José y Pedro. ¿Qué voy a hacer? Don José es para mí un padre, y ahora que él se va, pienso que yo también debo abandonar el país. Quizás vaya a Cuba. Para Cuba acabará por emigrar toda mi

familia, porque allí tenemos amigos y parientes, y entre estos últimos se cuentan los descendientes de Leonardo Del Monte, que emigró de aquí con todos los suyos en 1801, con motivo de la invasión de Toussaint Louverture, fue a dar a Venezuela, y de ahí pasó después a Cuba.

—He oído hablar de esa emigración de 1801 al doctor Moscoso, que embarcó para Venezuela junto con Del Monte, la esposa de este, que si mal no recuerdo se llamaba Rosa de Aponte, diez hijos, y media docena de criados. También iban el doctor Pedro Valera, que es hoy nuestro arzobispo, y varios sacerdotes. Siento no hacer hoy lo mismo, como te dispones a hacerlo tú, siguiendo las huellas de don José, pero ya sabes que tengo compromisos y obligaciones que me lo impiden. Me consuela pensar que el proyecto que conoces cristalizará y que ustedes podrán regresar pronto.

—Don José no regresará al país mientras estén aquí los haitianos; pero creo que tampoco volverá si ustedes logran restablecer el régimen español.

—Veremos, veremos. Nadie debe decir «de esta agua no beberé».

—¡Hum! Con don José fracasa el refrán...

Juntos subieron las escaleras. En la antesala encontraron a don José, que ponía en orden algunos papeles.

—¿Qué hay, Lico? —dijo—. ¿Ya estás aquí, Simón? De llegar un momento antes, habrían encontrado aquí a Pedro y José, que hace apenas unos minutos que se anticiparon en ir al río para preparar las cosas y hacer que llevaran a bordo los equipajes.

—Continúe lo que estaba haciendo —insinuó Lico—, que usted tiene su tiempo contado.

—Ya acabé. Estaba revisando estos documentos para entregarlos a mi tía María, que no debe tardar. Como el dominicano que emigra está expuesto a que le confisquen los bienes, he puesto esta casa en cabeza de ella —que mejor que tía y madrina es mi segunda madre—, y de mi parienta

Josefa Ortega María se empeñó en que incluyera también a Josefa en la escritura, porque dice que ya ella está muy vieja y que cualquier día se muere, y en cambio Josefa tiene muchos años por delante, y podrá vivir lo suficiente para devolverme la casa si algún día vuelvo. ¡Cosas de María, cuya salud podemos envidiar todos! ¡No he visto vieja más fuerte ni más entera! A lo mejor nos entierra a todos.

—No hay que dudarle —asintió Simón.

—Así es que ya lo saben: la casona ya no es mía. Aquí está la escritura que firmamos hace tres días ante el notario José Troncoso.

—¡Muy acertada precaución! —indicó Lico—. Así no se apoderarán de ella los haitianos...

—¡Ah! —exclamó don José volviendo la vista hacia la escalera—. Ahí está la dueña de la casa.

Una anciana, de rostro enérgico y paso firme, llegaba en ese momento al último peldaño de la escalera.

—¡Buenos días a todos! —dijo acercándose a don José y besándolo en la frente—. He tardado un poco, porque quise oír misa en las Mercedes, como es mi costumbre, y resulta que las iglesias están cerradas. Solo han abierto hoy la catedral, y allá me fui. No llegué a tiempo para la primera misa y tuve que esperar otra.

—¿Cerradas las iglesias? ¿Y a qué obedece esa medida?

—Dicen que el arzobispo así lo dispuso con motivo de tu viaje.

—¿De mi viaje? ¡Cosa más extraña!

—Sí, en la calle aseguran que eso es una demostración de descontento ante este estado de cosas, que pone a muchos dominicanos en el trance de abandonar el país.

—Si mi viaje resulta una calamidad o una desgracia para Santo Domingo, parecería más lógico que el pueblo no se viera privado de ir a la iglesia más próxima para implorar la misericordia divina. Pero sea como fuere, si es verdad lo que la voz popular supone, según me dices; esto es, que el arzobispo

ha querido dejar constancia de su disgusto por los agravios que nos obligan a emigrar, hay que aplaudirlo, sin discutir el medio que haya elegido.

—Hay que aplaudirlo por eso y por otras muchas cosas, José. Ni el padre Correa ni nadie han podido convencerlo de que se entienda con Boyer. Él dice que sigue siendo súbdito de Fernando VII...

—En esto último no lo acompaño. Yo no he de ser más nunca súbdito de ese bandido ni de ningún hombre que quiera gobernar por derecho divino. Si no puedo conseguir la independencia de mi país, seré ciudadano de cualquier república libre de las que se han establecido en América.

—¡Ay, hijo! Que no te dé tan fuerte, que mi única esperanza de volverte a ver es que vuelvan los españoles...

—Pues abandona esa esperanza; pero puedes irte preparando a verme regresar con el auxilio de los colombianos...

—Entonces, creo que nos despedimos para siempre. Después de todo, ya me he acostumbrado a esa idea. De los colombianos, ya lo sabes, nunca he esperado nada. Estamos muy lejos; por lo menos, el mar nos separa; y yo creo que no le interesamos ni al mismo Bolívar. Si no, ya habrían hecho algo, o habrían hablado claramente.

—¡Ojalá te equivoques, madrina! Pero tu manera de ver este asunto me ha impresionado siempre profundamente, porque, sin que uno sepa por qué, a veces las mujeres aciertan a ver las cosas como son. En muchos casos los hombres no llegamos a verlas de igual modo, ni con tanta claridad, a pesar de lo que cavilamos y estudiamos. Y mucho me temo que ese juicio tuyo sea una de tantas adivinaciones femeninas que nos dejan lelos.

—No te quede duda. Los hechos me darán la razón.

—Yo pienso, sin embargo, que Bolívar, el hombre ante quien todos nos descubrimos llamándolo «Libertador», no ha de admitir, sin desdoro de su prestigio y de su gloria, que a un pueblo que quiso ser libre y, para serlo, invocó el ejemplo

y el auxilio que podían prestarle Colombia y, desde luego, el mismo Bolívar, sea sometido a la vergonzosa esclavitud que estamos sufriendo.

—Él pensará que a un hombre que ha hecho la libertad de un continente no le hace falta luchar por cualquiera de estas islitas de por acá, ni que por eso ha de perder en gloria ni en prestigio. Y acuérdate de que hace años él estuvo en Haití y que Petión lo ayudó a preparar una expedición. Boyer era, como quien dice, socio de Petión, y lo ha heredado en el Gobierno de Haití. ¿Cómo quieres tú que Bolívar haga nada contra Boyer? No, hijo, no, con Bolívar no cuentas.

—A eso voy a Venezuela, a convencerme de que él tolera o apoya esta indignidad y esta infamia.

—No te exaltes, José, y acaba de preparar tu viaje con calma. Y si te encuentras con Bolívar no vayas a pelear con él, que el que saldrá perdiendo eres tú.

—Yo siempre me he puesto frente a los poderosos y les he dicho cuántas son cinco.

—Y yo te lo he celebrado, porque un Núñez de Cáceres tiene que ser hombre de carácter o es indigno de su apellido. Pero Bolívar, aunque, se equivoque en nuestro caso, merecerá siempre la admiración de todo el mundo, y debe merecer la nuestra, por lo que ya ha hecho en la América del Sur. Es un grande hombre, un héroe y ¿qué le vamos a hacer si no ha podido o no ha querido entender nuestra situación?

—No, madrina, no admito esa resignación. ¡Valiente libertador el que solo defiende la libertad donde le conviene y la menosprecia en otra parte!

—Bueno. Dejemos eso. Aquí tienes el papel...

—¿Qué cosa?

—El contra-documento de la casa. Lo firmamos Josefa y yo y estuvieron presentes, como testigos, Andrés Fernández y Antonio Abad Solano. Ahí queda dicho que el traspaso que nos has hecho es una trampa legal a fin de evitar el secuestro de tus bienes.

—Está bien, madrina; ya que te empeñas, como me lo dijiste en casa del notario el día catorce, venga el papel, aunque no haga falta; y a propósito, aquí tienes la escritura de propiedad, que me mandó el notario para ti; y te dejo también estos otros papeles, que se relacionan con mis intereses: créditos que te he endosado, por si algún día se pueden cobrar, y otras cosas más, que tú más o menos conoces y que, como mujer entendida y práctica, sabrás lo que conviene hacer con ellas.

—Está bien. Atenderé como mejor pueda tus intereses. Y ahora voy adentro a ver si en algo puedo ayudar a Juana.

—Sí, ella está acabando de acicalar a los niños. Ahí está también Josefa, que llegó muy temprano.

—Pues allá voy —dijo doña María echando a andar hacia el interior de la casa—, con el permiso de ustedes.

—¡Admirable mujer! —exclamó Lico.

—Tú no lo sabes bien —indicó don José—. No conocí a mi madre, que murió a raíz de mi nacimiento, pero estoy seguro de que una madre no hubiera hecho más de lo que María hizo por mí. A ella debo el ser lo que soy. Mi padre quería que me dedicara a la agricultura: María lo hizo abandonar esa idea y no descansó hasta no verme en la universidad, porque todo su afán era que yo fuera un hombre ilustrado. Creo que el gusto más grande que le he dado en la vida es haber sido rector de la universidad, que ella ha venerado siempre como un templo. Y a propósito, ya que hablo de la universidad, ¿cómo te las vas a arreglar, Lico, con las nuevas disposiciones del Gobierno haitiano? Han insistido en que el servicio militar es obligatorio. Todos los estudiantes están en la edad requerida para el caso, y no se ha declarado que puede hacerse alguna excepción con los que cursan estudios superiores. El doctor Correa y Cidrón no durará mucho esta segunda vez en el cargo de rector. La universidad morirá en sus manos. Es verdad que él no ha sabido defenderla.

—Ese es un problema serio, don José, y no sé todavía cómo resolverlo, pues no quisiera echarme un fusil al hombro por servir a Haití. Por lo pronto, no me he dado por enterado, aunque otros estudiantes han abandonado las aulas y se han ido al cuartel. Puede decirse que ya la universidad no existe, porque solo quedamos allí unos cuantos que no hemos ido todavía a servir en el ejército.

—Ya los irán a buscar, y de mala manera. A mí me parece que Borgellá, dada la forma en que está aplicando esa disposición, ha encontrado un bonito pretexto para acabar con el único centro donde podía mantenerse nuestro patrimonio espiritual. Dar lugar a que se cierre la casa de estudios donde hemos bebido ideas y enseñanzas durante casi tres siglos, es querer acabar con nuestra personalidad, puesto que con ello lo que se pretende evitar es que las nuevas generaciones reciban de nosotros esa herencia.

—Bien hablado —dijo Juan Vicente Moscoso, que llegaba al remate de la escalera—. Pretenden acabar con lo mejor que nos dejó España, que es su espíritu; pero ya les arreglaremos cuentas.

—¡Estos conspiradores hasta a modo de saludo gustan de recordar a España! ¿Cómo le va, Moscoso? Ya sabía yo que usted no dejaría de venir a dar un apretón de manos al amigo que se va.

—No podía faltar. Y mientras venía para acá, estaba pensando en algo que supongo usted habrá tenido en cuenta. Y si no, todavía hay tiempo para subsanar el olvido.

—¡Ya sé! ¿La confiscación de los bienes de aquellos dominicanos que no hagan uso del permiso de regresar al país?

—Cabal. Como usted sabe, mucho se discute el asunto; y hay quienes dicen que esa resolución solo se limitará a los que se ausentaron antes; pero es mejor precaverse.

—Buenos días, señores —dijo Martínez de Valdés, que llegaba en ese instante.

—Salud, Antonio —contestó don José—. Llega usted en el momento oportuno. Hablábamos de la proclama que dispone la confiscación de bienes de los dominicanos que no regresen al país; y como usted es miembro de la comisión nombrada por decreto del veintidós de enero para estudiar las reclamaciones que se presenten en lo que toca a ese asunto, su opinión es de peso. ¿No cree usted que todos los que se ausenten están expuestos a que se les aplique esa resolución?

—Pero lo resuelto se refiere a los dominicanos que emigraron el año pasado, antes del nueve de febrero de 1922. Al estudiar las reclamaciones que se presenten, ese es el punto principal. La comisión no puede aplicar otro criterio.

—¿Y usted cree que en esa comisión puede mantenerse criterio alguno que no sea el que más le guste a Borgellá? Usted es ahí el único hombre de carácter independiente, digo, lo ha sido hasta ahora...

—Y lo seguiré siendo, don José.

—¡Ojalá! Pero veamos quiénes son los demás: Tomás Bobadilla, comisario del Gobierno en el tribunal civil, hombre inteligente, si bien no gusta de chocar con la autoridad; José Joaquín Del Monte, muy ilustrado y capaz, pero que se ajusta al mismo temperamento de Bobadilla. Lo conozco bien: conspiraba con nosotros en tiempo de España, y sin embargo, mientras ejerció el cargo de fiscal su única preocupación era acertar con lo que quería Kindelán, y adelantarse a hacer las cosas a gusto de ese excelente amigo y gobernador. De los demás, no hay que hablar: Vicente del Rosario Hermoso, juez que hace lo que quiere Del Monte; José de la Cruz García, el famoso «Maestro Cruz», juez de paz, hombre sin carácter; y el pobre Esteban Valencia, fiel de peso de la Aduana, y mejor músico que otra cosa. Y como la presidencia de la comisión la tiene Borgellá, la opinión que él emita será acatada por todos.

—Por todos, no, doctor. Yo mantendré mi modo de pensar.

—Y lo aplastarán con votos en contra, hasta que usted se canse y forme coro con los demás en torno a Borgellá.

—¡Buen trabajo les doy para lograr que me canse!

—Lo lograrán, Antonio, lo lograrán.

—Bueno, pero ¿a qué viene todo esto? ¿Se trata de los bienes de usted? Usted no está ni puede estar comprendido en la resolución dictada por Boyer.

—Pero a Boyer puede ocurrírsele que sí lo estoy, o dictar otra proclama ampliando el alcance de la primera.

—Ya eso es otra cosa. Posible es.

—Pues como todo eso es posible, quiero evitar trabajo a los señores comisionados, y ya no tengo bienes propios. He traspasado todo lo que poseo a doña María Núñez de Cáceres y a doña Josefa Ortega, personas solventes que me han pagado con el oro de mejor cuño que se conoce.

—Sí, ya lo sé: el del cariño. A usted no se le va una, doctor.

—Buenos días —dijo Pineda entrando—. Por lo visto llego a tiempo todavía.

—Usted llega siempre a tiempo —afirmó don José—. Siéntese por ahí, que es la última vez en que puedo preguntarle qué es lo que se dice en la calle, como acostumbraba hacerlo en otros tiempos.

—Tiene usted aquí mejores informantes que yo, porque beben en mejores fuentes. En la calle, aparte del viaje de usted, que ha causado honda impresión en el pueblo, el asunto que más está dando que hablar es el de la supresión del cabildo eclesiástico.

—¿Supresión? De los sueldos de los señores canónigos, querrá usted decir, pues eso fue lo que dispuso Borgellá a principios de enero.

—Bueno. Suprimir los sueldos es obligar a los canónigos a irse con la música a otra parte. Esta es una represalia del Gobierno por la actitud del arzobispo Valera, súbdito vitalicio de Fernando VII. Lo cierto es que ya nuestra catedral no tiene cabildo, porque casi todos sus miembros se han ido a alguna parroquia. Creo que solo quedan el deán Aybar y Romualdo de Frómata.

—¿Y Correa?

—Está preparando la maleta, porque dicen que el arzobispo lo manda a la parroquia de San Marcos y lo ha nombrado vicario general y delegado suyo en Haití, esto es, en la parte occidental de la isla.

—No sabe el arzobispo la carta que está jugando, porque Correa, en Haití, se entenderá a las mil maravillas con Boyer y puede hacer alguna jugarreta de las suyas. Por otra parte, a Correa le viene de perilla esa solución, porque así la universidad no morirá en sus manos.

—¿Y a quién va a dejar en su lugar, si ya puede decirse que no hay allí profesores? Quedan algunos jóvenes como Pedro, que se va hoy.

La conversación fue interrumpida por ruido de pasos apresurados en la escalera. Era José, el segundo hijo de Núñez de Cáceres.

—Papá —dijo sofocado por la precipitación con que había subido—, el capitán de la barca dice que se está preparando para salir, porque hay buen terral, y que vayas en seguida. Pedro nos espera allá.

—Avísale a tu madre, y vamos —contestó don José poniéndose de pie y tomando su sombrero.

—Lo acompañaremos, que para eso hemos venido —indicó Pineda.

—¡Ah! Aquí está Juana —dijo don José a poco viendo entrar a su mujer, acompañada por sus hijos pequeños, la tía María y Josefa Ortega.

En pocos momentos se organizó la marcha que fue interrumpida, ya en la puerta de la calle, por la llegada de Manuel Carbajal.

—¡Venga ese abrazo, doctor! ¡Que tenga un viaje feliz!

—Gracias, Manuel —dijo don José abrazándolo—. Ya extrañaba no haberlo visto por aquí.

—Lo que siento es no poder ir hasta el río. Soy casi un inválido. Cada día estoy peor de la vista.

—Ya lo sé, Manuel, aunque todavía está usted hecho un roble. Cúidese, y adiós.

—Adiós doctor. Adiós, doña Juana.

—Adiós, don Manuel.

En la calle del Comercio se incorporó a la comitiva Juan Nepomuceno de Arredondo.

—¡Bah! —exclamó echando el brazo sobre el hombro de don José—. Menos mal que los encuentro. Iba para el río.

—Pues andando, Arredondo, que el capitán debe estar ya impaciente. Seguiremos derecho por la calle del Comercio, para bajar al río por la cuesta de la Atarazana, en vez de tomar la calle de las Damas. Así no me expondré a que una casualidad me obligue a saludar a Borgellá al pasar frente al Palacio de Gobierno.

En la orilla del río había buen golpe de gente que esperaba a don José.

Mamerto, su antiguo esclavo, corrió hacia él y le besó la mano, lo mismo que a doña Juana murmurando:

—Siento que no me *yeben* con *utede*. *Que dio lo* bendiga y tengan buen viaje.

Otros muchos se acercaron a los viajeros, entre ellos Pablo Alí, luciendo su uniforme de la gendarmería.

—Creí que me iría sin verte, Pablo —dijo don José dándole un abrazo.

—Nunca en la vida, jefe. Dondequiera que esté Pablo Alí tiene usted un amigo.

Don José siguió repartiendo apretones de manos y abrazos, mientras un grupo de amigos y estudiantes rodeaba a Pedro. Andújar atrajo conjuntamente hacia sí a Pedro y a Simón de Portes, apretándolos contra su pecho.

—Éramos tres —murmuró—, pero no «los tres que echaron a Pedro entre el pozo», según el dicho que el pueblo ha sacado de una de nuestras tradiciones, sino tres hermanos. Ahora se va Pedro y dentro de poco se marchará Simón. Me quedaré solo, pero la hermandad que nos une no puede romperse.

Debemos escribirnos, comunicarnos siempre, donde quiera que estemos unos y otros.

El doctor José Gabriel Aybar, deán de la catedral, llegó apresuradamente en el momento en que un grumete se acercaba a don José y le reiteraba el deseo del capitán de partir en seguida.

—Vengo a echarles la bendición —dijo el deán—. ¡Qué Dios los proteja y tengan buena travesía! Les traigo también un saludo de monseñor Valera.

—Le agradeceré que sea usted el portador de nuestras expresiones de afecto y de respeto al arzobispo —contestó don José—. Y venga un abrazo, José Gabriel.

—Y yo vengo en busca de otro abrazo —dijo Leonardo Pichardo, que era el último en llegar—. Le traigo los saludos de José Joaquín Del Monte y de Vicente Mancebo, que no han podido venir porque los retiene un juicio que se está celebrando hoy en el tribunal.

—Gracias, y saludos a esos amigos.

Don José se desprendió de los brazos de Pichardo y se apresuró a trasladarse a la barca, siguiendo a sus familiares que ya estaban en el puente del buque. Apenas había puesto el pie a bordo, los marineros deshicieron con presteza las amarras que sostenían los sólidos tablones que, colocados desde la borda hasta la playa, daban acceso a la embarcación. La barca enfiló a poco hacia la boca del río, mientras la muchedumbre, de pie en la orilla, esperaba verla salir.

El viento hinchó las velas y la barca avanzó majestuosamente sobre las tranquilas aguas del Ozama.

Múltiples pañuelos se agitaron en la orilla.

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Buen viaje! —profirieron muchas voces.

—¡Vuelva pronto, don José, no nos deje! —voceó una mujer del pueblo.

—¡Volveré o vendrán mis huesos! —gritó don José, aproximándose a la borda, y saludando con la diestra en alto—. ¡Ya tendremos patria algún día!

XII UN REVÉS

—Ya está tu asunto arreglado —decía Moscoso a Lico aquella mañana.

—¿En qué forma pudo arreglarlo usted?

—Como Borgellá me ha dicho varias veces que las puertas del Palacio de Gobierno están siempre abiertas para mí, me fui allá derechito. Me recibió sin hacerme esperar, con gran amabilidad. Entré en materia haciéndole ver las consecuencias probables de las medidas adoptadas para hacer efectivo el servicio militar obligatorio, sin establecer excepciones de ninguna clase; y le señalé como una de esas consecuencias, y muy deplorable, lo ocurrido el doce de julio, día en que un grupo de soldados sacó de las aulas a los pocos estudiantes que se encontraban en la universidad, agregándole que por causa de ese hecho la vieja casa de estudios había quedado virtualmente cerrada.

—¿Qué alegó él para justificar el proceder del Gobierno?

—Nada en concreto. Se limitó a decirme que se trataba de una disposición legal y que él, como jefe superior del departamento, no podía hacer otra cosa sino cumplirla; si bien quizás pudiera obtenerse que para más tarde fuera modificado algunos de sus preceptos, pues encontraba atinadas mis observaciones. Me decidí entonces a exponerle

tu caso particular. Le dije que eras un estudiante de derecho, próximo a terminar, y que trabajabas conmigo para adiestrarte en la profesión; pero que, aparte de tu interés personal estaba el mío en conservarte a mi lado, pues me eras muy útil; y que yo me alegraría de que pudiera encontrarse el modo de que continuaras prestándome tus servicios. Se me ocurrió esa argucia, porque vienes tan a menudo a verme, que bien podía pasar como cosa cierta.

—Muy bien, doctor, y para que no haya duda alguna sobre el asunto, en lo adelante vendré aquí todos los días.

—Tanto mejor. Al oír esto, Borgellá sonrió y me dijo que yo lo ponía en grave aprieto, pero que él tenía deseos de complacerme, puesto que era la primera cosa que le pedía. «Me siento satisfecho, doctor, de que usted no haya echado en saco roto mis ofrecimientos —agregó—, y haya venido a hablarme en la seguridad de encontrar en mí un amigo. No quiero que se vaya usted con las manos vacías, y me parece que podemos dar al asunto esta solución: su protegido se presentará en el cuartel para que lo inscriban como soldado, pero allí le darán un papel para que solo asista a hacer prácticas militares cada cierto tiempo, hasta nuevo aviso. ¿Está usted contento?». Le contesté que sí, siempre que ese «nuevo aviso» no llegara nunca. Se echó a reír y me dijo que ese aviso dependía de él, y que no pensara más en el asunto. Declaró, además, que te conocía y que eras un joven de mucho porvenir. Me despedí dándole un millón de gracias. Y ahora te pregunto a mi vez: ¿estás contento?

—Y mucho, doctor. El millón de gracias se lo debo yo a usted. Esta misma tarde me presentaré en la Fuerza para que me inscriban.

—Y no te preocupes por los decantados ejercicios militares, que creo no tendrás ocasión de concurrir a ellos, a causa de ciertos acontecimientos.

—¿Cómo así?

—Debí haber empezado por hablarte de eso, pero comprendí que estabas impaciente por conocer la solución de tu asunto. Has de saber que Silvestre Aybar llegó hace unos días a la costa del Este y desembarcó por Quiabón. Oculto, naturalmente.

—¡Qué me dice!

—Como lo oyes.

—¡Y nada me había dicho usted!

—Lo supe ayer, por un propio que él me mandó.

—¿Y qué planes trae Aybar?

—Las autoridades de Puerto Rico lo han alentado a venir para iniciar el movimiento a favor de España. Es cosa ya convenida que de allí nos prestarán apoyo.

—¡Hurrah!

—Ahora bien: él me escribe que su intención era sublevar en seguida el Seybo, pero que después de hablar con algunos familiares y amigos, ha creído necesario esperar todavía un poco y ver además si es posible dar primero el golpe en la capital o en sus cercanías. A pesar del éxito que alcanzó Sánchez Ramírez cuando vino del Seybo sobre la capital, allí temen que la insurrección quede aislada si no se hace el levantamiento de modo simultáneo en la capital y otros lugares.

—No está mal esa previsión. Pero, mientras tanto, ¿qué hará Aybar?

—Viene para su finca de Jainamosa, donde permanecerá oculto, y desde ahí continuará la organización del movimiento. Ya debe encontrarse allí, porque en el instante en que me escribía estaba listo para montar a caballo, según me dice en su carta. Espero de un momento a otro el aviso de su llegada, para entonces tratar de ir a verlo.

—¡Por fin, doctor, van a realizarse nuestros sueños!

—Yo creo que cuando Aybar sepa que todo está preparado para el movimiento, y conozca los planes de Baltasar de Nova, Lázaro Núñez, José María de Altagracia, Agustín de

Acosta, y muchos más, no vacilará en señalar la fecha del levantamiento. Debes estar listo, por si a mi regreso de Jainamosa hay que ir sin pérdida de tiempo a Los Alcarrizos...

—Iré volando, doctor. ¡Cómo se va a poner Lázaro!

En ese momento entró bruscamente Agustín de Acosta, congestionado el rostro y presa de gran agitación.

—¿Qué le pasa, amigo? —interrogó Moscoso.

—Que hace media hora trajeron preso a Silvestre Aybar.

—¡Qué! —exclamó Moscoso abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Cómo ha sido eso?

—¡Habla, habla! —dijo Lico, al ver que Acosta se desplomaba en un sillón con gesto de desaliento.

—Poco puedo decir —declaró Acosta, serenándose—. Me lo contaron hace un momento. León Alcaide lo vio llegar entre cuatro soldados a la fuerza. Lo capturaron al pasar el río Ozama. Venía del Este, donde según noticias desembarcó hace días.

—¡Qué desastre! —murmuró Moscoso—. ¿Cómo supo el Gobierno que Silvestre estaba aquí? Porque sin duda alguna lo estaban acechando.

—Es lo que no se sabe, pero yo creo que no hubo denuncia, sino sospechas de gente de la gendarmería. Parece que le seguían la pista desde Hato Mayor. Se atribuye al teniente Lenoir un papel importante en esta captura. Hasta se dice que lo ascenderán a capitán, y lo pasarán a la artillería.

—No faltaba más! —afirmó Lico.

—No hace un año que lo ascendieron de sargento a teniente —indicó Moscoso.

—Hará carrera rápida, pero...

—Pero algún día las pagará todas juntas —concluyó Lico.

—Volvamos al asunto de Aybar —dijo Moscoso—. ¿Eso es todo lo que sabes? ¿No se le encontraron papeles encima?

Tengo entendido que no, porque me dijo Alcaide que Aybar había hecho protestas de que él se dirigía a su finca de Jainamosa, a cuidar de sus intereses, y que no se explicaba

la causa de su prisión. Si hubiera papeles de por medio, no habría buscado ese medio de defensa.

—En ese caso, la cosa no se presenta mal —declaró Moscoso—. Lo que hay que hacer ahora es ver cómo se le ayuda a salir de ese aprieto. Si no hay pruebas contra él, nada se atreverá a hacer Borgellá, y lo probable es que le manden el preso a Boyer para que él resuelva lo que tenga por conveniente. Lo mejor será que, junto con él, lleguen buenas recomendaciones de su persona a Puerto Príncipe.

—¿Y quién puede recomendarlo?

—El arzobispo, que para eso dejará a un lado, si es preciso, su condición de súbdito de Fernando VII; José Joaquín Del Monte, que es buen amigo de Aybar; y, en fin, otros pueden hablar con el mismo Borgellá para que presente el caso de Aybar del modo más benigno...

—Con recomendaciones así —apuntó Lico—, acaso salga bien de este mal paso.

—Pues manos a la obra —dijo Moscoso tomando su sombrero—. Espérenme aquí. Lico quedará, como que es mi auxiliar, al frente de mi despacho.

—Lo esperamos, doctor, y no sin impaciencia por ver el curso que toma este negocio.



Pasada una hora regresó Moscoso.

—A juzgar por la cara que usted trae, aunque no sea precisamente una cara de pascuas —dijo Lico—, creo que el asunto va bien encaminado.

—No va mal, en efecto.

—Pues somos todo oídos —indicó Acosta—. Durante el tiempo que usted estuvo fuera hemos pasado revista a todas las conjeturas posibles sobre el asunto y mucho tememos que,

si no hay pruebas escritas, se hagan aparecer testigos para acumular cargos contra Aybar.

—No lo creo. La situación de Aybar es tal como habíamos supuesto. No hay papeles que lo comprometan, no hay denuncias de ninguna clase, pero su nombre es demasiado conocido como contrario al Gobierno de Haití y como partidario de España. Y a esto se agrega que, después de haberse ido del país por no querer someterse al régimen haitiano, se aparece de repente, sin previo aviso, y sin que se sepa qué nave lo condujo. De todo esto que se ha tramado en favor de España, lo único que sabe de cierto el Gobierno de Boyer es que Aybar trataba de conseguir en Puerto Rico auxilios para una sublevación. De ahí que Borgellá lo tenga bien custodiado; pero a la vez, como no hay pruebas materiales para abrirle aquí un proceso por conspiración, ha decidido mandarlo a Puerto Príncipe dentro de unos días, esto es, cuando Boyer apruebe esa resolución.

—Tal como usted lo previó, doctor —dijo Lico.

—En efecto. En vista de ello, he hecho algunas diligencias, con buen resultado. Del Monte escribirá a Boyer y además hablará hoy mismo con Borgellá. Bobadilla va a hablar también con Borgellá.

—¿Y el arzobispo? —preguntó Acosta.

—Hará cuanto haya que hacer. Si un día pidió a Boyer el perdón de un soldado haitiano, que había cometido atroces desmanes en nuestro suelo ¿cómo va a proceder de otro modo cuando se trata de un dominicano, sobre todo si ese dominicano es Silvestre Aybar, oficial distinguido de la reconquista, que ha sido regidor y alcalde, y es hombre de vida limpia y digna?

—El proceder del arzobispo —declaró Lico—, es más digno de aprecio si se tiene en cuenta que Boyer se negó a aceptar como vicario general y delegado del prelado en la antigua parte francesa, al doctor Correa, mientras el Padre Valera no se considere arzobispo de la República de Haití y ciudadano haitiano.

—Precisamente de eso me habló el arzobispo —continuó Moscoso—. Y me contó algo interesante: el doctor Correa, que como ustedes saben está en Haití y tiene a su cargo el curato de San Marcos, se entrevistó con Boyer en Puerto Príncipe y quedó tan convencido de que en ese pleito la razón estaba de parte del presidente, que escribió al arzobispo una carta exhortándolo a plegarse a las exigencias de Boyer. Por supuesto, el arzobispo, a pesar de su natural bondadoso, está hecho un basilisco contra Correa.

—Olvida que Correa no ha hecho más que ser consecuente con su propia historia de falsías y acomodamientos —apuntó Lico.

—Nada de eso, sin embargo, ha hecho vacilar al arzobispo, y moverá el cielo y la tierra por salvar a Aybar.

—Muy bien, doctor, ha hecho usted mucho en poco tiempo.

—No es eso todo. Conseguí ver a Aybar.

—¿Verdad?

—Sí, acabo de visitarlo en la prisión. Por supuesto, fue cosa de cinco minutos, a presencia del teniente Lenoir.

—¡Mal rayo lo parta! —masculló Lico.

—Parece que la buena voluntad que me dispensa Borgellá —continuó Moscoso—, no llega al extremo de dejarme conversar a solas con un detenido político. Hablamos de los bienes de Aybar, él aprovechó la oportunidad para decirme que la necesidad de atender esas propiedades era el motivo de su viaje, y yo a mi vez le aseguré que el presidente resolvería su asunto con entera justicia y que muchas personas de la capital escribían a Boyer para recomendárselo.

—¡Ojalá todo lo que se hace en defensa de Aybar tenga buen resultado! —dijo Acosta.

—Yo así lo espero —declaró Moscoso—. Ahora bien: el fracaso del plan que traía Aybar nos deja en situación difícil. Él era el jefe principal, todo el mundo tenía confianza en él. Hay que esperar que la situación de Aybar se aclare para decidir, en caso necesario, quién ha de sustituirlo;

porque lo que no podemos hacer de ningún modo es abandonar nuestros proyectos.

—¡Bien dicho, doctor! —exclamó Acosta—. En eso mismo estaba pensando yo. La prisión de Aybar es un revés que hemos recibido, pero lo que nos toca ahora es redoblar nuestros esfuerzos en vez de perder el ánimo.

—Así es —asintió Moscoso—. Lico debe ir mañana mismo a Los Alcarrizos, para informar de lo ocurrido a nuestros amigos de aquella zona. Usted, Agustín, debe hablar con Baltasar de Nova y explicarle la situación. Como el propio que me mandó Aybar no regresará al Este hasta mañana, lo aprovecharé para que lleve recado a la gente de por allá. A la vez me ocuparé de hablar con otros amigos que están aquí. Lo principal es que nadie se afloje; antes al contrario, todo el mundo debe seguir en su puesto, con mayor empeño que nunca, en espera del momento decisivo.

XIII SÍNTOMAS

Por singular paradoja, en vez de producir desaliento, el fracaso de Silvestre Aybar sirvió para levantar el ánimo público. Los que hasta entonces no creían en la posibilidad de que los dominicanos recibieran auxilio del exterior y se resignaban a soportar el régimen haitiano, sintieron renacer la esperanza de días mejores. El empeño de Aybar en obtener recursos en Puerto Rico para promover un movimiento en favor de España era un secreto a voces. Para todos era evidente, por lo tanto, que su regreso a las comarcas del Este no había tenido otro objeto que el de poner en ejecución un plan largamente madurado de acuerdo con las autoridades españolas de la isla vecina. La suerte le había sido adversa: hoy era un prisionero de Estado; pero su llegada y su captura venían a infundir alientos al pueblo dominicano. Muchos que antes se entregaban al escepticismo, se sentían ahora dispuestos a luchar por romper todo nexo con Haití.

—¡Hum! —cuchicheaba la gente en parques y esquinas—, no estamos solos. Ya no cabe duda de que España nos dará los auxilios que necesitamos. Es verdad que Aybar está preso, pero ya habrá otro que ocupe su puesto. Lo que importaba era saber que podíamos contar con el apoyo de España.

De ahí que Juan Vicente Moscoso, cuando a su oído llegaban esos comentarios callejeros, decía sonriendo:

—Por lo visto hoy hay más partidarios de España que nunca. Aquí viene bien el refrán de que no hay mal que por bien no venga, porque ese despertar del sentimiento público se lo debemos al revés que hemos sufrido con la captura de Aybar.

Tal como se había anunciado, Aybar fue enviado por Borgellá a Puerto Príncipe. En su conducción a la capital haitiana se le guardó toda clase de miramientos. No fue esposado ni se tuvieron para con él precauciones que pudieran resultar vejaminosas: solo dos soldados iban, como escolta, acompañándolo, y aun puede decirse que sirviéndole como si fueran sus ordenanzas. El pueblo vio en todo ello un buen augurio respecto a la solución del caso.



Comentaba estos hechos una tarde Juan Vicente Moscoso con el doctor Pineda cuando se presentó Lico Andújar con las espuelas puestas.

—¡Vaya, vaya! —díjole Moscoso—. Creí que te ibas a quedar más tiempo en Los Alcarrizos, puesto que tienes allí tu novia.

—Así pensé, en efecto, pero he anticipado mi venida por encargo de Lázaro, que me envía para comunicarle noticias importantes.

—¿Sobro? —inquirió Pineda haciendo ademán de levantarse de su asiento.

—No, doctor. Usted, aunque no quiera, ha de ser de los nuestros. Además, las noticias que traigo serán, más tarde o más temprano, del dominio público. Ha ocurrido un serio incidente en el camino que va de Santiago a Puerto Plata. De acuerdo con lo dispuesto por el Gobierno para que los

vecinos presten contribución de servicios en las obras públicas, un grupo de ellos atendía el arreglo del camino, bajo la vigilancia de una escolta de soldados haitianos, aunque el oficial que mandaba la escolta era dominicano. Se produjo no sé qué incidente, debido al mal trato que los vecinos recibían de los soldados, y el oficial dominicano, poniéndose de parte de sus compatriotas, los alentó a caer sobre la escolta, lo que hicieron todos, desarmándola e internándose en los montes. Ese oficial estaba comprometido en nuestra conspiración y parece que, agotada su paciencia por las cosas que veía, y confiado en que el momento decisivo estaba próximo, se lanzó a esa aventura en la creencia de que el incidente vendría a ser la señal para que se precipitara el comienzo de la revolución. No fue afortunado en sus cálculos, porque nadie se movió, respetando la orden de no dar ningún paso de esa clase sin previo aviso. No pudo hacer mayor cosa. Cada uno de los que lo acompañaban tomó por su lado, en busca de algún refugio seguro, y él, después de pasar mil penalidades, ha llegado hace pocos días a Higüey, donde está escondido. Desde allí mandó aviso de todo esto a Lázaro.

—¿Y se sabe qué pasos ha dado el Gobierno, con vista de lo ocurrido, en las comarcas del Cibao?

—A eso voy. Tanto el general Belliard, jefe del departamento de Santiago, como el general Jacques Simón, que tiene igual cargo en Puerto Plata, y el general Placide Lebrun, que ejerce el mando en La Vega, han tenido indicios de que este incidente no es más que el brote imprevisto de una conspiración oculta, y han removido cielo y tierra para poner el asunto en claro, averiguar el paradero de ese oficial y descubrir quiénes pueden ser sus cómplices; pero sucede que, como son haitianos, necesitan la cooperación de los comandantes de armas dominicanos de por aquellas zonas, que conocen bien el terreno que pisan, pero ni el de Puerto Plata, teniente coronel Juan Villanueva, ni el de San José de las Matas, coronel Estévez, ni siquiera el de Santiago, que es el coronel Juan Núñez Blanco, tristemente

célebre por su adhesión a Haití, han llevado a cabo ninguna pesquisa seria, al parecer por no hacer daño al que hasta ayer era compañero de todos ellos. Así se lo da a entender el fugitivo a Lázaro en la carta que le escribe.

—¡Bah! Siquiera alguna vez un hombre de la calaña de Juan Núñez Blanco había de proceder con decencia.

—Eso apreciaba Lázaro, que me recomendó hacérselo ver así a Agustín de Acosta, porque parece que Acosta tenía sus dudas sobre el Cibao. Y Lázaro se pregunta ¿qué dirá Agustín ahora del Cibao, cuando hasta Núñez Blanco se está portando bien?

—Buenas tardes, señores —dijo Fello Acevedo interrumpiendo la conversación con su llegada.

—¡Qué milagro! —exclamó Moscoso—. ¿Qué te trae por aquí?

—Que prendieron a Agustín de Acosta.

—¡Preso, Acosta! —dijo Moscoso.

—¿Qué será esto, señor? —murmuró Lico.

—Lástima —agregó Pineda—, pero él se tendrá la culpa. Alguna indiscreción habrá cometido. Ese es el mal de ciertos conspiradores.

—Y he venido a la carrera —continuó Acevedo—, porque supe que Lico estaba aquí, para avisárselo. Es de temer que, como han visto a Lico tan a menudo en compañía de Acosta, también quieran echarle mano.

—¿Y qué voy a hacer? —preguntó Lico.

—Esconderte hasta que pase el temporal.

—No está mal tu consejo, por lo que pudiera ocurrir, aunque no creo que, en cuanto a mí, haya nada que temer.

—Puedes venir a mi casa —indicó Pineda—. Nadie sospechará que estás ahí. En cuanto oscurezca, que ya faltará poco, podemos irnos juntos.

—Gracias, doctor. Acepto con gusto.

—¡Bueno, bueno! —dijo Moscoso—. Esto es revés sobre revés. Primero, Aybar; después ese oficial de Puerto Plata; ahora, Acosta... Cada día, una pérdida difícil de reparar. ¿No ha habido otras prisiones, Fello?

—Sí, doctor. Han detenido a un raso de la gendarmería, llamado León Alcaide, a Narciso Sánchez y a José de Cierra, pero dicen que estaban buscando a otros, y por eso vine a avisar a Lico.

—¡También Narciso! —exclamó Moscoso—. ¡Ese es uno de nuestros mejores hombres! No conozco personalmente a León Alcaide, pero recuerdo que Acosta hacía buen aprecio de él. Cierra tiene menos importancia, aunque de todos modos es un individuo útil.

—¿Y tú no tendrás también que esconderte? —preguntó Pineda a Fello.

—¡Oh, no, doctor! Lico sabe en qué predicamento estoy yo.

—¿No eres conspirador?

—Sí y no, doctor, pero más bien no.

—¿Me puedes explicar ese acertijo?

—Yo se lo explicaré, doctor —dijo Lico—. El primo Fello no está en relación con ningún grupo de conspiradores ni quiere estar mezclado en nada que pueda obligarlo, el día en que tomemos las armas, a salir de la capital. Él quiere quedarse aquí para no quitarle el ojo de encima al teniente Lenoir...

—¡Ah, ya comprendo!

—Pues ya sabe usted a qué atenerse.

—Y a propósito, se dice que es seguro el ascenso de Lenoir a capitán.

—Sí, doctor. Borgellá mandó ya la propuesta a Puerto Príncipe. Quizás si es un premio por la participación que, según dicen, tuvo en la captura de Aybar.

—Bueno. Dejemos a Fello aquí con Juan Vicente, y escurrámonos los dos por esas calles tranquilas, que ya está casi oscuro.

—Vámonos, pues. Y adiós, doctor Moscoso. Hasta la vista, primo, que será pronto, porque no creo que estaré mucho tiempo en el sabroso escondite que me ha ofrecido el doctor Pineda.



Pasaron los días y una nueva alarma cundió a poco. En la común de Bayaguana, donde imperaba como jefe militar el general Atis Riché, ocurrió un incidente análogo al que se había desarrollado poco antes en el camino de Puerto Plata a Santiago. Los vecinos, obligados, por orden de Riché, a hacer prestación forzosa de servicios en los caminos, se indignaron al ver que se quería imponer brutal castigo a un inocente, atacaron la guarnición haitiana y la obligaron a desbandarse. Riché trató en vano de perseguir a los fugitivos: no se volvió a saber de ellos. Borgellá envió considerable refuerzo de tropas con el mismo objeto, y muchos habitantes de toda la región del Este, considerados como sospechosos, recibieron orden de trasladarse a la ciudad de Santo Domingo, donde fueron amonestados severamente, exigiéndoseles juramento de no alterar el orden público ni pretender en modo alguno destruir la unidad política de la isla.

Hubo un suceso de mayor gravedad, también en la región del Este: un verdadero conato de sublevación encabezado por Rincón, que era el jefe seccional de Gato. Fue reprimido en pocas horas, con mano dura, por las autoridades haitianas. Aquel intento abortado, al cual apenas se le dio publicidad, costó la vida a algunos de sus promotores.

Estos son síntomas —decía Moscoso a Lico, que había salido ya de su escondite—, y síntomas que hablan con elocuencia. Ya el pueblo dominicano no puede aguantar más.

XIV PROCESO Y DESTIERRO

La instrucción de la causa criminal seguida contra Agustín de Acosta, Narciso Sánchez, León Alcaide y José de Cierra por el delito de conspiración para alterar la paz pública, tardó unas cuantas semanas. Buen número de testigos compareció ante el juez Cruz García para prestar declaración, pero la justicia solo pudo poner en claro ciertos indicios contra Agustín de Acosta y León Alcaide, de cuyos planes revolucionarios, según las averiguaciones practicadas estaba, por lo menos, enterado Narciso Sánchez.

Acosta negó rotundamente los cargos que se le hacían, e igual hizo José Cierra. León Alcaide atribuyó a una venganza personal la denuncia que contra él se había hecho, invocó su hoja de servicios militares, que era excelente. Narciso Sánchez hizo notar que él era un hombre de trabajo, consagrado a ganar el pan de su familia, y que nunca había figurado en la política activa.

Comprendió el juez que sus investigaciones no pasarían de ahí y elevó los autos al Tribunal Civil.

El quince de octubre, día en que se celebraba el Juicio, acudió bastante público a la sala del Tribunal. III *greffier* dio lectura al proceso de *verbo ad verbum*, y después se pasó a los interrogatorios, que a pesar de ser extensos y minuciosos ningún dato nuevo arrojaron sobre el asunto.

Lico Andújar, sentado en primera fila entre los oyentes, vio llegar a Lázaro Núñez, que esquivó su mirada como quien aconseja disimulo. Leídos los alegatos que habían preparado los defensores, los jueces se retiraron a deliberar en unión del comisario del Gobierno.

Cuando el Tribunal volvió a constituirse en la sala de justicia, se dio lectura a la sentencia, conforme a la cual se imponía a Agustín de Acosta la pena de destierro de todo el territorio de la república y a León Alcaide la de dos años de prisión, además de una multa de quinientos francos. Narciso Sánchez fue absuelto por falta de pruebas en su contra, pero el juez Vicente del Rosario Hermoso, que ese día presidía la sala, lo reconvino severamente por no haber comunicado a las autoridades el proyecto de sublevación que de algún modo conocía, advirtiéndole que en lo sucesivo quedaría sujeto a la vigilancia de la policía y que en cualquier otro caso en que se le señalara como sospechoso caería sobre él todo el peso de la ley. José de Cierra fue también puesto en libertad, no sin recibir a su vez pública reprensión.

—La sentencia ha sido benigna —declaró Lico acercándose a Lázaro, a la salida.

—Demasiado benigna —dijo Lázaro en tono severo, alzando la voz para hacerse oír del público que abandonaba el local—. El Gobierno del presidente Boyer es verdaderamente un gobierno paternal.

Caminaron juntos un buen rato, sin despegar los labios, hasta que Lázaro, una vez que pudo cerciorarse de que ningún transeúnte podía oírlos, dijo a Lico:

—Por el rumbo que llevamos, creo que has adivinado a dónde voy.

—¿A casa del doctor Moscoso?

—Eso es. Creo necesario que determinemos lo que hay que hacer.

—Nada más puesto en razón, sobre todo ahora que ya ha terminado este asunto y también el de Silvestre Aybar. ¿Sabe usted lo que resolvió Boyer?

—Me han dicho que Aybar no fue sometido a ningún proceso, sino que por orden del presidente Boyer se le puso en libertad, dándole orden de embarcar para el extranjero.

—Justamente. Ya embarcó, a principios de mes. Dadas las recomendaciones que llevaba, Boyer lo trató muy bien y mostró interés en verlo. Así es que un día Aybar recibió orden de presentarse en el Palacio de Gobierno. Según informes muy precisos que recibió el doctor Moscoso, Boyer puso empeño en que Aybar le explicara por qué razón había dominicanos como él que querían ser gobernados por España. «Porque somos españoles» declaró Aybar con sencillez, y agregó: «¿Ustedes mismos no dicen a menudo, refiriéndose a nosotros, *les espagnols de la partie de l'Est?*». «Comprendo — le contestó Boyer—, que ustedes recuerden su origen, pero la libertad vale más que el origen, y Haití les ha dado la libertad»; y al despedir a Aybar le dijo cortésmente, estrechándole la mano: «Aunque usted se ausentará mañana de Haití por orden del Gobierno, no encontrará cerradas las puertas de la República el día en que usted decida regresar como ciudadano de Haití para vivir al amparo de nuestras leyes y para disfrutar de nuestras libertades».

—Menos mal. Lo sensible es que ahora será imposible contar con Aybar para iniciar el movimiento. Cuando más, él podrá venir con las fuerzas españolas que nos manden, si es que se decide a violar el juramento, que me aseguran se vio obligado a prestar, de no volver a mezclarse en estos asuntos.

—¿Qué vale un juramento prestado en esas condiciones para quien está dispuesto a jugarse la vida?

—Está bien. Así piensas tú. Y yo también. Pero falta saber cómo piensa Aybar.

—Es verdad. Y hablando de otra cosa, Lázaro. Mientras se celebraba el juicio de Agustín yo no hacía más que alabarlo a usted para mis adentros.

—¿Por qué?

—Porque si no fuera por las precauciones que usted sabe tomar a tiempo, todos nosotros estaríamos sentenciados. El sistema adoptado por consejo de usted, de que cada grupo se entienda con su jefe, sin saber quiénes son los otros jefes de grupo, es lo que nos ha salvado.

—Ese es el abc del conspirador. Ahora, que yo siempre temí que Agustín pudiera cometer una imprudencia. Quizás no ha sido así, pero alguna indiscreción ha habido por parte de él o de alguno de los otros. Sea como sea, ya eso no tiene remedio; y sirva esto de ejemplo a los demás.



—¡Qué sorpresa! —exclamó Moscoso al ver llegar a Lázaro.

—Vine al juicio de Acosta. Además, hacía falta que habláramos.

—Desde luego. ¿Y en qué paró el juicio?

—Poca cosa, afortunadamente. El destierro para Acosta y dos años de prisión para León Alcaide. Narciso Sánchez salió del paso con un regaño. Además, el tribunal manifestó su desagrado contra José de Cierra, por la forma en que este acusado se condujo con un hermano de usted, Esteban Moscoso.

—Ya me enteré de los desplantes de Cierra. Menos mal que el incidente ha terminado con esa manifestación del tribunal, porque a Esteban empiezan a considerarlo como sospechoso. Y alegrémonos de que Agustín no haya salido tan mal del aprieto, aunque es lástima que perdamos su concurso.

—Sin embargo, doctor, yo creo que Acosta puede prestarnos un buen servicio.

—¿Cuál?

—Como ha de abandonar el país dentro de poco, pienso que podría encaminarse a Puerto Rico...

—Precisamente —intervino Lico—, dentro de dos o tres días sale una barca para Puerto Rico, y lo más probable es que el Gobierno aproveche esa ocasión para embarcar a Agustín...

—Tanto mejor; pero aunque lo despachen para Cuba o para Curazao, Agustín puede trasladarse después a Puerto Rico y ponerse al habla con Francisco de Montenegro, que trabajaba allí en unión de Silvestre Aybar y se mantiene en comunicación con Diego Mercedes...

—Y conmigo también —indicó Moscoso—. Me parece muy bien lo que dice usted, Lázaro. Lico puede visitar a Acosta en la cárcel. Como ya está juzgado y sentenciado no creo que haya dificultad en conseguirlo. Si no, puede verlo a bordo el día de su partida.

—Si quiere usted voy ahora a la cárcel —manifestó Lico.

—No hay necesidad. Puedes ir mañana y decirle que debe poner el mayor empeño en conseguir, poniéndose de acuerdo con Francisco de Montenegro, que los auxilios que nos puedan venir de Puerto Rico estén listos al primer aviso, porque a pesar de los contratiempos que hemos sufrido nada podrá impedir que el movimiento se realice. Si no te dejan hablar a solas con él, lo verás a bordo el día en que se embarque.

—Muy bien —dijo Lázaro—. Eso era lo que yo quería. Y no estará de más que Agustín pueda llevar alguna idea aproximada de la fecha probable que hemos de señalar para iniciar el movimiento. Y que nos haga saber que todo marcha de conformidad.

—¿Cuándo le parece que podrá darse el golpe?

—Como acaba de ocurrir este contratiempo de Aybar, además del asunto de Acosta y de las alarmas de Puerto Plata y Bayaguana, las autoridades están sobre aviso y habrá que esperar un poquito. Por lo menos, dejar que termine el año.

—Entonces... ¿en enero?

—En febrero será mejor. En enero lo que haremos será reunirnos en Los Alcarrizos para decidir lo que haga falta.

Habrá que citar alguna gente del Este y del Cibao para combinar las operaciones.

—¡Hum! No me gustan esas reuniones. Pero cuando usted, que es la prudencia en persona, cree que convienen...

—No habrá nada que temer, porque he buscado un pretexto que alejará de nosotros toda sospecha. Eudaldo y yo vamos a obsequiar a la iglesia de Los Alcarrizos una copia al óleo de la Virgen de la Altagracia. Ya la están haciendo en Higüey. Y como el miércoles veintiuno de enero es el día consagrado a la milagrosa imagen, el domingo siguiente, que es día veinticinco, el padre González celebrará una gran fiesta religiosa para cantar misa por primera vez en el altar que está preparando para recibir a la Virgen. ¿Qué cosa más natural que el cura del pueblo y el capitán del partido reciban ese día algunos invitados de otros lugares? Porque en el pueblo hay embullo para la fiesta, no faltará su bailecito con guitarra, y nos comeremos un sancocho en la estancia de mi compadre José María García, que para mayor seguridad nuestra es ahora subteniente de la guardia nacional, cargo que, como ustedes saben, es más que otra cosa un adorno, como todos los de ese cuerpo en el cual deben figurar los ciudadanos que no tengan otro empleo ni una familia numerosa.

—¡Magnífico! Todo lo ha previsto usted. Solo me falta prometerle que no faltará.

—Todo esto estaba hablado con Baltasar de Nova, José María de Altagracia y otros amigos, pero faltaba la aprobación de usted, sin la cual nada haremos.

—Gracias, aunque ahora de lo que se trata es de que la gente de armas tomar asnina la dirección del asunto. Yo no soy manco, ni será esta la primera vez en que empuñe un fusil, pero ustedes tienen mayor experiencia en materia de funciones marciales.

—Usted siempre será nuestro director, nuestro verdadero jefe. Su autoridad y su saber nos hacen falta. Lo esperamos

el veinticinco de enero para presidir nuestras deliberaciones. Adiós.

—Adiós, Lázaro. ¡Hasta el veinticinco de enero!

—¡Hasta el veinticinco de enero! Y tú, Lico ¿irás antes por allá?

—Creo que sí. Para la Noche Buena estaré con ustedes y quizás me quede de una vez, pegándole la gorra al padre González.

—Te esperamos. ¡Adiós!

XV
LA FIESTA DE LA ALTAGRACIA

—¿Sabéis, amados hermanos, cómo vino a nosotros la milagrosa imagen de la Virgen de la Altagracia? —decía el padre González desde el púlpito de la iglesita de Los Alcarrizos, ese día colmada de fieles—. Según cuenta la tradición, había en las comarcas de Higüey, hará cosa de tres siglos, un hacendado español, que por su trabajo y por su industria había llegado a ser uno de los pobladores más ricos de la región. Suyos eran plantíos y vegas, verdes sabanas donde pastaban abundantes reses, llanuras y colinas pobladas de cedro y caoba, guayacán y campeche. Pero aquel colono enriquecido por su esfuerzo poseía un tesoro mayor: su hogar de hombre honrado. Todas sus preferencias se cifraban en la más tierna de sus hijas, flor de candor y de bondad, de cuyos ojos azules brotaba un destello de piedad celeste. Su hermana mayor amaba los encajes, las cintas, las joyas; gustaba del baile y de la alegre conversación de los mozos del lugar. Ella no: vestía con sencillez; no la atraían las pompas y vanidades mundanas, y todas las tardes, frente el espectáculo sublime de la puesta del sol, se arrodillaba al pie de un naranjo próximo a su vivienda y elevaba sus preces a la Madre de Dios. Cada vez que el hacendado se disponía a emprender un viaje a la capital, a

donde iba con alguna frecuencia para comprar provisiones y concertar la venta de ganado y productos de sus tierras, su hija mayor le pedía ricos atavíos. —«¿Y a ti qué te traigo?» preguntaba él a su otra hija—. «Nada. Lo que tú quieras», contestaba la niña, que era como la llamaban familiares y amigos. Un día, al ver que su padre se preparaba a realizar un nuevo viaje, le dijo: «Hoy sí tengo algo que pedirte. Tráeme la Alta-Gracia». «¿Y qué cosa es la Alta-Gracia?» —interrogó el hacendado—. «La Virgen de la Alta-Gracia. Búscala y la encontrarás», dijo la Niña por toda respuesta. «¿Qué Virgen es la que quiere mi Niña?», se preguntaba el hacendado cuando, después de agotar vanamente sus pesquisas y haber consultado sin fruto a uno de los canónigos del Cabildo eclesiástico, volvía a Higüey sin el encargo de su hija. «Sigue buscando —le dijo ella—. En otro viaje la encontrarás». Dos, tres, cuatro veces volvió el hacendado a la capital, sin poder satisfacer el anhelo de su hija. «¿Tendrá perturbada la razón?», llegó a pensar, presa de temor y de angustia. Una noche, al regresar de un nuevo viaje, hubo de pernoctar en humilde choza, aceptando la amistosa hospitalidad que le brindaron sus sencillos moradores. Allí entabló conversación con un anciano que, al parecer, también era huésped de aquellos campesinos, y le contó su cuita. «Mi hija me pide siempre que le lleve la Alta-Gracia, y no he podido encontrar lo que ella desea. Temo que esté mal del cerebro. Me han dicho que esa Virgen no existe». El anciano se acarició la barba, poblada y canosa como la de los antiguos profetas, y murmuró: «¿Que no existe la Virgen de la Altagracia? Yo la traigo conmigo. Hay que tener fe. La fe es lo que salva». Púsose de pie, fue en busca de su alforja y extrajo de ella un pergamino enrollado que entregó al hacendado, diciéndole: «Lleva esto a tu hija. Esa es la Alta-Gracia». Y desapareció el anciano. Cuando al caer la tarde del siguiente día la niña, que hacía sus oraciones al pie del naranjo, recibió aquel rollo de manos de su progenitor, lo abrió,

apoyándolo sobre el árbol, y dejándolo allí suspendido se prosternó ante el cuadro que admiraron sus ojos extáticos. «¡Esta es la Virgen de la Altagracia!» —exclamó—. Allí estaba, en efecto, la Virgen María, juntas las manos, levemente inclinada la cabeza para contemplar al niño Jesús, sobre cuya frente descendía el purísimo resplandor de una estrella, mientras en la penumbra se divisaba a San José, que sostenía un cirio en la diestra. Acudieron los vecinos y a su vez se arrodillaron ante la Madre de Dios. Corrió en toda la comarca la voz de la aparición de la Virgen, y otros muchos vinieron a prosternarse al pie del naranjo, de cuyo tronco, por voluntad expresa de la niña, quedó suspendida la imagen. Un tullido, que apenas podía sostenerse en pie, se levantó de allí, después de una hora de fervorosas oraciones, y pudo andar con soltura. Un ciego, que imploró, lleno de fe, a la Virgen de la Altagracia, recobró la vista. De remotos lugares acudieron otros, en busca de alivio a sus males, e Higüey fue desde entonces el término anhelado, de piadosas peregrinaciones. La niña murió poco después. Seres así no pertenecen a este mundo. Por providencial dispensación bajan a la tierra para traernos un mensaje divino, y después desaparecen, se van. Allí, al pie del naranjo, fue enterrada. Y allí, en Higüey, fue edificado el santuario donde se venera la milagrosa imagen de la Virgen de la Altagracia, en cuya excelsa protección confía, lleno de esperanza y de amor, el pueblo dominicano. Pidámosle hoy, de rodillas, que no nos abandone en las horas de prueba, y nos dé fortaleza para el sufrimiento y valor para el sacrificio. Amén.



—¡Bueno, bueno! ¡Todo el mundo a la estancia de mi compadre Pepe García! —gritó Lázaro desde el pórtico de la iglesia, una vez terminada la función religiosa.

—¡Todo el mundo! —rubricó el padre González, que salía detrás de él en unión de Juan Vicente Moscoso.

Un grupo de muchachas que conversaba alegremente con algunos jóvenes de la comarca, rompió en ruidoso palmoteo.

—¡Vamos, vamos! —voceó una de ellas—. ¡Vayan los viejos delante!

—¡Doña Felicia, abra usted la marcha con el padre y el doctor Moscoso! —agregó otra, acercándose a una anciana que en ese momento bajaba del atrio.

—Sí, ya sé lo que ustedes quieren. ¡Los viejos delante, para evitar que las estén mirando! Así no habrá regaños.

—¡Ja, ja! ¡Qué doña Felicia! Pues si así lo cree usted, ayúdenos.

—Bueno, bueno. Aunque yo no sé lo que voy a hacer yo en casa de Pepe García. Allí lo que habrá es comilona y bailoteo, y ya yo no sirvo para ninguna de las dos cosas. Y luego, esa caminata...

—¡Pero si la estancia de Pepe está ahí cerquita!

—Sin usted la fiesta no estaría completa —intervino Altagracia tomando del brazo a doña Felicia y avanzando con ella hasta el lugar donde se encontraba el padre González—. Ya usted lo sabe, doña Felicia, aquí todos la queremos como si fuera la abuela del pueblo entero. Y en cuanto a bailar, si usted quisiera haría quedar mal a todas las muchachas de ahora. Aquí tiene usted, padre, a doña Felicia, que abrirá con usted la procesión.

—Desde luego, hija. Pero ¡qué cuadro más simpático el de ustedes dos! ¡El contraste de dos generaciones! Doña Felicia, con su severo vestido de holán, sin adornos de ninguna clase, y su manta sobre la cabeza blanca, es la representación de nuestras madres, abnegadas, sencillas y fuertes. Y tú... tú eres la juventud, la nueva época, con tu traje de muselina salpicado de colores, lleno de ribetes y guarniciones y terminado en

borlas como bellotas, de las cuales cuelgan hilos agrupados en forma de campanillas, que parecen barrer el piso.

—¡Padre! ¡Que me va usted a hacer salir los colores a la cara!

—Y nada se diga de tu cabeza, con ese gracioso pañuelito, sostenido por arrogante peineta, y con esas flores del patio de tu casa, que en vano quisieran competir con tu bello palmito... Eres la reina de la fiesta: por algo te llamas Altagracia.

—¡Bah! Padre, usted siempre amigo de decir cosas bonitas. ¿Vamos ya?

—Eso es. ¡Doctor Moscoso, echemos a andar! ¡Vamos allá, señores! Teniente Morin, usted representa la autoridad: denos el ejemplo y póngase a la cabeza de la comitiva.

—*Mon père* —contestó Filoclés—, aquí la primera autoridad es usted, que es ministro del Señor.

—Venga conmigo, pues, y así irán de bracete el poder temporal y el poder espiritual, el Estado y la Iglesia.

La comitiva, que no pasaba de algunas decenas de personas, avanzó hacia la salida del pueblo. Los forasteros iban delante, con las personas de más edad y representación. Y cerraba la marcha la gente moza. Las muchachas de familia acomodada lucían vestidos de muselina semejante al que había provocado los comentarios que el padre González dirigió a Altagracia. Las de posición modesta vestían de tela prusiana de algodón, que una metátesis popular había convertido para el vulgo en *pursiana*. Pero la diferencia de posición económica no establecía distingos entre unas y otras: todas se tuteaban familiarmente y se confundían para formar un solo grupo.

A poco andar llegaron a la estancia de José María García, no muy distante de la salida del pueblo. Traspuesta la rústica puerta de una fuerte empalizada, los visitantes se encontraron en un limpio cuadrado de terreno, pródigo en árboles frutales que brindaban fresca sombra: dos enormes *limoncillos*, otros tantos mangos y algunos *cajuiles* y caimitos. De un lado estaba el bohío que servía de vivienda a la familia; del otro,

un gran cobertizo, de yaguas y tablas de palma, que habitualmente servía para el conteo y distribución de los frutos de la finca y ese día había sido habilitado como comedor. Una larga mesa de tablas de *pichipén*, montada sobre sólidos *burros* y rodeada de rústicos bancos, sin respaldo, ocupaba el centro del cobertizo.

—Pasen, están ustedes en su casa —dijo Pepe.

La gente joven se acomodó, en medio de tumultuosa algazara, al pie de los árboles.

—¡Que viva Pepe! —gritó una de las muchachas.

—¡Vívaaa! —corearon varias voces.

—Hacen bien en acomodarse como puedan —indicó la esposa de García—, porque en la mesa no caben todos.

—Aquí estamos mejor —dijo alguien del grupo juvenil.

—¡Eso es, eso es! —asintieron otras voces.

Se oyó un rasgueo de guitarras, que fue acogido con demostraciones de entusiasmo. Eran dos los guitarristas, negro el uno, blanco el otro.

—El blanco —dijo Lázaro al oído de Moscoso—, es Felipe, un andaluz. Vino en tiempos del gobernador Urrutia como pífano de un batallón, aquí se casó y se ha quedado entre nosotros. Desde luego, es de los nuestros, como buen español.

—¿Y el otro?

—El otro es Andrés Díaz. Ese es dominicano, lo mismo que aquel otro que tiene el güiro en la mano. También son de los nuestros.

El rasgueo arreció; y a poco se oyó la voz de Andrés, que entonaba una copla para saludar a los visitantes:

*Nunca como en este día
que nadie podrá olvidar,
se reunió en este lugar*

tanta gente de valía.

—¡Bravo, bravo! —gritaron algunos.
Andrés continuó:

¿Quién no se siente dichoso

al estrechar hoy la mano

del sabio dominicano

don Juan Vicente Moscoso?

Los aplausos estallaron unánimes y se prolongaron durante largo rato como homenaje a Moscoso, en el cual se clavaron todas las miradas. Moscoso inclinó la cabeza, sonriente, y murmuró:

—¡Gracias!

Nuevas coplas se sucedieron en honor de otros visitantes: Francisco Mercedes, José María de Altagracia, Baltasar de Nova, José María González... Otras fueron dedicadas a los prohombres del lugar: el padre González, Lázaro Núñez y, por último, el teniente Morin.

—¡Ea, ea! —dijo Pepe García—. Con ese saludo a la autoridad deben terminar las coplas, porque ya está el sancocho. Vamos a la mesa.

E invitó a pasar al cobertizo a aquellos convidados que eran acreedores a alguna preferencia.

—Ocupe la presidencia, doctor Moscoso —dijo la esposa de Pepe—. Doña Felicia se sentará en mi lugar, entre usted y el teniente Morin, porque yo tengo que ver lo que hacen las criadas y los peones, no se vayan a enredar teniendo que servir a tanta gente.

—Déjelos que se las entiendan como puedan, que todo saldrá bien. No nos abandone.

—¡Ay, doctor! ¡Eso sí que no! Antes que nada está mi obligación de ama de casa. ¡Digo, y con gente de la capital!

—No insisto, porque veo que sería inútil. Pero vamos a hacer un trato: puesto que usted me priva ahora de su agradable compañía, me dará reparación debida concediéndome la satisfacción de bailar conmigo la *tumba*. Así daremos una lección a los jóvenes de hoy, tan presuntuosos, que se están creyendo que bailan mejor que nosotros.

—¡Ja, ja, ja! Está bien, doctor. ¡Ya verán ellos, ya verán! Y lo que es ahora, siéntense a la mesa. ¡Que traigan el sancocho!

No habían acabado de tomar asiento los comensales, cuando un aluvión de mujeres y de peones invadió el cobertizo y empezó a servir el sabroso plato nacional. Mientras tanto, otros trabajadores de la finca distribuían platos de hoja de lata a la gente moza que estaba sentada bajo los árboles.

Los músicos se habían instalado también al pie de un árbol. Desde allí renovó Andrés sus tonadas, escogiéndolas esta vez entre las de carácter humorístico y refranescas que se debían a la musa popular:

*Cuando las gallinas cantan,
seña que quieren poner;
cuando las niñas se peinan,
amores quieren tener.*

Estallaron risas y palmoteos, acallados por la voz de Felipe, quien, por contraste, entonó una copla sentimental:

*En la palma de la mano
te quisiera retratar;*

*para cuando no te vea,
abrir la mano y llorar.*

No tardó la réplica jocosa de Andrés:

*Para el toro la garrocha,
para el caballo la espuela,
para el hombre enamorado
el tabaco y la candela.*

Y nuevamente habló el sentimiento por boca de Felipe:

*Allá va mi corazón,
parte si quieres partir,
que yo no tengo otra cosa
con qué poderte servir.*

—El que compuso eso sabía querer de *verdá verdá* —dijo una de las muchachas.

—Así sé querer yo —apuntó el galán que estaba junto a ella.

—¡Anda! Si todos ustedes son unos alabanciosos... Nos enamoran por pasar el rato y si, de tontas que somos, les damos siquiera esperanzas, van a contarle el domingo al salir de misa.

Bajo el cobertizo la conversación giraba también en torno a las coplas.

—Es indudable —decía el doctor Moscoso—. Nuestro pueblo tiene un admirable sentimiento poético que se manifiesta en las más variadas formas. Acabamos de oír gracias

tonadas festivas y también otras, bastante felices, de pasión y galanteo. Abundan los repentistas que saben desarrollar cualquier tema en versos no mal medidos; y da gusto oír una *porfía* entre dos cantadores, sobre todo si esa porfía no es para ver quién sabe mayor número de coplas, sino cuál de los dos es mejor repentista. ¡Pensar que esos cantadores son, por lo general, gente de muy poca ilustración, y hasta me he tropezado con alguno que no sabía leer! Y aparte de nuestros cantadores, que saben unir el sentimiento musical al sentimiento poético, hay muchos individuos que hacen versos de ocasión, ya para las fiestas religiosas de su pueblo o de su barrio, ya para recitarlos en reuniones de familia, y también son gente de corta instrucción. No sé si todos ustedes han oído hablar de aquel gran repentista que llamaban Meso Mónica...

—Yo lo conocí en una temporada que pasé en la capital —dijo doña Felicia—. Era hijo de libertos, según dicen. Lo recuerdo perfectamente: con su cara prieta y feísima y su sombrero de alas anchas, apoyándose en un grueso bastón de granadillo. Usaba algunas veces, cuando hacía fresco, una vieja capa, por cierto bastante manchada. Su oficio era el de zapatero, pero como le celebraron los versos que decía a troche y moche (porque cualquiera diría que conversaba en verso), y lo invitaban a casas de gente muy principal porque querían oírlo, fue descuidando su oficio y cada día ganaba menos dinero. Por eso compuso en un día de apuros, así, de repente, como era su costumbre, aquella famosa décima que voy a recitar por si algunos no la conocen:

Aristóteles decía

(filósofo muy profundo)

que en la redondez del mundo

no existe cosa vacía.

*Miente su filosofía
según lo que a mí me pasa:
él no sentara tal basa
y lo contrario dijera
si hoy al medio día viera
las cazuelas de mi casa.*

—Es curioso que un hombre que, según dicen no sabía leer —observó el padre González—, apelara a Aristóteles de modo tan oportuno.

—No le sorprenda eso, padre —dijo Moscoso—. Aparte de que Meso Mónica aprendió a leer más o menos mal, ya entrado en edad, hay que saber que le dio por asistir como oyente a las clases de filosofía de la universidad, aunque no sé si a pesar de su inteligencia natural entendería la cuarta parte de lo que allí se decía. Pero sin necesidad de haber visitado en esa forma nuestra vieja casa de estudios, estoy seguro de que habría invocado a Aristóteles en esa o en cualquier otra oportunidad; porque hasta entre la gente más ignorante de nuestro pueblo se menciona el nombre de Aristóteles, de manera corriente, como el de un portento que todo lo sabía o que era capaz de averiguarlo todo. Recuerdo haber oído una porfía entre dos cantadores, en que uno de ellos proponía al otro una cuestión imposible de resolver:

*Ahora quiero que me digas
¿cuántos pelos tiene un cuero?*

Y la respuesta terminaba del modo siguiente:

Eso que tú me preguntas

ni Aristóteles lo sabe.

Cuando terminó la *porfía* pregunté al que nombró a Aristóteles si sabía quién era ese personaje. Me contestó sin vacilar: «¡El hombre que más sabe en el mundo!». Según él, Aristóteles vivía aún. Y en el campo he oído más de una vez esta frase para indicar que se duda de algo: «¡Ni que venga Aristóteles y lo diga!». ¿Cómo ha llegado hasta los más remotos rincones de nuestro país el nombre del inmortal filósofo de Estagira? Aquí cabría decir como el cantador de aquella *porfía*: «¡Eso, ni el mismo Aristóteles lo sabe!».

—O «averígüelo Vargas», como dicen en España —apuntó el padre González.

—Eso es, pero hagamos un distinguo —continuó Moscoso—. A primera vista, esta última frase es igual a aquella, pero lo cierto es que indica que el mismísimo Francisco de Vargas, el célebre consejero de Carlos V, podía verse en la imposibilidad de resolver determinada cuestión; lo cual quiere decir que no era omniscio. En cambio, cuando nuestro pueblo habla de Aristóteles no es para encomendarle la averiguación de cosas imposibles, sino para señalar en él la suma y el límite de todo saber. Por lo tanto, lo que está más allá de ese límite «ni Aristóteles lo sabe». Hay, pues, una diferencia que podrá parecer sutil, pero la diferencia existe. Hay algo de burla en eso de «averígüelo Vargas». Hay mucho de respeto en aquello de «¡Eso, ni Aristóteles lo sabe!».

—*Ma foi*, que es interesante lo que usted dice, doctor —declaró Filoclés—. Comprendo que la *jeunesse dorée* de Santo Domingo no se canse de oírlo. Usted no será *Aristote*, pero sí *Socrate*. De las cosas más simples saca usted lecciones.

—Es usted muy amable, teniente; pero me va usted a hacer creer que soy como los cantadores, que de cualquier tema sacan una tonada.

—No hacer comparaciones así, doctor. Eso de la tonada es más fácil.

—Según y cómo se entienda. Yo no podría hacer lo mismo que nuestros cantadores. Y es que el arte del cantador es cosa que no está al alcance de todo el mundo. Por lo pronto, un buen cantador tiene que ser repentista...

Y eso sí que es difícil —intervino Baltasar de Nova—. Una vez estaba yo reunido con cuatro amigos, hombres de campo, gente buena y sencilla. Uno de ellos propuso que compusiéramos una tonada entre todos, haciendo un verso cada uno. Yo dije que por nada del mundo me atrevería a versar. «Pero si es muy fácil» —decía el que lo proponía. «Con ustedes cuatro basta y sobra para una copla», le contesté. «¡Hum! Yo no sé versar tampoco», dijo el más joven. «Pues te dejamos para último —le contestaron—, y así no tienes más que completar lo que nosotros hayamos dicho». «Tá bien», convino el que dijo que no sabía versar. Y el más viejo principió:

Vide un toro en la sabana...

A lo que agregó el segundo:

Con los cuernos retorció...

Y el tercero:

Y los ojos muy hundíos...

Y se quedaron esperando por el cuarto, que hizo que le repitieran dos o tres veces lo que los demás habían dicho,

hasta que exclamó: «¡Ah! ¡Ya está! ¡Miren qué bien queda la cuarteta!». Y recitó:

*Vide un toro en la sabana,
con los cuernos retorciós
y los ojos muy hundíos
ien el «tustús!».*²

Francas carcajadas acogieron el inesperado final del cuento.

—Y ya que hablamos de versos de la gente del pueblo —continuó Baltasar de Nova—, veo que el doctor Moscoso, que ha dicho que le gustan las tonadas de amor y las de gracejo, ha pasado por alto las que tienen mala intención. Porque por ahí se repiten muchas que ponen de vuelta y media a personas muy conocidas. ¿Qué nos dice el doctor Moscoso de unas *ensaladillas* que hace pocos años corrieron de mano en mano en Santo Domingo? Raro era el que salía bien parado en esos versos: que si las hijas del doctor Faura tenían cara de cotorras, que si era una loca la chica de Valderrama, que si doña Pepita Logroño enredaba a todo el mundo... ¡qué sé yo!

—Pero esa no es poesía del pueblo —indicó Moscoso—. Con solo leer esas *ensaladillas* se ve que son una travesura de gente que tiene alguna pericia en el manejo del idioma, probablemente de estudiantes. El pueblo gusta de poner en solfa a los políticos, y muchos versos populares se inspiran en cosas de la vida pública; pero no es fácil que el pueblo se entretenga en poner en verso los chismes de sociedad, a menos que sean cosa muy notoria y especial.

—Por eso —dijo doña Felicia—, decían que la décima

² Por testuz.

contra el sermón del padre Soto en la iglesia del Carmen no era cosa de la gente de abajo, sino de otro cura que no lo quería bien. Porque hasta entre los curas se dan esos casos, con perdón del padre González.

—Todos somos humanos, doña Felicia —declaró el padre González—. Nadie está libre de pecado.

—¡Doña Felicia, díganos la décima! —gritó una voz.

—¡Que la diga, que la diga! —coreó un grupo de la gente moza, que había abandonado la sombra de los mangos y caimitos y se acercaba a oír la conversación.

—Pues allá va:

*Si el lego que sirve fiel
al padre Soto, tuviera
otro lego, y este fuera
mucho más lego que aquel;
y escribiera en un papel
de estraza, manchado y roto,
de toda ciencia remoto,
un sermón, ese sermón
sería sin comparación
mejor que el del padre Soto.*

—Siempre me ha parecido injusta esa décima —dijo el padre González—. El padre Nicolás de Soto, que fue por muchos años cura de Baní y desde el siglo pasado era canónigo, fue un hombre ilustrado, doctor en teología, a la

vez que muy modesto y sencillo. No me parece que fuera un orador detestable, como lo pinta la décima.

—La verdad es que solo un envidioso podía haber escrito esa décima —declaró doña Felicia—. Yo conocí al padre Soto y puedo decir que valía mucho.

—Voy a hacer a ustedes una revelación —declaró Moscoso sonriendo—, o más de una. En primer lugar, en la capital no suponen que la décima fuera escrita contra el doctor Nicolás de Soto, que cursó con provecho sus estudios en nuestra universidad, sino contra el padre Antonio de Soto que actualmente reside en la ciudad de Santo Domingo. En segundo lugar, y esto es lo más importante, no creo que esa décima sea dominicana.

—¿Cómo así? —inquirió el padre González.

—Un fraile español que estuvo aquí hace pocos años me dijo que esa décima era conocida en España. Él mismo la sabía de memoria y supone que fue escrita contra alguno de los muchos padres Soto que deben existir allá, puesto que ese apellido es bastante común, y ya ven ustedes que en Santo Domingo podemos contar dos en una misma época. A la verdad, pienso de igual modo que mi amigo el fraile español a quien me refiero, porque no me parece que una décima compuesta en nuestra isla haya podido correr tanta fortuna en tan poco tiempo, y haya llegado a España sin haberse impreso nunca. Más probable parece que la décima haya llegado aquí, diremos como mercancía de contrabando, y que el primero que tuvo conocimiento de ella fue un espíritu mal intencionado que concibió la idea de endilgársela al padre Antonio de Soto con motivo de su sermón del Carmen. Porque sermón hubo, eso sí, y no muy afortunado. Lo demás... ¡averígüelo Vargas!

—O que venga Aristóteles y lo diga, que él sí debe saberlo. En ese momento traían el café.

—¡Qué despacio ha comido esta gente! —decía una de las muchachas—. Nosotros hace rato que tomamos el café.

—Lo que pasa —arguyó otra—, es que nosotros acabamos más pronto por ver si empezaba el baile. Ahora hay que esperar a que los viejos acaben, para que quiten la mesa.

—Claro que tenemos que esperar, hija, porque el café hay que tomarlo sentado.

—¿Y no sería mejor bailar en la sala del bohío?

—¡Qué va! Es muy chiquita. Además, el piso no es mejor que este, que aunque de hormigón, es bueno y liso.

En cuanto los comensales se pusieron de pie para abandonar el cobertizo, acudieron apresuradamente algunos jóvenes y en cortos instantes despejaron el lugar.

—¡A bailar se ha dicho, señores! —gritó una voz.

—¡Qué venga la música! —dijeron otros.

Los músicos se acomodaron en uno de los bancos; y Felipe empezó a cantar una seguidilla. Andrés lo acompañaba, haciéndole de segundo.

—¿Te atreverías a bailar un fandango? —dijo Lico tomando del brazo a Altagracia—. ¿Lo sabes bailar?

—¿Qué muchacha no sabe en estos tiempos bailar fandango, si ese baile gustaba tanto a los soldados españoles?

—Pues vamos, antes de que se organice la gente para tumba. Ya deben estar buscando por ahí al doctor Moscoso, a quien esperan para empezar.

—Vamos.

—¡Felipe, tócate el mejor fandango que sepas, para bailar con mi novia, no sigue con esa seguidilla, que para el caso es lo mismo!

Se arremolinó la gente al ver a Altagracia avanzar hacia el centro del espacio libre, seguida de Lico. Felipe inició una modulación, de un rasgueo en otro fue descendiendo de tonalidad, y arrancó de las cuerdas de la guitarra suaves y quejumbrosos acentos, en tono menor. Cobró después animación aquel acompasado ritmo ternario, y Altagracia se alejó de Lico taconeando. La siguió él, y cuando parecía

próximo a enlazarla se desvió ella con presteza, y volvió a alejarse del galán que la perseguía, mientras la garganta de Felipe, a cuyos acentos se interpolaban los tonos graves de la voz de Andrés, poblaba el recinto de agudos rotundos como toques de clarín. Taconeando volvieron a encontrarse los bailadores, y nuevamente fingía ella entregarse en los brazos de su perseguidor para dejarlo burlado otra vez, alejándose, erguido el busto, con la siniestra en alto cual si fuera a reafirmar la altiva peineta que coronaba su cabeza, mientras con la diestra levantaba levemente la falda, que arrancaba tenue nube de polvo al rozar con el piso.

—¡Olé! —gritó Felipe—. ¡Que solo se faltan las castañuelas!

La música cambió a tono mayor, y el baile se hizo más veloz. Los bailadores se aproximaron, convulsos, siempre marcando el compás con febril taconeo, cada vez más aprisa, y recorrieron estremecidos el recinto, hasta que el galán pudo oprimir con su brazo aquella cintura tantas veces esquiva a su reclamo, y un enérgico rasgueo rubricó el final de la melodía.

Los espectadores rompieron en aplausos. ¡Bien valía aquel espectáculo el haberse retardado la hora de bailar la *tumba*! Las muchachas rodearon a Altagracia. Moscoso, que avanzaba dando el brazo a la señora de García, se apoyó en el hombro de Lico, diciéndole:

—Muy bien, muchacho. Pero, más que tú, es tu novia la que merece una felicitación. ¡Qué garbo y qué gentileza!

—¡A bailar *la tumba*, a bailar *la tumba*! —profirieron varias voces—. ¡Escojan sus parejas! ¡Ábranle paso al doctor Moscoso!

Mientras los músicos revisaban la afinación de las guitarras, Filoclés se acercó a Altagracia.

—*Mademoiselle* Altagracia —le dijo—, yo deseo que con el permiso del señor Andújar me conceda usted esta pieza. No puedo pedirle otra. Hoy estoy de servicio en el puesto, y debo retirarme temprano.

Con mucho gusto —contestó Altagracia, lanzando una mirada de reojo a Lico, que en apariencia distraído se mordía los labios.

Las guitarras, acompañadas por el güiro, lanzaron pausadamente al aire las notas melancólicas de una melodía tropical. El doctor Moscoso dio la señal de inicio, levantando en alto la mano de su compañera e inclinándose después delante de ella, pues en la *tumba* dominicana se conservaban actitudes y movimientos que eran un recuerdo del baile de figuras.

La *tumba* que se bailaba en la isla debía su nombre a la *tumba andaluza*, con la cual, sin embargo, mantenía poca semejanza.

La frase melódica era de sabor nativo, aunque en ella se advirtiera, como por lo general sucede en la música criolla, un eco de expresiones musicales de otras regiones del mundo, muchas veces de España y, al través de España, de los árabes. Pero imitar no es copiar; y si la música criolla imita, al imitar modifica y adapta la frase melódica al sentimiento nativo, dándole nuevo sentido musical. El ritmo de la *tumba* tenía efectos sincopados de tipo africano y por eso podía marcarlo con precisión el güiro.

Desde el punto de vista coreográfico pudo ser considerada, en sus orígenes, como una desviación del minué. No faltaba en ella cierto remedo de las figuras de ese baile de la Francia galante, aunque ni la música ni el ritmo eran copiadados de Francia. Guardaba, pues, coreográficamente, cierta afinidad con la *contradanza francesa*, que fue el antecedente inmediato de la cuadrilla. En la parte francesa de la isla, la *tumba* conservó esa forma, y con el tiempo se le dio el nombre de *tumba francesa*, para distinguirla de la *tumba* que se bailaba en la parte española, donde las figuras tendieron a simplificarse, y la innovación introducida por otros bailes —como el vals, que ya para entonces estaba en boga en América—, hizo que las parejas bailaran enlazadas de rato

en rato. Así, pronto quedó convertida la *tumba* dominicana en un baile de parejas, a la moda del día, aunque con algún recuerdo de las figuras que tuvo en su primitiva forma. Lo mismo ocurrió con la contradanza: frente a la *contradanza francesa*, baile de figuras, surgió la contradanza criolla, baile de parejas, antecedente de la *danza* antillana.

El doctor Moscoso bailaba con ceremoniosa elegancia. Alto y erguido, luciendo su largo y puntiagudo casaquín, se movía de modo pausado, como quien cumple escrupulosamente un rito. Y su compañera, joven todavía, de rostro agradable y bondadoso, algo pletórica de carnes pero ágil y desenvuelta, marcaba los pasos con gracia y distinción, porque en ella —aunque mujer de hábitos modestos y vida aldeana—, la corrección en los ademanes era cosa innata.

Filoclés, por su lado, hacía derroche de figuras, y llevando en alto la mano de Altagracia, remedaba los pasos del minué.

—*C'est la vraie tumba* —decía sonriendo a su compañera.

—Más o menos así se bailó aquí en un tiempo —declaró Altagracia—, pero la de ahora me gusta más.

Muchos se detuvieron a observarlos, seducidos por la donosura con que Altagracia marcaba el compás; pero a la postre la atención general se concentró en el doctor Moscoso y su pareja. Cuando los músicos dieron el acorde final y Moscoso se inclinó una vez más ante su compañera para cerrar el baile con una nueva reverencia, se oyeron aplausos y aclamaciones. Moscoso ose volvió, sorprendido, y entonces advirtió que los habían dejado solos.

—Gracias a usted, señora —dijo inclinándose nuevamente—, la broma que gasté hace un rato se ha convertido en realidad. Hemos dado una buena lección a los muchachos, y por lo visto ellos nos lo agradecen.

Los músicos empezaron a tocar un vals, y los bailarones invadieron otra vez el cobertizo. El baile continuó durante un buen rato, pero ya la tarde iba cayendo. Muchos jóvenes

habían venido de las comarcas vecinas y fuerza les era pensar en que debían ir a buscar sus cabalgaduras al pueblo y recorrer después un buen trecho de camino, pero ninguno se decidía a abandonar la fiesta.

Filoclés fue quien inició las despedidas.

—Doctor —dijo estrechando fuertemente la mano de Moscoso—, tan grande ha sido el honor de conocerlo como el placer de oírlo.

—¿Se va usted ya, teniente?

—*Oui*, estoy de servicio.

—Entonces, solo me resta expresarle mi deseo de que nos volvamos a ver. Adiós, teniente.

—¡Bah! Ya se fue ese moscón con galones, como dice Altigracia —exclamó el padre González una vez que Filoclés se alejó—. ¡Lástima que ahora que nos quedamos entre dominicanos tengamos que irnos también! Porque supongo, doctor, que usted deseará descansar un rato, aunque sea estirando las piernas en una mecedora, antes de la reunión de esta noche. Vámonos, pues, a casa.

—Vámonos; pero creo que también se retira ya todo el mundo.

En efecto, ya el sol estaba próximo a su ocaso, y el bullanguero enjambre juvenil abandonaba el cobertizo, mientras los músicos enfundaban sus guitarras. La fiesta había terminado, pero para la gente moza quedaba un sabroso epílogo: los comentarios regocijados durante el corto trayecto que había que caminar hasta el pueblo.

—Es una dicha estar en compañía de la juventud —decía Moscoso al padre González, abriendo la marcha—. Le parece a uno que le quitan algunos años de encima. ¡Y qué día tan agradable el que hemos disfrutado en esta Alcarria dominicana! Porque no me cabe duda de que este nombre de Alcarrizos viene de Alcarria, sea porque los primeros pobladores de este rincón de nuestra tierra fueron alcarreños, sea porque estos terrenos y sus contornos guardan semejanza con los de esa región de España.

—Aquí cabe aquello de «¡averígüelo Vargas!», dijo el padre González.

El camino se inundó de risas y voces alegres. De un lado y otro se oían exclamaciones joviales:

—¡Qué fiesta tan rumbosa! No hay como Pepe y su mujer para hacer bien las cosas.

—¡Qué bien baila el doctor Moscoso!

—¡Y qué bueno estaba el sancocho!

XVI LOS CONJURADOS

Los conjurados habían sido citados para tomar la colación vespertina en casa del padre González.

—Mejor estaremos aquí que en el comedor —decía el padre González mientras instalaba a sus invitados en la sala—. Aquí hay más espacio, y Tona traerá a cada uno su taza de chocolate y su arepa. ¡Ah! Aquí está ya. Sírvase cada cual, con entera confianza, que están ustedes en su casa. Creo que podemos empezar, doctor Moscoso. Ya estamos todos. Como usted ve, están representadas aquí todas las regiones del país. Hay comisionados del Este, del Sur y del Cibao, que llevarán a esas comarcas la voz de lo que aquí se acuerde.

—Está bien, abriré la sesión en cuanto acabe de saborear este soconusco, en verdad succulento.

—Y dígalo —apuntó Lico Andújar—. Como que es el chocolate frailuno...

—Sí, así es, ibienaventurados los frailes! —dijo Moscoso—. ¡Bah! —agregó después de un rato, colocando en una mesa próxima la taza vacía—. Empecemos, pues; y no les sorprenda que aproveche esta oportunidad para hacer una declaración de carácter personal, que supongo concuerda con el modo de pensar de todos o casi todos ustedes. Yo siempre he sido

partidario de la independencia de nuestro pueblo. ¡Es tan hermoso que un pueblo pueda gobernarse por sí mismo! Acaricé desde hace años esa ilusión, y figure entre los que acompañaron en 1821 al doctor Núñez de Cáceres a convertir esta antigua colonia en un Estado independiente. ¿Pecamos por falta de previsión? Desgraciadamente creo que sí, pero sírvanos de excusa, si no de justificación, el noble anhelo de tener una patria propia.

—¡Bien, muy bien, doctor! —dijeron varias voces.

—Nuestra obra quedó deshecha por la invasión haitiana, fruto de la codicia y aún puedo decir, aunque el vocablo parezca excesivo, de la estupidez del presidente Boyer. ¡Y hay quienes dicen que Boyer es un estadista! Los que así se expresan, si es que no los mueve la adulación palaciega, olvidan que un verdadero estadista habría recibido como una bendición la noticia de que la antigua colonia española de Santo Domingo se convertía en Estado independiente y desterraba de esta isla el último vestigio de poder europeo. ¿Qué mayor satisfacción o qué mejor garantía podían pretender los haitianos que la de tener una nación amiga por vecina, y aun diré que por aliada en el común deseo de que el poderío de Europa no volviera a fijar su planta en esta isla? En vez de pensar así y de ajustar con nosotros un convenio formal de amistad y mutua defensa, como se lo sugirió el doctor Núñez de Cáceres, el engréido mandatario haitiano concibió y puso en práctica su ambicioso plan de conquista. Porque lo que ha habido es eso, y nada más que eso: la conquista del territorio dominicano, aunque se le haya echado encima como disfraz el propósito de establecer la unidad política de la isla para que haya en ella una sola nación. ¿Qué unidad, no digo ya política, puede haber entre nosotros y los haitianos? Salvo el accidente de la contigüidad geográfica, todo nos separa: origen, tradiciones, creencias, costumbres, civilización, espíritu, idioma. Esa supuesta unidad solo se puede obtener por medio de la fuerza, pero siempre será ficticia y precaria. ¿Qué somos nosotros, los dominicanos,

dentro de esa pretendida unidad nacional creada por Boyer? Un núcleo social sometido al vasallaje. Un pueblo sojuzgado por derecho de conquista. Y lo que es peor: sojuzgado por otro pueblo de condición inferior. De perpetuarse ese estado de cosas, la alternativa que se ofrece al pueblo dominicano es esta: o extinguirse gradualmente en el infortunio o perder su propia fisonomía al confundirse con otro pueblo de distinto origen y distinta lengua, que apenas ha salido de la barbarie. ¿Podrá el pueblo dominicano resignarse a cualquiera de los dos extremos de esa alternativa? ¡Nunca, jamás! Si Boyer fuera un estadista, habría estudiado ese problema a la luz de la razón y habría prestado oídos a los sanos consejos del general Bonnet, que se mostró contrario al propósito de conquista de nuestro territorio. Para lograr la unidad política de la isla sería preciso exterminar a todos los dominicanos u obligarlos a emigrar en masa. Mientras quede aquí un dominicano esa unidad será una mentira y un escarnio. Porque hay un hecho incontrovertible que un verdadero estadista habría tenido en cuenta, pero que Boyer, con terquedad que me atrevo a calificar de estúpida, descartó de todos sus cálculos; y ese hecho es que los dominicanos existimos, que tenemos una fisonomía espiritual y una personalidad propia, firmemente ligada a nuestro origen, y queremos conservarla a toda costa, sin escatimar sacrificios para romper la coyunda que nos tiene uncidos al yugo de Haití. La conquista realizada por Boyer ha de ser en lo futuro fuente de inquietudes, amenazas y peligros para el pueblo haitiano, porque nosotros no hemos de permanecer impassibles ante ese hecho brutal. El poderío de la Fuerza no es eterno, y en último caso a la fuerza se contesta con las armas que en nuestras manos pone la desesperación. Si los dominicanos, que solo somos un puñado de hombres, no bastamos para romper el nexo que nos une a Haití, la necesidad nos obligará a ponernos bajo la protección de una potencia europea, con cuyo fuerte apoyo haremos retroceder a los haitianos a sus límites naturales. El día en que eso

suceda renacerán para el pueblo haitiano las zozobras en que vivió sumido mientras tuvo a España como vecina. Acaso la presencia de una gran potencia junto a las fronteras de Haití engendraría consecuencias dolorosas y fatales para el pueblo haitiano; acaso la República de Haití, por hechos y circunstancias imposibles de prever pero que perfectamente pueden sobrevenir, llegaría a desaparecer de la comunidad de las naciones. Sinceramente, no lo deseo, porque no quisiera ver a otros en la triste condición en que hoy nos encontramos nosotros, pero en ese caso podríamos decir: ¡Esta es la obra de Juan Pedro Boyer! ¡Pretendió consumir la iniquidad de someter un pueblo amigo al vasallaje, y como fruto de su empeño ha obtenido la desgracia de su propio pueblo!

—¡Admirable, doctor! —dijo el padre González—. Con gusto seguiríamos escuchándole hasta el amanecer.

—He creído necesario exponer ante ustedes estas ideas, para que quede puesta en claro, de manera diáfana, la razón que me ha movido a abandonar el ideal de la independencia. La dolorosa realidad que presenciamos nos dice a las claras que no podemos ser independientes. Fui, según recordaba hace un momento, uno de los autores de la malograda independencia de 1821, que ha sido la causa indirecta del cautiverio que hoy padecemos. Me considero tan obligado como el que más a buscar un alivio a los sufrimientos de mi pueblo, puesto que sin quererlo contribuí a ellos al crear un estado de cosas que facilitó a Boyer su ambicioso proyecto de conquista. Los dominicanos repudiamos la condición de ciudadanos de Haití, que nos ha sido impuesta. Nuestra voluntad y nuestro deseo pueden resumirse hoy en una frase: ¡no queremos ser haitianos! ¿Y qué otra cosa queremos ser, ya que la independencia es imposible? Ya sé que habrá quienes contestarán: ¡todo, menos haitianos! Es verdad. Antes que haitianos preferiríamos ser, pongo por caso, ingleses o franceses; pero para conservar la fisonomía espiritual a que me referí hace un instante lo que necesitamos es el amparo de una nación

que hable nuestra misma lengua y que esté ligada a nosotros por vínculos históricos indestructibles. Esa nación es España. Ahora bien: ¿está España dispuesta a respaldar nuestros planes? Puedo informar a ustedes que sí lo está.

La noticia fue recibida por los conjurados con un prolongado murmullo de satisfacción. Y Baltasar de Nova exclamó:

—En ese caso, doctor, puede decirse que ya la dominación haitiana está dando las últimas boqueadas.

—Bien —continuó Moscoso—. El aviso que he recibido hace pocos días de Puerto Rico es el siguiente: en cuanto estalle la sublevación, nos llegarán por la costa del Este los auxilios necesarios. Diego Mercedes velará porque no haya ningún tropiezo en la operación.

—Así es —indicó Francisco Mercedes.

—Debernos adoptar ahora las providencias necesarias para el logro de nuestros propósitos. Ante todo, procede que designemos al jefe superior de operaciones.

—Creo que todos estamos de acuerdo en que sea Baltasar de Nova, dijo Lázaro Núñez.

Hubo demostraciones de unánime asentimiento.

—Veo que en efecto así es —dijo Moscoso—. Queda, pues, designado Baltasar de Nova como jefe superior de operaciones. Le concedo la palabra. Él nos dirá qué plan le parece más eficaz para iniciar el movimiento, a fin de que podamos discutirlo.

—Pocas palabras bastarán para dar a conocer el plan, que algunos de mis compañeros conocen —dijo Nova—. El primer golpe debe ser sobre la capital, es decir, la ciudad de Santo Domingo, ya que los haitianos, cuando uno les habla de la capital, entienden que se trata de Puerto Príncipe. Debemos tratar de ser dueños de la ciudad desde el primer momento. El plan que se me ocurre para tomarla es como sigue: en las primeras horas de la madrugada del día que se señale, una pequeña guerrilla abrirá un tiroteo, desde fuera de las murallas, por el lado de Santa Bárbara.

El objeto es hacer que cunda la alarma y se manden fuerzas para allá. Mientras tanto un gran número de los nuestros estará reunido fuera de la ciudad, cerca de San Carlos, y otros, dentro de la ciudad, se habrán organizado en alguna casa que esté próxima a la Puerta del Conde. Más o menos media hora después de haber comenzado el tiroteo de Santa Bárbara, la gente nuestra de afuera avanzará sobre la Puerta del Conde, y a corta distancia romperá el fuego. En ese mismo momento la gente nuestra de adentro avanzará también sobre la Puerta del Conde, que quedará entre dos fuegos y se rendirá. Nunca es mucha la gente que hay allí de guardia y además creo que algunos de los que estén en ese lugar se pondrán de nuestra parte. Tomada la Puerta del Conde, la ciudad será nuestra. Lo demás, ya ustedes lo comprenden: seguir peleando en las calles y, por último, poner sitio a la fortaleza. Mientras tanto, la gente del Este se habrá organizado y, en cuanto reciba los auxilios de Puerto Rico, marchará para la capital. Será necesario, eso sí, doctor, que usted mande aviso a Puerto Rico para que allí sepan la fecha del alzamiento, de modo que la llegada de esos auxilios sea para ese mismo día o, a más tardar, cuarenta y ocho horas después.

—No creo que haya inconveniente en que así sea; pero tengo que hacerle una pregunta. ¿Y si no tomamos la ciudad?

—Hay que preverlo todo, aunque doy por seguro que la tomamos. Si no lo conseguimos, nos batiremos en retirada saliendo por la Puerta del Conde, y tomaremos el camino de Los Caimitos, para esperar por allí cerca las fuerzas del Este y volver sobre la capital, a sitiarla.

—Ahora veo más claro el asunto. ¿Y mientras tanto, qué harán el Cibao y el Sur?

—Los del Cibao, lo mismo que los del Sur, se sumarán al alzamiento yéndose al monte. No creen que les será posible, así, de primera intención, tomar ninguna ciudad. Pero, en pocas horas, todo el país estará sobre las armas.

—Está bien. ¿Tiene alguno de los presentes el deseo de hacer observaciones al plan propuesto por Nova? Si nadie pide la palabra con ese objeto, consideraremos que queda aprobado el plan en sus líneas generales. Los detalles de su ejecución serán acordados en junta de oficiales... ¿Se aprueba?... ¡Aprobado! Creo que lo que nos toca ahora es determinar quiénes son los que han de tomar parte en el ataque contra la capital. El jefe superior de operaciones nos dirá en quiénes ha pensado para que lo acompañen ese día.

—He pensado —dijo Nova—, que Lázaro Núñez y José María de Altagracia deben bajar con su gente hasta San Carlos a reunirse conmigo, para atacar la ciudad con nuestras fuerzas combinadas. También vendrá gente de La Venta y Los Caimitos, y estarán allí Facundo de Medina, Juan Jiménez y Antonino González, que me ayudarán a reunir otros grupos de las cercanías de San Carlos y a prepararlo todo. En cuanto al jefe de las fuerzas que se organizarán dentro de la ciudad...

—Sobre eso no hay que hablar —indicó Moscoso—. Yo me haré cargo del asunto, ayudado por mi hermano Esteban.

—¿Usted, doctor?

—Sí, señor. ¿Qué tiene eso de extraño? Yo no estoy entre ustedes para jugar a la revolución, sino para compartir con los demás toda clase de penalidades y de esfuerzos.

—Yo no esperaba otra cosa de usted, doctor —declaró el padre González—, pero es natural que los demás se sorprendan al pensar en que Sócrates va a empuñar una carabina...

—No podía quedar resuelto ese punto de mejor manera —prosiguió Nova—. Y vamos a otra cuestión: he pensado en Lico Andújar para el puesto de secretario del jefe superior de operaciones, siempre que el doctor no lo necesite.

—Hubiera querido conservar a Lico a mi lado, ya que él es tan útil; pero se lo cedo con gusto.

—Quedo agradecido a los dos —dijo Lico—. Y como soldado disciplinado iré donde se me ordene.

—¿Hay algo más por resolver? —preguntó Moscoso—. Los jefes de operaciones del Este, el Cibao y el Sur han sido designados con anterioridad por los mismos que han de actuar a sus órdenes. No hay, pues, que tratar el asunto, sino entender que quedan confirmadas esas designaciones.

—Así es —dijo Lázaro—. Pero todavía tenemos que ponernos de acuerdo sobre la fecha del alzamiento.

—Es verdad... —asintió Moscoso—. Usted me había dicho que en febrero... ¿Qué día les parece bien?

—De aquí a un mes —insinuó Nova—. Digamos, por ejemplo, el veinticuatro de febrero, esto es, en la noche del veinticuatro al veinticinco.

—¿Tienen los presentes algún reparo que hacer en cuanto a la fecha? ¿Todos están de acuerdo? Si es así, queda señalada la noche del veinticuatro de febrero. Ahora bien: habrá que convenir en algunos detalles de ejecución, y esto debe hacerse en junta de oficiales. Debemos fijar desde ahora el día y el lugar de esa reunión, a la cual, desde luego, no tienen que asistir más que los que han de dirigir el ataque contra la capital.

—Podríamos reunirnos —dijo Nova—, ocho o diez días antes del veinticuatro, por ejemplo, el quince, que es domingo. Y el lugar de la reunión...

—Ofrezco mi casa para esa reunión —intervino Antonino González—. Como ustedes saben, queda en San Carlos, muy cerca de la gallera, y en un domingo, día de animación en los gallos, a nadie extrañará ver entrar allí unas cuantas personas. ¿Les parece bien a las seis de la tarde?

—Conforme —asintió Nova.

—Conforme también —agregó Lázaro—. Antes de esa hora me llegaré a la gallera y haré algunas apuestas. Alejaremos así toda clase de sospechas.

—Yo acompañaré a Lázaro a la gallera —rubricó José María de Altagracia.

—Creo que todos estamos de acuerdo —dijo Moscoso—. Y si no hay otro asunto...

—Sí hay otro asunto, doctor —declaró Nova—, pero no dará lugar a discusión. El día veinticinco seremos dueños de la capital. Hay que establecer allí un gobierno.

—¿Y si no tomamos la ciudad? —preguntó Moscoso.

—Si no la tomamos, tendremos que irnos a establecer ese gobierno a cualquier otra parte, lo mismo a Bayaguana que a Monte Plata, dado caso de que tengamos que huir hasta allá. ¡Señores! ¡Proclamemos desde ahora al doctor Juan Vicente Moscoso como gobernador civil!

—Aprobado, aprobado —dijeron los demás conjurados.

—Menos mal que será por poco tiempo —apuntó Moscoso—, ya que los españoles se encargarán de reemplazarme.

—¡Nunca, doctor! Ya usted verá cómo conseguimos que usted se quede.

—No, señores. No tengo ambición ninguna de mando. Me atrevo a aceptar desde ahora, sin vacilaciones, el cargo provisional de gobernador civil, porque si triunfamos pienso hacer uso de mi autoridad para reorganizar nuestra universidad. Allí me quedaré, sea como profesor o sea nuevamente como rector, una vez que entregue ese hipotético gobierno, para acabar de restablecerla en debida forma, de modo que nuestra juventud tenga siempre en esa secular casa de estudios un verdadero hogar espiritual.

—Así hablaría Sócrates —dijo el padre González—. Y ahora, señores, ni una palabra más. Así nos quedaremos con la miel en los labios.

XVII JUSTICIA SUPREMA

La reunión en casa de Antonino González el quince de febrero fue breve. Esteban Moscoso anunció que su hermano Juan Vicente estaba recluido desde hacía días en su casa por causa de un fuerte catarro, y que, aunque muy mejorado, no se arriesgaba a salir a la calle por temor a una recaída casi casi en vísperas del alzamiento. Así, le había confiado el encargo de transmitirle los acuerdos que se adoptaran en la reunión, todos los cuales contaban con su aprobación anticipada.

Discutióse el orden del ataque a la ciudad y señaláronse a cada jefe de grupo sus respectivas posiciones. Se pasó después a hacer el conteo de los contingentes disponibles para la acción militar.

—Ve sumando —dijo Baltasar de Nova a Lico—, a ver cuántos somos. Supongo que ya has tomado nota de que Lázaro y José María traen casi toda la gente de las dos compañías que tienen bajo su autoridad como capitanes de partido.

—Sí. El total de la gente que vendrá de fuera de la ciudad —dijo Lico al terminar la operación—, pasa de seiscientos hombres.

—Y dentro de la ciudad ¿con cuántos cuenta el doctor Moscoso?

—Con unos trescientos, calculando las cosas por lo bajo —contestó Esteban.

—Así es —confirmó José María Pérez—. Esteban y yo hemos visto personalmente, por encargo del doctor, a cada uno de los que están comprometidos, y todos están firmes.

—Tenemos, pues, entre ochocientos y mil. Pongamos un poco menos, porque a última hora siempre hay gente que se afloja —sentenció Baltasar—. Con eso basta y sobra, porque Borgellá no tiene tanta gente en la ciudad. Y entre los que considera suyos hay dominicanos que nos ayudarán, si pueden, y pasarán a nuestras filas.

—¡Hum! —dijo Lázaro—. ¿Se trata de gente segura?

—¡Cómo no!

—Lo digo porque nunca he tenido mucha confianza en los que forman parte de la gendarmería o del ejército. Si se arrepienten nos denuncian. En tiempo de España ocurrió eso más de una vez.

—Precisamente —dijo Esteban—, mi hermano Juan Vicente me recomendó decir a ustedes que él tiene informes muy reservados de que el gobernador Borgellá sospecha algo. Hay que estar sobre aviso.

—El doctor estima —dijo Lico—, que hoy son más necesarios que nunca la prudencia y el sigilo.

—Eso es lo que el momento actual exige —confirmó José María González.

—¡Ya lo creo! —agregó Sebastián Sánchez.

—Me parece —indicó Lázaro—, que lo mejor es que se rompa desde ahora toda comunicación con cualquiera que no nos parezca gente absolutamente segura. Es preferible descartar a unos cuantos, que no vernos expuestos a un desastre. Seremos menos, pero no habrá que temer ningún soplo. A esa gente del ejército y la gendarmería yo no les diría nada más. Que vengan después, si quieren; pero es bueno que ignoren la fecha del alzamiento.

—Bueno, así se hará —dijo Nova—. Pero hay dos o tres individuos de la Puerta del Conde, que se las arreglarán para

estar de servicio esa noche, y con ellos hay que contar de todos modos.

—Yo preferiría renunciar a esos también. Es verdad que no sé quiénes son.

—Yo los conozco —dijo Manuel Gil—, y son gente segura.

—Me atrevo a decir que respondo de ellos —agregó Baltasar.

—Ya eso es otra cosa; pero no olvidemos el aviso y la recomendación del doctor Moscoso: mucha prudencia y mucho sigilo.

—Creo que estamos todos de acuerdo —expuso Baltasar—, y que no hay otro asunto que tratar. Es, pues, cosa convenida que yo haré bajar temprano la noche del veinticuatro a la gente de Los Caimitos, La Venta y otros lugares próximos, además de tener reunida la de San Carlos y sus inmediaciones: y que a eso de las doce despacharé para el lado de Santa Bárbara a Facundo de Medina, con encargo de romper el fuego alrededor de la una. Esperaré, de todos modos, para despachar a Facundo, que se nos incorporen los de Higüero y de Los Alcarrizos, por si llegan con retraso, dado el trecho que tienen que andar. Mientras tanto, el doctor Moscoso y la gente de la ciudad estarán reunidos en una casa próxima a la Puerta del Conde. Atacaremos esa Puerta entre una y dos de la mañana. A los primeros tiros que disparemos los de afuera, el doctor Moscoso saldrá con su gente para coger la Puerta entre dos fuegos. Y a propósito, Esteban ¿reúne buenas condiciones la casa donde han de reunirse?

—Sí, señor. Es la de un amigo nuestro y para mayor comodidad está vacía. Queda al doblar de la calle del Conde, en la manzana anterior a la puerta del mismo nombre.

—Al pelo —dijo Baltasar—. Creo que hemos terminado. Despidámonos y que todo el mundo esté en su puesto el veinticuatro.

Disponíanse todos a salir, cuando Lázaro, dirigiéndose a Lico, inquirió:

—¿Qué es lo que me han dicho? ¿Es verdad que murió el capitán Lenoir?

—Es cierto.

—¿Un accidente, según me contaron?

—Así es.

—¿Y cómo fue eso?

—Hará cosa de veinte días el capitán Lenoir cabalgaba por la calle del Tapado rumbo hacia su casa, que es la que la gente conoce con el nombre de *Jardín de Laferrière*, y está situada a un extremo de la misma calle, muy cerca del mar. Caracoleó el caballo, se encabritó, y por más esfuerzos que hacía Lenoir, que era buen jinete, no lograba someterlo a la obediencia. Fustigado con rabia por Lenoir, el animal dio una tremenda sacudida que hizo saltar por los aires al capitán. De rebote, Lenoir fue a dar de espaldas contra la pared de una casa. El golpe fue tan violento, que de momento quedó atontado. Se repuso pronto, rechazó los auxilios que se le ofrecían, castigó duramente con el látigo al caballo, volvió a montar en él y continuó muy orondo hasta su casa.

—Así iría de satisfecho, a pesar del dolor por el golpe recibido, ese negrito tan finchado. Genio y figura...

—Hasta la sepultura, Lázaro. Nunca mejor aplicado el refrán que en este caso, porque desde ese momento estaban contados los días de Lenoir. Al llegar a su casa tuvieron que cargarlo en peso para bajarlo del caballo. Cogió cama, presa de fiebre alta y dolores terribles que lo hacían delirar. En su delirio gritaba: «¡Quítenme de ahí esas niñas!... ¡Llévenselas pronto!».

—¡Ah, ya pareció aquello! Porque no hay duda de que esas niñas eran las Vírgenes de Galindo... Ese grito es una confesión. El remordimiento...

—Así lo ha entendido todo el mundo. Todos recordaban las acusaciones que sobre él pesaban como autor principal del crimen de Galindo; y en los gritos que él daba en su delirio, el

pueblo ha visto, como usted dice, una confesión. Así, oí decir a una pobre mujer que vive en esa misma barriada: «¡No hay quien lo salve! ¡Se le aparecieron las Vírgenes de Galindo y morirá ahogado por ese crimen!». El hecho es que a los pocos días, aunque bajó la fiebre y se atenuaron los dolores, murió el capitán Lenoir. Oí decir que, con el golpe que recibió, se le había reventado la vejiga.

—Ya pagó su delito —murmuró Lázaro.

—Pero eso no es todo —continuó Lico—. Había otro individuo, el teniente Condé, de quien también se decía que era uno de los autores del crimen de Galindo. No había contra Condé las mismas pruebas que denunciaban a Lenoir, pero el rumor público lo señalaba con insistencia. Porque si bien es verdad que algún dominicano desalmado fue cómplice de ese crimen, y lo que no sabemos es si estará entre los que fueron condenados por la famosa sentencia que dictó nuestro tribunal civil, el pueblo está convencido de que fueron tres militares haitianos los principales autores: dos que entonces eran sargentos, Lenoir y Condé, y un soldado que fue identificado por la negra Isabel como uno de los que estuvieron la noche aquella en la estancia de Andújar. Pues bien: hace una semana llegó Condé borracho a su casa, y se encaminó a buscar agua al pozo del traspatio, se trepó en el brocal sin saber lo que hacía, perdió el equilibrio y fue a dar con sus huesos al fondo del pozo. Las heridas y lastimaduras que recibió se le gangrenaron, y ayer lo llevaron a enterrar.

—Si es verdad que fue uno de los autores del crimen de Galindo —afirmó Lázaro—, recibió, como el otro, su merecido castigo.

—El padre González habría dicho: ¡justicia suprema!

XVIII SORPRESA

No hacía mucho que había oscurecido cuando hizo su aparición, el día veinticuatro, en una estancia inmediata al poblado de San Carlos, el primer contingente de fuerzas, que venía de La Venta.

¿No lo dije? —indicó Baltasar de Nova, que aguardaba en unión de Lico Andújar la llegada de los revolucionarios en un bohío situado a la entrada de la estancia—. Ya sabía yo que la gente de La Venta llegaría temprano. Les habría contrariado no encontrar a nadie aquí. Hicimos bien en venir con anticipación. Señores, amarren por ahí sus caballos y acomódense como puedan. ¿Cómo estás, Heriberto? ¿Esta es toda tu gente?

—Por ahí vienen algunos más —contestó el interpelado—. ¿Somos los primeros?

—¡Los primeritos!

—¡No van lejos los de adelante si los de atrás corren bien! —dijo una voz que venía del potrero inmediato.

—¡Ya están aquí Los Caimitos! —dijo Baltasar—. Esa es la voz de Hilario, no me cabe duda. ¡Acércate, muchacho, que te pueda ver! ¿Por dónde han venido?

—Por ahí atrás. Era mejor no llegar por el camino real.

—Pues bájense de los caballos y descansen, que tenemos unas cuantas horas antes de empezar nuestro trabajo. Los de

Higüero y Los Alcarrizos no podrán estar aquí antes de media noche.

—¿Y qué se dice por la capital?

—Mañana habrá mucho que decir en todo el país. Hoy la única novedad que hemos tenido ha sido la siembra de una palma real en la Plaza de Armas por el gobernador Borgellá, que la saludó como «Palma de la Libertad», puesto que sustituye la que fue plantada al centro del famoso «Altar de la Libertad», inaugurado en 1822 por el presidente Boyer. La que sembró Boyer se secó... como no podía ser menos.

—Lo raro de este asunto —dijo Lico—, es que para la ceremonia llegaron dos o tres compañías más de soldados.

—¿Y eso qué importa? ¿Es que unos cuantos haitianos más van a hacernos aflojar?

—No lo decía por eso, sino que ya el doctor Moscoso nos advirtió que Borgellá olfatea algo. Nadie me hará creer que esa gente ha venido solamente a la siembra de la palma. Eso no es más que un pretexto. Han sido traídos para defender al Gobierno.

—Pues si es así, faltan muy pocas horas para que Borgellá vea que su olfato es, en efecto, de primera; pero de nada le habrá servido, porque a esos dos o trescientos hombres que han venido se los vamos hacer picadillo, a menos que se rindan.

—¡Este Baltasar es mucho Baltasar! —miró Heriberto.

—¡Y dilo! —confirmó Hilario.

—Pero señores —dijo Baltasar—, hay que darle a esa gente un traguito de ron. ¡Vengan todos para acá, que probarán de lo bueno!

Un murmullo de satisfacción fue la respuesta. Los hombres avanzaron hacia Baltasar, quien requirió una damajuana y fue sirviendo por turno a cada uno.

—¡Qué extraño que no estén aquí ya Facundo de Medina, Juan Jiménez y Antonino González! —exclamó Baltasar—.

Quedaron en venir de los primeros con gente de San Carlos y de por aquí cerca.

—Como saben que no hay prisa... —insinuó Lico.

De súbito, un niño que podía tener diez o doce años entró corriendo, sofocado, y acercándose a Nova le dio un tirón por la chaqueta, diciéndole precipitadamente:

—Padrino, dice mamá que *juya*, que por *ai biene er generá* Borgellá con muchísima gente, y acaban de coger en San Carlos a unos que *benían pa acá*.

—¿Cómo lo supo mi comadre?

—Uno que pasó por casa *juyendo* le dijo que se lo *abisara*. Pero *juya* pronto, padrino, que *disen* que *é* mucha gente y *ahoritica tarán* aquí. Y me *boy* que mi mamá me dijo que *borbiera seguío* y que si no me ciaba una *pela*...

Echó a correr por donde había venido y se perdió en la oscuridad.

—¡Traición! —masculó Nova—. ¡Y aquí no somos todavía más que unos pocos...! ¡Pronto! —gritó con voz de mando—, ¡Monten todos en sus caballos y tomen el rumbo Norte por el fondo de la finca, por donde se aparecieron los de Los Caimitos! ¡Pero rápido! ¡Y no paren hasta sus casas!

—¿Y tú? —preguntó Hilario.

—No se ocupen de mí, y lárquense.

—Pero... —insinuó Heriberto.

—No hay pero que valga. Yo sé dónde debo ir, y no me pasará nada; pero no me moveré hasta que no se vayan ustedes. Mientras más tarde lo hagan será peor para mí. Así es que... ¡andando!

—Si es así —dijo Heriberto—, vámonos. ¡Todo el mundo a caballo! Ya han oído lo que manda el jefe.

Con gran prisa, pero dentro del mayor orden y silencio, los hombres montaron a caballo, y uno tras otro se internaron por la finca. Heriberto, que había quedado para último, picó espuelas y se perdió en la noche, diciendo a Baltasar y a Lico, que ya habían montado en sus caballos:

—¡Buena suerte!

—¡Pronto! —cuchicheó Baltasar—. Vamos a jugarlos el todo por el todo. Tenemos que salir a campo descubierto, aunque podemos sesgar casi en seguida e internarnos por la vereda de Gascue. Es peligroso, pero si alcanzamos la vereda yo sé cómo escapar. ¿Tu caballo es bueno?

—Mejor no puede ser.

—Lo digo porque tendremos que saltar una tranquera para meternos por el potrero de la derecha. ¡Vamos!

Y apresuró la marcha. Lico lo seguía en silencio.

—Menos mal que la noche está bien oscura —dijo Baltasar cuando torcían para entrar en la vereda—. ¡Diablo! ¡Creo que están ya ahí!

Percibíanse, no muy lejos, voces confusas y pisadas de caballos en tropel.

—¿Quién vive? —gritó una voz.

Baltasar echó a escape su cabalgadura.

—¡Sígueme! —gritó a Lico.

Se oyó una descarga cerrada. Los proyectiles pasaron por encima de ellos.

—¡Por aquí! —anunció Baltasar, haciendo que su caballo franqueara de un salto la tranquera que daba acceso al potrero vecino.

Lico lo imitó.

—¡Alto! —susurró Baltasar unos segundos después—. Solo el silencio puede salvarnos. Quedémonos quietos hasta que pasen. ¡Que no se le ocurra relinchar a uno de estos animales!

Casi al mismo tiempo la caballería haitiana cruzó al galope por la vereda.

—*Par ici, par ici!* —voceó alguien.

—*Les voilà!* —secundó otra voz.

Se oyeron varios disparos. La caballería se alejó, rumbo al Oeste.

—¡Ya está! —indicó Baltasar respirando fuertemente—. Vámonos ahora, antes de que regresen, no vaya a ocurrírseles

entrar aquí. Podemos cruzar la finca y salir al camino de Los Alcarrizos. Más adelante nos meteremos por otras estancias, siempre cortando hacia el Noroeste, y hallaremos el modo de llegar al Cotuí.

—No —contestó Lico—. Yo voy a Los Alcarrizos.

—¡Muchacho! Eso sería un disparate. ¿No ves que no me quise ir con la gente de Los Caimitos y de La Venta? Si nos han denunciado, el autor de esa canallada debe saber que venía gente de por allá, lo mismo que de Higüero y Los Alcarrizos, y todos esos lugares van a ser muy vigilados. El que vive en cualquiera de esos sitios puede llegar a su casa, soltar su caballo en algún potrero, y el diablo que averigüe si estuvo en San Carlos esta noche. Pero si a ti y a mí nos encuentran en Los Caimitos o en La Venta, y lo mismo digo de Los Alcarrizos, ¿qué explicación podemos dar, aparte de que ya se conocerán nuestros nombres en este asunto? Estaríamos perdidos; y lo peor es que correría nuestra suerte cualquier amigo que nos hubiera dado abrigo. Si vas a Los Alcarrizos no doy un jobo por tu vida.

—¡Pero si yo no pienso quedarme en Los Alcarrizos! Voy a tratar de dar aviso a Lázaro, a Eudaldo y al padre González.

—Será inútil, porque hace rato que deben estar camino de San Carlos.

—Iré de todos modos. Nunca está de más. Quizás si los encuentro en el camino. Y después veré a dónde voy a dar.

—Tú sabrás lo que haces. Yo sigo al Cotuí, porque ahí me puedo esconder un tiempo, hasta que pase todo esto y vea qué partido puedo tomar. ¡Mira, aquí salimos al camino! Ahora dejaremos por ahí nuestras carabinas, que ya no pueden servir sino para denunciarnos. Lo que sí habrá que conservar como un tesoro es el puñal, única defensa que nos queda para un caso de apuro. Si llega ese caso, no vaciles y ataca antes de ser atacado. Clávalo con mano fuerte en el pecho de uno de esos malditos. Quizás así salves la pelleja. Y si no, es mejor morir matando... Bájate del caballo y pon las

carabinas entre aquellas yerbas, que así no las descubrirán tan pronto.

Lico ejecutó la orden.

—Ahí están bien, Baltasar —dijo—. Y te aseguro que no caerán en manos de la autoridad. Con la pasión de nuestros hombres de campo por tener un arma propia, el peón que encuentre esas carabinas tendrá buen cuidado en guardar el secreto.

Salieron al camino y siguieron juntos, en silencio, hasta que Baltasar anunció:

—Ahora pasaré por dentro de esta finca. Te repito que si quieres acompañarme al Cotuí...

—No, gracias —contestó Lico—. Lo siento de veras.

—Bueno, muchacho. Eres hombre de resoluciones firmes. No quiero que nos separemos sin darte una prueba del aprecio que tengo por ti. Conserva este nombre en la memoria: León Mentré. Si necesitas huir al extranjero, trata de llegarte a Cabo Haitiano, pregunta por la casa de comercio de León Mentré, preséntate a él y dile que vas de parte mía. Él te ayudará a embarcar. León Mentré. Recuérdalo bien: León Mentré. Es uno de mis mejores amigos. Y ya ves: es haitiano. Una vez se estaba ahogando y yo le salvé la vida. Ha quedado muy agradecido y hará cualquier cosa por mí. Pero, mira. Lo mejor será esto. Toma este anillo, que él conservaba como un recuerdo de familia y me lo regaló. Enséñaselo y así no habrá duda. Y ahora te digo como Heriberto: ¡Buena suerte!

—¡Buena suerte es la que te deseo, Baltasar! ¡Gracias y adiós! O mejor será decir: ¡hasta la vista!

—¿Hasta la vista? ¡Psché! ¡Será en el otro mundo!

Lico lo sintió alejarse en la oscuridad y continuó hacia Los Alcarrizos. Cuando llegó, el villorrio dormía. Pausadamente penetró por el costado de la casa de Eudaldo y bajándose del caballo se acercó a una ventana que daba al fondo. Por entre las hendiduras percibió un rayo de luz. Tocó suavemente con los nudillos y murmuró:

—¡Altagracia!

—¿Qué es eso? ¿Es Lico? —contestó ella, sobresaltada—.

Espérate.

Se entreabrió la ventana.

—¿Qué pasa? —interrogó ella—. ¿Dónde estás? ¡Acércate!

—Hemos sido denunciados. ¿Dónde está Lázaro?

—Tío Lázaro salió por la tardecita a reunir la gente.

—No los he encontrado en el camino.

—Me pareció que no iban por el camino real, según entendí cuando él hablaba con dos o tres amigos que vinieron a buscarlo. No sé al fin qué rumbo tomaron.

—¿Y el padre González se quedó en el pueblo?

—No. Entiendo que el padre iba para otro lado, a cumplir un encargo que le dieron.

—¡Solo una casualidad podrá salvarlos!

—Pero acaba de explicarme lo que ha pasado. ¡Por Dios!

—Solo sabemos que alguien nos ha traicionado. Baltasar recibió un aviso de que Borgellá, con mucha tropa, andaba haciendo prisiones en San Carlos. Como eso fue temprano y todavía éramos pocos, nos disolvimos. A Baltasar y a mí nos hicieron una descarga. Pudimos escapar gracias al conocimiento que él tiene del terreno. ¿Y Eudaldo tampoco está aquí?

—Papá fue por el lado de Los Caimitos. Allí debe esperar a la gente del Este.

—¿Sabes en qué casa está?

—Sí. En la estancia de Luis Urquerque, que está en ese camino.

—Ya sé dónde es. Voy para allá. Adiós y dame un beso, que no sé cuándo volveremos a vernos.

Sabor salobre llenó la boca de Lico cuando rozó la mejilla de Altagracia, bañada en lágrimas silenciosas.



Como a dos leguas de Los Caimitos estaba la finca de Luis Urquerque, o mejor dicho, Alburquerque, porque ese rancio apellido hispano-portugués había sufrido una mutilación en boca de los campesinos. Pasando por Aburquerque y Aurquerque se había reducido con el tiempo a Urquerque, y así figuraba ya en las partidas bautismales de la familia.

Cuando Lico llegó a la finca eran las tres de la tarde del día veinticinco. Había hecho una jornada penosa y llena de sobresaltos. La distancia que le tocó recorrer no era larga, pero varias veces tuvo que imitar a Baltasar de Nova y abandonar el camino real para esquivar el encuentro con soldados de la gendarmería.

—Nos andan buscando —pensó—. Nunca he visto en los caminos tantos soldados que van y vienen de un lado a otro.

Solo había tomado una taza de café que le brindaron en un bohío humilde, pero abrumado por las preocupaciones no sentía el hambre. Llegó a la puerta de Urquerque y se hizo anunciar.

Urquerque apareció al punto.

—¿Lico Andújar? ¡Quién te iba a conocer, muchacho, si hace la mar de años que no te veo, y eras un niño la última vez que estuviste aquí con tu papá, que en gloria esté! Ya supongo en lo que andas. ¿Traes algún recado del doctor?

—No, don Luis. Venía a hablar con Eudaldo Núñez.

—Hará un par de horas que se fue para Los Caimitos. De allá me mandaron un propio para informarme del desastre de anoche. ¡Qué calamidad! Y Eudaldo, pensando que Lázaro podía andar por ese rumbo y deseoso de saber lo que había pasado, se fue para allá. Yo traté de convencerlo para que se quedara escondido aquí, donde no podía correr peligro, porque yo siempre me he dedicado al cultivo de mis tierras y nadie sospecha de mí. Aquí podía haber esperado a que pasara este temporal. ¡Todo fue inútil! Montó a caballo y se fue...

—Es de sentirse, don Luis, porque hay muchos soldados en Los Caminos, y se ve que nos andan buscando. Ya le contaré cómo fue mi huida con Baltasar de Nova.

—¡Ah ¿Pero tú estabas en San Carlos?

—Sí. Y de milagro me tiene usted aquí.

—¿Y Lázaro?

—No sé. Estuve en Los Alcarrizos, y ya él había salido para San Carlos.

Pues cada vez veo la cosa en peores condiciones. Menos mal que Baltasar ha podido huir, pero no sabemos si lo mismo habrán hecho Lázaro y los demás. En cuanto a Baltasar, no hay cuidado. Ese conoce todo el país como la palma de la mano, y sabrá esconderse donde no lo encuentren.

—Así lo creo.

—Bueno ¿y en cuanto a ti?

—Estaba pensando en ir a buscar a Eudaldo a Los Caimitos.

—¡Nunca en la vida! Sería un disparate sobre otro disparate. Donde quiera que te presentes vas a comprometer a los que vean contigo. Quién sabe si Eudaldo ha podido esconderse en sitio seguro, pero si tú vas a buscarlo puedes ser la perdición de los dos. Lo que yo haré es mandar a uno de mis hombres de confianza para que trate de ver a Hilario y le deje un recado para Eudaldo. Y tú no te muevas de aquí. Voy a mandar que pongan tu caballo en el potrero, que tengo un buen lugar donde dejarte escondido y bien atendido. Por las noticias que recibiré de la capital sabremos a qué atenernos sobre el cariz que tome este asunto, y ojalá que dentro de pocos días puedas regresar allá sin temor ninguno.

—¡Quién sabe, don Luis! Pero no puedo conformarme con la idea de que todo está perdido.

—¡Todo, no! Nos queda el doctor Moscoso...

—¿Cree usted que habrá escapado de la denuncia infame de que hemos sido víctimas? ¡Quién sabe, si está preso a estas horas!

—Esa sí sería una catástrofe, porque Moscoso es la última esperanza que le queda a nuestro país.

XIX HECATOMBE

El veinticinco de febrero la ciudad de Santo Domingo amaneció presa de estupor y de inquietud. Desde la noche anterior, gran movimiento de tropas indicaba que algo grave ocurría. Los puestos de la cortina de defensa fueron reforzados desde el atardecer. Patrullas de soldados recorrieron las calles, y el general Borgellá salió con gran golpe de gente hacia extramuros. Las familias dominicanas cerraron sus puertas, sobrecogidas de temor. Al amanecer se supo que las fuerzas que salieron con Borgellá habían regresado con gran número de presos, entre ellos Lázaro Núñez, José María de Altagracia, Facundo de Medina y Juan Jiménez, que habían sido sorprendidos en actitud que no dejaba dudas respecto a su propósito de iniciar una sublevación contra el Gobierno; pero el asombro y la alarma se acrecentaron al saberse que muchos vecinos de la ciudad habían sido reducidos a prisión. Primero José Gertrudis Brea, capitán de la guardia nacional, y dos o tres miembros de la gendarmería; después José María González, que tenía a su cargo la imprenta del Gobierno; José María Pérez, encargado del almacén del Estado; el comerciante Juan Cerrá y, por último, el doctor Juan Vicente Moscoso y su hermano Esteban.

Las calles estaban casi desiertas. Apenas sí en la Plaza de Armas se reunió al caer la tarde un grupo de los habituales concurrentes a ese mentidero favorito de la ciudad para comentar en voz baja los sucesos del día.

—¿Saben ustedes la última noticia? —decía uno de ellos—. Acaban de traer presos al cura de Los Alcarrizos y a José María García. Se suponía que andaban con Lázaro Núñez y los otros, pero lo cierto es que los prendieron cerca de Los Alcarrizos.

—¿Llevaban armas encima?

—Ninguna.

—Mejor para ellos. ¿Y qué se sabe de Baltasar de Nova y de Antonino González?

—Nada. Parece que se los tragó la tierra.

—De buena se han salvado, aunque quién sabe los cojan después. Y aquí en la capital siguen las prisiones. Andan buscando a Nicolás Mella, a Paulino de Soto, a Francisco González... ¡Ah! Y creo que también a Ramón Mella.

—Por lo pronto, hace un rato encerraron en la Torre del Homenaje a José Ramón Cabral.

—Ese es muy amigo del doctor Juan Vicente Moscoso, que creo fue su maestro en la universidad.

—Pero, señor ¿será verdad que el doctor Moscoso anda metido en este asunto? Hasta dicen que él era el que iba a dar anoche el golpe dentro de la capital.

—Nada de extraño tendría, puesto que ya Moscoso figuró al lado del doctor Núñez de Cáceres cuando tomaron la Fuerza en 1821 para proclamar la independencia.

—Yo oí decir que su hermano Esteban era el que andaba buscando gente para dar el golpe, en compañía de Ignacio Suárez y de José María Pérez, que también están presos.

—Contra Esteban parece que hay algunas pruebas, pero yo no dudo que el doctor Moscoso también estuviera metido en todo esto.

—Por lo visto la cosa era gorda.

Un agente del orden público se acercó al grupo y lo intimó para que se disolviera, porque de orden del gobernador estaba prohibida toda clase de reuniones en las calles y plazas.

La instrucción de la causa incoada por el delito de conspiración contra la seguridad del Estado se despachó con gran rapidez. Sustanciados los cargos contra cada uno de los acusados, el juez de instrucción elevó los autos al tribunal civil, y el juicio quedó señalado para principios de marzo.

Largo tiempo consagró el tribunal a examinar las pruebas y a oír las declaraciones de los diez y ocho procesados. Algunos decidieron encerrarse en prudente mutismo, siguiendo acaso la inspiración del doctor Moscoso, que a una pregunta formulada por Bobadilla, comisario del Gobierno, contestó con sequedad:

—Es al señor comisario del Gobierno a quien toca probar nuestra culpabilidad. A los que estamos sentados en este banquillo no nos incumbe probar nuestra inocencia. El que nos acusa es el que debe demostrar cuáles son los fundamentos de su acusación.

No obstante, esa especie de consigna que, al parecer, quiso señalar Moscoso a sus compañeros para que se mantuvieran en silencio, no fue atendida por todos. Algunos, como Lázaro Núñez, José María de Altagracia, Facundo de Medina y Juan Jiménez, sobre quienes pesaban los mayores cargos, pues habían sido capturados en el momento en que iban a poner en ejecución los planes revolucionarios, confesaron lisa y llanamente que estaban al tanto de esos planes, como si, desprovistos de toda ilusión sobre la suerte que les esperaba, prefirieran acabar de una vez.

Por otra parte, tanto José María de Altagracia como Lázaro Núñez se declararon enemigos personales del padre González, de quien se expresaron en términos duros y agresivos. Querían, sin duda, que el padre González quedara desligado de ellos en el proceso y no pudiera correr idéntica suerte; y apelaban al recurso habilidoso de resucitar viejas diferencias

que en otro tiempo pudieron entibiar sus relaciones de amistad con el sacerdote, y no escatimaban la cita de fechas y testigos que abonaran cuanto decían.

El comisario del Gobierno hizo resaltar las incongruencias y contradicciones que resultaban de las declaraciones de ambos, cotejándolas con la del padre González.

—El sacerdote procesado en esta causa —decía Bobadilla—, no ha querido decir gran cosa, temeroso quizás del pecado de la mentira. Pero José María de Altagracia, en su primera declaración, decía, o por lo menos daba a entender, que él había entrado en la conspiración por consejo del cura. Es verdad que después negó el hecho, aseverando que sus palabras habían sido interpretadas de manera equivocada, ya que mal podía él prestarse a seguir el consejo de quien era su enemigo. Otro tanto ocurre con Lázaro Núñez que, a pesar de su manifiesta enemistad con el cura, parece haberle consultado el asunto. Sea como sea, tanto el Núñez como el Altagracia estaban de completo acuerdo con Baltasar de Nova, y aunque parece cierta la enemistad de ambos con el presbítero González y en definitiva han negado que estuviesen de acuerdo con él, hay otras pruebas e indicios que demuestran que el sacerdote, enterado de los propósitos de Baltasar de Nova, no empleó, como debía, todo el influjo de su ministerio pastoral para disuadir a unos y a otros de la idea de favorecer esos planes y no les recordó la obligación en que estaban de ser fieles al Gobierno constituido ni les hizo apreciar las funestas consecuencias que debían resultar de los desatinados planes que se proponían poner en ejecución.

Terminado el análisis de las pruebas el comisario del Gobierno formuló su acusación en términos severos. Dividió en grupos a los procesados: primero, los que estaban confabulados con Baltasar de Nova —a quien declaró principal promotor de la rebelión—, y empezaron a reunir gente para poner en práctica el proyecto; después, los que habían prestado de algún otro modo su concurso para el fin de la sublevación

proyectada; en tercer lugar, los que estaban enterados de la confabulación, pero no pusieron el hecho en conocimiento de las autoridades, aunque tampoco llegaron a realizar actos externos que hicieran efectiva su participación en la ejecución del proyecto; y por último, aquellos contra los cuales no había pruebas suficientes para considerarlos como cómplices, a pesar de que sobre ellos pesaban fuertes indicios de culpabilidad. Para los primeros pidió Bobadilla la pena de muerte; para los demás, diversas penas, escalonadas en proporción a la magnitud de su culpa. Los defensores, Juan de Dios Correa Cruzado y José Troncoso, hicieron enérgicos y desesperados alegatos en favor de los acusados, si bien estaban convencidos de la inutilidad de ese esfuerzo.

El tribunal, presidido por José Joaquín del Monte e integrado por los magistrados Vicente del Rosario Hermoso, Raimundo Sepúlveda, Vicente Mancebo y Juan Bautista Daniel Morette —este último en reemplazo de Leonardo Pichardo, ausente por motivos de salud—, se retiró a deliberar en la tarde del ocho de marzo y ya entrada la noche dio a conocer su sentencia, por medio de la cual se condenaba a Lázaro Núñez, José María de Altagracia, Facundo de Medina y Juan Jiménez a la pena de muerte; al presbítero Pedro González, Ignacio Suárez, José Ramón Cabral y José Figueredo, a la de cinco años de prisión; a José María González, Sebastián Sánchez, José María García, Manuel Gil, José María Pérez y Esteban Moscoso, a la de dos años de encarcelamiento; y decretó la libertad del doctor Juan Vicente Moscoso, Juan Cerrá, José Gertrudis Brea y José María Aguirre, por falta de pruebas suficientes respecto a la complicidad que pudieran haber tenido en el delito, pero, a la vez, los puso a la disposición y bajo la vigilancia del Gobierno, en vista de las graves sospechas que sobre ellos recaían...



Los cuatro reos de muerte entraron en capilla en la mañana del día nueve. En vano sus defensores intentaron establecer recurso de casación contra el fallo: les fue denegado, previo dictamen del comisario del Gobierno, pues la sentencia misma establecía que era ineludible aunque se interpusiera contra ella cualquier recurso, «para que este escarmiento y el temor de la pena contenga dentro de los límites de su deber a los que no basta para persuadirlos el conocimiento del pacto social y los vínculos que de él resultan». Las gestiones que se hicieron ante Borgellá para obtener, por lo menos, el aplazamiento de la ejecución, a fin de dar tiempo a pedir clemencia al presidente Boyer, fueron también inútiles.

A las tres de la tarde supieron los reos que todos los recursos y peticiones en favor de ellos habían sido desechados. El padre Correa Cruzado vino a prestarles los auxilios espirituales.

—Ya esto lo esperaba yo —dijo Lázaro Núñez cuando terminó su confesión y escuchó las exhortaciones del sacerdote—. Hemos perdido la partida, y eso es todo. Desde que nos cogieron, nuestra suerte estaba echada.

—Nada —observó Facundo de Medina—, que Borgellá y Bobadilla están en competencia, a ver cuál de los dos va más lejos en el deseo de que el castigo que se aplique en esta ocasión sea ejemplar.

—¡Y qué jueces nos gastamos! —apuntó Juan Jiménez—. ¡Qué sumisos y qué obedientes! ¡Bochorno da pensar en que son dominicanos! ¡Todo a cambio de la pitanza que les toca!

—No cambiaría mi suerte por la de ellos —declaró Lázaro.

—Y dilo —agregó José María de Altigracia.

La puerta de la celda se abrió para dar paso a la esposa de Lázaro y a la de José María de Altigracia.

—¡Bibiana! —exclamó Lázaro—. ¿Cuándo llegaste?

—Ahora mismo —contestó ella mientras se abrazaba a él sollozando—. ¿Cómo es eso, que dizque no hay recurso contra la sentencia? Antes de venir aquí, quise ver a Borgellá, pero no me dejaron entrar.

—No sabemos nada todavía, Bibiana.

—¿Ya lo ves? —decía José María a su mujer, también deshecha en llanto—. Se están haciendo diligencias, que esperamos den resultado.

—¿Y los muchachos? —preguntó Lázaro.

—Ahí afuera están, con el carcelero —contestó Bibiana algo más tranquila—. No quería preguntarte delante de ellos lo del recurso. Voy a llamarlos.

Dio dos toques en la puerta, que se abrió a poco, y los hijos de Lázaro entraron corriendo y se abrazaron a sus rodillas gritando alborozados:

—¡Papá, papá!

Por un momento pareció que aquel rostro de bronce, severo e impenetrable, se contraía en una mueca de dolor. Pero esa contracción duró apenas un segundo. Se volvió al más pequeño de sus hijos y lo levantó en peso, sonriente, para besarlo en las mejillas. Después de depositarlo en el suelo atrajo hacia sí al otro.

—Papá —dijo el niño echándole los brazos al cuello—. ¿Por qué te tienen aquí encerrado?

—Cosas de la vida, mi hijo. Pero todo se arreglará.

—¿Y cuando vuelves para casa?

—No lo sé todavía, pero puede ser pronto. Si no, será porque he salido para un viaje muy largo y ustedes tendrán que esperarme mucho tiempo.

—¡Ay, papá! ¡Llévame!

—Si puedo, iré a buscarlos; pero si no, sean muy formalitos y no le den tormento a su mamá.

Inclinó la frente con pesadumbre y luego murmuró:

—¡Bibiana! Yo creo que lo mejor es que se vayan. Como esto parece que puede arreglarse, prepárense a volver mañana.

—¡Dios lo quiera, Lázaro! ¡Me vuelves el alma al cuerpo!

—El alma no nos abandona —dijo el sacerdote—, sino cuando llega la hora de ir a dar cuenta de nuestras culpas al Altísimo. Váyase a su casa y no haga caso de lo que oiga decir

por ahí, que en la calle se dicen muchas tonterías. Y enciérrese toda la tarde a rezar por Lázaro. Lo mismo le digo a la señora de Altagracia. Tengan calma y esperen.

—Así lo haré. ¡Vamos, Anita! —dijo Bibiana tomando del brazo a la esposa de José María—. ¡Vengan, mis hijitos!

Volvió a tocar en la puerta, que el carcelero abrió al punto para cerrarla otra vez en cuanto salieron los visitantes.

—Gracias, padre —dijo Lázaro—. Siquiera estas horas serán menos amargas para Bibiana.

—Lo mismo para Anita —declaró José María.

—Esta noche o mañana sabrán lo inevitable —continuó Lázaro—, pero ya todo habrá pasado y habrán de tener resignación.

—Los míos se despidieron esta mañana —indicó Juan Jiménez—. Pero todavía estábamos todos esperanzados en que admitirían siquiera el aplazamiento.

—Por lo menos, ustedes han podido despedirse de su familia —dijo Facundo de Medina—. La mía está lejos.

—¡Quién sabe sea mejor así! —declaró Lázaro.



Llegó la hora de partir para el suplicio. La tarde estaba serena y apacible. Los reos salieron de la fortaleza amarrados codo con codo. Un piquete les daba escolta. A lo largo de la calle la gente se aglomeraba en silencio para verlos pasar.

—¡Cómo aprietan estas sogas! —exclamó José María.

—No sufriremos esa molestia mucho tiempo —contestó Lázaro, cuyas muñecas sangraban.

—¿No te parece largo lo que tenemos que caminar hasta San Gil?

—Más largo sería nuestro sufrimiento si viviéramos para soportar la tiranía de los haitianos.

La marcha continuó, lenta, hasta el extremo de la ciudad. Al llegar a la plazoleta de San Gil, Lázaro midió con altiva mirada la compacta muchedumbre que allí se agolpaba y gritó con voz fuerte, mientras el pelotón de la ejecución enfilaba los arcabuces contra su pecho:

—¡Dominicanos! ¡Nuestra muerte no debe ser inútil!

Minutos después el comisario del Gobierno ante el tribunal civil hacía constar en acta que se había cumplido la sentencia.

XX
EL RESPLANDOR DEL INCENDIO

Los Alcarrizos, 2 de abril de 1824.

Amado mío:

Vivo sobresaltada porque no recibo noticias de papá. De ti no han llegado más que dos líneas avisándome que te encontrabas bien en casa de nuestro buen amigo don Luis. Y eso fue hace más de un mes. Ese silencio me desespera. Aprovecho hoy el viaje de una persona de confianza que sigue hasta Monte Plata, para pedirte que calmes mi ansiedad mandándome cómo puedas algún aviso que me tranquilice.

Ya comprenderás en qué estado estoy desde la muerte de tío Lázaro. Tía Bibiana y sus hijos se fueron para la capital en la mañana del día en que lo mataron. Yo pensé irme con ella a casa de nuestros parientes de San Miguel, pero no hubo quien me prestara un caballo. La vieja Tona, desde que se llevaron preso al padre González, está aquí conmigo, pero mañana se va para Higüero, donde unos amigos le ofrecen colocación.

Como no puedo quedarme aquí sola, estoy arreglando la manera de irme para la capital. He tenido que pedir al teniente Morín que por favor me consiga un caballo, y me ha ofrecido traérmelo pronto.

Pero antes de irme quisiera saber de ti y de papá. ¿Qué ha sido de él desde aquella noche fatal? Me consuela pensar que está escondido en lugar seguro, como tú; pero esta inquietud me mata. Ponme aunque sea dos letras, a ver si me llegan antes de mi viaje.

Te quiere y te besa tu

Altagracia.



Después de releer esa carta por tercera vez, Lico recorría de un extremo a otro, inquieto, nervioso, la habitación donde Luis Urquerque lo había hecho recluirse, un bohío de trabajadores de la finca.

Hacía más de cinco semanas que vivía allí, casi aislado del mundo, como en una prisión. De noche solía mitigar su desasosiego y su aburrimiento la conversación de los peones que al caer la tarde regresaban de sus faenas; pero los días le resultaban interminables. Luis Urquerque no dejaba de ir a verlo diariamente, aunque sus visitas, eran cortas y las más de las veces era portador de malas nuevas. A los dos días de encontrarse Lico recluido allí, el peón que mandó Urquerque a Los Caimitos a inquirir noticias de Eudaldo, trajo el informe de que Hilario y Eudaldo, que al parecer resolvieron emprender rumbo hacia Hato Mayor, habían aparecido muertos a machetazos en el camino. ¿Intentaron resistir a los que querían prenderlos, o se trataba de un exceso de celo de aquellos que les seguían la pista y no pensaron en que el general Borgellá habría preferido entregarlos a la justicia para hacerlos subir al patíbulo? Nadie pudo precisarlo. La noticia llenó de consternación a Urquerque y a Lico.

Después, Urquerque, que constantemente recibía informes de la capital, iba a comentar con Lico las alternativas del proceso que se seguía a los conspiradores. Urquerque abrigaba esperanzas en cuanto a la suerte que podía tocarles. Lico siempre se manifestó pesimista.

—Hasta ahora, decía Urquerque —el Gobierno de Boyer se ha mostrado benigno en casos parecidos—. Ya ves en qué paró el asunto de Silvestre Aybar. También salió bien Agustín de Acosta...

—Sí, objetaba Lico —pera asesinaron a Romain y fusilaron a Darfour—. No tuvieron mejor suerte los que se insubordinaron en Gato el año pasado. Y ya ve usted que Hilario y el pobre Eudaldo...

—Puede ser, pero a Darfour lo juzgó un tribunal militar, y a Lázaro, José María y los demás los ha de juzgar un tribunal civil, y ese tribunal está compuesto por dominicanos.

—¿Dominicanos, dice usted? Cuando un dominicano pierde la vergüenza hasta el grado de convertirse en instrumento del Gobierno haitiano, nada bueno puede esperarse de él. ¡Quién sabe si por dar muestras de fidelidad y adhesión a Boyer querrán ir más lejos que los mismos haitianos!

—¡Hum! No hay que desesperarse. Confiemos todavía.

Días después hubo de rendirse Urquerque a la evidencia: la sentencia dictada por el tribunal civil y el suplicio de Lázaro y sus compañeros fueron la dolorosa confirmación de las predicciones de Lico. El veintinueve de marzo volvió a constituirse el tribunal para aumentar a cinco años de prisión, en vista de nuevas acusaciones y cargos, la pena impuesta a Esteban Moscoso y a José María Pérez, y castigar con igual severidad a Juan Cerrá, que antes había quedado en libertad, aunque bajo la vigilancia del Gobierno, y a Ramón Mella, que para evitar la persecución de que era objeto había tratado de embarcar al extranjero en la balandra Carolina junto con Manuel Fernández y Nicolás Mella, A estos últimos, por falta de pruebas en su contra,

se les dejó en libertad aunque a disposición del Gobierno, medida que también se adoptó con Ramón Franco, que era el capitán de la balandra.

Y hacía apenas tres días, el treinta y uno de marzo, el tribunal había vuelto a reunirse para juzgar en contumacia a Baltasar de Nova, Antonino González, Paulino de Soto, Antonio Sánchez y Francisco Jiménez, que no habían podido ser capturados a pesar de las incesantes pesquisas realizadas por el Gobierno en todo el país. Baltasar de Nova y Antonino González fueron condenados a la pena de muerte; los otros, a tres años de prisión.

—¡Si sigo aquí —pensaba Lico—, me moriré de desesperación y de rabia! ¡Y Altagracia no sabe nada de la muerte de Eudaldo! ¿A dónde podrá ella volver los ojos? ¡Solo le quedo yo y estoy aquí reducido a la impotencia!

No sintió que la puerta se abría para dar paso a Luis Urquerque, quien se acercó a él murmurando:

—¿Qué te pasa?

Lico se volvió hacia él y exclamó:

—¿Qué más quiere usted, después de todo lo que ha sucedido? Llega usted a buen tiempo, porque me disponía a ir a decirle que ya no puedo más y que me voy, no sin darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí.

—¿No vas a cometer una imprudencia?

—Podré correr algún riesgo, no hay duda, pero ya el juicio ha terminado con la sentencia dictada contra los prófugos, y mi nombre no ha sido mencionado.

—Es cierto, y cartas que tengo de la capital me confirman que no hay sospechas contra ti. A lo sumo habrán recordado que estabas en íntima relación con el doctor Moscoso, pero como Moscoso ha sido absuelto, no se habrá vuelto a pensar en ti. Sin embargo ¡suceden tantas cosas! ¡Acuérdate de Eudaldo...!

—Precisamente porque no lo olvido es por lo que debo marcharme. Lea usted esta carta.

Urquerque recorrió apresuradamente la carta de Altagracia.

—¡Pobre muchacha! —dijo al terminar—. Comprendo ahora tu preocupación y no me extraña la resolución que quieres tomar. Creo, sin embargo, que debes pensar bien lo que vas a hacer. Mientras estés aquí, tu vida no corre peligro. Si te vas, no respondo... ¿Y a dónde irás?

—Podría presentarme en la capital, a arrostrar lo que pueda sobrevenir; pero no es esa mi idea: pienso escapar al extranjero.

—¿Por dónde?

—¿Por dónde ha de ser? Por algún puerto...

—Recuerda que a Ramón Mella lo cogieron en la balandra Carolina.

—Eso es otra cosa. Habían pasado pocos días de los sucesos, y lo andaban buscando. A mí, según parece, no me buscan. Además, no pienso embarcarme por un puerto dominicano. Iré a Haití, que allí todo será más fácil.

—¿Encontrarás allí quien te ayude?

—Sí. De eso estoy seguro.

—¿Verás a tu novia primero?

—Desde luego. Y si ella quiere acompañarme, mejor. Nos casaremos en cuanto haya oportunidad de hacerlo.

—Me parece muy atrevido tu plan. Y te lo repito: piénsalo bien.

—Ya lo he pensado, don Luis. Lo mejor sería salir ahora mismo, para llegarme esta prima noche a Los Alcarrizos, y seguir viaje, sea solo, sea con Altagracia. Mande a buscar mi caballo.

—Está bien, hijo. Voy a dar ahora mismo las órdenes. Desde luego, me aceptarás algún dinero, porque no creo que lleves gran cosa encima, y el viaje que vas a emprender es largo.

—No puedo decirle que no, don Luis. Usted es mi providencia.

—¿Providencia yo? ¡Ojalá que la verdadera providencia te acompañe y te proteja!

Ya había entrado la noche cuando Lico llegó frente a la casa de Eudaldo. En la puerta estaban amarrados dos caballos, lo que no dejó de causarle extrañeza. Siguió sigilosamente hacia

el patio y se acercó con cautela a la misma ventana donde se había despedido de Altagracia días antes.

La ventana estaba abierta, pero en el cuarto imperaba la oscuridad. En cambio, por la puerta del centro se filtraba un hilo de luz. Vago rumor de voces ahogadas venía del interior. Saltó por la ventana y en puntillas se orientó dentro de la habitación, hasta llegar a la puerta que daba acceso a la sala. La entreabrió ligeramente en el momento en que llegaba a sus oídos un grito, un angustiado grito de mujer, a la vez que una voz masculina cuchicheaba:

—*Tais-toi, mon Dieu, cállate!*

Trabajo le costó convencerse de que no era una pesadilla el cuadro que contemplaron sus ojos asombrados. El teniente Morin, oprimiendo con el peso de su cuerpo a Altagracia, que se revolvía en el suelo bajo sus bestiales caricias, trataba de reducirla a silencio y apretaba con mano convulsa la boca de donde había brotado aquel grito acusador.

—*Tais-toi* —repetía—, *tais-toi, ma petite Altagracia, Tu es à moi, tu es à moi.*

Y después su boca jadeante baboseaba los ojos y la frente de la joven.

Con rápido ademán, que más fue obra del instinto que de la reflexión, Lico requirió el puñal, mientras le parecía oír la voz de Baltasar de Nova:

—¡Clávalo con mano fuerte en el pecho de uno de esos malditos!

De un salto penetró en la habitación, y hundió con furia su acero, una, dos, tres veces en la espalda de Filoclés.

El teniente soltó su presa y trató de levantarse, pero al punto se desplomó junto a Altagracia, murmurando entre espu-marajos sanguinolentos:

—*iAssassin!*

Y quedó inerte.

—No tenemos un minuto que perder —dijo Lico a Altagracia, que se abrazó a él temblorosa, presa de violenta crisis de nervios—. ¡Huyamos!

—¿Y papá? —inquirió Altagracia entre sollozos.

Lico vaciló un segundo. No se atrevió a darle en aquel momento la terrible noticia, y contestó:

—Está escondido en La Venta... ¡Pero serénate, que no tenemos tiempo que perder!... Mira... siéntate aquí...

Altagracia quiso acercarse al asiento que Lico le señalaba, pero su vista tropezó con el cuerpo inanimado de Filoclés, y volvió a abrazarse a Lico, trémula y angustiada. Quiso decir algo, y los sollozos le impidieron articular palabra alguna.

Pasados algunos instantes, Lico logró atraer hacia sí una silla, que colocó de espaldas a Filoclés. Empujó suavemente a Altagracia hasta hacerla sentar. Ella hundió la frente entre las manos y continuó sollozando sin articular palabra.

Lico divisó su propio rostro en un espejo y tremendo escalofrío lo hizo estremecer. Lívido, con la mirada extraviada y el cabello en desorden, parecía otro. Se desplomó en un asiento inmediato y trató de coordinar sus pensamientos. Una sola idea lo atenaceaba: era indispensable huir sin pérdida de tiempo. Caviló así un buen rato, mientras Altagracia sollozaba.

Al cabo de algunos minutos, que parecieron interminables a Lico, Altagracia alzó la frente, clavó en él los ojos llorosos y con palabras entrecortadas de emoción y de miedo le contó que Filoclés había ido a llevarle el caballo que ella le pidió días antes; que avanzó hacia el centro de la sala, deshaciéndose en cortesías, y cuando ella le dio las gracias le contestó que él haría todo lo que ella le pidiera, volvió a decirle que estaba loco por ella, y de repente se le echó encima como un animal. Rodaron ambos al suelo y en mitad de esa lucha apareció Lico.

—Bueno —dijo Lico—, ya me volverás a contar todo eso otro día. Ahora, te lo repito, no podemos perder tiempo. Debemos huir en seguida. Tienes que vestirte de hombre, porque de lo contrario sería fácil reconocernos... Anda,

vete al aposento, córtate el cabello y ponte un traje de Eudaldo.

Altagracia obedeció maquinalmente y se encaminó a la habitación inmediata.

Lico, a quien la conciencia del peligro que corrían devolvía la claridad del raciocinio, salió por la puerta del fondo y pasó por el costado de la casa para traer el caballo que Filoclés había buscado para Altagracia. Condujo al animal para amarrarlo en el patio del fondo, donde había dejado el suyo, pero entonces advirtió que el caballo no tenía puesta una silla de montar sino un galápago para amazona. No quería utilizar el caballo de Filoclés, por temor a que alguno lo reconociera, pues era el que siempre montaba el teniente. Decidió entonces ir a desensillararlo para sustituir el galápago por la silla de montar de Filoclés.

Cuando hubo terminado esa faena se encaminó nuevamente a la sala. Allí estaba Filoclés, exánime, en mitad de enorme charco de sangre. Lico no pudo contener un sacudimiento nervioso, pero advirtió a la vez que el cuchillo, única arma que le quedaba para defenderse, estaba allí, tinto en sangre junto al cadáver del teniente. Se acercó en puntillas, tomó resueltamente el cuchillo y lo limpió con cuidado en las ropas del muerto. Volvió hacia el patio a lavarse las manos y regresó al punto.

—Vamos, Altagracia —murmuró suavemente, dirigiendo la mirada a la puerta del aposento—. Ya los caballos están listos. No podemos esperar más.

No obtuvo respuesta, pero segundos después apareció Altagracia, trajeada de hombre y despojada de su hermosa cabellera negra.

Lico la observó cuidadosamente. La ropa de Eudaldo no le ajustaba bien, pero aun así no habría sido fácil adivinar que era una mujer la que iba protegida por aquel disfraz.

—Está bien —dijo—. Húndete el sombrero, que así estarás mejor... ¡Eso es! Y ahora lo que me hace falta es un poco de papel... ¡Ah! Allí veo un libro...

Agarró apresuradamente el libro, lo deshizo, y arrancando las hojas las fue acercando al quinqué que iluminaba la habitación, para una vez encendidas colocarlas junto a los tabiques del bohío. Concibió una idea que le pareció aún más eficaz y corrió al aposento, de donde regresó con un par de sábanas, a las que también prendió fuego, rasgándolas en pedazos. Altagracia lo contemplaba inmóvil, como petrificada.

Cuando la madera empezó a crujir y brotaron de ella, aquí y allá, tímidas lenguas de fuego, Lico dio un manotón al quinqué, que rodó al suelo con un reguero de chispas, y tomando a Altagracia de la mano se encaminó con ella hacia el patio, murmurando:

—Vamos, Altagracia.



Media hora después cabalgaban en la distancia, rumbo al Norte. Al doblar un recodo del camino volvieron la vista hacia atrás y divisaron a lo lejos el resplandor del incendio.

Londres, 2 de abril de 1939,
Lisboa, 10 de octubre de 1940.

APÉNDICES

A. Principales obras históricas consultadas

A las obras mencionadas en el apéndice de *La Independencia Efímera* —principalmente la *Historia de Santo Domingo* por J. G. García, *Notes on Haiti* por Ch. Mackenzie, *Études sur l'histoire d'Haiti* por B. Ardouin, *Cosas Añejas* por C. N. Penson y el libro de fray Cipriano de Utrera sobre las Universidades dominicanas— hay que agregar las siguientes, que se han tenido en cuenta al escribir el presente episodio:

Historia eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo, por Carlos Nouel. Roma 1913 (Vol. I); Santo Domingo, 1914 (Vol. II).

Gens d'autrefois, por Pierre Eugène de Lespinasse. París, 1926. (Contiene datos interesantes sobre Boyer y su época, y sobre el mando de Borgellá en Santo Domingo).

Las Vírgenes de Galindo, leyenda histórica y en verso sobre la invasión de los haitianos, por Félix M. Del Monte. Santo Domingo, 1885.

Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo, por la comisión encargada de preparar la antología dominicana. Santo Domingo, 1892.

La música en Santo Domingo, por Flérida de Nolasco. Ciudad Trujillo, 1938.

Poesía popular dominicana, por Emilio Rodríguez Demorizi, Vol. I. Ciudad Trujillo, 1938.

B. Glosario de localismos

En el último diccionario de la Academia Española (terminado en 1936 —la edición lleva fecha de 1939) figuran todas las palabras utilizadas en este libro, con excepción de ciertos localismos que paso a enumerar.

Arrimado. —Usual en el país con la acepción de «persona que vive en casa de otra o a costa de otra», lo que es casi igual a la significación que, en forma figurada, admite la Academia para el verbo *arrimar*: «acogerse a la protección de uno, valerse de ella».

¡Anjá! —Interjección, por ¡bravo!, ¡esas tenemos! La Academia solo admite la forma ¡ajá!

Burro. —La Academia recoge la acepción castiza de «armazón compuesta de dos brazos que forman ángulo y un travesaño...», explicando que se usa para sujetar y tener en alto una de las cabezas del madero que se ha de serrar. Úsase en diversos países de la América española para designar los sustentáculos de una tabla que se utiliza como mesa, y en suma, de cualquier mueble u objeto que se desea mantener a cierta distancia del suelo, siempre que esos sostenes estén contruidos en forma análoga a la del *burro* que se utiliza para serrar. Así, es común la frase: «montado sobre burros», o «colocado sobre burros».

Campuno. —Dominicanismo, por campesino.

Cocotazo. —Voz antillana. Aplícase comúnmente al golpe dado con los nudillos, a puño cerrado, en la cabeza. La Academia solo registra la voz *cogotazo*, que se aplica al golpe dado, con la mano abierta, en el cogote, parte superior y posterior del cuello. *La Enciclopedia Espasa* da la voz *cocotazo* como equivalente de *cogotazo*, y la apunta como cubanismo. Hay, sin embargo, una diferencia en cuanto a la región que recibe el

golpe. Es dominicanismo decir *cocote* por *cogote*; pero la voz *cocotazo* se usa para señalar un golpe en el cráneo y no en el cuello. También es antillanismo de tipo humorístico llamar *coco* a la parte superior de la cabeza.

Cuajo (A la hora del). —Locución, popular en las Antillas, por «a la hora crítica» o «a la hora decisiva».

Embromón. —Dominicanismo, por embromador.

Ensaladilla. —La Academia registra, entre otras, la acepción siguiente: «conjunto de diversas cosas menudas»; pero no menciona que el nombre de *ensaladillas* se aplicó a ciertas composiciones poéticas que eran a modo de centón de noticias y chismes de la localidad en que se escribían. Las ensaladillas fueron muy populares en varios países americanos de habla española durante el primer cuarto del siglo XIX.

Fajazón. —Riña. Embestida a golpes. Usual en las Antillas, así como el verbo fajarse es empleado en igual sentido.

Framboyán. —Del francés, *flamboyant*. Árbol de flores rojas, que abunda en las Antillas. Toro y Gómez incluyó la palabra en el *Pequeño Larousse Ilustrado*. La Academia no ha admitido el vocablo, a pesar de ser muy extendido su uso.

Fuma. —Porción de tabaco elaborada para el consumo de determinada persona. Los obreros de las tabaquerías suelen escoger su propia *fuma* del material con que trabajan, y como ello supone algún esmero en la selección, siempre se considera de buena calidad el «tabaco de fuma».

Gabear. —Dominicanismo, por trepar. Viene, por corrupción de *gavia*, esto es, de «trepar hasta las gavias».

Gracias mohosas. —Ocurrencias de mal gusto o de poco chiste. La frase es usada, y no de hoy, en algunos países. Toro y Gómez la incluyó en el *Pequeño Larousse*.

Guabá. —Arácnido venenoso de las Antillas. La Academia, en su *Diccionario manual e ilustrado de la Lengua Española* (Espasa-Calpe, 1925) lo define como «araña peluda, especie de tarántula», y hay en ello error, pues la tarántula americana (que el pueblo dominicano suele llamar *cacata* o

peluda) es un animal diferente del *guabá*, que es, en cambio, un arácnido pulmonado, como el alacrán. Pero en el último diccionario de la Academia (el de 1939), el error se complica con una errata deplorable, debida a una transmutación de acentos: da *guaba*, voz llana, diciendo que es la supuesta araña peluda; y *guabá*, voz aguda, como equivalente de *guama*, que es el fruto del *guamo*. Fácil es apreciar que el acento se puso en la palabra que no lo requería, y viceversa, lo que transformó en grave la palabra aguda y en aguda la grave. En la citada edición manual de 1925 los acentos están bien colocados.

Jefear. —Mandar en jefe.

Jigüera. —Jícara, vasija que se forma cortando en dos, por la mitad, la corteza vacía del fruto de la güira. Figura en el *Pequeño Larousse*.

Lenguaraje. —Dominicanismo, por jerga.

Lerén o llerén. —Planta marantácea, cuya raíz es comestible. Figura en el *Pequeño Larousse*.

Limoncillo. —Nombre dominicano del árbol corpulento y de sólidos ramajes que en Cuba llaman *mamoncillo*. La fruta que produce es pequeña, de cáscara verde y lisa, forma externa semejante al limón, aunque de menor tamaño aun, y pulpa de color amarillento y agradable sabor, que envuelve la semilla. Nombre científico: *Melicocca bijuga*.

Malacrianza. —Dominicanismo. Falta de respeto o jugarreta de quien tiene mala educación.

Mañeses. —Voz popular dominicana: nombre que el pueblo daba a los haitianos.

Matalobo. —Variedad de gallo de pelea según el color de sus plumas. La Academia solo registra otra variedad: el *giro*.

Parejero. —El que quiere igualarse con otro superior. La Academia lo anota como venezolanismo, con la acepción de «quien procura andar siempre acompañado de alguna persona calificada».

Pela. —Zurra, azotaina.

Pichipén. —Madera de una variedad de pino: *pinus occidentalis*.

Porfia. —Aplicase al concurso o certamen entre dos o más cantadores populares, a ver quién sabe más coplas o quién las improvisa mejor.

Pueblada. —Asonada o motín.

Sinservir. —Dominicanismo, voz compuesta de preposición e infinitivo. Equivalente a badulaque o chisgarabís.

Versar. —Improvisar coplas.

Agrego a este glosario de localismos la explicación de los siguientes apodos que se usan en el texto de la narración:

Fello: de Rafael.

Goyo: de Gregorio.

Lico: de Manuel, Manuelico.

C. Datos topográficos sobre la ciudad

No es ocioso incluir en estos apéndices algunos datos topográficos de la ciudad de Santo Domingo (hoy Ciudad Trujillo) en la época a que se contrae la narración. Agradezco la valiosa cooperación que al efecto me han prestado los señores Luis E. Alemar y E. Rodríguez Demorizi. El Sr. Alemar tiene inédita una valiosa obra sobre historia de la ciudad:

El polígono amurallado. —La antigua ciudad de Santo Domingo estaba constituida por un polígono irregular rodeado de murallas y bastiones: al este, el río Ozama, delante de cuya orilla se abría la Puerta de San Diego, única entrada que por ese lado tenía la muralla; al sur, el mar Caribe; al oeste, la línea recta de las murallas, con varias entradas, de las cuales la más importante y céntrica era la Puerta del Conde (erigida en el siglo XVII, en el antiguo baluarte de San Genaro, como homenaje al Conde de Peñalva, capitán general y defensor de la ciudad frente a las fuerzas británicas que comandaban Penn y Venables); y al norte, continuación, en forma quebrada, de la línea de murallas, pasando por las alturas de los barrios de San Miguel y Santa Bárbara

(situados ambos sobre pequeñas colinas), hasta unirse con los bastiones de la orilla del río.

Frente a la rada o antepuerto, bautizada con el nombre de Placer de los Estudios, y en la línea de las rompientes que constantemente bate el mar Caribe, podían señalarse varias particularidades interesantes, hoy desaparecidas por obra de la urbanización y el embellecimiento de esa parte de la ciudad: la Curva de las Golondrinas —así llamada porque allí se abrigan y tenían su nido esas aves—, gruta que la violencia del oleaje, al través del tiempo, había minado en las rocas, más o menos al comienzo de la calle del Estudio; La Jeringa, de la cual se da una idea en el capítulo primero de este episodio, que estaba al comienzo de la calle de la Luna (hoy Sánchez), próxima a otra afirmación curiosa de las rocas, La Boca del Infierno. En ese lugar se eleva hoy una columna conmemorativa del sacrificio que de su vida hicieron unos héroes del mar al pretender salvar a unos naufragos. Un poco más al oeste está la zona rocosa y lisa llamada Peña Redonda, y todavía más al oeste el Fuerte de San Gil, límite de las murallas al llegar al mar.

La Puerta de San Diego facilitaba el acceso a los caminos que conducían al rumbo este, para tomar los cuales era preciso cruzar el Ozama, en barcas y canoas, un poco más arriba. Remontándose todavía más arriba, hasta el Ancón, había otro cruce del río, para el cual se utilizaban pequeñas embarcaciones, mientras las reses y cabalgaduras pasaban a nado.

Por las puertas que daban al oeste podían ser alcanzados los caminos que conducían al resto del país por el rumbo suroeste (hacia San Cristóbal, Baní, Azua, San Juan de la Maguana, etc., hasta la frontera de Haití) y por los rumbos norte y noroeste, pasando por pueblos más o menos próximos a la ciudad, como Los Alcarrizos, y siguiendo, bien hacia el Bonaó, bien hacia el Cotuí, y en definitiva al Cibao, la fértil y montañosa zona septentrional.

Principales calles. —Los nombres de las principales calles, casi todas rectas, eran los que se enumeran a continuación. En dirección de norte a sur, a partir de la Puerta de San Diego: la de las Damas (después, «de la Fortaleza», hoy «Colón»), que es la más próxima al río; y, paralelas a esta, la del Caño (después «del Comercio», hoy «Isabel la Católica»), la de Plateros (hoy Arzobispo Meriño), la del Estudio (hoy Hostos), la de los Mártires (hoy Duarte), la del Tapado (después «San José», hoy «19 de Marzo»), la de Regina (hoy José Reyes), la de la Luna (hoy Sánchez), la de San Lázaro (hoy Santomé), la de los Jerónimos (hoy Espaillat); y, por último, lindando con las murallas se formó la calle que hoy se llama Palo Hincado.

En dirección de este a oeste: la de las Mercedes (al norte de la cual están situadas las cuevas de San Lázaro, San Miguel y San Francisco, y por último, la pendiente que conduce al alto de Santa Bárbara). Partiendo de las murallas del oeste, la calle de las Mercedes (en remotos tiempos se llamó «del Truco» y, hasta el siglo XVII, «Dávila»), sigue una línea ligeramente oblicua que se quiebra en forma de ángulo obtuso poco antes de llegar a la calle de Plateros, y así continúa hasta terminar en la calle de las Damas. En posición paralela a la de las Mercedes (pero formando una línea enteramente recta, como las calles que subsiguen, paralelamente, al sur), está la calle del Conde (antes de San Genaro; desde fines del siglo XVII, del Conde; en el siglo XIX, «Separación» y después «27 de Febrero»; hasta que en 1937 se le restituyó el nombre de el «Conde»). Entre la calle de las Mercedes y la del Conde hay dos callejas paralelas: la del Hospital (antes «Callejón del Guarda Mayor»; después, «de la Leche»; después, «de la Esperanza», y hoy «General Luperón»), que comienza en la esquina de la calle del Tapado y termina en la del Comercio; y la de la Cruz (hoy Salomé Ureña), que principia en la calle de Regina y acaba en la del Estudio. Siguen al sur de la calle del Conde, siempre en posición paralela a esta, la del Arquillo (después «Santo Tomás», hoy «Arzobispo Nouel»), la de la

Universidad (hoy Padre Billini), la de la Misericordia (hoy Arzobispo Portes), hasta llegar a la antigua Alameda, frente al mar, donde en este siglo se construyó el Malecón Presidente Billini y se formó, paralela a este, la calle José Gabriel García.

También en dirección de este a oeste hay otras calles al norte de la de las Mercedes, como son las de los barrios de San Miguel y Santa Bárbara. La de la Atarazana (hoy Presidente González), es ligeramente curva y conduce desde la subida del río hasta encontrar la calle del Comercio.

Edificios. —La casa que fue propiedad del Dr. José Núñez de Cáceres es una de doble planta, situada en la calleja del Hospital (hoy General Luperón), entre la del Estudio (hoy Hostos) y la de Plateros (hoy Arzobispo Meriño). Fue sin duda objeto de alguna que otra reforma en la segunda mitad del siglo XIX.

Como en toda ciudad colonial, en torno a la Plaza de Armas (hoy Parque Colón), situada al costado sur de la calle del Conde, entre las calles de Plateros y del Comercio, se agrupaban algunos edificios importantes del lado oeste, el Cabildo o Ayuntamiento, que ha sufrido retoques, entre otros la torre que se le ha agregado en el punto en que hace esquina con la calle del Conde; del lado sur, a todo lo largo de la plaza, la Catedral, que es la más antigua de América, con su frente a Plateros. Al lado oeste de la plaza construyó el gobernador Borgellá el palacio que fue su residencia, y está destinado hoy al Senado. En la calle de las Damas, donde ocupan la Fuerza y sus anexos un largo espacio desde la calle del Conde hasta el mar; el Palacio de Gobierno, formando esquina con la calle de las Mercedes. Este edificio sufrió después algunos desperfectos y quedó sin uso buen número de años, hasta que en el presente siglo fue reconstruido y modificado, y volvió a ser utilizado para las actividades gubernativas. También en la calle de las Damas, entre la de las Mercedes y la del Conde y frente al exconvento de los jesuitas, está la Casa de los Dos Cañones, así llamada porque de cada lado de la puerta principal está clavado un cañón.

El Alto de Galindo. —La sección, entonces rural, conocida con el nombre de «Alto de Galindo» quedaba extramuros, al norte, más arriba de las alturas de San Miguel y Santa Bárbara. Para ir a Galindo era necesario salir del recinto amurallado. La ruta más corta era: salir por la Puerta de San Diego, siguiendo la orilla del río y torcer después hacia el oeste, por el llamado «Camino de Galindo». Ya toda esa zona está urbanizada. El antiguo «Camino de los Hacendados», cercano al de Galindo, es hoy la Avenida Mella.

La villa de San Carlos. —El antiguo poblado de San Carlos, que había sido elevado al rango de villa, estaba situado de modo inmediato a la ciudad, fuera del recinto amurallado, a corta distancia de la Puerta del Conde, y sobre una eminencia, hacia el norte. Subiendo por un corto camino (que ya a fines del siglo XIX era la calle principal de la villa), se llegaba a la parte superior de la colina, en cuyo centro se erigieron la plaza y la iglesia. Hoy la antigua calle es un barrio más de la capital y la urbanización se extiende mucho más lejos, tanto hacia el norte como hacia el oeste, incluyendo la antigua estancia de Gascue.

Una de las estancias que colindaban con la parte baja de San Carlos, hacia el suroeste, era la de Gascue, de la cual se hace mención en el capítulo XVIII. La finca donde, en ese capítulo, debían reunirse Baltasar de Nova y otros conjurados, quedaba al costado noroeste de San Carlos, encima de la Gascue. Nova salió a un amplio espacio descubierto (donde hoy existe la Plaza Independencia), torció hacia su derecha, o sea hacia el oeste, e internándose por la vereda de Gascue, volvió más adelante a tomar el rumbo norte por el interior de los potreros de la finca.

D. Filiación de algunos personajes

Por considerarlo de interés doy a continuación algunos datos que, en su mayoría, me han sido facilitados por el

laborioso investigador Carlos Larrazábal Blanco, sobre la filiación de algunos de los personajes principales de este episodio.

Silvestre Aybar Sánchez. —El apellido Aybar es viejo en Santo Domingo. Rodrigo de Aybar fue quien avisó a los pueblos del interior la invasión de Drake. Varios troncos de la estirpe Aybar se fundaron en el siglo XVIII, entre ellos el tronco Aybar-Gómez-Tirado, de donde procede Silvestre Aybar Sánchez.

El 9 de julio de 1752, Silvestre Aybar, hijo de Gabriel Aybar y María Gómez Tirado, y alférez real del cuerpo de Artillería, casó con Teresa Sánchez, hija de José Sánchez y Catalina González, la que murió de noventa años de edad en 1822. De este matrimonio nacieron varios hijos, entre ellos: Gabriel (que casó con Juana Dolores de Aybar); María (que casó con Marcos Cabral, y fue la abuela del prócer José María Cabral); Manuel (que fue comandante de la frontera norte y casó con Josefa Perdomo); Bárbara Antonia, nacida en 1776 (casó con el capitán Tomás Ramírez Carvajal); Juan Antonio, nacido en 1768 (casó con Micaela Bello) que fue capitán de partido durante «la España boba» y miembro de la diputación provincial, y con tal carácter fue llamado por Núñez de Cáceres en 1821 a formar parte de la Junta Provisional de Gobierno del Estado Independiente de Haití Español; y Silvestre, que casó con María de los Reyes. A falta de su partida de nacimiento puede tenerse en cuenta el dato de que uno de sus hijos nació en 1796.

La vida pública de Silvestre Aybar y Sánchez discurrió a través de estos acontecimientos: durante la campaña de la reconquista (1808-1809) fue comandante militar de Monte Grande y diputado a la Convención de Bondillo; durante el periodo llamado de «la España boba» (1809-1821), regidor y alcalde Provincial (1819) y alcalde Constitucional (hacia 1821); durante la dominación haitiana, emigró a Puerto Rico y regresó con el propósito de promover el alzamiento de la

región del este (1823), fue preso y obligado a emigrar nuevamente. Alcanzó estos grados militares y honores: teniente de milicias, ascendido a capitán (alrededor de 1819), caballero de la Real Orden de Isabel la Católica (fue promovido antes de 1819).

Entre los hermanos de Silvestre Aybar se cuenta, con toda probabilidad, José Gabriel, que fue vicario general, deán de la Catedral y rector de la Universidad, y murió el 23 de diciembre de 1827. Larrazábal Blanco anota que fray Cipriano de Utrera, en su libro sobre las universidades dominicanas, lo tiene como hijo de Gabriel de Aybar y Teresa Sánchez Prieto, pero, agrega, «a todas luces existe lapso». Por tradición oral y recuerdos de familia se conserva el dato de que el deán José Gabriel de Aybar era cuñado del capitán Tomás Ramírez Carvajal, o sea, hermano de Bárbara de Aybar, esposa de Ramírez. Así lo he oído referir años atrás y así lo dice Penson en su tradición *Muerte por muerte*, basada en la trágica muerte de Ramírez, la cual relato también en mi episodio *La Independencia Efímera*.

Los Moscoso. —El apellido Moscoso existe en Santo Domingo desde principios del siglo XVIII y parece haber llegado a la isla con Manuel Moscoso, soldado portugués que vivía en 1711. *En Portugal* (diccionario histórico, biográfico, heráldico, etc.) por Esteves Pereira y Guilherme Rodríguez (Vol. 14, Lisboa, 1909, p. 1302) encuentro este dato: «*Moscoso.* —Familia ilustre de *Hespanha, da qual procedem mui tos dos nossos fidalgos*». Así, los Moscoso de Portugal son de procedencia española, e hidalgos.

Otro Moscoso, Juan Antonio, era casado con Ana Ángel, la cual murió en 1772. Otro Manuel Moscoso (1728-1810), quizá hijo o nieto del anterior del mismo nombre, casó con María Rosa Carvajal, y de este enlace nacieron, por lo menos, siete hijos, a saber: Rosa Magdalena (1760), Antonio (1761), José (1762), Juan (que murió «parvulito» en 1772), Esteban (1775), María de Belén (1777) y Juan Vicente, cuya partida bautismal no ha aparecido hasta ahora aunque no cabe dudar

de su filiación, por declararse en ciertos documentos que Antonio era su hermano. (V. *Documentos históricos*, compilación Coiscou).

Esteban Moscoso estuvo implicado en la conspiración de Los Alcarrizos. Casó con Francisca Alonso Gómez, de origen canario y nacida en la villa de San Carlos. Esteban murió en 1849 y fue enterrado el 29 de junio. Del tronco Moscoso-Alonso Gómez descienden, en su mayoría, los Moscoso que existen hoy en la República Dominicana.

Juan Vicente Moscoso. —Cabe fijar la fecha de su nacimiento entre 1770 y 1772. Obtuvo en la Universidad de Santo Domingo el grado de doctor en leyes en 1791. Al sobrevenir en 1801 la ocupación de la parte española de la isla por los ejércitos de Toussaint Louverture, emigró a Venezuela con otros dominicanos distinguidos. Llegó a Maracaibo el 14 de febrero de 1801 en la goleta danesa *Dart*, en unión del Dr. Leonardo del Monte, la esposa de este (Rosa de Aponte) y diez hijos, el Dr. Pedro Valera, el Lic. José Gregorio Quintanó, el Dr. José Márquez, Pedro Sánchez Valverde, Antonio Navarrete, José Fernández, Martín de Mueses, Dr. Manuel Guerrero, Felipe Guillén, Santiago Batlle, Ángel Zerezano, Nicolás de Mueses, Simón Segura, Ramón Canzy, Antonio de Labastida, José Joaquín Pellón y Francisco Ferrer y Alas. Todos firmaron juntos una petición de auxilio para poder sustentarse, fechada en Maracaibo el 11 de marzo del mismo año. (Debo a fray Cipriano de Utrera estos datos, obtenidos en Venezuela).

Moscoso regresó a Santo Domingo algún tiempo después y se dedicó al ejercicio de la abogacía. Fue síndico procurador del Ayuntamiento de Santo Domingo (alrededor de 1812); rector de la Universidad (1818-1819); miembro, junto con Núñez de Cáceres, ambos en calidad de «hombres buenos del vecindario», de la junta preparatoria para la elección de diputados a cortes, presidida por el gobernador Kindelán en 1920, al implantarse la Constitución

liberal; diputado provincial en 1821, con tal carácter formó parte de la Junta Provisional de Gobierno del Estado independiente de la parte española de Haití, además de haber figurado junto a Núñez de Cáceres en el movimiento que culminó en la *Declaratoria* de esa efímera independencia, documento que lleva su firma al igual que el *Acta constitutiva* del nuevo Estado. Estuvo implicado en la conspiración de Los Alcarrizos (1823-1824) contra la dominación haitiana. Sus manejos a favor de la instauración del régimen español en Santo Domingo determinaron al Gobierno haitiano a hacerlo salir de la isla con motivo de la reclamación que hizo España en 1830, pidiendo la devolución de su antigua colonia. Murió en Santiago de Cuba el 28 de septiembre de 1837.

He aquí el texto de su partida de defunción, que obra al folio 60, N.º 41, del libro III de entierros de blancos del archivo de la parroquia de la Santísima Trinidad de Santiago de Cuba:

Año del Señor de mil ochocientos treinta y siete: en veinte y nueve de septiembre, yo Dn. Wenceslao Callejas y Asencio, Pbr. C. R. por S. M. del Sagrario de la S. M. I. de esta ciudad de Santiago de Cuba, con residencia en la auxiliar de la Ssa. Trinidad, hice el entierro de limosna con cruz alta, capa, clamor y seis acompañados, al Dr. Dn. Juan Vicente Moscoso, adulto, soltero, que murió ayer en comunión de N. S. M. I. y recepción de la Extrema-Unción, cuyo cadáver en el Cementerio General se le dio sepultura eclesiástica.

Baltasar de Nova. —El capitán Francisco de Nova casó dos veces: la primera con Lucía Fulgencio y la segunda con Isabel Pomier. Del primer matrimonio tuvo varios hijos, el último de ellos nacido en 1764. La segunda esposa, Isabel Pomier,

era hija de Pedro Pomier (natural de París, e hijo de Miguel Pedro Pomier y de María Luisa Chrespin) y de su legítima esposa Úrsula Martínez de Velasco. El matrimonio Pomier-Martínez de Velasco se celebró en Santo Domingo el 22 de noviembre de 1745.

Del matrimonio Nova-Pomier nacieron varios hijos: María Gabriela, nacida en 1775 y muerta en 1819; Silvestre Manuel (1776); Felipe Santiago (1786) y Baltasar, que nació el 7 de enero de 1791. Implicado como director del abortado movimiento de Los Alcarrizos en 1824, Baltasar de Nova, según explica José Gabriel García, «después de correr inmensos peligros, logró embarcarse por el puerto de Cabo Haitiano, muriendo a la vuelta de algunos años en Venezuela».

Los Acevedo. —Diego Quero. —El prometido de Águeda Andújar era hijo legítimo de José del Rosario Acevedo y Frías y de María del Rosario de Castro, respondía al nombre de Rafael María Acevedo de Castro, y familiarmente se le aplicaba, en su mocedad, el apodo de Fello. Nació en 1797. Del mismo matrimonio nacieron: María (1787); Juan, habitualmente conocido por Juan de la Cruz, por haber nacido el 24 de noviembre de 1788, día de San Juan de la Cruz, aunque no es este el nombre que consta en su partida bautismal; María (17900); Francisco (1795-1818); Josefa (1799); María Altagracia (debió nacer en 1802, pues murió de 46 años en 1848), y otras dos hijas, Dolores, fallecida en 1858, y Candelaria, que murió hacia ese mismo año. De Juan de la Cruz se hace mención en el capítulo IV de este episodio.

Rafael María Acevedo casó, ya en edad madura, con María del Carmen Jiménez, en 1842. Su hermana Candelaria casó con Diego Quero (hijo de Manuel Quero y María de Belén Morales, nacido en 1890). A Diego Quero se hace referencia en este y en el anterior episodio.

E. Los autores del crimen de Galindo

La tradición oral ha conservado de manera confusa el nombre del oficial haitiano señalado por la opinión pública como autor principal del crimen de Galindo: Lenoir han dicho unos; Linard, otros; y aun se registran otras variantes con la misma afinidad fonética, como *Liniers* y algunas más, todas comenzando por la letra L. Sin duda por esa causa, Penson (en su tradición *Las Vírgenes de Galindo*, que figura en su libro *Cosas Añejas*), se limitó a designarlo por medio de la inicial seguida de puntos suspensivos: L... He empleado, para nombrarlo en este episodio, el apellido Lenoir, por ser bastante común, aunque sin presumir por ello de exactitud en la designación.

También hay imprecisión en cuanto a la fecha de su muerte, que ocurrió a causa de un accidente de equitación. Mientras unos suponían que ese accidente ocurrió muy pocos años después de cometido el crimen, otros afirmaban que esto sucedió mucho más tarde. En interés de la narración me he atenido a la primera hipótesis.

Sea cual fuere la fecha de la muerte de Lenoir, las opiniones están contestes en que la del teniente Condé, sobre el cual recaían análogas sospechas, ocurrió poco después del accidente que costó la vida al capitán.

Penson alude, considerándolo cómplice del crimen, a un dominicano que fue fusilado muchos años después por combatir la anexión a España; y también se vale de una inicial: E. La versión recogida por él es la de que E... confesó su delito, ya en capilla, a sus compañeros de suplicio. ¿En qué forma y cuándo tuvieron estos oportunidad de revelarlo a terceras personas? Este es un punto que Penson deja sin aclarar y, de todos modos, cabe impugnar la autenticidad del dato, que parece tiria imputación hecha por el rumor público, sin confirmación posible. Penson se refiere a fusilamientos hechos en el Cibao en 1861, y para el caso hay que considerar la edad

que en 1861 debía tener el presunto cómplice del crimen cometido en 1822, así como el lugar de su nacimiento y residencia habitual. Teniendo en cuenta esas circunstancias, ninguno de los ajusticiados en el Cibao por conspirar contra la anexión en 1861, al menos si nos atenemos a los nombres que registra la historia, pudo tener conexión con el crimen de Galindo: eran personas que habían nacido y residían habitualmente en el Cibao, y ninguna de ellas se acercaba siquiera a la edad de sesenta años.

El proceso incoado por el crimen de Galindo se conserva en el Museo Nacional. Al leerlo es fácil apreciar el escaso o ningún fundamento que había para condenar a Santos Cobial y demás compañeros por el asesinato de Andújar y de sus hijas, aunque sí se evidencia la sustracción de algunos caballos, aparte de que se trataba de personas de malos antecedentes. *La Revista Jurídica Dominicana* ha comenzado a publicar en sus páginas el proceso íntegro, a partir del N.º 3, Vol. II, 1.º de julio de 1940.

F. La leyenda de la Virgen de la Altagracia

Las más antiguas versiones escritas que conozco de la tradición relativa a la imagen de la Virgen de la Altagracia, que se venera en el santuario de Higüey, son las de Rafael A. Deligne y Juan Elías Moscoso hijo. A ellas me he atenido, en lo sustancial, para la relación que hace el padre González en el capítulo XV de este episodio.

G. Poesía popular

Con excepción de las especialmente dedicadas a los visitantes de Los Alcarrizos, las coplas que se citan en el capítulo XV proceden del cancionero popular dominicano. Así figuran en la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, publicada en 1892 por la comisión de la antología dominicana y redactada

por Penson. Tanto en esa Reseña dominicana, aparecen versos de Meso Mónica, que antes habían sido recogidos en la *Revista científica, literaria y de conocimientos útiles*. (S.D., 1883). También en uno y otro trabajo figura incluida la «décima sobre el sermón del padre Soto», que Rodríguez Demorizi hace notar que se encuentra en el *Museo epigramático* publicado en Madrid hace algunas décadas.

H. Bailes populares

William Walton, en su libro *Present State of the Spanish Colonies; Including a Particular Report of Hispaniola, or the Spanish Part of Santo Domingo* (Londres, 1810), cita el *fandango* español como uno de los bailes usuales en la colonia. Dice también que los boleros y otros bailes españoles no eran muy favorecidos en sociedad, pues ya comenzaba a prevalecer el vals.

Flérida de Nolasco, en *La música en Santo Domingo y otros ensayos*, hace constar que la *tumba* dejó de bailarse más o menos en la época en que se proclamó la independencia, en 1844. Ulises Francisco Espaillat (véase su tomo de *Escritos*, recogidos en 1909) anota que la *tumba* era una especie de contradanza. Es útil tener en cuenta que la *contradanza francesa*, de donde surgió luego la *cuadrilla*, era un baile de figuras. Después surgió la contradanza criolla, baile de parejas al igual que la danza, que de ella se derivó. El caso es el mismo por lo que respecta a la *tumba francesa* y la *tumba dominicana*. Es curioso consignar que la *tumba francesa* se baila habitualmente todavía en una sociedad de un barrio popular, en Santiago de Cuba. Allí la he visto bailar. A ese baile hice referencia en mi cuento *La Conga se va...*, (*Social*, Habana, 1930). Hay que tener en cuenta que a Santiago de Cuba, Guantánamo y otras poblaciones de la región oriental de Cuba, emigraron a fines del siglo XVIII algunos colonos franceses de Haití con sus esclavos, y

fomentaron abundantes cafetales; y que también de la parte española, durante la misma época, y después de modo no interrumpido, hubo hacia Cuba, sobre todo a Camagüey y a la región oriental, una emigración constante de familias dominicanas, primero con motivo de la cesión de toda la isla a Francia, y después por causa de las invasiones haitianas y otros acontecimientos políticos.

Publicaciones recientes del Archivo General de la Nación

- Vol. CCC.** *Voces de la Revolución de Abril. Testimonios.* Departamento de Investigación y Divulgación, Santo Domingo, D. N., 2016.
- Vol. CCCLXVII.** *Historia de Santo Domingo (una interpretación objetiva). Vol. XI-Libro XVI. Los inicios de la primera República (1844-1849).* Gustavo Adolfo Mejía-Ricart, Santo Domingo, D. N., 2019.
- Vol. CCCLXXII.** *Cronológico de oficios de la Secretaría de Estado de la Presidencia (agosto-diciembre 1963),* compilación de Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2019.
- Vol. CCCLXXVIII.** *Memorias del Sexto Encuentro Nacional de Archivos [Gestión Documental. Administración Electrónica, 13-15 de junio de 2018].* Santo Domingo, D. N., 2019.
- Vol. CCCLXXX.** *Américo Lugo: Figuras americanas y otros temas. Informes y defensas.* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCLXXXI.** *Américo Lugo: Correspondencia.* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCLXXXII.** *Hechos relevantes de la historia dominicana (lo vivido y lo leído), 1916-1973.* José Daniel Ariza Cabral, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCLXXXIII.** *Movimientos y memorias.* Roberto Cassá, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCLXXXIV.** *Memorias de Juanito. Historia vivida y recogida en las riberas del río Camú.* Reynolds J. Pérez Stefan, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCLXXXV.** *Catálogo de víctimas de la dictadura de Trujillo en los fondos del Archivo General de la Nación.* Compilación del Departamento de Descripción, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCLXXXVI.** *Vigil Díaz: Del Sena al Ozama y Fata Morganas.* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2020.

- Vol. CCCLXXXVII.** *Vigil Díaz: Más Fata Morganas.* Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCLXXXVIII.** *Vitriólico y sus personajes. Diálogos y relatos.* Eduardo García Michel, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXC.** *Ideas radicales en la República Dominicana. Antología I.* Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXCI.** *Ideas radicales en la República Dominicana. Antología II.* Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXCIII.** *Cuentas de las Cajas Reales de Santo Domingo. Tomadas al tesorero Miguel de Pasamonte por el licenciado Alonso López de Cerrato (1520-1525).* Tomo I. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXCV.** *Colección de documentos para el estudio de la industria azucarera de la Española en el siglo XVI.* Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXCVI.** *Diccionario biográfico de residentes en la Cuenca del Caribe.* Tomo I, Luis Rafael Bursset Flores, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXCVII.** *Diccionario biográfico de residentes en la Cuenca del Caribe.* Tomo II, Luis Rafael Bursset Flores, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXCVIII.** *Marxismo y realidad dominicana. Selección de textos alusivos.* Luis Rafael Gómez, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CCCXCIX.** *Cuentas de las Cajas Reales de Santo Domingo. Tomadas al tesorero Esteban de Pasamonte por el licenciado Alonso López de Cerrato (1525-1534).* Tomo II. Compilación de Genaro Rodríguez Morel, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CD.** *La Revolución Francesa en la Española; Saint Domingue-Santo Domingo, 1789-1795.* Carlos Alberto Murgueitio Manrique, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CDI.** *La mujer china: del dolor a la esperanza.* MuKien Adriana Sang Ben, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CDII.** *El crimen de las hermanas Mirabal y Rufino de la Cruz.* Etzel Báez y Abel Raimundo, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CDIII.** *El jardín de las llaves.* Eliades Acosta Matos, Santo Domingo, D. N., 2021.
- Vol. CDIV.** *Breve Tratado de Derecho Administrativo español general del Reino, y especial de la isla de Cuba.* José María Morilla (edición facsimilar), Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CDV.** *Actitudes femeninas frente a los oficios no tradicionales.* Lusitania F. Martínez, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. CDVI.** *Charamiscos.* Ángela Hernández Núñez, Santo Domingo, D. N., 2021.
- Vol. CDVIII.** *Documentos del Archivo Real del Seibo: Tierras.* Tomo 5. Compilación de Perla Reyes y Rocío Devers, Santo Domingo, D. N., 2020.

COLECCIÓN JUVENIL

- Vol. XV.** *Baní o Engracia y Antoñita*. Francisco Gregorio Billini, Santo Domingo, D. N., 2019.
- Vol. XIX.** *Batey*. Tarquino Donastor, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. XX.** *La Independencia efímera*. Max Henríquez Ureña, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. XXI.** *En la copa del árbol y otras obras*. Ulises Heureaux Ogando, Santo Domingo, D. N., 2020.
- Vol. XXII.** *Un hombre malo*. W. Wendell Flewelling, Santo Domingo, D. N., 2020.

COLECCIÓN CUADERNOS POPULARES

- Vol. 8.** *Nibaje, Marilópez y la cruz de Marilópez*. Rafael «Cucullo» Báez Pérez, Santo Domingo, D. N., 2020.

BOLETÍN DEL ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN (BAGN)

- Vol. XLIV.** Número 154. mayo-agosto 2019.
- Vol. XLIV.** Número 155. septiembre-diciembre 2019.

La conspiración de Los Alcarrizos, de Max Henríquez Ureña se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Editora El Nuevo Diario, en septiembre de 2021 con una tirada de 1,000 ejemplares, Santo Domingo, República Dominicana.